
LEXI THURMAN
EL LEGADO DE
LADY MATILDA

Capítulo 1

Clan MacKinlay 1211

—Amigo, si esperas que responda a tu pregunta, quizá deberías dejar de estrangularlo.

Tavish MacKinlay giró la cabeza hacia la voz, sin soltar aún su presa.

Struan, su segundo al mando —y probablemente el único hombre que se atrevía a burlarse de él—, estaba recostado con desgana en una silla de roble junto al fuego del gran salón. Con una ceja arqueada y una sonrisa medio oculta, mordía despreocupadamente una manzana mientras señalaba con un dedo al desdichado mensajero que Tavish mantenía sujeto del cuello, alzado contra la pared.

El pobre diablo ya tenía la espalda aplastada contra la piedra fría, y su rostro se tornaba de un tono púrpura poco saludable. Las venas del cuello se le marcaban y los ojos le comenzaban a rodar.

Tavish bufó por la nariz y finalmente lo soltó.

El hombre se desplomó como un saco de avena, golpeando el suelo de losas de piedra con un ruido seco y desordenado. Tosía con fuerza, aferrándose a la garganta, mientras intentaba recobrar el aliento entre jadeos.

—¿Por qué habría de dejarte con vida? —preguntó Tavish, con voz grave y sin apartarse un paso.

El hombre, aún desplomado en el suelo de piedra, alzó la cabeza con esfuerzo para mirar al gigante que tenía delante. Su respiración seguía siendo entrecortada.

—Soy solo un mensajero, laird —dijo, luchando por mantener la voz firme—. No tengo arte ni parte en la propuesta del rey.

Tavish soltó una carcajada seca, sin una pizca de alegría.

—Pues dile a Guillermo —respondió, escupiendo veneno en cada sílaba—, que puede meterse su propuesta por el culo de su mejor caballo.

Struan soltó una carcajada y el mensajero tragó saliva.

—No puedo hacer eso, laird. Él me ha ordenado que no acepte una negativa como respuesta.

—Entonces no es una propuesta, es una orden.

El mensajero se incorporó del suelo con torpeza, frotándose el costado dolorido. Internamente, rezó a todos los santos que conocía para que el laird no decidiera arrojarlo de nuevo contra la pared.

—Su Majestad prefiere que lo toméis como una propuesta que aceptáis con gusto, como súbdito suyo que sois.

Tavish ladeó la cabeza lentamente, y sus ojos, oscuros como la tormenta en el mar del norte, se clavaron en el mensajero. La furia no era solo visible, era algo que se sentía en el aire, como un rayo a punto de caer.

—Nunca aceptaría casarme con una inglesa y él lo sabe.

Tavish detestaba a los ingleses con todo su ser. Ellos habían asesinado a su padre y a su hermano cuando estos habían ido a Inglaterra en una misión diplomática, cuatro años atrás. Habían caído en una trampa. Y aunque Tavish se había vengado y asesinado a los culpables, él jamás volvería a fiarse de un inglés.

—Lady Matilda de Montfort es una bella joven que trae consigo una dote considerable. Una que el rey considera que os hará cambiar de idea.

—¿Qué dote? —preguntó Struan justo en el momento en el que Tavish iba a decir que no le interesaba.

—El rey Guillermo os entregará Glenreach.

Struan silbó y Tavish entrecerró los ojos.

Esas tierras estaban bajo el control del clan Fraser, cuyos dominios colindaban con los suyos al norte. En realidad, Glenreach no tenía dueño legítimo; eran tierras salvajes, sin reclamar oficialmente, pero los Fraser se negaban a permitir que los MacKinlay las usaran.

Eran tierras fértiles y, lo más importante, una ruta directa para salir de las Highlands hacia los valles del este, evitando tener que

rodear por caminos largos y peligrosos que complicaban cualquier misión.

Los MacKinlay y los Fraser llevaban años enfrentados por el control de esas tierras, pero tras la muerte de su padre y su hermano, Tavish se vio obligado a centrarse en otros asuntos como sacar adelante su clan y afianzarse como laird, un puesto que, en realidad, habría debido ser de su hermano.

—El rey nunca interfiere en los asuntos de los clanes. ¿Qué tan importante es la unión con esa mujer para que lo haga? —inquirió Tavish.

El mensajero se aclaró la garganta.

—El barón de Montfort, el hermano de Matilda, ha sido asesinado mientras se encontraba en Escocia.

—¿Y qué hacía en Escocia un barón inglés?

—El rey Juan le había enviado a la corte del rey Guillermo. Desconozco la razón, pero no llegó: unos hombres de las Highlands lo asesinaron. Fueron capturados y castigados, pero Juan y Guillermo —dijo, nombrando al rey de Inglaterra y al de Escocia— han decidido que una manera de demostrar que están en contra de esos actos es que os unáis en matrimonio los miembros de dos de las familias que han sufrido el odio entre ambos reinos.

—¿Y cuándo tendrá lugar tan feliz enlace? —preguntó Struan con tono burlón, aunque sin disimular del todo su interés.

—En primavera —contestó el mensajero.

Tavish dirigió la mirada hacia una de las estrechas ventanas del salón. Fuera, el viento barría las colinas desnudas y la escarcha aún cubría el suelo, al igual que todas las mañanas. Todo era quietud helada, como si la tierra misma contuviera el aliento. Pero, en tres meses, llegaría la primavera.

Las laderas volverían a teñirse de verde, los pastos se llenarían de vida, y los ciervos regresarían a los claros. Los ríos se desharían del hielo y el aire traería consigo el aroma fresco de la tierra húmeda, del brezo en flor, y de la hierba nueva que despertaba bajo el sol.

Una buena época para una boda.

Aunque desposarse no había estado aún en su pensamiento, ocupado como había estado con menesteres más importantes, era algo que haría antes o después. Pero Tavish se casaría con una mujer de las Highlands, una que le repercutiese algún tipo de beneficio a su clan.

No con una inglesa.

—¿Y por qué esperar tanto? —indagó en voz baja, con la rabia filtrándose en su tono.

—Por respeto al luto, mi laird —le explicó el mensajero—. Lady Matilda acaba de perder a su hermano. Es costumbre que el luto dure, al menos, una temporada antes de celebrarse un compromiso.

—Decidle a Guillermo que no me casaré con la inglesa —gruñó Tavish.

—Laird… —intentó el mensajero, pero la expresión airada de Tavish bastó para cerrarle la boca de inmediato.

Struan se puso de pie con calma, alzando las manos, como si quisiera apaciguar una tormenta.

—Has tenido un viaje largo, muchacho —intervino en tono conciliador, levantándose de su silla a la vez que hacía un gesto con la mano. Comprendiendo el gesto, una joven que había estado oculta tras la puerta abierta que conducía hacia la cocina, se acercó a ellos. Struan se giró hacia ella—. Mairead, lleva a nuestro invitado a refrescarse y encárgate de que coma y beba algo caliente.

—¡No es nuestro invitado! —bramó Tavish, su voz retumbando como un trueno en el salón.

La joven se detuvo en seco, con los ojos muy abiertos, y el mensajero dio un paso hacia la pared, como si deseara fundirse con la piedra.

—¡Si no abandona mis tierras de inmediato, se refrescará en el fondo del río, con botas y todo!

El mensajero se estremeció como un ciervo acorralado por las fauces de un lobo. En cambio, Struan, acostumbrado al fuerte temperamento de su laird y mejor amigo, chasqueó la lengua con desdén y le lanzó una mirada.

—¿Y así piensas ganarte el favor del rey? ¿Amenazando a cada pobre diablo que te trae un mensaje?

Tavish cruzó sus brazos.

—¿Quién dice que quiero ganarme su favor?

—Nadie quiere a su rey como enemigo.

—Entonces debo ser diferente al resto —espetó Tavish con obstinación—. No me voy a arrodillar ante nadie.

Struan puso los ojos en blanco.

—Mairead, lleva al mensajero a una de las habitaciones libres.

La joven comenzó a moverse de nuevo.

—No —rugió Tavish, y Mairead se quedó a medio paso, como si el suelo se hubiese vuelto inestable bajo sus pies—. Las órdenes las doy yo, no tú.

El pobre mensajero se quedó rígido como una estatua, sin saber si debía avanzar, disculparse, o salir corriendo.

—Soy tu segundo, es mi deber ser razonable cuando tú estás ocupado gruñendo como un oso —replicó Struan con despreocupación. Después, se giró hacia la joven, que observaba la escena con preocupación pero sin sorpresa—. Mairead, ahora.

La joven vaciló apenas un instante. Sus ojos buscaron los de Tavish, que masculló algo entre dientes y acabó asintiendo con brusquedad. Mairead respondió con un leve movimiento de cabeza e hizo un gesto al mensajero —que seguía mas pálido que un cadáver —, para que lo siguiese. Este obedeció sin pronunciar palabra.

Tavish resopló, frotándose el rostro con una mano. Los mechones de su cabello rojizo, alborotados, le rozaban los hombros. El silencio entre ellos se alargó mientras el fuego chisporroteaba en la chimenea. Luego, sin mirar a Struan, masculló:

—A veces me pregunto por qué diablos te hice mi segundo.

Struan se sirvió una copa de hidromiel con la jarra que se encontraba encima de la mesa de madera que ocupaba parte del gran salón y se la ofreció. Tavish negó con la cabeza.

—Más para mí —dijo, dándole un sorbo—. Porque soy tu mejor guerrero —respondió al cabo de unos instantes con una sonrisa burlona—. Y porque poseo la terquedad suficiente como para decirte que estás siendo un necio sin temor a que me arranques la cabeza.

—Eso está por verse —gruñó Tavish.

—Lo sé. —Struan le dio otro sorbo a su copa de hidromiel—. Por eso bebo rápido, para caer inconsciente antes de que me dejes tú.

Tavish soltó un resoplido que bien podía haber sido una risa contenida. Luego, su mirada volvió a perderse en las llamas.

—Los ingleses mataron a mi padre y a mi hermano —dijo en voz baja, pero con una furia tan contenida que parecía que las piedras del salón podrían romperse con solo oírlo.

—Y los que lo hicieron ya están muertos —le recordó Struan—. Tú mismo les diste caza, uno por uno. Esa deuda está saldada. Y esa joven no tiene culpa de lo que hicieron otros hombres.

—Aun así… —Tavish apretó los puños sobre la mesa—. Los ingleses son traicioneros por naturaleza. No conocen el honor. Viven de promesas rotas y cuchillos por la espalda. Y sus mujeres no son mejores. ¿Pretendes qué meta a una de ellas en nuestro clan?

Struan levantó una ceja rubia con descaro.

—En realidad, es en tu alcoba donde tienes que meterla.

Tavish le lanzó una mirada que podría haber derribado un muro, pero Struan se encogió de hombros con una sonrisa inocente.

—No me puedo fiar de ella. En cuanto me despiste, intentará traicionarnos. Los ingleses no hacen otra cosa.

Struan apoyó una mano en la mesa y lo miró con seriedad por primera vez.

—¿Y qué propones entonces? ¿Rechazar las tierras? ¿Hacer que el rey te tome por desleal? ¿Luchar otra vez por lo que puedes obtener sin derramar sangre?

Tavish no respondió. Su ceño fruncido hablaba por él.

—No digo que debas confiar en ella —continuó Struan—, digo que uses la cabeza. No necesitas amarla; ni siquiera tiene que caerte bien. Solo tienes que firmar el acuerdo y compartir techo y lecho en la noche de bodas.

—No compartiré lecho con ella —espetó Tavish con los dientes apretados.

—Debes consumar el matrimonio. Sin eso, no es válido. Una vez quitada su virtud, no tendrás que volver a tocarla si no quieres. El

rey no ha pedido que tengáis hijos, solo un vínculo que pueda mostrarle al mundo que hay paz entre ambos reinos.

—No correré el riesgo de que se quede embarazada. Y jamás tocaré a una inglesa.

—Escucha, amigo. No hace falta que la ames; ni siquiera que la soportes. Pero si rechazas esto, no solo perderemos Glenreach y el favor del rey, sino que Guillermo ofrecerá esas tierras a Rowan Frasen, y él aceptará sin dudarlo. Su padre acaba de morir y Rowan ha estado fuera del clan por mucho tiempo. Conseguir esas tierras de forma oficial le dará la autoridad que necesita para ganar el respeto de sus hombres.

Tavish apretó los brazos con más fuerza contra su pecho mientras sacudía la cabeza con obstinación.

—¡Que se queden con Glenreach, me importa un comino!

Struan exhaló un suspiro prolongado, templando su ánimo. A veces, estaba convencido de que su mejor amigo podría hasta terminar con la paciencia de un monje.

—Escucha bien, Tavish. Sin esas tierras, nuestro clan seguirá atrapado, rodeado y acorralado. Glenreach es la única salida segura hacia los valles del este, un camino que puede abrirnos nuevas alianzas y recursos. Sin él, estaremos siempre en desventaja, luchando con una mano atada a la espalda.

Tavish entrecerró los ojos y se pasó ambas manos por su cabello, tirando de los mechones con fuerza a la vez que comenzaba a dar vueltas por la estancia mientras pronunciaba palabras que, aunque Struan no llegó a comprender, apostaría todas las monedas de oro que llevaba consigo a que eran malsonantes.

Finalmente, Tavish se giró hacia su segundo. Con la furia burbujeando bajo su piel, gruñó:

—Por los clavos de Cristo, no tengo otra salida, ¿verdad?

Struan se acercó a él para darle una palmada suave en el hombro.

—No, no la tienes.

—No compartiremos alcoba —escupió Tavish—. Y espero verla lo menos posible.

Struan soltó una risita baja, ladeando la cabeza.

—Tengo entendido que así son los matrimonios ingleses. No creo que espere otra cosa.

Tavish apretó los dientes, pero no replicó. La realidad era tan amarga como el whisky de invierno.

—Muy bien —cedió al fin con un resoplido bajo a la vez que movía su mano en un gesto airado—, que así sea.

—Voy a avisar al mensajero que aceptas el pedido del rey. Agradecerá no tener que hablar contigo de nuevo.

—Hazlo. Y que salga de mis tierras lo antes posible.

Tavish se acercó a la mesa y se llenó una copa de hidromiel. No le gustaba beber a horas tan tempranas, pero lo necesitaba.

—Te aconsejo que mejores tu humor —le dijo Struan desde la puerta—. No querrás asustar a tu joven prometida —bromeó.

—No podría importarme menos —espetó Tavish, apurando un trago amargo.

Struan soltó una carcajada como respuesta antes de cerrar la puerta, y Tavish se quedó solo en el gran salón, con el crepitar del fuego como única compañía. Un matrimonio impuesto con una inglesa era un destino que nunca había imaginado ni deseado. Sin embargo, era un precio que estaba dispuesto a pagar por el bien de su clan.

Lo único que esperaba era que esa inglesa no le complicara aún más la vida. Pero Tavish bien debería saber, a esas alturas de su existencia, que el destino, como el viento, sigue su rumbo sin pedir permiso.

Capítulo 2

La primavera comenzaba a desplegar su magia en las Lowlands. Las flores silvestres pintaban los campos con pinceladas de violeta y amarillo, y los árboles, aún desperezándose del invierno, susurraban con hojas nuevas al compás del viento. Todavía hacía fresco, pero el sol ya era lo bastante cálido como para que una joven testaruda encontrara una excusa para escabullirse.

Lady Matilda de Montfort se deslizaba entre los arbustos, con los pies descalzos sobre la hierba húmeda, riendo para sí misma mientras recogía el dobladillo del vestido raído de color marrón oscuro de la doncella que la estaba acompañando en el largo viaje desde Inglaterra. Era tosco, demasiado holgado y de lana áspera, pero ideal para pasar desapercibida.

Se habían detenido en un pequeño pueblo para descansar antes de continuar el viaje hacia las Highlands, al clan de su prometido, y ella había aprovechado la distracción general —y la pereza de sus escoltas— para desaparecer en dirección al lago.

No soportaba bañarse en las tinas de agua tibia que usaban las damas de su posición: pequeñas, agobiantes, y llenas de esencias florales que la hacían estornudar. Lady Matilda prefería el agua libre y helada, que le robaba el aliento y le despejaba el alma.

En su hogar natal, al sur de Inglaterra, solía escabullirse por las noches para bañarse en el arroyo que serpenteaba más allá de los jardines del castillo. Era su pequeño refugio. Pero su padre, siempre preocupado por las apariencias y la seguridad, descubrió sus escapadas y ordenó poner guardias en la puerta de sus aposentos, frustrando así su libertad. Su hermano William fue el único que comprendió cuánto significaba aquello para ella; el único que la

entendía. Porque, la realidad era que, Matilda había sido una incomprendida en su hogar.

Durante un tiempo, incluso después de la muerte de su padre, su hermano la había acompañado en secreto, montando guardia con una sonrisa resignada mientras ella chapoteaba como una niña en el agua helada. Nunca la reprendía, solo la miraba con ternura y le prometía que, mientras él viviera, siempre encontraría un rincón donde ser libre.

Pero William ya no estaba. Y con él se había ido el único hilo que la mantenía unida a su hogar, por lo que no le había entristecido tener que dejarlo.

Ahora estaba prometida a un hombre que no conocía, cuyo rostro nunca había visto y cuyo nombre apenas lograba pronunciar sin tropiezos. Sin embargo, su corazón —inocente, testarudo y lleno de los sueños de amor que recitaban las canciones de los trovadores — le decía que aquel desconocido sería, sin duda, el hombre del que se enamoraría.

Porque Matilda, desde niña, había sabido con absoluta certeza que ella se casaría por amor. Y un matrimonio concertado no era excusa suficiente para rendirse a ese sueño.

Pese a que Matilda había prometido comportarse como una dama y dejar atrás ese tipo de comportamientos «poco apropiados para una joven de su posición», aquel día, mientras las carretas descansaban en el patio de la posada, sus escoltas bebían, y su doncella dormía en la habitación que compartían, Matilda volvió a escabullirse.

Caminó hasta la orilla del lago; el agua fría y cristalina reflejaba el cielo encapotado. Se despojó de la ropa con manos temblorosas, no de miedo, sino de emoción. El agua estaba fría, como debía ser, y su cuerpo la recibió con un escalofrío que la hizo reír en voz baja. Hundió el rostro en el agua clara y dejó que sus pensamientos se disiparan entre los reflejos del sol y el canto de los pájaros.

No supo cuánto tiempo había pasado allí, flotando en silencio, hasta que el sonido de unos cascos rompiendo la quietud la hizo abrir los ojos y girar la cabeza hacia la orilla.

Un hombre acababa de desmontar con agilidad. Era joven, pero unos años mayor que ella. Vestía una camisa sencilla, remangada hasta los codos, y unos pantalones negros cubiertos de polvo. Su cabello, de un rojo ardiente, caía desordenado por sus hombros, y era alto; considerablemente más alto que la mayoría de los hombres que ella conocía. Aunque Matilda no alcanzaba a distinguir bien sus facciones, algo en su porte —en la amplitud de sus hombros y en la seguridad con la que se movía—, lo hacía parecer peligroso y apuesto.

Se inclinó junto a la orilla, sumergiendo las manos en el agua para refrescarse el rostro con movimientos lentos, y Matilda contuvo la respiración. No parecía haberla visto; una gran roca frente a ella la protegía de su campo de visión. Permanecía casi completamente sumergida, con el agua cubriéndole hasta el cuello y los brazos pegados al torso, ocultándose como podía.

Esperó, esperó, y siguió esperando. Pero él no parecía tener intención de irse.

Cada minuto que pasaba, el agua se le hacía más helada, calándole hasta los huesos. Sabía que sus labios estaban empezando a ponérsele morados. Si no hacía algo, moriría allí.

Así que, maldiciendo en silencio su mala suerte y temblando visiblemente, no tuvo más remedio que aclararse la garganta y decir en tono tembloroso pero firme:

—Disculpad, ¿pensáis quedaros ahí mucho tiempo?

El hombre se enderezó de inmediato, sorprendido por la voz. Miró alrededor, buscando su origen. Matilda se hundió un poco más, deseando que la tierra —o el lago— la tragara.

—¿Quién anda ahí? —preguntó él, con voz profunda y rasposa como grava mojada.

—Una mujer a quien estáis molestando con vuestra presencia —le respondió ella con seguridad, aunque el rubor ascendía por su cuello.

El hombre frunció el ceño, confuso, y bajó la vista hacia la orilla. No se había percatado de la ropa femenina esparcida en la hierba, a apenas unos pasos de donde se encontraba. Observó el vestido sencillo de color marrón, raído y manchado de polvo.

Su mirada se alzó entonces, recorriendo la superficie del lago, hasta detenerse en una gran roca redondeada que sobresalía entre las aguas. La había visto antes, pero ahora, al contemplarla con más atención, notó un leve destello detrás de ella: unos ojos azules que lo miraban fijamente, grandes y visiblemente irritados.

—No seáis tímida, muchacha. Salid —ordenó él.

Matilda abrió los ojos como platos, preguntándose por un instante si había entendido bien aquellas palabras.

—No puedo salir, no llevo ropa.

—No os preocupéis por eso.

—¿Vais a cerrar los ojos y daros la vuelta? —le preguntó ella tentativamente.

El hombre chasqueó la lengua.

—¿Por qué haría eso?

Matilda contuvo un grito, sin poder creerse su descaro. Aquel hombre era un bárbaro; un salvaje sin una pizca de decencia.

—Porque los caballeros no deben ver a las damas desnudas si no son sus esposas.

—Yo no soy un caballero. Y vos no parecéis una dama —replicó él con desdén—. Salid, muchacha. Os escucho castañear los dientes desde aquí. Puedo daros calor.

—¿Darme calor? —repitió Matilda, frunciendo el ceño, confundida—. ¿Vais a encender una hoguera?

El hombre esbozó una sonrisa ladeada, convencido de que aquello era parte de un juego de seducción. Ninguna sirvienta —porque eso debía de ser, con ese vestido de lana basta— podía ser tan inocente.

—No pensaba en fuego, aunque si insistís, puedo buscar leña. O... —hizo una pausa breve y deliberada— puedo desnudarme también y calentaros con mi cuerpo.

Matilda soltó un jadeo escandalizado.

—¡Sois un libertino! —chilló, horrorizada.

—Y estoy orgulloso de ello, muchacha —secundó él, con una sonrisa arrogante—. Os aseguro que soy mejor amante que cualquier hombre con el que hayáis yacido.

Matilda no podía creerse la desfachatez de aquel desconocido. ¿Qué clase de grosería era esa? Además del insulto evidente, el hombre estaba convencido de que ella era una simple sirvienta. La estaba tratando como si no mereciera más que una noche de diversión.

Inspiró hondo, tratando de mantener aquella calma que siempre la acompañaba. Y luego, con una sonrisa tan dulce que casi resultaba inquietante, dijo con voz melosa:

—¿Podéis permitirme un poco de decencia? Dejadme salir y vestirme, y entonces, si tenéis suerte, os dejaré demostrarme lo buen amante que sois.

El hombre soltó una carcajada grave, sorprendido y divertido.

—Vaya, una doncella con lengua afilada. No sabía que las mujeres de las Lowlands coqueteaban con tanto descaro.

¿No era de la zona?

Se había dado cuenta de que el gaélico del hombre era más cerrado. Aun así, Matilda lo entendía con facilidad, ya que había aprendido el idioma siendo niña. Fue una de las sirvientas, una mujer procedente de las Lowlands, con rostro huesudo y voz suave, quien le enseñó las primeras palabras, entre canciones de cuna, cuentos junto al fuego, y largas tardes de costura. Matilda, siempre curiosa, no tardó en insistir para aprender más.

Lo que comenzó como un juego de niña, se convirtió en una habilidad útil. Su padre decía que no valía para nada, que una dama no necesitaba otra lengua que el latín y las oraciones, pero ahora estaba comprometida con un laird de un clan en las Highlands, y saber su idioma le sería muy útil para ganarse el respeto de los miembros del clan.

—Quizá no habéis conocido a las adecuadas —espetó con la barbilla bien alta—. Ahora, giraos —ordenó.

El hombre arqueó una ceja pelirroja, entre curioso y escéptico.

—Está bien —dijo finalmente, con una soberbia que a Matilda hizo que le hirviera la sangre—. Os concedo vuestra decencia.

Matilda no perdió el tiempo. Salió del agua como una ninfa furiosa, goteando y tiritando. Se vistió a toda prisa con el vestido

raído de su doncella, que pesaba el doble al estar húmedo. Sus manos temblaban, pero no sabía si por el frío o por la rabia.

Cuando terminó de atarse el cordón del corpiño, echó un vistazo a su improvisado visitante. Aún le daba la espalda, aunque parecía estar tarareando algo; una melodía alegre que Matilda no reconoció.

—Presuntuoso —farfulló ella tan bajito que apenas pudo escucharse a sí misma, y mucho menos el hombre, que continuaba impasible.

—¿Puedo girarme ya? —preguntó él, con una impaciencia evidente en su voz.

—No, aún no —respondió Matilda.

—Si no os gusta el aire libre, puedo llevaros al cobertizo junto al establo. Hay paja limpia. Estoy deseando veros desnuda encima de ella —añadió con una sonrisita que no necesitaba verse para sentirse.

Matilda rodó los ojos y su labio inferior tembló de furia. Cogió una piedra lisa y pesada de entre la hierba y la levantó con decisión.

—Ya podéis giraros —anunció con voz falsamente dulce.

El hombre se giró lentamente, con una sonrisa torcida asomando en sus labios, pero antes de que pudiera reaccionar, la piedra salió volando de la mano de Matilda y le golpeó en el hombro con un sonido seco.

—¡Maldita seas! —exclamó, frunciendo el ceño y tocándose el lugar donde había recibido el golpe—. ¡Por los diablos de Cristo, qué os sucede!

Matilda lo miró, desafiante, y negándose a dejarse intimidar por aquel bárbaro.

—¡Me sucede que sois un libertino, un hombre sin honra ni respeto, y un villano que se comporta como un cerdo de los más sucios!

La tez dorada del rostro del hombre se enrojeció tanto que Matilda creyó que iba a estallar como un tomate al sol. Sus fosas nasales se hincharon y sus manos se cerraron en puños.

—¡¿Cómo os atrevéis a hablarme de esa manera?! —bramó, furioso.

Matilda levantó la cabeza para intentar mirar los ojos claros del hombre. Eran verdes, tan profundos como un bosque, y no pudo evitar preguntarse cómo unos ojos tan bonitos podían pertenecer a alguien tan necio.

El hombre dio un par de pasos hacia ella, pero Matilda no retrocedió. Aunque su madre había fallecido cuando ella era apenas una niña, aún podía escuchar en su cabeza la viva voz de aquella mujer que le insistía con fervor en que jamás debía permitir que un hombre la tratara con desprecio.

—Os hablo como os merecéis —respondió sin titubear—. Si queréis respeto, debéis ganároslo.

Él frunció el ceño, molesto, pero también sorprendido por la valentía de aquella joven. Había escuchado que los hombres y mujeres de las Lowlands estaban empezando a debilitarse y parecerse más a los ingleses, pero esa joven parecía ser la excepción.

—Vuestra arrogancia iguala vuestra belleza, muchacha —dijo él con una sonrisa ladeada—, pero conmigo no os servirá de nada.

—Será mejor que no subestiméis a quien tenéis enfrente. No temo ni a hombres altos ni a sus burlas. Tampoco a libertinos como vos.

—No quiero que me tengáis miedo. Guardad todo ese fuego para el lecho.

La ira se encendió en los ojos de Matilda.

—Si pensáis que podéis tratar a una mujer como a un objeto, estáis muy equivocado. No solo no os lo permitiré, sino que os aseguro que si dais un solo paso más, os arrepentiréis del día en que os cruzasteis en mi camino.

—¿Y cómo pensáis lograrlo?

Matilda le clavó la mirada, desafiante y sin inmutarse. Entonces, alzó la voz con fuerza, llamando la atención de todo el lugar.

—¡Ayuda! ¡Este hombre intenta robarme! ¡Que alguien me auxilie!

Sus grito resonaron entre los árboles, y pronto comenzaron a escucharse pasos apresurados. Matilda no perdió la compostura; sabía que su mejor defensa era causar revuelo y atraer testigos.

—¿Qué narices estáis haciendo, muchacha? —preguntó el hombre, que ya no sonreía, sino que su expresión burlona había sido sustituida por una de confusión.

Ese fue el turno de Matilda de sonreír.

—Demostraros que no necesito fuerza para venceros.

El hombre fue a responder, pero los pasos de los escoltas de Matilda lo silenciaron. Ladeó la cabeza hacia la maleza y emitió un bufido de frustración. Después, se dirigió hacia su caballo, que estaba atado alrededor de un árbol, y soltó las riendas. Pero antes de saltar sobre él, se giró hacia Matilda.

—No creáis, ni por un instante, que habéis ganado, muchacha —masculló.

—Yo creo que sí lo he hecho —respondió ella con una sonrisa satisfecha.

Pero él ya había desaparecido entre los árboles, dejando tras de sí solo el susurro del viento. Y mientras observaba el camino vacío, Matilda no pudo evitar pensar que era un hombre apuesto, pero también un descarado libertino. El tipo de hombre que jamás querría como marido. Por suerte, no volvería a verlo nunca.

Capítulo 3

Aquel no era el recibimiento que Matilda esperaba.

Ella había albergado la ilusión de que los miembros del clan la esperarían con júbilo, con sonrisas y gestos de bienvenida, tal y como debía ser recibida la prometida del laird y futura señora del clan.

Pero, al cruzar el puente levadizo de madera y atravesar el portón, lo único que halló fue un patio de armas desierto. Ni un alma en movimiento, ni una voz que la saludara, ni rastro alguno de su prometido. Y, sin embargo, había tomado todas las precauciones para evitar precisamente aquello.

Dos días antes, había enviado a uno de sus escoltas al clan con la orden expresa de adelantar su llegada y anunciarla, para que todo estuviera dispuesto en su honor. Incluso había obligado al resto de la comitiva a detenerse y pasar la noche en un claro cercano, dándole tiempo de sobra al laird y a su gente para preparar su recibimiento.

Y, pese a todo, allí estaba, contemplando un silencio que se le antojaba casi ofensivo.

Por supuesto, no culpaba a su prometido de ello. No tenía duda alguna de que se trataba de un malentendido. El hombre con el que se iba a casar nunca sería tan descortés.

—Geoffrey —dijo, girando la cabeza para mirar a uno de los soldados que la escoltaban—. ¿Estáis seguro de que entregasteis la misiva que anunciaba mi inminente llegada antes de regresar al claro?

—Por supuesto, milady. Se la entregué a uno de los dos hombres que custodiaban el puente levadizo, avisándole de que debía entregársela al laird con premura.

Matilda puso los ojos en blanco.

—¿Cómo se os ocurre? Debisteis entregársela vos mismo a mi prometido.

—Lo intenté, milady. Mas no me dejaron cruzar el puente.

Matilda volvió a poner los ojos en blanco. Era evidente que los hombres eran unos inútiles y tenía que hacerlo todo ella, como siempre.

—¡Vamos, Caldero! —exclamó, tirando con brío de las riendas del semental en el que estaba montada.

Se giró apenas sobre la silla para mirar a sus hombres. Geoffrey frunció el ceño y se apresuró a preguntar:

—Milady, ¿qué estáis haciendo?

—Solucionar yo misma este asunto.

—No lo hagáis, milady —dijo, prácticamente implorando, otro de los soldados.

La doncella, que viajaba a lomos de una yegua parda, soltó un suspiro resignado.

—No os hará el menor caso —murmuró, alzando los ojos al cielo—. No veo la hora de regresar a Inglaterra.

La pobre mujer estaba muy arrepentida de haber aceptado las monedas que la tía de Matilda le había dado para que acompañase a la joven. Y no solo porque las Highlands y sus habitantes le infundieran un temor constante, sino porque aquella muchacha resultaba, sencillamente, imposible.

Matilda no les escuchó porque ya había espoleado a Caldero. El caballo, acostumbrado a las reacciones de su dueña, avanzó con entusiasmo.

Los soldados no tuvieron la menor oportunidad de evitarlo. En un abrir y cerrar de ojos, la joven se encontraba en el puente levadizo.

Matilda bajó de su caballo, al que no se molestó en atar, y recorrió los tablones ante la atenta mirada de los guerreros que lo custodiaban, quienes no sabían cómo actuar ante la airada joven que se acercaba a pasos apresurados hacia ellos.

—Buenos días —saludó con cortesía. Porque, a pesar de la incompetencia, Matilda nunca perdía los modales que tan bien le

habían inculcado—. Decidme, ¿quién de vosotros dos quedó encargado de darle la misiva a mi prometido y no lo hizo?

—¿Qué misiva? —preguntó el mayor de los dos soldados, frunciendo ligeramente el ceño.

Matilda soltó un fuerte suspiro para calmarse. Era una dama, y las damas no se alteraban… Al menos, no demasiado.

—¡La misiva que anunciaba mi llegada!

Los dos hombres se miraron entre sí, tan confundidos como si les hablara en gaélico antiguo.

—Milady, no sabemos de qué nos habla.

—Encima de inútiles, necios —murmuró Matilda, alzando la barbilla. Los guerreros abrieron la boca, indignados, pero Matilda levantó la mano con gracia altiva, impidiéndoles replicar—. Por vuestra torpeza, vuestro laird pasará una vergüenza terrible —continuó con dramatismo—. No podría culparle si decidiera castigaros.

Los dos hombres volvieron a mirarse, perplejos. El mayor pensó que la joven había perdido la razón; el otro, que su pobre laird había sido condenado sin saberlo.

—Milady… —se atrevió a comenzar el más joven.

Matilda creyó notar miedo en los ojos del pobre muchacho, y en su mente, decidió que era su deber, como futura señora del clan, mostrarse misericordiosa. Así, ganaría su respeto.

—No es necesario que me pidáis disculpas —lo interrumpió con solemnidad, malinterpretando sus palabras—. Soy una dama muy razonable y benevolente. No debéis temerme.

—No le tenemos temor alguno —dijeron los dos hombres a la vez.

—No, claro que no —asintió ella, recordando las advertencias de su tía y de las damas que la habían instruido. Los hombres nunca admitían sentir miedo; era algo que había que respetar, incluso alentar—. Y, por supuesto, disculpas aceptadas.

—No nos hemos disculpado —replicó el más mayor, mientras el otro abría y cerraba la boca como un pez.

Matilda llegó a la conclusión de que, a veces, una dama debe ser más firme en sus palabras, pero siempre con respeto y

solemnidad.

—Pues deberíais haberlo hecho —sentenció. El guerrero abrió la boca para responder, pero Matilda alzó una mano, cortándolo en seco—. No os molestéis. Ya he decidido perdonaros.

—Pero, milady, no tenemos una razón para disculparnos —insistió el hombre.

Matilda respiró hondo. Aquel hombre era muy tozudo. Por suerte, ella era una dama muy razonable.

—Habéis olvidado entregar la misiva a vuestro laird. ¡Un olvido imperdonable! Estoy segura de que pensará en azotaros por ello, aunque yo intercederé para que no lo haga.

—¿Cómo decís? —preguntaron los dos hombres.

—Entiendo vuestro temor. Mas no os preocupéis; mi prometido es un hombre muy razonable, manejable y confiado, que escuchará mi palabra sin ponerla en duda.

Los hombres parpadearon, atónitos. Uno incluso murmuró algo ininteligible.

—Si tenéis algo qué decir, hacedlo en voz alta. No soporto a quienes murmuran —se quejó Matilda. Aunque, un instante después, sin darse cuenta de la contradicción —o sin importarle en lo más mínimo—, dejó escapar entre dientes, mirando hacia el cielo, casi como una plegaria—: Dadme paciencia, señor. Voy a necesitarla.

—¿Estáis hablando de nuestro laird? —inquirió con cautela el soldado más joven.

Aquella pregunta encendió de inmediato la ira en el rostro de Matilda, que centró de nuevo la mirada en ellos.

—¿De quién, si no? —exclamó, con las mejillas encendidas—. ¿Acaso creéis que tengo más de un prometido? ¡¿Qué clase de mujer pensáis que soy?! ¡¿Cómo osáis siquiera insinuarlo?!

Los dos hombres se quedaron boquiabiertos, balbuceando como si buscaran una excusa que no sonara a ofensa. El más joven abrió y cerró la boca un par de veces, hasta que logró articular:

—Milady, nosotros no queríamos decir que…

—¡Silencio! —lo cortó Matilda, alzando la mano con teatralidad —. No acepto ofensas veladas. Si tenéis lengua para hablar, que sea para pedir perdón.

—Milady. —Una voz masculina irrumpió en la conversación. Matilda se giró para ver que Geoffrey la había seguido en su caballo y estaba montado aún encima de él—. Ha habido un malentendido…

—No, Geoffrey. No intentéis defenderlos. Estos hombres me han faltado al respeto.

—Ellos no son los hombres que ayer custodiaban el puente. Ellos no son culpables de nada —aclaró, sin atreverse a descender de su cabalgadura. Pese a que su orgullo le impedía reconocerlo, prefería librar una batalla que contradecir a aquella muchacha.

Matilda asintió, tragando saliva. Sus ansias por agradar a su prometido le habían impulsado a cometer un error. Y Matilda sabía cuándo debía pedir perdón.

—Disculpadme por el error —dijo, girándose hacia los dos soldados.

—No importa, milady —respondieron ambos hombres a la vez, aliviados de que todo se hubiese solucionado.

Matilda se quedó unos segundos en silencio, con una cálida sonrisa dibujada en su rostro. Esperó, y esperó un poco más. Mas su sonrisa se desvaneció lentamente cuando se dio cuenta de que no añadirían nada.

—¿No vais a disculparos por faltarme al respeto?

—No os hemos faltado al respeto, milady —contestaron al unísono.

—¿Entonces creéis que soy una mujer de vida alegre? —preguntó con falsa dulzura, ladeando la cabeza.

—¡Por supuesto que no, milady! —negaron ambos a la vez, horrorizados.

—¿Entonces?

—¿Entonces qué? —se atrevió a decir el más mayor, mientras el otro permanecía sabiamente callado.

—¿Por qué habéis insinuado lo contrario?

Los dos guerreros suspiraron al mismo tiempo. Aquella mujer estaba empecinada en ganar una batalla que solo ella había declarado.

—Milady, con todo respeto —comenzó el más joven—, quizás malinterpretáis nuestras palabras.

—¿Malinterpretar yo? —Matilda abrió mucho los ojos, escandalizada—. ¡Jamás! Una dama siempre entiende lo que le dicen. Porque una dama siempre presta mucha atención, mide bien sus palabras, y reflexiona antes de hablar. —Hizo una pausa—. ¿O acaso estáis insinuando que no soy una dama?

—Otra vez no… —murmuró el más mayor, mientras negaba con la cabeza.

Ambos hombres ansiaban que la tierra se los tragara de una vez.

—Milady —intervino Geoffrey con tono prudente, intentando reconducir la situación—, deberíais regresar al patio de armas. Vuestro prometido ya debe de estar al tanto de vuestra llegada y querrá veros.

—El laird. Él no… —trató de advertir el guerrero más joven, pero su compañero le estampó un fuerte pisotón en el pie para acallarlo.

Matilda no se dio cuenta de nada, pues toda su atención estaba ya puesta en Geoffrey.

—Sí, será lo mejor. —Asintió con seriedad—. Estos hombres me tientan a comportarme de manera poco refinada y, aunque una dama ejemplar como yo jamás perdería la compostura, no quisiera verme obligada a alzar la voz.

Los soldados pensaron que ya era tarde para ello, ya que llevaba un buen rato gritando, pero se contuvieron y no abrieron la boca.

—Dios no lo quiera —dijo Geoffrey.

Matilda se encaminó hacia su caballo, que estaba pastando cerca del comienzo del puente. Montó con destreza y se dirigió hacia el patio de armas.

—¿Cómo puede tener mi prometido hombres tan necios al cuidado del clan? —le preguntó a Geoffrey, que cabalgaba junto a ella.

—No lo sé, milady.

—Yo sí lo sé —replicó ella con aire de gran certeza. Geoffrey no estaba muy seguro de querer escuchar la respuesta, pero tampoco se atrevió a interrumpir. Bien conocía a la muchacha y sabía que se

lo diría de todas formas—. Es un laird de corazón demasiado tierno y de maneras delicadas, que no querría ofender a nadie; ni siquiera a hombres necios como esos.

—Tenéis razón, milady —contestó Geoffrey, pese a que dudaba profundamente de esa afirmación, ya que había oído hablar del temible laird Tavish MacKinlay y poco tenía que ver con aquella descripción. Pero la joven lo miraba con expectación, esperando una respuesta afirmativa. Además, a pesar de todo, le había cogido cierto aprecio, y no quería verla disgustada. Mucho menos enfadada, y aún menos que él se convirtiera en el objetivo de su ira. Tarde o temprano descubriría la verdad por sí misma, y mejor sería que eso sucediera cuando él ya se encontrase seguro en Inglaterra.

—Geoffrey, debemos partir —anunció el comandante de la escolta de Matilda en cuanto ambos llegaron al patio de armas.

—¿Por qué? —inquirió Matilda—. Estoy segura de que mi prometido quiere agradeceros que me hayáis traído sana y salva —continuó, bajándose del caballo.

—Ellos ya no son bienvenidos aquí —advirtió una voz femenina.

Matilda tornó la cabeza para ver a una mujer que parecía haberse materializado de la nada, aunque probablemente ya estaba allí cuando ella había regresado al patio.

Era de baja estatura, y llevaba su cabello castaño recogido en un moño tan tirante que Matilda no lograba comprender cómo le era posible respirar.

—Vos no tenéis potestad para decir tal cosa —replicó Matilda con una mueca de reprobación—. Decidme, ¿dónde está mi prometido?

—Seguidme —fue lo único que respondió la mujer, con expresión seria, sin atender en absoluto a la petición de la joven.

—Yo… —Matilda dudó, mirando a sus guardias, pero la mujer ya se había dado la vuelta y cruzaba el patio sin volver la vista atrás.

—Id con ella, milady —le indicó su doncella.

—Pero ¿y mi equipaje?

—No os preocupéis. Antes de partir me aseguraré de que los guardias de vuestro prometido suban vuestros baúles.

Matilda dirigió la mirada a la carreta donde descansaban los dos baúles.

—No, está bien. Todos necesitáis descansar y daros un baño. El viaje ha sido largo.

—No os preocupéis por nosotros, milady —dijo Geoffrey—. Ahora vuestra labor es velar por el clan de vuestro prometido.

—Tenéis razón —concedió Matilda, resignada.

Tanto la doncella como Geoffrey suspiraron aliviados. Todos estaban deseando marcharse de allí y, en parte, deshacerse de ella. Consideraban que Matilda era una buena muchacha… pero, ciertamente, muy complicada.

Tras despedirse de ellos, Matilda agilizó el paso para entrar en la fortaleza. La mujer la estaba esperando dentro con el ceño fruncido y una evidente mueca de desaprobación dibujada en su rostro.

—Vamos, muchacha —la apremió con impaciencia, golpeando levemente el suelo con el pie—. Tengo demasiadas labores como para estar aquí esperándoos todo el día.

Aquella mujer era demasiado severa, casi desagradable, pero Matilda decidió que lo más prudente era mostrarse amable. Su tía se lo había repetido en innumerables ocasiones: una dama siempre debe comportarse con cortesía, aunque la traten de la peor manera posible.

La mujer comenzó a caminar por los pasillos de piedra a paso apresurado. Para su baja estatura y su edad avanzada, era muy rápida y hábil, tanto que a Matilda le costaba seguirla.

—¿Cómo os llamáis? —le preguntó.

—Maud. Soy el ama de llaves y, en este momento, debería estar encargándome de asegurarme de que se va a servir el almuerzo correctamente, no de vos.

Matilda puso los ojos en blanco, pero se contuvo de responder. Bien sabía que las mejores amas de llaves solían ser altivas y testarudas.

—Os lo agradezco —respondió con una sonrisa, procurando no dar peso a sus malas formas—. ¿Me lleváis a ver a mi futuro esposo?

—A riesgo de parecer impaciente, Matilda no pudo evitar preguntar por él. ¿A quién quería engañar? Ella nunca había sido paciente.

Matilda no podía aguardar más para conocer a su futuro esposo. Estaba convencida de que él sentiría el mismo anhelo que ella. Pese a que su hermano solía mofarse de su alma soñadora, a Matilda le encantaba escuchar de niña los viejos romances de trovadores que la anciana sirvienta que la crio le contaba antes de acostarse. Podía pasar horas oyéndolos.

Y, de alguna manera, se imaginaba que la primera vez que vería a su futuro marido, sentiría esas mariposas en el estómago y ese cosquilleo en la piel del que tantas veces oyó hablar en aquellas historias.

Sin embargo, Maud no respondió. Ascendió por unas escaleras de piedra que conducían a un largo pasillo.

—No os imagináis lo mucho que deseo conocerlo —añadió con un suspiro enamorado.

Maud se giró hacia ella, arqueando sus pobladas cejas, formando un surco en su frente, y sus labios se torcieron levemente en una expresión que a Matilda le pareció de incredulidad, aunque no estaba segura, ya que seguía teniendo esa expresión seria que siempre parecía acompañarla.

—Estos son vuestros aposentos —dijo.

Matilda había estado tan enfrascada en sus propios anhelos que no se dio cuenta de que se encontraban frente a una puerta abierta hasta que Maud señaló una estancia frente a ellas.

—¿Y mi prometido? —Matilda no pudo evitar el tono de decepción que sonó en su pregunta.

—Él está de caza y aún no ha regresado.

Por Dios. Su prometido iba a estar muy enfadado cuando descubriese que, por culpa de la ineptitud de sus hombres, ni siquiera estaba en el castillo cuando ella había llegado.

Matilda fue a preguntar cuándo regresaría, pero antes de que pudiera pronunciar una sola palabra, Maud le hizo un gesto con la mano para que se adentrara en la estancia. Considerando descortés no obedecer, Matilda entró en los aposentos.

Era una estancia amplia, con un jergón cubierto de mantas sencillas pero limpias. Una ventana estrecha dejaba pasar la luz del sol, iluminando los muebles de madera robusta. Las paredes estaban adornadas con tapices modestos, y un pequeño candelabro de hierro colgaba del techo, listo para iluminar la estancia al caer la noche.

La chimenea estaba encendida, a pesar de que no hacía frío. Matilda fijó la vista en un arcón de madera colocado junto a la pared opuesta a la ventana, cerca del jergón.

Allí no iban a entrar todas sus cosas.

—Voy a necesitar más arcones —pidió Matilda.

Maud rodó los ojos y exhaló un bufido mientras golpeaba el suelo con el pie, como si aquella conversación le estuviera haciendo perder el tiempo.

—Una sirvienta se encargará de eso.

Matilda asintió. En realidad, eso era lo que menos le importaba en ese momento.

—¿Cómo es mi prometido? —indagó.

—Es el laird —respondió Maud con sequedad, como si Matilda no lo supiera ya y como si eso fuera todo lo que debería saber sobre él—. Y, si no necesitáis nada más, debo irme.

—¿Mi prometido vendrá a verme cuando llegue, o debo bajar yo a recibirlo? —insistió Matilda, pero la mujer ya se había girado y salido por la puerta, dejándola como única respuesta un sonoro portazo que resonó por toda la estancia

Matilda se dejó caer sobre el jergón con un suspiro. A pesar de los contratiempos del día, pronto conocería a su futuro marido.

Y sabía que la espera valdría la pena.

Capítulo 4

A Matilda le gustaba presumir de ser una joven llena de virtudes, aunque la paciencia no figuraba entre ellas. Había esperado en los aposentos lo que, a su parecer, había sido una eternidad. Finalmente, decidió abrir la puerta con la buena intención de preguntar a alguna doncella o sirvienta si su prometido había llegado.

Estaba segura de que no era así, o de lo contrario ya habría venido él mismo o enviado a alguien en su lugar.

Pero no podía seguir encerrada entre cuatro paredes. Matilda era un alma libre que necesitaba moverse y respirar aire puro. Además, ansiaba compañía; cualquier alma dispuesta a conversar sería recibida con gratitud y entusiasmo, aunque solo fuera para aliviar el tedio que la oprimía como una capa de plomo.

Caminó por el largo pasillo sin encontrar a nadie, hasta dar con unas escaleras que subió sin saber adónde se dirigía. No fue hasta que vio las almenas que comprendió que se encontraba en lo alto de la fortaleza, con el viento golpeando su rostro y la vista abierta sobre el paisaje que rodeaba el castillo.

El valle se extendía ante ella, salpicado de colinas verdes, bosques, y arroyos que serpenteaban hasta perderse en la distancia.

A Matilda siempre le habían gustado las alturas, al contrario de su hermano, quien, pese a nunca reconocerlo, las había temido desde pequeño. Avanzó unos pasos por las piedras, deteniéndose para contemplar el horizonte. Tenía que admitir que el paisaje de las Highlands, con sus bosques primaverales y ese verde frondoso, era de una belleza impresionante. Nada tenía que envidiar a los paisajes de Inglaterra.

El viento silbaba entre los dientes de las almenas, y Matilda se apoyó sobre las piedras, disfrutando de la brisa acariciar su piel y de cómo su cabello se ondeaba de un lado a otro.

Un canto suave atrajo su atención. A unas almenas más lejanas de la que ella ocupaba, reposaba un ave. Sus grandes ojos observaban a Matilda con atención, y su plumaje blanco relucía bajo la luz del sol. A Matilda siempre le habían gustado los animales, mas sentía una especial fascinación por los pájaros. De alguna manera, los envidiaba; envidiaba su don de volar y de ser libres.

—Hola —le saludó—. ¿Vos queréis hacerme compañía? —Matilda se rio al darse cuenta de que estaba hablando con un animal —. Tan solo llevo unas pocas horas en este clan y estoy perdiendo la cordura. ¿Os imagináis si me respondéis?

El pájaro hizo un pequeño sonido y extendió sus alas. Matilda pensó que partiría, alejándose, pero se posó en la almena en la que estaba ella. Era la primera vez que un pájaro se aproximaba hacia ella. Las aves tendían a ser un poco esquivas, y Matilda siempre había querido acariciar una.

Se inclinó hacia el pájaro, estirando la mano con cuidado. Para acercarse más, puso un pie sobre un pequeño saliente de piedra de la almena y se apoyó en el borde superior de la muralla, sin darse cuenta del riesgo que corría. Su atención estaba completamente en el ave, ignorando lo inestable que era su posición.

El pájaro dio un pequeño saltito hacia ella, y Matilda sonrió, encantada, sin percibir que casi perdía el equilibrio. De repente, una mano firme la sostuvo por la cintura, evitando que se precipitara.

—¡¿Qué creéis que hacéis?! —preguntó al darse cuenta de que se trataba de una mano masculina—. ¡¿Cómo os atrevéis a tocarme?! —Escandalizada, se separó del hombre.

—Podríais haberos caído —espetó él, señalando el saliente de piedra donde ella había estado apoyada.

Matilda siguió con la vista el gesto de su dedo. Solo entonces comprendió lo cerca que había estado de precipitarse al vacío. Trató de restarle importancia, aunque en el fondo sabía que tenía razón. A veces, era imprudente; lo reconocía como uno de sus escasos

defectos, y pese a que se enorgullecía de sus virtudes, también se preciaba de saber admitir sus faltas.

—Tenéis razón, a veces soy… —comenzó a decir mientras se giraba, pero la voz se le apagó en los labios.

Un hombre de largos cabellos pelirrojos y profundos ojos verdes la observaba con intensidad.

Un hombre al que ya había visto antes.

—¿Vos? —El hombre parecía tan perplejo como ella.

Era el desconocido con quien había coincidido en el lago unos días atrás. Pero ahora, vestía diferente. No llevaba pantalones y camisa como cuando lo conoció, sino un kilt con los colores del clan MacKinlay. Matilda los reconoció al instante, ya que aquel clan pronto sería el suyo por matrimonio.

Matilda no podía dar crédito a su mala fortuna. ¿Acaso el destino pretendía que conviviera con aquel bárbaro?

—Sois un MacKinlay —evidenció con voz cargada de incredulidad—. No me digáis que vivís en la fortaleza.

—Por supuesto que vivo aquí, muchacha —replicó él con naturalidad, arqueando una ceja—. ¿Y vos qué lleváis puesto? —preguntó, señalando su atuendo.

Matilda bajó la vista hacia su vestido de seda en un delicado tono rosa pastel, adornado con bordados plateados en las mangas y el corpiño ceñido. No era, en absoluto, una prenda cómoda para viajar, y por eso la había guardado hasta poco antes de llegar al clan. Había querido presentarse ante su prometido luciendo como la más bella de las damas, impecable, tal y como una futura esposa debía hacer.

—Un vestido. ¿O acaso no lo veis?

—Lo veo perfectamente —respondió él con un bufido—. Pero os aseguro que no es el vestido de una sirvienta. ¿Lo habéis robado?

Matilda abrió los ojos como platos.

—¡¿Cómo os atrevéis?! —exclamó, con la voz cargada de indignación—. ¡No soy ninguna ladrona!

—¿Cómo os atrevéis vos a perseguirme después de cómo actuasteis en el lago?

Matilda abrió la boca para responder, pero no lo hizo. No iba a seguir entrando en las provocaciones de ese hombre.

—Mi prometido me está esperando. —Alzó la barbilla con altivez —. No tengo tiempo para seguir perdiendo el tiempo con insensatos.

—¿Vuestro prometido? —repitió él, arqueando una ceja con burla—. Ese pobre diablo se merece toda mi compasión.

¿Pero cómo se atrevía? Matilda sintió cómo la ira le provocaba que le ardiesen la mejillas.

—Mi prometido, a diferencia de vos, me tratará con respeto. Él es un hombre de honor y corazón noble. No es un guerrero cualquiera que se limite a empuñar una espada sin pensar, como estoy segura de que hacéis vos. Él sabe medir sus actos y proteger a su gente; no se compara con un bárbaro como vos.

—Yo protejo a mi gente —la corrigió él, malhumorado—. ¿Vuestro prometido es uno de mis guerreros? Porque, de ser así, debo advertirle de vuestras malas artes.

—Mi prometido es el laird del clan, y más os vale que le contéis cómo me estáis tratando, o no os…—No terminó la frase, ya que se detuvo al ver que el hombre frente a ella palidecía visiblemente.

—¿Vos sois Matilda de Montfort?

Matilda esbozó una sonrisa segura, como quien disfruta de la incredulidad ajena.

—Habéis oído hablar de mí —afirmó, porque no había duda—. Espero que os disculpéis conmigo. —Alzó la barbilla e hizo un gesto con su mano—. Ahora —demandó.

—¿Disculparme? —El semblante desconcertado del hombre volvió a adquirir de nuevo aquella expresión hosca que perpetuamente lo acompañaba—. ¿Por qué debería disculparme con vos?

Matilda puso los ojos en blanco. ¿Por qué les costaba tanto a los hombres de ese clan reconocer sus errores?

—Por faltar el respeto a la prometida del laird MacKinlay.

—¡Por los clavos de Cristo, yo soy el laird MacKinlay! —exclamó él con exasperación, alzando las manos.

Matilda lo observó con perplejidad, moviendo la cabeza de un lado a otro, como quien trata de descifrar un pergamino en runas

extrañas. Ella debía haber oído mal.

—No, no lo sois.

—Por supuesto que lo soy, muchacha.

—No podéis serlo. Mi prometido no es un bárbaro, él es un hombre…

—Que está perdiendo la paciencia —terminó él la frase por ella.

—No sois mi prometido.

Tavish respiró hondo. No se podía creer que esa mujer fuese su prometida: la inglesa que odiaba sin conocerla. Ella no se parecía en nada a la imagen de una inglesa insípida que había creado en su mente. Era mucho más bella, más decidida, y el fuego interior que la recorría lo atraía con la fuerza de un río embravecido.

Pero no. Él no podía sentirse atraído por una mujer inglesa, y menos por su prometida impuesta.

—Soy Tavish MacKinlay, el laird de estas tierras y vuestro futuro marido —dijo con un tono lleno de altivez y seguridad, lo que hizo que la ira de Matilda burbujeara bajo su piel.

—No lo acepto —replicó ella, cruzando los brazos con determinación.

Tavish arqueó una ceja, sorprendido.

—¿Qué no aceptáis, exactamente?

—Que vos seáis Tavish MacKinlay.

—i¿Pero qué locura decís, muchacha?! —bramó él—. Soy quien soy, y eso no es algo que podáis decidir aceptar o rechazar.

Matilda lo contempló en silencio durante unos instantes, casi pareciendo reflexiva. Después, asintió y exhaló un suspiro de resignación.

—Está bien. Lo acepto entonces.

Tavish resopló, sin poder dar crédito a lo que estaba escuchando.

—Muchacha, ¿habéis decidido volverme loco?

—No, pero sí he decidido que no quiero casarme con vos.

—¿Pensáis acaso que yo sí deseo desposarme con vos? —Tavish chasqueó la lengua.

Matilda cruzó sus brazos.

—Entonces, no nos casaremos.

—No tenemos otra elección. Sabéis tan bien como yo que es orden de vuestro rey y del

mío.

—Hablaré primero con vuestro rey. En cuanto le explique mis razones —Matilda descruzó sus brazos y señaló con el dedo índice a Tavish de arriba abajo—, él mismo insistirá en anular nuestro enlace y convencerá a mi rey.

—¿Y cuáles son esas razones tan poderosas?

—No puedo casarme con un hombre al que nunca podré amar.

Tavish miró al cielo, como si pidiese clemencia, y luego, volvió a centrar sus ojos en ella.

—¿Amor? —repitió con desdén, como si aquella palabra le quemara la lengua—. ¿Pero qué necedades estáis diciendo?

—Necedad ninguna —respondió Matilda con convicción—. Vos sois un bárbaro, un hombre disoluto. En el lago queríais yacer conmigo aun pensando que estabais prometido con otra. Sois un hombre sin corazón al que…

—Es suficiente, muchacha. Soy vuestro prometido y me trataréis con respeto.

—Ya os estoy tratando con más del que os merecéis —dijo Matilda con la barbilla alzada—. Y si me disculpáis, debo prepararme para mi viaje a la corte. —Hizo un gesto con su mano para que se apartara y la dejara pasar.

Pero Tavish no se movió.

—El rey Guillermo tiene asuntos más importantes que perder el tiempo hablando necedades con vos.

Matilda fue a responder a Tavish, pero el sonido de un gorgoteo rasgando el aire le hizo darse la vuelta. El ave, del que ella se había olvidado por completo, temeroso de Tavish, extendía sus alas dispuesto a marcharse sin que ella hubiera podido acariciarle.

—¡Esperad! —gritó, pero el pájaro ya volaba, alejándose de ellos. Con un resoplido de indignación, se giró hacia Tavish—. Habéis asustado a mi amigo.

Tavish miró confundido a la joven.

—¡¿Qué decís ahora?! —Matilda fue a contestar, mas Tavish se lo pensó mejor—. ¿Sabéis qué? No deseo seguir escuchando

vuestros disparates. ¿Maud no os ha dicho que os quedéis en vuestros aposentos?

—Lo ha hecho. Como también ha impedido que mi escolta se quedase en la fortaleza.

—Lo sé, seguía mis órdenes. No permito que los ingleses se queden en mis tierras.

—Yo soy inglesa.

—Dejaréis de serlo en dos días, cuando mi segundo traiga al padre Stuart y nos case.

—No voy a casarme con vos.

—No voy a volver a tener esta discusión —resopló Tavish, cansado de la testarudez de la joven—. Vamos a casarnos como es nuestro deber. Y hasta que eso suceda, os quedaréis en vuestra habitación.

Matilda volvió a cruzar sus brazos con indignación.

—Soy una dama, y como tal, no voy a deciros lo que pienso de vos.

—¡Si ya me lo habéis dicho! —gritó Tavish, que estaba empezando a perder los estribos.

Matilda descruzó sus brazos y dio un paso hacia él.

—Haced el favor de no gritar y tratarme con el mismo respeto que os estoy tratando yo.

Tavish abrió los ojos. No se podía creer el descaro de esa muchacha.

—¡Se acabó! —decidió, para después girarse hacia la puerta—. ¡Murdoch!

A los pocos segundos, un hombre ataviado con los colores de los MacKinlay apareció en las almenas.

—¿Sí, laird? —preguntó con una leve inclinación de cabeza, aún con la respiración entrecortada por la rapidez con la que había acudido a su llamado.

—Lleva a mi prometida a sus aposentos y asegúrate de que no salga de allí. Si hace falta, haz guardia día y noche en su puerta.

—Como ordene, laird.

Tavish se giró para marcharse, sin tan siquiera dignarse en despedirse de Matilda.

—¿Eso es lo que soy ahora? ¿Una prisionera? —espetó ella, sin poder creer que fuese a encerrarla.

Pero Tavish continuó su camino sin molestarse en responder. No solo la iba a recluir entre cuatro paredes, sino que encima tampoco se molestaba en darle una explicación.

—Ese hombre… Es... es… —masculló entre dientes, cerrando sus manos en puños con fuerza mientras lo observaba atravesar la puerta—. Un tunante, un testarudo, un bárbaro y, según parece, también carente de corazón.

—Milady —la llamó Murdoch, interrumpiendo su sarta de improperios—, debo acompañaros a vuestros aposentos.

El hombre, que debía estar a mitad de sus cuarenta inviernos y que tenía una prominente barba de color marrón, la miraba con preocupación, poco seguro de cómo actuar con ella.

—No os preocupéis, Murdoch —lo tranquilizó Matilda, girándose hacia él—. Os acompañaré sin queja. Soy una dama educada para sobrellevar con paciencia este tipo de situaciones. —Murdoch respiró con alivio a la vez que le hacía un gesto para que comenzase a andar—. Pero debo deciros que no me gustan las injusticias —añadió con una mueca—. Y que vuestro laird os haya ordenado hacer algo tan cruel no es justo para vos.

—¿Cruel? —repitió el guerrero, perplejo.

—Encerrar a una dama entre cuatro paredes debe ser algo deshonroso para vos.

—Son vuestros aposentos, milady. No son las mazmorras.

—Casi las preferiría —dijo Matilda con un suspiro teatral, comenzando a andar.

El guerrero no dijo nada mientras caminaban por los pasillos silenciosos del castillo hasta llegar a la puerta de los aposentos de Matilda. La abrió para que esta entrase, pero ella se detuvo y lo miró.

—Debéis saber que no os culpo. Y vos tampoco debéis culparos.

—No os entiendo, milady.

—Por seguir una orden con la que no estáis de acuerdo.

—Yo no…

—Podéis estar tranquilo. No le diré a vuestro laird que pensáis que sus órdenes son injustas.

Antes de que pudiera responder, la joven le cerró la puerta en las narices.

Mientras Murdoch permanecía de guardia, quedó convencido de algo: aquella joven iba a trastocar la cordura de toda la fortaleza. Especialmente, la de su laird.

Y conociéndolo, esperaba que Dios los hallase a todos debidamente confesados.

Capítulo 5

¡La había encerrado!

El muy canalla había dado la orden de que no la dejasen salir de su alcoba, como si, en lugar de ser su prometida, fuese una prisionera. O peor aún, una carga molesta de la que debía hacerse cargo.

Y Matilda podía ser muchas cosas, pero jamás una carga. Nunca lo había sido, ni pensaba permitir que nadie la tratase como tal.

Se había criado como la hija de un barón, cierto, y eso le había asegurado una vida cómoda y llena de privilegios. Pero Dios bien sabía que ella nunca se había limitado a comportarse como un mero adorno. Siempre había buscado aprender más de lo permitido, alzar la voz donde se esperaba silencio, y defender con fiereza lo que consideraba justo.

Claro que sus maneras no siempre habían sido bien recibidas. Sin embargo, también había dedicado tiempo a las enseñanzas propias de una dama de su rango: sabía bordar, dirigir a los criados, organizar un banquete, cuidar de los enfermos de la casa, y velar por la hacienda de un castillo.

Refinada, instruida, y con una gran fortaleza interior, Matilda sabía muy bien quién era. Por supuesto, también sería una esposa obediente y sumisa, tal y como se esperaba de una dama como ella. Pero ese bárbaro que seguía siendo su prometido estaba lejos de ser el hombre que había creído que sería; el caballero que se merecería su obediencia.

Tavish MacKinlay no había tenido siquiera la decencia de presentarse para disculparse por cómo se había comportado, ni había puesto un pie en su alcoba desde que la habían encerrado allí.

Ya había transcurrido un día y una noche, y su única compañía había sido una joven sirvienta que acudía para traerle la comida. Comida que ella había rechazado una y otra vez.

Matilda no probaría alimento hasta que Tavish se dignara a tratarla como era debido: a cortejarla como su futura esposa y legítima señora del clan que había de ser.

Porque, aunque no quería, aunque se decía a sí misma que nunca sería su esposa, sabía que, a veces, una dama tenía que hacer concesiones. Así que, luchando consigo misma, había llegado a la conclusión de que se desposaría con él si este le demostraba que era digno de entregarle su corazón.

Y Matilda, cuando se proponía algo, podía ser más terca que cualquier hombre de armas.

Sus pensamientos se vieron interrumpidos cuando la puerta de su alcoba se abrió.

—Ya os he dicho que no pi… —Mas aún, Matilda se quedó en silencio cuando no vio a la joven sirvienta, sino a otra muchacha, de una edad similar a la de ella, con un vestido de un color llamativo—. ¿A vos también os envía Tavish? Mi respuesta sigue siendo la misma —dijo, alzando la barbilla con dignidad.

Matilda advirtió que las manos de la muchacha estaban vacías. ¿Habría, por fin, Tavish entrado en razón y esa muchacha le llevaría hasta donde él?

Su fiel criada, quien la había cuidado desde que ella era una niña, solía repetirle que, para ablandar el corazón de un hombre, se necesitaba mano de hierro. «Especialmente la de un highlander, jovencita», le había dicho con una sonrisa triste antes de que Matilda emprendiera su viaje hacia tierras escocesas.

—Tú debes de ser Matilda, la prometida de mi hermano. —Al contrario que la sirvienta que había ido las otras veces a la alcoba, tartamudeando cada vez que se negaba, la muchacha entró con confianza y una sonrisa despreocupada—. Yo soy Isla.

Matilda la observó, sorprendida. Ella desconocía que Tavish tenía una hermana. Aunque, en realidad, no sabía nada de la vida de ese hombre. No era algo que la había preocupado, pero ahora se daba cuenta de que quizá debería haberlo hecho.

—Pues, Isla —Matilda se levantó del jergón en el que se encontraba sentada—, dile a ese burro con más mugre que sesos que tienes como hermano que no pienso comer un solo alimento hasta que me saque de aquí.

—Burro —repitió Isla, riéndose ante la ocurrencia de Matilda, lejos de sentirse ofendida—. Me gusta.

Antes de que Matilda pudiese responder, otra joven entró en la estancia y se colocó al lado de Isla. No era una joven cualquiera, sino una copia exacta de la muchacha anterior.

¿Acaso las malas formas de Tavish le habían hecho perder la razón y ahora veía doble?

—¿Qué haces aquí? —espetó Isla con un chasquido de lengua a su reflejo—. ¿Por qué siempre tienes que meter las narices donde nadie te llama?

Matilda no daba crédito mientras el reflejo de Isla ponía los ojos en blanco y negaba con la cabeza con un gesto reprobatorio. Isla alzó las manos en un gesto teatral y dejó escapar un suspiro de rendición.

Matilda cerró los ojos y se los frotó con fuerza con la manga de su vestido rosado, esperando que, cuando los abriera, volviera a recobrar la razón. Pero Isla seguía allí, con su reflejo.

Y ahora, se había girado hacia ella de nuevo.

—Ella es Skye, mi hermana gemela y un verdadero grano en el culo —dijo, señalando a la otra joven.

Matilda había escuchado hablar sobre los gemelos, mas nunca había conocido a ninguno hasta ahora.

Observó a ambas jóvenes, que eran físicamente idénticas. Las dos tenían el cabello castaño oscuro, pero a Isla le caía en ondas desordenadas hasta la mitad de su espalda, mientras que Skye lo llevaba recogido en un moño alto, perfectamente estirado con una cinta color marrón. Mas aún, tenían los mismos ojos grandes y almendrados de color azul grisáceo; la misma nariz pequeña y ligeramente respingada, y esas mismas facciones aniñadas. Incluso Matilda podía ver la misma cantidad de pecas espolvoreando sus mejillas.

No obstante, al contrario que Isla, Skye llevaba un vestido de color marrón claro, igual de modesto que el de su hermana, pero de un color menos llamativo.

—Así que sois gemelas —murmuró Matilda, dando un paso hacia ellas sin contener su fascinación—. Al menos sé que no he perdido la razón. Por un momento, he creído que veía doble.

Isla soltó una carcajada, mientras que Skye movió los ojos en un gesto que bien podía ser de reproche.

—Suele pasar —dijo Isla—. Aunque no lo entiendo, porque es evidente que somos muy diferentes. —Skye asintió con entusiasmo, dándole la razón a su hermana—. No sé cómo me pueden confundir con este muermo, cuando yo soy mucho más carismática, divertida y… —Isla no pudo terminar porque Skye pisó su pie con fuerza—. ¡Auch! ¡Eso duele!

Skye esbozó una sonrisa inocente. Después, hizo unos gestos a su hermana señalando a Matilda, que ella no comprendió, pero que, al parecer, Isla sí.

—Que sí, que sí… Tan solo me estaba presentando y dando un poco de conversación —suspiró Isla—. ¿Qué tal tu segundo día en nuestro clan, Matilda?

—Aburrido. —Matilda exhaló un suspiro, dejándose caer de nuevo en el jergón—. No ha sido el recibimiento que esperaba —expresó con honestidad, ya que ella no era una mujer de falacias.

—Eso es porque necesitas salir de estas cuatro paredes y respirar un poco de aire fresco —respondió Isla.

Los ojos de Matilda se iluminaron.

—¿Te ha enviado Tavish?

Isla hizo un sonido, una especie de silbido.

—No exactamente. Ha sido… —hizo una pequeña pausa— Maud.

—¿Maud? —repitió Matilda, dado que ese nombre le resultaba familiar. Ella no era demasiado buena con los nombres, o por lo menos, no con aquellos de personas que eran de su interés.

—Sí, la ama de llaves. Seguro que la has conocido. Una mujer bajita y que tiene un gesto así —Isla puso la misma cara que pondría si comiera un limón—, como si estuviese enfadada siempre.

—Ah, sí, de ahí me sonaba el nombre. Ella me recibió, aunque no podría decir que fue una bienvenida calurosa. Mas no la culpo; la culpa recae en los guardias que custodiaban el puente el día en que uno de mis escoltas llevó la misiva anunciando mi inminente llegada. Debieron extraviarla, y por ello nadie sabía que venía.

Isla se tocó la nariz y Skye se mordió el labio inferior. Ambas, evidentemente, incómodas.

—¿He dicho algo que os ha molestado? —preguntó Matilda, confundida.

—La misiva no se perdió, Matilda —dijo Isla—. Todos sabíamos que ibas a llegar, pero fue Tavish quien no permitió que te recibiéramos.

Matilda abrió los ojos como platos. No se podía creer la desfachatez de ese hombre.

—¡¿Cómo se atreve?! ¡Voy a buscarlo y se va a enterar! —exclamó con furia, levantándose de un salto del jergón. Comenzó a caminar hacia la puerta de su alcoba, pero no había dado más de un paso cuando se detuvo—. No… no haré tal cosa —murmuró, cambiando de opinión—. No merece mi ira, solo mi desprecio.

—No estoy segura de que tu desprecio le haga mella —le advirtió Isla con un suspiro—. Está acostumbrado a que muchos le muestren desdén. Claro que no del clan; aquí todos lo respetan —añadió, y Skye puso los ojos en blanco

—Entonces se lo haré pagar cuando menos lo espere.

—Eso suena mucho mejor. Me gustan las venganzas que se sirven en plato frío. Puedes esperar unos días y ponerle unas ranas en su jergón, o quizás untar un poco de ceniza entre sus sábanas. Cosas que lo incomoden, sin que pueda culpar a nadie directamente.

—Será algo en lo que sepa, sin lugar a dudas, que he sido yo —profirió Matilda con una sonrisa traviesa—. Como untarle miel en la silla y, cuando se siente, mostrarle la cuchara con la que lo hice, o hacer que un kilt se descosiera dejándole el trasero al descubierto y enseñarle la aguja e hilo con la que lo remendé.

Las tres explotaron en carcajadas.

—Vamos a ser muy buenas amigas las tres —dijo Isla con alegría cuando logró recuperarse—. No hagas caso al malhumorado

de mi hermano. —Hizo un gesto con su mano—. En el fondo, es un buen hombre.

—Lo apreciáis —murmuró Matilda, mirando a las dos gemelas.

—Es la persona más importante de nuestra vida —respondió Isla con seriedad—. Es el único que siempre se ha preocupado por nosotras. —Se detuvo un instante, como dudando si añadir algo más, pero al final no lo hizo—. Por cierto, me encanta tu vestido.

Matilda se dio cuenta del cambio de tema, pero no le importó. Era normal que las hermanas de Tavish solo viesen la parte buena de él, si es que tenía alguna.

—Tengo muchos. La mayoría me los he traído de Inglaterra y están en esos dos baúles —comentó, señalándolos—. Podéis poneros el que queráis.

Los baúles estaban allí cuando regresó de las almenas, pero aún no los había abierto. No lo había hecho porque, aunque no podía regresar a Inglaterra, no sentía que aquel fuese su hogar.

Isla emitió un grito emocionada y le dio un abrazo a Matilda. Esta se quedó quieta, ya que no estaba acostumbrada a los gestos de cariño tan entusiastas. En realidad, no recordaba la última vez que le habían dado un abrazo.

Siendo sincera consigo misma, sí lo hacía: cuando su hermano partió hacia Escocia para una misión de la que no regresó. Pero ella no quería pensar en William, porque si lo hacía, se derrumbaría. Y no podía permitírselo.

—¿Puedo verlos ahora? —preguntó Isla con emoción cuando se separó de ella.

Matilda esbozó una sonrisa.

—Claro.

Un carraspeo evitó que se moviese. Isla se giró hacia Skye y ambas compartieron una mirada.

—Pero quiero ver los vestidos —se quejó Isla con un mohín.

Skye negó con la cabeza.

—Está bien —suspiró Isla, alzando las manos en señal de rendición. Después, miró de nuevo a Matilda—. Hemos venido para sacarte de esta habitación y enseñarte los alrededores de la fortaleza.

—No puedo salir, hay un escolta que me ha puesto vuestro hermano en la puerta que me lo impide.

—Maud da más miedo que mi hermano; ningún guerrero la contradice, y ella me ha pedido que te saque de aquí. Necesitas aire libre.

Matilda arrugó la nariz.

—Estaba segura de que no era del agrado de Maud.

—Y no lo eres —secundó Isla con naturalidad—. Nadie lo es. Salvo yo, claro. —Skye resopló, pero Isla continuó como si nada—. Sin embargo, se preocupa por todos los que viven en la fortaleza. Ella dice que es su deber, pero yo sé que, bajo toda esa coraza, esconde un corazón tierno. Eso sí, jamás se lo hagas saber, si no quieres convertirte en el blanco de su ira.

Matilda esbozó una sonrisa.

—Entonces, salgamos —dijo con entusiasmo.

—Ya verás, te va a encantar. Solo tienes que seguirme.

Skye soltó una risita ahogada, casi como un bufido.

—¿Qué? —Isla se giró hacia ella—. ¿No crees que Matilda necesita salir? —Skye asintió—. ¿Entonces? ¿Cuál es el problema? —Skye la apuntó con el dedo índice—. ¿Yo? ¿Crees que yo soy el problema? ¡Soy la mejor guía que Matilda puede tener!

Skye negó con la cabeza y dio un paso hacia delante, señalándose a sí misma.

—Oh, por favor. Yo lo haré mejor que tú —replicó Isla—. Es insoportable —bufó—. Vamos, Matilda, te llevaremos a respirar aire fresco.

Matilda, que se había quedado observando la interacción entre las dos hermanas, sonrió. Era evidente la complicidad que había entre ellas y cómo se entendían, aunque Skye no emitiese ninguna palabra. Esta última escuchaba con claridad, pero, por alguna razón, no hablaba.

Cuando ambas hermanas salieron de la habitación, ella les siguió. No había ningún escolta en la puerta, algo que le sorprendió, pero no hizo preguntas. Se imaginaba que Maud se había encargado.

Siguieron el mismo pasillo que había pisado con el ama de llaves. Aunque una vez lo atravesaron, las gemelas la guiaron hacia otro pasillo más estrecho que daba a unas escaleras diferentes a las que ella había usado. Unas escaleras que llevaban a la planta inferior, pero no a la salida principal de la fortaleza, sino a una que, en vez de dar al patio de armas, daba a un pequeño jardín.

—¿Hemos salido por el patio de armas para evitar que Tavish sepa que he salido? —preguntó Matilda con suspicacia.

—Lo que no sabe no puede enfadarle. —Isla se encogió de hombros—. Olvídate de él —añadió antes de que Matilda pudiese responder—. Disfruta del aire libre.

Capítulo 6

Olvidar a Tavish resultaba mucho más fácil de decir que llevar a cabo.

Matilda llevaba pensando en él desde que le habían informado de que se convertiría en su marido. Aunque nunca pensó que se parecería al hombre que era en realidad. Pero Isla tenía razón, ahora debía disfrutar del aire libre.

Inspiró con fuerza al sentir el aire puro entrando por sus fosas nasales, deleitándose de los rayos de sol iluminando su piel. Estar en los aposentos encerrada poco más de un día se había sentido como una eternidad para ella.

Salieron del jardín y continuaron paseando. Las hermanas de Tavish habían resultado ser mucho más agradables que el bárbaro que tenía como prometido y fueron conversando con ella. En realidad, Isla, ya que Skye no hablaba; al menos, no con palabras.

Sin apenas darse cuenta, llegaron a una pequeña colina.

—Este es mi sitio favorito del clan —le contó Isla mientras se dejaba caer sobre la hierba. Skye, que se sentó al lado de su hermana, le dio un golpecito en el hombro—. Vaale, nuestro —se corrigió—. Desde aquí se ve la fortaleza y todas las tierras que la rodean dentro de los muros. Vamos, siéntate con nosotras.

—¿Sin una manta? —Matilda dudó por un instante.

Isla arqueó una ceja.

—¿Qué pasa, temes manchar tu vestido inglés? —preguntó Isla con un matiz burlón en la voz. Skye la reprendió con una suave palmada en el hombro—. Es cierto, las damas inglesas suelen ser muy recatadas. No les gusta ensuciar esos vestidos tan lujosos y delicados que llevan. Prefieren cuidar la tela antes que entregarse a la diversión.

—¿Conoces a más inglesas aparte de a mí? —le preguntó Matilda.

—A ninguna —respondió Isla con sinceridad.

—Entonces tu juicio no es válido. Pero si tienes esos pensamientos sobre las inglesas y sus vestidos, no deberías ansiar llevar uno de ellos.

Skye soltó una carcajada e Isla suspiró.

—Tienes razón, Skye, me lo tengo bien merecido. A veces, me dejo llevar por los prejuicios contra los ingleses. Discúlpame, Matilda.

Matilda hizo un gesto despreocupado con su mano.

—No tienes que disculparte. En realidad, sí que somos un poco recatadas. Mi tía me reprendería fuertemente si se enterara de que me siento en la hierba sin manta.

—Qué suerte entonces que ella no esté aquí.

Matilda dudó. No obstante, Isla arqueaba una ceja con cierto desafío, y Matilda nunca decía que no a un reto, así que se recogió un poco el vestido y se sentó al lado de Isla.

—¿Qué tenéis en el clan contra los ingleses? —indagó, no con ofensa, sino con pura curiosidad.

—Es una historia que no me pertenece contar. —El semblante de Isla se endureció durante unos breves instantes antes de recobrar aquella ligereza que siempre mostraba—. Pero no debes temer, en cuanto todos te conozcan, caerán rendidos a tus pies. Incluso mi hermano. —Le guiñó un ojo.

—Tu hermano ya me conoce.

—Pero él es muy tozudo. Necesita más tiempo que el resto para reconocer las cosas. Créeme, acabará haciéndolo.

Matilda esperaba que así fuese, porque lo cierto era que le gustaba estar en el clan MacKinlay. Además, esas dos chicas le caían muy bien. Y volver a Inglaterra, a un castillo donde, ahora que su hermano había fallecido, no era bienvenida, no le apetecía. Pero tampoco quería casarse con un hombre que nunca podría amarla.

Más quizá, Isla tenía razón. Quizá la primera impresión que había obtenido del laird no era la correcta y lo que Tavish y ella necesitaban era tiempo para que el amor floreciese entre ellos.

Skye se inclinó hacia delante, sacándola de su ensoñación, y estiró su mano hacia ella. Matilda vio el trozo de pan que la joven le ofrecía.

—No...

—No has comido nada desde ayer. Debes estar famélica —le interrumpió Isla.

Matilda negó con tozudez.

—No tengo hambre.

—Para luchar contra mi hermano tienes que estar con fuerzas.

Aquellas palabras y la manera en la que su estómago rugió fueron argumentos suficientes para convencer a Matilda.

—Solo unos mordiscos para coger fuerzas.

Pero aquellos mordiscos terminaron siendo todo el pan. Matilda devoró el pan duro como si fuera el más sabroso de los manjares.

Cuando terminó, observó la impresionante vista que se encontraba frente a ella. Los paisajes de Inglaterra eran preciosos, pero los de las Highlands tenían algo especial. Entendía por qué aquella colina era el sitio favorito de Isla y Skye. Desde allí, se podía ver todo el clan.

Un lugar concreto llamó la atención de Matilda. Estaba lejos, pero no lo suficiente como para que no pudiera verlo. Varios guerreros se agolpaban en lo que ella supuso que era el campo de entrenamiento.

Sin embargo, solo uno de ellos captó su interés.

Se encontraba en medio del campo. Su cabellera, roja como el fuego, danzaba al ritmo del viento mientras blandía su espada con destreza.

A Matilda nunca le habían atraído las contiendas. Aunque sabía que eran necesarias, no le agradaban. Pero, por alguna razón que no comprendió, no podía dejar de observar con fascinación cada movimiento de Tavish. Era salvaje, pero salvaje en el sentido agradable. Una palabra que Matilda jamás había creído que pudiera tener una connotación positiva para ella.

Tavish giró sobre sí mismo con agilidad y el filo de su acero casi rozó la nariz de su adversario, quien retrocedió con sorpresa. Este lanzó un contraataque, blandiendo su espada con fuerza, pero

Tavish, con la destreza de un guerrero curtido en mil batallas, desvió el ataque hacia un lado y aprovechó la apertura para golpear la muñeca del enemigo, arrancándole el arma de las manos. Después, lo empujó con fuerza hasta que cayó sobre la tierra. Y, sin darle tiempo a reaccionar, posó el pie sobre su pecho y descendió la punta de la espada hasta su cuello.

Entonces, se giró, y los ojos verdes de él se movieron lentamente hasta encontrarse con los de ella. Tal vez Matilda era una fantasiosa, tal y como le había acusado su padre en múltiples ocasiones, pero sintió que Tavish, aun sin saberlo, la estaba buscando a ella.

—Matilda —una mano sostuvo su hombro y tiró hacia atrás con fuerza, rompiendo el momento. A Matilda le pilló tan desprevenida que terminó tumbada sobre la hierba—, juega con nosotras —le pidió Isla.

Durante unos instantes, no reaccionó. No podía dejar de pensar en Tavish, en la manera en la que batallaba. Ahora que él no podía contemplarla, ¿seguirían los ojos de él buscando los de ella?

Matilda estuvo tentada a volver a incorporarse para descubrirlo, pero decidió que era mejor no hacerlo y, en su lugar, preguntó:

—¿A qué?

—A adivinar qué forma tienen las nubes —contestó Isla, que si percibió su distracción, no la manifestó—. La que consiga un ejemplo que más se asemeje a la realidad, gana. Empezaré yo. Esa —alzó la mano derecha y señaló una pequeña nube que flotaba ligera sobre el cielo azul— parece un conejo que salta entre los prados.

Matilda siguió la dirección que señalaba el dedo de Isla. Ella se consideraba una joven con gran imaginación, pero, por más que observó, no consiguió ver ninguna similitud.

—¿Un conejo? Si ni siquiera tiene orejas —advirtió, estrechando los ojos.

—Que sí, que sí —insistió Isla—. Mira, esas dos formas puntiguadas son las orejas y esa es la cola. Además, es blanco, como los conejos.

—Esa es la única similitud. Que hay conejos blancos —le otorgó Matilda, mientras negaba con la cabeza.

Skye asintió, dándole la razón.

—¿Ves? Tu hermana está de acuerdo conmigo.

—Eso es porque no tenéis imaginación. —Isla chasqueó la lengua con indignación—. Vamos, Skye, te toca.

Skye señaló otra nube, aún más pequeña. Hizo unos gestos con las manos que Matilda no comprendió, pero que Isla sí.

—Sí, puede ser una roca —dijo Isla, y Matilda asintió, porque, esta vez, sí vio el parecido—. Vamos, Matilda, es tu turno.

Matilda alzó la vista al cielo. Entre las nubes dispersas, una llamó su atención. Blanca, esponjosa, y de contornos caprichosos, avanzaba lentamente, empujada por el viento. Parpadeó, incrédula. Por un instante, aquel perfil se asemejaba al rostro altivo de Tavish: la barbilla erguida, la frente orgullosa, como si hasta el cielo se burlara de ella.

¿Acaso estaba perdiendo el juicio, viendo a ese hombre en todas partes? Cerró los ojos con fuerza, los volvió a abrir y allí seguía, la misma nube, con la misma forma insoportable.

—¿Entonces, Matilda? —la apremió Isla.

—Un burro —dijo repentinamente, señalando la nube.

—¿Burro? —Isla arrugó el ceño—. No veo la forma. Ni siquiera es tan grande para que sea un burro. Eso es peor que mi conejo.

En cualquier otro momento, Matilda, que siempre creía que tenía razón, habría tratado de convencer a Isla del parecido. Sin embargo, en esos momentos, su mente se hallaba cautiva, demasiado ocupada tratando de apartar el rostro del bárbaro de Tavish.

—Muy a mi pesar, mi hermana ha ganado esta ronda —dijo Isla con un suspiro unos instantes después.

Skye alzó las manos en señal de victoria.

—Nunca antes había jugado a este juego —comentó Matilda.

—Mi hermana y yo jugamos desde pequeñas —le respondió Isla —. Cuando vivíamos en el bosque, no había mucho qué hacer. Y era una buena distracción… —Isla tragó saliva y su rostro alegre se ensombreció por un instante— de todo.

Matilda la miró, confundida. ¿En el bosque? ¿Acaso las hermanas de Tavish no se habían criado en la fortaleza?

Fue a preguntar cuando un carraspeo las interrumpió. Maud se encontraba frente a ellas, con los brazos en jarras.

—Debería haber supuesto que estarías detrás de esto —le dijo a Isla con evidente reproche—. Pero, de ti, no lo esperaba. —Señaló con su barbilla a Skye, que bajó la mirada, luciendo avergonzada—. Lady Montfort —era la primera vez desde que Matilda la había conocido que le dirigía dos palabras seguidas sin que ella hiciera una pregunta—, tengo que pediros que regreséis conmigo a sus aposentos.

Matilda apoyó las palmas sobre la hierba y se incorporó, confundida.

—No lo entiendo. —Se giró hacia Isla—. ¿No te había pedido ella que me llevaras fuera?

Isla le dio una sonrisa inocente.

—Puede que haya escuchado una conversación en la cocina entre dos sirvientas.

—¿Entonces ella no te lo ha pedido? ¿No decías que todos le tienen miedo? Supuse que por eso no estaba el guerrero vigilando mi puerta.

—Y se lo tienen. Pero ella nunca iría en contra de las órdenes de mi hermano. Es demasiado fiel.

—Todos en este clan debemos serle fieles —recordó Maud con severidad—. ¿Cómo has engañado al pobre Murdoch para que deje su guardia? —le preguntó a Isla.

—No era él quien estaba en la puerta. Aunque debería —dijo Isla—. Dejó a ese joven guerrero que siempre está tras de mí mientras él descansaba unas horas. No me fue difícil convencerle de que se marchase.

Matilda tuvo que reconocer que Isla la había sorprendido. Pero ella no quería causarle problemas a Murdoch, ni tampoco al joven guerrero enamorado, y mucho menos a las gemelas, que tan bien se habían portado con ella.

—Está… —comenzó, pero Maud la acalló con un movimiento de mano.

—Lady de Montfort, el laird MacKinlay os pide que volváis de nuevo a vuestros aposentos.

—¡¿El laird?! —exclamó Matilda, comprendiendo por fin de qué se trataba todo aquel asunto. Ese burro la había visto fuera de su alcoba y ni siquiera se había dignado en pedírselo él, sino que había enviado a la ama de llaves a que hiciese el trabajo por él. Ese bárbaro... —¡¿Así que es él quién os manda, no? —Se levantó, enfurecida—. Pues si el laird —pronunció las últimas palabras con un evidente rentintín— quiere que regrese a mis aposentos, tendrá que decírmelo él mismo.

Maud ni siquiera parpadeó.

—Me temo que eso no va a poder ser. El laird está ocupado, no puede perder el tiempo con una prometida tozuda.

—Tan ocupado no estaba si ha hablado con vos. El mismo tiempo hubiera invertido diciéndomelo a mí. —Maud fue a abrir la boca, pero Matilda la interrumpió—. No os preocupéis, que él mismo me lo va a decir. —Y sin esperar una respuesta, echó a andar colina abajo.

Matilda caminó con rapidez y avanzó a grandes zancadas, dejando a las gemelas y a Maud allí. Aunque estaba segura de que había escuchado unas risas y unos aplausos procedentes de Isla.

No tardó en llegar al campo de entrenamiento. Había varios guerreros jóvenes peleando entre ellos. Tavish no estaba combatiendo en esta ocasión, sino que se encontraba supervisando las peleas.

—¡Vos! —exclamó Matilda, señalándole con el dedo. Ella se consideraba una dama con una educación envidiable y normalmente no tenía esos ademanes, pero aquel hombre sacaba lo peor de ella.

Tavish se giró y la miró.

Llevaba el torso descubierto y Matilda se contuvo para no posar la mirada en su pecho, bronceado por el sol y surcado por cicatrices de distintos tamaños de antiguas contiendas. Ni sus brazos, musculosos y vigorosos, que parecían forjados por la misma guerra…

Vale, tal vez sí que había mirado un poco.

—¿Qué queréis? —espetó él con sus habituales buenas maneras —. ¿No veis que estoy ocupado?

—¿En qué? —replicó Matilda—. Si ni siquiera estáis peleando, tan solo vagueáis mientras los demás lo hacen.

El rostro de Tavish se tiñó de un rojo furioso y, a su alrededor, resonaron algunas risas ahogadas. Se volvió bruscamente hacia los jóvenes guerreros que, en lugar de entrenar, observaban la escena con descaro.

—¡Ni una palabra más! —bramó—. ¡A entrenar!

—No han dicho nada —lo corrigió Matilda, sin amilanarse—, solo se han reído. Tal vez deberíais escoger mejor vuestras palabras. Pero claro, ni siquiera sois capaz de eso. Solo sabéis holgazanear.

—Muchacha, estoy supervisando las peleas.

Matilda rodó los ojos.

—Si vos lo decís...

—No lo digo yo, es la realidad. Hace unos instantes he estado peleando y vos me estabais mirando.

Tavish no entendía por qué le estaba dando explicaciones a esa muchacha descarada. Pero lo cierto era que sentía la necesidad de hacerlo.

—¿Yo mirándoos? —Matilda arqueó las cejas, fingiendo sorpresa —. ¡Qué desvarío! He visto a dos hombres cruzando espadas, sí, pero jamás pensé que uno de ellos fuerais vos. Más bien parecéis de esos que miran mientras los demás arriesgan la vida por el clan.

—Milady, no sé si sois consciente de que me estáis ofendiendo.

Matilda lo era; muy consciente. Y lo hacía a propósito. Ella no dudaba de que Tavish fuese un guerrero temible, pero disfrutar de pincharle el orgullo era un pequeño deleite que no pensaba negarse.

—Si os ofendo —dijo con calma—, es solo porque digo la verdad.

—He librado más batallas de las que puedo contar por la seguridad de mi gente —repuso Tavish con la voz endurecida y sus ojos verdes ardiendo de furia—. He enfrentado enemigos que ansiaban arrebatarnos lo que es nuestro, sin temor a la muerte, y lo seguiré haciendo mientras tenga aliento en el pecho.

—¿Queréis que os dé un galardón por ello? —retrucó Matilda, ladeando la cabeza con una sonrisa gélida—. ¿O preferís que os aplauda?

—Lady Matilda —pronunció su nombre como una advertencia.

Y si Matilda hubiera tenido un poco de autopreservación, habría sabido que aquel era el momento de detenerse. Pero no lo tenía.

Por eso, avanzó un par de pasos hacia él y, con la barbilla alzada, dijo:

—Laird MacKinlay.

Durante unos instantes ambos se mantuvieron la mirada, en un duelo de voluntades en el que ninguno de los dos parecía dispuesto a ceder. Los ojos verdes de él la atravesaban, orgullosos y fieros, pero los de ella, azules como el mar embravecido, se alzaban desafiantes, negándose a bajar la vista. El silencio se volvió tan denso que, hasta los jóvenes guerreros, que fingían entrenar, apenas se atrevían a mover las armas.

Tavish estaba seguro de que jamás había visto a una mujer más hermosa que Matilda. Incluso en medio de su furia, con las mejillas encendidas y los labios rosas tensos en desafío, su belleza parecía intensificarse, como si la ira misma le otorgara un fulgor aún mayor. Pero también era tozuda y dispuesta a llevarle la contraria en todo. No estaba seguro si quería matarla o besarla hasta dejarla sin fuerzas para seguir peleando.

No, él no debía desearla. Ella era una inglesa y él odiaba a los ingleses. Sería su esposa, sí, pero solo porque necesitaba las tierras que traía como dote.

—Id a vuestros aposentos y dejad de hacerme perder el tiempo —ordenó él, apartando al fin la mirada de ella.

Matilda aplaudió con suavidad, y Tavish la miró, desconcertado.

—Por fin habéis reunido el valor para decirme las cosas a la cara, sin necesidad de enviar aves mensajeras.

Tavish cruzó sus brazos.

—Si algo no me falta, es valor.

Matilda soltó una risa cargada de ironía, y Tavish sintió cómo la sangre le subía a la cabeza. La joven estaba llevándolo al límite de su paciencia. De la que, a decir verdad, no tenía mucha; por no decir ninguna.

—¿Lo estáis haciendo adrede? —le preguntó con el ceño fruncido.

—¿Él qué? —respondió ella con cara de inocencia, pero Tavish no se dejó engañar.

Descruzó sus brazos e hizo un gesto con su mano, señalando la fortaleza.

—Iros de una vez. No tengo tiempo para esto.

Pero Matilda, como parecía ser una costumbre en ella, no le hizo el menor caso.

—Por eso habéis enviado a Maud en vez de decírmelo vos mismo.

—¡No tendría que deciros nada si haríais lo que se os pide! —bramó.

—No me lo pedisteis, me lo ordenasteis —recalcó ella con indignación—. Y mientras no seáis mi esposo, no obedeceré vuestras órdenes.

Tavish estaba seguro de que ella no las iba a obedecer nunca. Y, lejos de irritarlo o molestarlo, le agradaba. No deseaba una mujer dócil y sin juicio propio; prefería a alguien con espíritu, que defendiera sus ideas y no temiera hablar. Algo que pensó que nunca encontraría en una inglesa.

—Y si os lo pido, ¿os quedaríais en vuestros aposentos? —le preguntó él en un intento de terminar con aquella discusión.

—No, claro que no.

—¡Por los clavos de Cristo, muchacha! ¡Me estáis volviendo loco!

Tavish escuchó unos cuchicheos a su alrededor. Los guerreros jóvenes seguían peleando, aunque miraban de reojo, pero los cuchicheos provenían de unas mujeres que pasaban cerca de allí, camino del río, y se habían detenido para observarlos sin el menor pudor.

Matilda siguió la mirada del laird y sintió cómo su piel se enrojecía.

Las mujeres se movieron con rapidez al darse cuenta de que las habían pillado, pero siguieron mirando de reojo hasta que estuvieron demasiado lejos para hacerlo.

—Por vuestra culpa estamos llamando la atención —le espetó, avergonzada.

—¿Por la mía? —repitió Tavish con incredulidad, arqueando una ceja—. Sois vos quien ha venido a lanzarme improperios a voz en grito.

Ella abrió la boca, ofendida.

—Yo no grito ni lanzo improperios. Soy una dama dulce, de maneras suaves y semblante sereno. Apacible como un lago al amanecer.

—Un lago, ¿eh? —repitió Tavish con media sonrisa torcida—. Yo diría que más bien un río embravecido que se cree tranquilo hasta que arrastra todo a su paso.

—¿Cómo os…? —Matilda se interrumpió a sí misma—. No os merecéis ni que os responda. Mis acciones hablan por sí mismas. Todos pueden ver que soy una dama educada y apacible.

Tavish entrecerró los ojos.

—Si ven eso, están ciegos.

Matilda fue a poner en su sitio a aquel bárbaro que tenía como prometido, cuando un suave golpe en su hombro le impidió hacerlo. Se giró para ver a Skye detrás de ella. Isla se acercaba a unos pasos, pero no había rastro de Maud.

—Lo sé, Skye —dijo Matilda con un pequeño bufido—. Vuestro hermano está siendo un grosero conmigo.

—Ella no ha dicho eso —refutó Tavish, ofendido.

Matilda giró la cabeza para mirarlo a él de nuevo.

—Lo ha hecho. Soy más que capaz de entender lo que dice.

—Por los clavos de Cristo, muchacha. ¿Hace cuánto la conocéis? ¿Una hora? ¿Cómo vais a ser capaz de saberlo?

—Ha sido más tiempo.

Skye se colocó en medio de los dos, mirándolos alternativamente, decidida a intervenir si era necesario.

—Te he dicho que los dejes discutir, Skye —dijo Isla, colocándose al lado de Matilda—. Estaba siendo muy entretenido.

Tavish resopló, exasperado.

—No tengo tiempo para esto.

—Vos nunca tenéis tiempo —se quejó Matilda, rodando los ojos —. ¿Ni siquiera para atender a vuestras hermanas?

Tavish abrió la boca para responder, pero la mirada firme de Skye lo detuvo. Suspiró, resignado.

—Muy bien —dijo finalmente—. Si no queréis volver a vuestros aposentos, no lo hagáis. Pero más os vale comportaros.

—Yo siempre me comporto, soy una dama —comenzó Matilda, pero Skye agarró su brazo y tiró de ella. Al principio se resistió, pero, pronto, cedió. Skye tenía razón: no valía la pena seguir discutiendo con un hombre tan testarudo y obstinado.

Se soltó del agarre de Skye y se alejó del campo de entrenamiento junto a las gemelas.

—Mi hermano y tú vais a tener un matrimonio muy feliz —le dijo Isla cuando estaban lo suficientemente lejos para que Tavish pudiera escucharla.

—¿Por qué dices eso?

—Porque las personas que discuten así es porque, en el fondo, se necesitan. Cuando alguien te hace hervir la sangre, también te hace latir el corazón más rápido.

—Yo no lo necesito. Mi corazón late más rápido, pero por el sofoco. Y no pienso casarme con él.

—Mi hermano puede parecer un necio; incluso, a veces, se comporta como uno. Pero sé que será un buen marido. Te tratará con respeto y te cuidará.

Matilda exhaló un suspiro y mordió su labio inferior con fuerza.

—Yo quiero un matrimonio por amor.

Isla esbozó una sonrisa.

—Si alguien puede conseguir que Tavish se enamore, esa eres tú.

Skye frunció el ceño, poco convencida.

—También quiero enamorarme yo —dijo Matilda.

Isla le dio un golpecito en el hombro con complicidad.

—Eso no te costará mucho. He visto cómo lo miras.

—¿Cómo si quisiese tirarle por un barranco y observar hasta que su cuerpo se aplasta contra el suelo? —finalizó Matilda, provocando que ambas hermanas se rieran,

—Olvidémonos de mi hermano. —Isla hizo un gesto con su mano—. Ahora que no tenemos que andar con cuidado de que nos

pillen, podemos llevarte al río. Allí suelen reunirse muchas mujeres del clan para lavar sus ropas. Podemos aprovechar para presentártelas.

—¿Y Maud? ¿Dónde está?

—Se ha ido cuando os ha visto a Tavish y a ti discutiendo. Ha dicho que tenía mejores cosas que hacer.

Matilda asintió.

—No me apetece mucho ir al río —confesó.

—¿Y qué quieres hacer? —le preguntó Isla.

—¿Hay algún lago o estanque en el que podamos bañarnos desnudas?

Skye abrió los ojos con sorpresa, pero Isla sonrió.

—Un estanque —dijo—. Suele ser bastante solitario. Los guerreros prefieren la orilla derecha del río para lavarse, y las mujeres lavan en la izquierda. Pocos van al estanque.

Matilda miró a Isla con entusiasmo.

—¡Vayamos entonces!

Las tres jóvenes caminaron entre la hierba alta, esquivando los senderos más concurridos, hasta llegar al estanque. La luz del sol se reflejaba en el agua tranquila, y un leve rumor de viento movía las hojas de los sauces cercanos.

—Es perfecto —susurró Matilda, arremangándose ligeramente el vestido para no mojarlo demasiado al acercarse al borde del agua—. Nadie nos molestará aquí.

—Es el lugar más apartado y tranquilo —le contó Isla—. Alguna vez me he bañado desnuda aquí, pero nunca pensé que tú querrías hacerlo.

—¿Por qué soy inglesa? —preguntó Matilda, que ya se estaba deshaciendo de su ropa.

—No. Porque eres una dama inglesa.

—Supongo que alguna vez puedo permitirme hacer cosas poco dignas de una dama. Venga, vamos.

Sin esperar respuesta, Matilda echó a correr hacia el agua, seguida de cerca por Isla, que también se había deshecho de su vestido. Las gotas brillaban en sus cabellos al sol mientras se sumergían, riendo y chapoteando, ajenas a todo lo demás.

Skye, en cambio, se quedó en la orilla, vestida, observándolas. Aunque la llamaron varias veces, prefirió quedarse sentada, disfrutando de la naturaleza y del aire fresco que le acariciaba el rostro.

Matilda emergió del agua, sacudiéndose el pelo y respirando hondo, con la risa aún atrapada en su garganta. Cerró los ojos un momento y dejó que el viento y el sol la llenaran de energía.

Por un instante sintió que estaba en el lugar correcto. En su hogar.

E incluso se atrevió a soñar con que, tal vez, Isla tenía razón y Tavish y ella podrían enamorarse el uno del otro.

Capítulo 7

—Debéis poneros el manto con los colores del clan. Así lo ha pedido el laird.

Matilda miró a la sirvienta, que era la encargada de proveerle aquello que necesitaba. En los últimos dos días, ella le había cogido cierto aprecio; sobre todo, porque era amiga de las gemelas.

—Mairead, si el laird desea algo, que tenga la cortesía de venir él mismo a pedírmelo —replicó Matilda con testarudez.

—Milady… —la muchacha bajó la voz, casi suplicante—, si no lo hacéis, será conmigo con quien descargue su enfado. Y bien sabéis cuánto temo sus enfados.

—Él nunca os dañaría —afirmó Matilda con seguridad.

Podía ver con claridad los mil defectos de Tavish MacKinlay: era tozudo, brusco y arrogante. Pero también sabía, con la misma certeza, que era un hombre incapaz de alzar la mano contra una mujer.

—Lo sé, milady, jamás he insinuado lo contrario. Pero no puedo evitar estremecerme cuando él grita, aunque su furia no esté dirigida a mí.

—No debéis preocuparos, yo asumiré toda la culpa.

Sin embargo, Mairead no parecía convencida.

—Milady…

—No, Mairead. —Matilda no le permitió formular la frase—. Si quiere que baje ahora al gran salón, lo haré. Pero no voy a ponerme el manto, y tampoco esa falda ni esa camisa. —Señaló la ropa que descansaba encima del jergón.

Matilda salió de la habitación antes de que Mairead pudiese detenerla. Iba ataviada con uno de sus vestidos ingleses en tono azul claro. La tela, ligera y elegante, estaba realzada con finos

bordados en hilos plateados que serpenteaban por el corpiño y las mangas.

Una leve sonrisa se dibujaba en su rostro. No veía a Tavish desde su enfrentamiento en el campo de entrenamiento y, aunque se repetía a sí misma que era mejor así, en el fondo había estado esperando una señal de él.

Y aquella señal había llegado esa misma mañana.

Él quería verla.

Pero al cruzar el umbral del gran salón, la sonrisa se borró de su rostro.

Allí, en el centro, se alzaba un altar rudimentario, apenas una mesa de madera cubierta con un paño deslucido. Tras él, un sacerdote murmuraba oraciones en voz baja, con sus manos reposando sobre un crucifijo tosco.

Tavish se encontraba frente al altar, erguido y solemne. A su lado, se hallaba un hombre al que no reconocía, aunque los colores de su manto dejaban claro que pertenecía al clan. En una esquina, casi escondidas, estaban las gemelas, con los ojos fijos en ella y una expresión de disculpa grabada en sus rostros.

—¿Qué significa esto? —preguntó.

Tavish se giró hacia ella. Su mirada la recorrió de arriba abajo y arrugó profundamente el ceño, como si algo no le gustara.

—No te has puesto el manto con nuestros colores.

Matilda no se acobardó.

—No, no lo he hecho.

—Tienes que casarte con nuestros colores.

—¿Casarme? —repitió Matilda, sorprendida. Sus ojos se posaron de nuevo en el sacerdote y, entonces, en ese mismo instante, ella comprendió qué estaba sucediendo—. ¿Acaso esta es mi boda?

Isla se volvió hacia ella, con los ojos abiertos y una expresión que decía «no teníamos idea», mientras Skye asentía suavemente, confirmando la realidad de la situación.

—Por supuesto que lo es, muchacha —dijo Tavish, como si no comprendiera la incredulidad de la joven—. Os dije que en cuanto mi segundo trajese al sacerdote nos casaríamos. Y ellos han llegado esta mañana.

Matilda abrió y cerró los ojos varias veces, como si de esa manera pudiese despertar de lo que ella consideraba una pesadilla.

—Mi nombre es Struan —se presentó el hombre que estaba junto a Tavish y que Matilda imaginó que era su segundo—. Es un placer para mí conoceros y ser testigo en vuestra boda.

—¿Os habéis vuelto todos locos? —preguntó Matilda, a la vez que movía las manos de un lado para otro—. Esto… esto…

—Es nuestra boda —finalizó Tavish por ella, avanzando un par de pasos con intención de acercarse, pero algo en el rostro de Matilda le advirtió que sería mejor no hacerlo—. No voy a hacer una gran ceremonia. No necesitamos gastar nuestras provisiones en gastos innecesarios.

Tavish creía que su enfado se debía a la sencillez del gran salón, que no estaba decorado con lujos ni banquetes ostentosos. Pensaba que ella se sentiría decepcionada porque la boda no era fastuosa.

Aunque Matilda no pensaba en eso. Para ella, lo que menos importaba era el lugar, los adornos o los invitados. Su boda ideal no era una celebración ostentosa: era estar junto a su amado, rodeada de aquellos que realmente le importaban. Pero Tavish no era su amado y, encima, no se había siquiera molestado en avisarle de que se iban a casar esa misma mañana.

—Lo que mi boda necesita es un novio diferente —espetó Matilda.

Tavish entrecerró los ojos.

—En eso estamos de acuerdo, milady. Mas es conmigo con quien debéis casaros. Y cumpliréis con vuestro deber.

Matilda lo miró, fija y desafiante, sintiendo cómo la indignación le subía por el pecho.

—No —declaró con voz contundente—. No voy a casarme con vos.

Tavish resopló con cansancio.

—Os repetís mucho, muchacha. Pero estáis atada a este matrimonio tanto como yo.

—Tal vez, a diferencia de vos, yo no temo la ira del rey.

—No le temo a nadie.

—Pues deberíais.

Ella estaba nuevamente contradiciéndose, y no tenía duda de que quería hacerle perder la cordura. Pese a saberlo, y a sentir la mano de Struan apretando su hombro en un gesto de advertencia, no pudo evitar preguntar:

—¿Por qué debería?

—Porque Dios está viendo lo que hacéis, y deberíais temer su ira.

—Dios es perdón, hija —intervino el sacerdote, que se había mantenido en silencio hasta ese momento—. Él no castiga.

—Pues debería —replicó Matilda, ceñuda.

Struan soltó una carcajada, y hasta Tavish tuvo que contener una sonrisa. Aquella joven era puro fuego, y no se amedrentaba ni ante un ministro de Dios, ni ante nadie.

Los ojos claros del padre Stuart se entrecerraron con dureza y su ceño se arrugó. Mas enseguida se relajó.

—Son los nervios los que hablan por vos, muchacha —dijo acercándose a ella con intención infundirle animo.

—No, padre. No estoy nerviosa, lo que estoy es decidida.

El sacerdote suspiró, dándose cuenta de que aquella joven no se lo iba a poner fácil. Pero él no se rendiría. Todas las almas necesitaban que las guiasen, y más las de una joven que había sido obligada a dejar su tierra natal para adentrarse a tierras desconocidas.

—Padre, regrese al altar —le ordenó Tavish, perdiendo la paciencia—. Tenemos que casarnos de inmediato. Tengo asuntos que atender y no puedo perder más el tiempo.

—Tavish —comenzó Isla, pero Matilda la interrumpió.

—¿Y qué es eso que os ocupa, que es más importante que vuestra propia boda? —preguntó Matilda, con ceño fruncido—. No me lo digáis, ¿habéis quedado con el resto de los burros para rebuznar a las gallinas?

Struan soltó otra carcajada y tuvo que sujetarse la tripa, que le dolía de tanto reír. Isla también se rio.

—¡No es gracioso! —le gritó Tavish a Struan, frunciendo el ceño.

—Yo sí creo que lo es, amigo —replicó Struan, con una sonrisa traviesa.

—Espero que no os estéis riendo de mí —dijo Matilda, cruzándose de brazos.

—Me río con vos, milady, que es diferente —contestó él, divertido.

—¡Basta ya de tanta chanza! —exclamó Tavish. Después, se giró hacia Matilda—. Y vos en cuanto estemos casados, no volveréis a faltarme el respeto —advirtió, con voz autoritaria.

Matilda puso los brazos en jarras, adoptando una postura desafiante, como si estuviera lista para luchar. Sin embargo, el sacerdote, que ya había visto suficiente tensión, decidió intervenir antes de que se desatase una contienda.

—Hija, será mejor que hablemos un momento a solas.

—No hay tiempo para eso, padre —dijo Tavish, impaciente.

—Sí, padre, será lo mejor —respondió Matilda, ignorando por completo al laird. Ella no quería hablar a solas con el sacerdote, pero solo él podía ayudarle a salir de la situación en la que se encontraba en ese momento.

—¿Hay alguna estancia tranquila donde pueda calmar los temores de la joven? —le preguntó el sacerdote a Tavish.

—A Matilda le relaja estar al aire libre —respondió Isla—. Si salís por la puerta de la cocina y camináis hasta la torre lateral, encontraréis un pequeño patio que siempre está vacío. Allí podrá hablar con calma sin que nadie la moleste.

Aunque a Matilda no le gustaba que hablasen por ella, agradeció la intervención de su amiga. El sacerdote asintió.

Tavish se dispuso a hablar de nuevo, pero un codazo por parte de su segundo le obligó a guardar silencio. Aun así, no pudo contener un resoplido sonoro con el que mostró su descontento.

Siguiendo las directrices de Isla, Matilda y el sacerdote se dirigieron hacia la cocina, en la que, en ese momento, se encontraban varios sirvientes limpiando. Todos los observaron, aunque se mantuvieron en un discreto silencio. No obstante, Matilda ni siquiera se dio cuenta, ya que estaba demasiado preocupada con sus pensamientos.

Salieron por la puerta y caminaron hacia el patio. Como Isla había dicho, estaba vacío. En un rincón, había un banco rústico de madera, desgastado por los años, apoyado junto al muro de la torre. Matilda se sentó en él, mientras el sacerdote se colocaba a su lado.

—Puedo confesaros si lo deseáis —le dijo el padre Stuart con suavidad.

—No es necesario, padre. No tengo ningún pecado que confesar. Las damas no pecamos.

El padre Stuart pensó que era igual de orgullosa que su prometido, y que hacían una buena pareja, pero, como sabía que el comentario no sería bien recibido por parte de la joven, decidió guardar silencio.

—Podéis hablarme de vuestras razones para no querer casaros —dijo en su lugar—. Y os prometo que, aunque no os estéis confesando, lo guardaré como secreto de confesión —le aseguró, observando su rostro en busca de cualquier señal de duda o angustia.

Matilda bajó la mirada, jugueteando con los dedos entrelazados. Tras unos instantes en silencio, levantó la cabeza y miró al anciano.

—Deseo casarme, padre —confesó—. Pero con un hombre a quien ame, y que me ame a mí. ¿No es acaso voluntad de Dios que amemos a nuestro cónyuge?

El padre Stuart asintió con gravedad.

—Entiendo, hija mía. Mas conviene recordar que los matrimonios concertados también son aprobados por la divina providencia. Y más aún cuando son ordenados por un rey. En vuestro caso, hija, es la voluntad de no uno, sino de dos reyes.

—Lo sé, padre, y no quiero ir contra la voluntad de los reyes. Pero debéis entenderme, no puedo casarme con un hombre que no me ama y nunca lo hará.

—El amor llegará, hija mía. Solo debéis ser paciente.

Matilda suspiró.

—Debo reconocer que no soy una mujer paciente, padre.

Este ya se había dado cuenta de ello, pero no se lo hizo saber.

—Debéis intentarlo, hija. Casaos con el laird, cumplid con vuestro deber, y el Señor os indicará el camino hacia el amor.

Matilda era creyente, pero estaba bastante segura de que ni siquiera el Señor podía realizar ese milagro.

—No puedo, padre. Al menos necesitaría una señal, algo que me indique que Tavish puede amarme y que yo puedo amarlo a él. Si he de esperar un tiempo a que eso ocurra, encontraré la manera de sobrellevarlo. Mas no puedo casarme sin la certeza de que así será.

—¿Antes de venir a estas tierras ya sabíais que no os casaríais?

—No, padre, yo vine ilusionada, pero Tavish no se parece al hombre que imaginé.

—Nuestra imaginación muchas veces nos engaña, hija mía. —El padre Stuart avanzó un paso hacia Matilda y colocó su mano sobre el hombro de ella—. No es obra de Dios que nos confunda, sino del maligno, que se vale de nuestros deseos y temores para desviarnos del camino recto.

Matilda se preguntó si Tavish no habría hecho un juramento secreto con el maligno, o si no era el propio diablo. Bello por fuera para engañar a las pobres almas inocentes y malvado en el interior.

¿Bello? ¿Ella lo consideraba bello?

Matilda no sabía de dónde había surgido aquel pensamiento, aunque lo cierto era que, cuando lo había visto luchar en el campo de entrenamiento, un extraño calor le había ascendido por el pecho. Sus brazos fuertes y marcados, los movimientos precisos y seguros, la habían dejado atónita. Cada golpe, cada giro, parecía mostrar no solo destreza, sino también una fuerza brutal que la había hecho sentirse extrañamente atraída.

Y aun más, al verlo en el altar con su kilt de gala, erguido y solemne, algo en su porte y en la seguridad que transmitía su mirada había despertado en ella una inesperada fascinación, un impulso que no sabía nombrar.

Matilda sacudió la cabeza, como si con ese gesto pudiera sacar aquellos necios pensamientos de su mente.

Sin duda alguna, el diablo le estaba nublando el juicio.

—Hija —el padre Stuart apretó ligeramente su hombro mientras la miraba con preocupación—, ¿estáis bien?

Matilda asintió con la cabeza y se esforzó por esbozar una pequeña sonrisa.

—Sí, padre, discúlpeme.

—Hija, ¿no hay ninguna virtud de ese hombre que imaginasteis en vuestra mente que sí tenga vuestro prometido?

Ella iba a negar con la cabeza cuando un recuerdo vagó por su memoria.

—Él no aceptó los cuatro caballos de guerra que mis tíos iban a darle como dote.

El padre contuvo una sonrisa. Por fin había logrado algo con lo que podía convencerla.

—Eso denota una gran generosidad por su parte, ¿no creéis?

Matilda mordió su labio inferior, dubitativa, pero terminó asintiendo.

—Eso creo, padre.

—¿Y no habéis pensado que os considera valiosa por vos y no por vuestra dote?

No, Matilda no había pensado en ello. Aunque el padre Stuart tenía razón. Tavish no la amaba, pero, sin conocerla, había rechazado una dote valiosa que le pertenecía. Tal vez estaba obligado a casarse con ella por deber, pero al menos, en ese gesto, había demostrado que la encontraba valiosa por sí misma. Y esa era la señal que ella necesitaba para tener esperanzas.

—Está bien, padre —dijo mientras se levantaba del banco—. Me casaré con él.

Capítulo 8

Para cuando Matilda regresó al gran salón junto al sacerdote, Tavish ya había perdido por completo la paciencia. Caminaba de un lado a otro con pasos pesados, frunciendo el ceño y gesticulando con impaciencia, mientras su voz retumbaba en las paredes al gritarle tanto a Struan como a sus hermanas.

Aunque a ninguno de los tres les perturbó lo más mínimo, Isla corrió hacia donde estaba Matilda en cuanto la vio.

—Dime que vas a casarte con él —casi le imploró—. Cuando está enfadado, es insoportable.

—¿No es ese su estado todo el tiempo? —replicó Matilda con ironía.

—Os estoy escuchando —interrumpió Tavish, con la voz firme y retumbante.

—Si no quisiéramos que nos escuchases, habríamos bajado la voz —le dijo Isla sin perder la compostura.

Matilda dejó escapar una risa cantarina. Y, a pesar de la furia que lo dominaba, a Tavish le pareció el sonido más bello que había escuchado nunca. Tan encantadora como la melodía de un laúd bajo la pálida luna y más dulce que el susurro de un arroyo que serpentea entre las rocas.

¡Por todos los santos! ¿Es que ahora se había convertido en un bardo? ¿Desde cuándo se le ocurrían semejantes cursilerías?

—Voy a casarme —anunció Matilda, sacándolo de sus pensamientos.

Tavish miró a la joven inglesa, sorprendido.

—¿Y ese cambio?

Ella alzó la barbilla y sus ojos se fijaron en los de él con orgullo.

—¿No decíais que era mi deber?

—Así es, mas no parecía importaros.

Matilda se encogió de hombros.

—El padre Stuart me ha recordado que tal vez pueda cumplir con mi deber y con mis propios deseos.

Tavish no entendía a qué se refería, pero prefirió no preguntar.

—Casémonos entonces.

Estaba claro que aquella boda no iba a ser la ceremonia romántica con la que Matilda había fantaseado de niña, pero decidió que no importaba. Los sueños rara vez se cumplen tal como uno desea.

—Como Matilda no tiene familia en el clan, nosotras seremos sus damas de honor —decidió Isla con una sonrisa, señalando a Skye, que se encontraba al lado de ella.

—No —replicó Matilda.

—¿No? —preguntó Isla, con el rostro entristecido. Incluso Skye frunció el ceño y adoptó un puchero infantil.

—Seréis mis damas de honor, sí —aclaró Matilda con una leve sonrisa—, pero también sois mi familia.

—Tienes razón, vamos a ser hermanas —dijo, y esta vez su sonrisa fue radiante.

—¿Habéis terminado con esos sentimentalismos tan propios de las mujeres? —interrumpió Tavish con impaciencia. Luego miró al sacerdote—. ¿Podemos empezar ya?

El padre Stuart aguardaba tras el altar, con las manos apoyadas sobre el libro sagrado. Su expresión era tan apremiante como la de Tavish, aunque por motivos distintos: temía que la joven se echase atrás en el último momento. Y el laird no estaba ayudando.

—Hermano, a veces eres un verdadero burro —le espetó Isla. Luego miró a Matilda, y ambas estallaron en una breve risa compartida.

Matilda agradeció a Isla aquel gesto. Sabía que lo hacía para aliviarla, y lo cierto era que lo necesitaba, porque los nervios la tenían al borde de desfallecer.

Struan se acercó entonces a Matilda y, con gesto solemne, le ofreció el brazo.

—Mi amigo es un bruto, pero yo no lo soy —dijo, al verla mirarlo con cierta extrañeza—. Permitidme que os acompañe hasta el altar, milady.

Tavish puso los ojos en blanco, pero tuvo el buen juicio de no pronunciar palabra alguna. Se limitó a colocarse en su lugar, frente al altar, esperando.

Matilda aceptó el brazo de Struan, y juntos caminaron los pocos pasos que los separaban del altar, bajo la atenta mirada de todos los presentes.

Cuando llegaron, Struan se detuvo, tomó con cuidado la mano de Matilda y la posó sobre la de Tavish, con un brillo cómplice en los ojos, como si quisiera recordarle a su amigo que debía comportarse.

Tavish sostuvo la mano de Matilda con firmeza, y por un instante, ambos se miraron en silencio. En esos segundos, los demás presentes parecieron desvanecerse, como si solo quedaran ellos dos. En la mirada de Tavish, más allá de la dureza y el orgullo, Matilda creyó vislumbrar una chispa distinta: un atisbo de ternura, la semilla de un afecto que, si ella lo cuidaba, podría florecer en amor.

Mientras sostenía su mirada, comprendió también que ella no era inmune a él. Se descubrió capaz de amarlo, de aprender a hacerlo con paciencia y tiempo. Quizá, después de todo, casarse con Tavish era lo correcto. Quizá el padre Stuart tenía razón y el amor no siempre llegaba de golpe, pero llegaría.

Y eso era lo único que importaba.

Matilda sintió el calor de su mano entrelazada con la de Tavish, y un leve cosquilleo recorrió su brazo; no era un toque brusco, sino seguro y protector, que la hizo estremecerse. Sin soltarse, se giraron juntos para escuchar al padre Stuart, aún con la mirada cruzada y el corazón latiendo un poco más rápido.

El padre Stuart comenzó la ceremonia, pero Matilda apenas escuchaba sus palabras. Todo lo que ocupaba su mente era el hombre que tenía a su lado. De alguna manera, se sentía feliz. Tal vez nada acontecía como en sus sueños, pero su corazón le decía que, a pesar de todo, quizá estaba sucediendo exactamente cómo tenía que suceder.

Tavish le acarició la mano con la punta de un dedo, un gesto distraído que él ni siquiera pareció notar. Para Matilda, sin embargo, fue una caricia que provocó un leve estremecimiento en todo su brazo. Una caricia que le hizo sentir cosas que nunca antes había sentido.

Agachó la cabeza para mirar sus manos entrelazadas, dejándose atrapar por la sensación de calor y seguridad que le transmitía. Pero entonces algo llamó su atención: sobre la mesa que hacía de altar, un pergamino cuidadosamente dispuesto esperaba a ser firmado.

Matilda frunció el ceño y retiró su mano de la de Tavish, inclinándose hacia el pergamino. Era el contrato matrimonial. En teoría, nada de aquello debería importarle; no se esperaba que una mujer lo leyese. Sin embargo, por alguna extraña razón, sintió una imperiosa necesidad de hacerlo.

—¿Qué estáis haciendo, muchacha? —preguntó Tavish, pero ella ni siquiera le prestó atención; estaba concentrada en leer el pergamino.

Al principio todo parecía normal, hasta que llegó al final y sus ojos se posaron en una línea que hizo que un fuego de ira recorriera su espalda, subiendo hasta la nuca y tensando cada músculo de su cuerpo.

—El rey Guillermo os otorga las tierras de Glenreach como dote por casaros conmigo —dijo Matilda, luchando por no perder la compostura.

—¿Sabéis leer? —inquirió Tavish, sin disimular su incredulidad.

—Por supuesto que sé leer —respondió Matilda, sin apartar los ojos del pergamino—. Pero vos pensabais que no —adivinó—, así podríais ocultar esta vileza, ¿verdad? —Se giró hacia él, con la barbilla alzada y los ojos brillantes—. Pues siento decepcionaros.

—¡¿De qué vileza habláis, muchacha?! Solo pensaba que las damas inglesas están más ocupadas en menesteres como el bordado que en aprender a leer.

—Esta dama inglesa sabe leer a la perfección. Pero le sorprende que un highlander bruto y salvaje como vos lo haga.

Tavish apretó los dientes con fuerza y sus manos se cerraron en puños.

—Muchacha, os estáis excediendo.

—¿Se dan cuenta de que están discutiendo delante de nosotros? —preguntó Struan mientras observaba a la pareja.

Isla se encogió de hombros.

—Lo hacen con frecuencia.

Skye asintió, dándole la razón a su hermana.

Pero ni Tavish ni Matilda prestaron el menor caso. Probablemente, ni siquiera les escucharon.

—¿Yo me estoy excediendo? —repitió Matilda, con un hilo de ironía en la voz—. Bastante bien me lo estoy tomando al darme cuenta de que os vais a casar conmigo por unas tristes tierras.

—Son unas tierras muy valiosas, fértiles y prósperas, que además nos dan una salida más rápida del clan.

Matilda agitó los brazos con indignación.

—¡Unas tierras, eso es todo lo que os importo!

—Muchacha, así funcionan los matrimonios —dijo él, como si hablara con una niña—. El esposo recibe una dote a cambio de unirse en matrimonio con una mujer.

—Si es algo tan normal, ¿por qué me lo habéis ocultado?

—Yo no os he ocultado nada. Estaba seguro de que vuestro rey os lo habría dicho.

Tal vez se lo habría hecho saber a su tío, pero este no le había comentado nada. Lo cierto era que Matilda apenas hablaba con él, y su tía era una dama que no hacía preguntas ni osaba jamás cuestionar las órdenes de su marido. Así que, probablemente, tampoco lo sabía. Aunque eso no hubiese cambiado nada para su tía, sí lo hacía para Matilda.

—¿Y por qué no aceptasteis también los cuatro caballos que mi tío os daba como dote? Son unos caballos de guerra muy valiosos.

—¿Has rechazado cuatro caballos? —preguntó Struan—. Amigo, has perdido el juicio.

Tavish giró la cabeza para mirar a Struan.

—Nunca aceptaría nada de un inglés —espetó con desdén—. Esos caballos, dada su procedencia, no tienen ningún valor para mí.

Matilda bajó la mirada al escuchar aquellas palabras, con un nudo de tristeza y confusión apretándole el pecho. No podía evitar sentirse decepcionada, pero al mismo tiempo se culpaba por haber creído que pudiera importarle, aunque fuese un poco, a aquel hombre.

—Entiendo —murmuró, tratando de contener el temblor de su voz, pero sin lograrlo—. Y como soy inglesa, tampoco tengo ningún valor para vos más allá de la dote del rey.

No esperó a que Tavish le respondiera. Aunque era poco digno de una dama, no pudo contenerse: echó a correr, saliendo del gran salón.

—¿Qué diablos acaba de pasar? —preguntó Tavish, perplejo.

—Ni siquiera la voluntad de Dios podrá enmendar esto —respondió el sacerdote con un largo suspiro, sacudiendo la cabeza.

—Hermano, tienes menos sensibilidad que un cerdo —le reprochó Isla.

Skye, queriendo mostrar su conformidad con las palabras de su hermana, se acercó a él y le dio una palmada en la cabeza a modo de reprimenda. Después, ambas compartieron una mirada, y se fueron a toda prisa del gran salón.

—Hijo, habéis hecho daño a esa joven de tierno corazón —dijo el sacerdote al salir de detrás del altar—. Habéis dejado que vuestro orgullo hable por vos. El orgullo es pecado. Y…

Tavish resopló y ni siquiera dejó que el padre Stuart terminara. Él no estaba para monsergas.

—Padre, no os he pedido vuestra opinión —espetó con dureza.

El padre Stuart, que bien conocía el temperamento del joven laird, ni siquiera se ofendió ante sus malas maneras.

—Tenéis razón, no lo habéis hecho. Mas un hombre de Dios no necesita permiso para hablar.

—Sí cuando está en mis tierras —dijo Tavish, pagando su frustración con el hombre—. Y os recuerdo que, si es mi deseo, seréis expulsado de ellas en un santiamén.

Antes de que el padre pudiese abrir la boca para responder y el mal humor de Tavish empeorase, comenzando una discusión que podía no ser beneficiosa para nadie, Struan se acercó a él.

—Permitid que os acompañe a la cocina —ofreció con una sonrisa—. Os vendrá bien un refrigerio. Y ordenaré a una de las sirvientas que os prepare un jergón donde descansar.

El padre Stuart asintió.

—Os lo agradezco, hijo. Me quedaré en estas tierras un tiempo. Me vais a necesitar.

—Yo no os he invitado —masculló Tavish, con la mandíbula apretada.

—Por supuesto, padre, sois más que bienvenido —respondió Struan, como si no hubiera escuchado a su amigo, haciéndole un gesto al sacerdote para guiarlo hacia la cocina y dándole la espalda a Tavish.

Cuando ambos se marcharon, Tavish se quedó en el gran salón, con los brazos cruzados y el ceño fruncido. Al parecer, todo el mundo se había confabulado en su contra.

Y lo peor de todo, para nada: porque seguía igual de soltero como lo había estado al alba.

Capítulo 9

—Pues sí que han salido bien las cosas —observó Struan cuando regresó al gran salón—. Tu hermana te ha comparado con un cerdo, el cura ha estado a punto de excomulgarte y tu prometida ha salido corriendo antes de jurar sus votos. Ha sido la no boda más divertida en la que he estado. Aunque no tengo nada con qué comparar, ya que ha sido la primera.

Tavish fulminó a su segundo y mejor amigo con la mirada mientras se acercaba a la mesa y se servía un vaso de hidromiel. Aunque bien necesitaría la jarra entera.

—No estoy de humor para tus bromas sin gracia. Como no te calles, terminaré estampando la jarra en tu cabeza.

A pesar de que Struan sabía bien que la amenaza de Tavish no era vacía, caminó despreocupadamente por el gran salón para servirse otro vaso de hidromiel.

—¿También le vas a estampar la jarra a tus guerreros o a los demás habitantes del clan?

Tavish lo miró con una ceja arqueada.

—¿Por qué habría de hacer eso?

Struan le dio un trago a su bebida.

—Cuando te pregunten por la boda.

—Nadie sabe que la boda tendría lugar hoy —dijo Tavish. No quería hacer de la boda todo un acontecimiento, por lo que había decidido realizarla en cuanto había llegado el sacerdote y con el mínimo de testigos posibles.

Struan se rio.

—Todos saben que lady Matilda de Montfort se encuentra en nuestra fortaleza. No es que ella sea precisamente una joven que pase desapercibida. Además, estoy convencido de que alguien me

habrá visto llegar a la fortaleza junto al padre Stuart y habrá corrido la voz.

—Rebaño de alcahuetas —masculló Tavish mientras le daba un largo trago a su vaso.

—Ellos saben que, hasta que no la desposes, las tierras no pasarán a nuestro clan.

—Ese mensajero, necio de lengua suelta, reveló a todos el contenido de la misiva —dijo Tavish, apretando la mandíbula con fuerza—. Debiste dejarme matarlo.

—Fue el rey quien le ordenó poner al corriente al clan. Más eso da igual, se hubieran terminado enterando. Y ahora están esperando la noticia. ¿Qué les vas a decir si te preguntan?

—Tu idea de golpearles con una jarra en la cabeza no es mala.

A Struan ni siquiera le sorprendió que su laird hablara en serio. Él era un guerrero hábil y temible, y un líder justo, pero las artes del trato social no estaban entre sus virtudes.

—Era una chanza. No puedes hacer eso.

—¿Por qué no? Así no volverán a preguntar.

—¿Y al rey? ¿A él le darás un puñetazo?

Tavish bufó.

—Ya la has escuchado, ella no quiere casarse.

—Es tu deber como laird casarte con ella.

—Ni siquiera quiero casarme.

—Piensa en las tierras.

—Bien podríamos arreglárnoslas sin ellas.

Struan suspiró.

—Ya hemos hablado de eso, Tavish.

—¿Y qué quieres que haga? ¡No puedo obligarla!

—Haz que cambie de opinión.

—Como si fuera tarea sencilla —bufó Tavish—. Es una inglesa testaruda. Con ella, no hay manera de razonar.

—Ni contigo —espetó Struan—. Y yo lo estoy haciendo.

Tavish dejó el vaso vacío sobre la mesa de madera.

—¡No me vas a comparar a mí con ella!

Struan fue a contestar, una respuesta que sabía que no iba a ser del agrado de Tavish, cuando la puerta del gran salón se abrió.

Por un instante, Tavish pensó que tal vez se trataba de lady Matilda, que finalmente había entrado en razón y había cambiado de opinión, pero era su hermana Isla, seguida de Skye.

—Deberías hablar con ella —dijo Isla apenas puso un pie en la sala.

Tavish arrugó el ceño.

—¿Con quién?

Isla resopló.

—¿Con quién va a ser? Con Matilda.

—¿Por qué habría de hablar con ella? Es ella quien se ha marchado.

—Ella está en el establo, disgustada. Deberías ir a consolarla.

—¿Consolarla por qué?

Isla compartió una mirada con Skye, que entornaba los ojos mientras negaba con la cabeza.

—Vosotros los hombres nunca entendéis nada —masculló Isla.

—¡Por el amor de Dios! —Tavish alzó los brazos, exasperado—. Es una mujer inglesa, y las mujeres inglesas se disgustan por todo.

Las gemelas fruncieron el ceño y pusieron los brazos en jarras, dispuestas a pelear con él. En su fuero interior, Tavish se alegraba de que sus hermanas le hubiesen cogido aprecio a la joven tan pronto, pese a que era algo que a él no le beneficiaba.

—Ellas tienen razón. Deberías ir a hablar con ella —intervino Struan antes de que comenzase una disputa entre los hermanos.

Tavish se cruzó de brazos.

—Ni por todo el oro del mundo.

—Amigo —Struan dio un paso hacia él y posó su mano sobre su hombro—, piensa en tu clan. Ellos confían en ti.

Ese manipulador de Struan.

Él siempre parecía saber qué decir para hacerlo sentir mal. Durante unos instantes permaneció en silencio, con la mandíbula apretada y los labios fruncidos, pero finalmente descruzó los brazos y, con un sonoro suspiro, dijo:

—Está bien. Pero solo por el bien del clan.

Aunque, en el fondo, a él no le gustaba que aquella muchacha testaruda estuviera triste.

Cuando llegó a los establos, se encontró al mozo de cuadra aguardando fuera. El hombre tenía el gesto desconcertado y se rascaba nervioso la nuca.

—Laird, vuestra prometida me ha echado del establo. Intenté explicarle que debía terminar de cepillar a los caballos, pero no hubo manera: no entraba en razón. Comenzó a gritar mientras repetía, una y otra vez, que ella jamás se altera.

Tavish se frotó la cara con una mano. Esa joven iba a volverlo loco.

—Vete, yo me encargaré —le ordenó al mozo, que no tardó en alejarse aliviado.

Al entrar, la vio junto a su corcel, acariciándole la crin con delicadeza. Ella no se volvió hacia él.

—¡He dicho que no quiero que nadie me moleste! —vociferó.

—Nadie me da órdenes, soy el laird y estos son mis establos —replicó Tavish con sequedad.

La joven giró la cabeza apenas lo suficiente para verlo.

—No sabía que erais vos —dijo con voz suave. Y Tavish sintió que tal vez estaba siendo demasiado duro con ella—. Más ahora que lo sé, marchaos. Sois el último al que quiero ver.

Tavish apretó la mandíbula. Dio un paso al frente, quedando apenas a un par de brazas de distancia. Antes de que pudiera abrir la boca, el caballo lo miró de soslayo y soltó un resoplido inquieto, golpeando el suelo con una de sus patas.

—No, Caldero —dijo Matilda acariciando su lomo—. No merece la pena que te alteres. Ese hombre solo se merece nuestro desprecio.

—Matilda… —empezó Tavish con la voz más grave de lo que pretendía.

—Lady Matilda para vos —replicó ella, sin mirarlo.

—Os lo juro, me estáis haciendo perder la paciencia.

—No se necesita mucho para eso.

Ella giró la cabeza con brusquedad para enfrentarse a él, y entonces Tavish lo vio: sus ojos azules enrojecidos, el rastro húmedo en sus mejillas, y la frágil seguridad con la que intentaba sostenerle la mirada.

—Por el amor de Dios, no lloréis.

—No estoy llorando. Una dama nunca llora —negó ella, girando de nuevo la cabeza.

Él avanzó un paso más y, cuando Caldero lo miró con advertencia, Tavish soltó un suspiro resignado.

—Sois igual de tozudo que vuestra dueña.

—No soy tozuda —respondió Matilda con un hilo de orgullo en la voz.

—¿Y si os doy la razón, dejaréis de llorar? —preguntó él, completamente en serio.

Tavish haría cualquier cosa con tal de que ella no llorase. Le desgarraba el corazón verla así. Y lo peor era que, aunque no entendía del todo la razón, sabía que él era el causante. Aquella joven no debería importarle, pero lo hacía más de lo que estaba dispuesto a admitirse a sí mismo.

—¿Me daréis la razón aunque penséis que no la tengo?

—Si así dejáis de estar triste, sí —respondió él sin un ápice de duda.

Matilda le dio un beso en la crin a Caldero y salió de la caballeriza donde su corcel reposaba. Usaba aquel lugar solo para él, pues su caballo podría ser un poco arisco con los desconocidos. Matilda había intentado que eso cambiase, pero el animal no parecía dispuesto a ceder.

Se acercó a uno de los dos bancos bajos que se usaban para subir a los caballos y se sentó, apoyando los brazos sobre las rodillas y cubriéndose la cara.

—¿Por qué tiene que ser todo tan difícil? —susurró.

Tavish se aproximó y se acomodó en el otro banquito de madera. Tuvo que estirar las piernas para no quedar atrapado entre el banco y el suelo, murmurando una maldición por la incómoda postura. Al escucharlo, Matilda no pudo evitar mirarlo y, al verlo, soltó una carcajada.

—Vaya, me siento honrada de ser la causa de tu diversión —masculló él con expresión enfurecida, pero sintiendo un alivio en su pecho al ver que ella sonreía.

—Sois tan grande que os veis ridículo ahí sentado.

—Es vuestra culpa por sentaros en ese banquito. Yo solo quería estar a vuestra altura.

Matilda negó con la cabeza y después exhaló un suspiro.

—Sois exasperante —murmuró mientras se levantaba para dejarse caer en el suelo. Se acomodó sobre la paja y le hizo una señal a Tavish para que hiciera lo mismo. Él la imitó, sentándose frente a ella y estirando las piernas con cuidado—. ¿Ya estáis contento? —preguntó con sarcasmo.

—No sé si esto es mejor. El suelo está lleno de paja y me pincha.

Matilda volvió a reírse, un sonido claro y contagioso.

—Eso os pasa por llevar falda.

—No es una falda, es un kilt… y la paja me está… —Tavish se acomodó la tela para cubrirse lo máximo posible, y ella soltó una carcajada sonora—. ¿Os estáis riendo de mí?

—Sí —reconoció Matilda—. Pero no pretendo ofenderos.

—Prefiero mil veces vuestra risa, sea cual sea la razón de ella, a ser el culpable de vuestros llantos.

Matilda observó al laird. Él la miraba con una expresión seria, y ella no dudó ni por un instante de que sus palabras eran ciertas. Porque Tavish podía ser un bruto y un desconsiderado, pero Matilda no creía que fuera un mentiroso.

—¿Por qué no podemos enamorarnos? —preguntó en un murmullo, bajando la vista hacia la paja que se arremolinaba a sus pies—. Sería todo mucho más fácil. —Hizo una pausa y posó sus ojos de nuevo en Tavish—. ¿Crees que podríais llegar a amarme?

Tavish tragó saliva. Por un instante, viendo los ojos esperanzados de ella, quiso decirle que sí, pero no podía hacerlo.

—Es algo que no puedo prometeros —dijo finalmente—, pues os mentiría, y no quiero hacerlo.

—¿Es porque me odiáis?

—Yo no os odio.

—Pero odiáis a los ingleses.

—A todos, menos a vos.

—¿Y por qué? ¿Por qué odiáis a los ingleses? —preguntó Matilda, aunque lo que en realidad quería saber era por qué ella era

diferente para él.

La expresión de Tavish se endureció. Apartó la mirada de ella para centrarla al frente.

—Unos ingleses mataron a mi padre y a mi hermano.

—Y unos escoceses mataron a mi hermano —le confesó Matilda al cabo de unos instantes. Sus ojos se humedecieron de nuevo al recordar a su hermano, pero trató de contener las lágrimas—. Pero jamás odiaría a una persona solo por ser del mismo reino que los culpables de la muerte de William.

—Entonces sois más bondadosa que yo.

—No se trata de bondad, sino de buen juicio. Los miembros de vuestro clan odian a los ingleses por vuestra culpa.

Tavish tornó la cabeza hacia Matilda.

—¿Por mi culpa?

—Así es. Si no fuerais tan corto de miras, si no albergaseis ese odio injusto, ellos tampoco lo harían. Sois el laird, debéis dar ejemplo.

La joven lo estaba reprendiendo de nuevo. Sus mejillas brillaban de ira, y Tavish pensó que podía soportar cualquier insulto suyo mientras así dejase de estar apenada. Prefería mil veces su enojo a su tristeza.

—Los miembros de mi clan son libres de pensar como mejor les plazca —espetó Tavish con firmeza—. Si no les agradan los ingleses, es porque tienen buen juicio.

—O porque os tienen miedo —apuntó Matilda—. Vuestras maneras son toscas y sois un bruto.

Tavish entrecerró los ojos y chasqueó la lengua.

—¿Habéis terminado de insultarme?

—No —respondió ella con insolencia—. También sois necio y cabezota.

—Soy el laird. No puedo permitirme ser demasiado amable ni indulgente. Debo proteger al clan, y los miembros deben respetarme.

—No hacen falta maneras toscas para ganarse respeto. Miradme a mí: a pesar del recelo de vuestra gente hacia los ingleses, procuraré ganarme su confianza siendo amable.

—Con amabilidad no conseguiréis nada. Menos aún cuando faltáis al respeto al clan negándoos a usar el manto incluso en ocasiones especiales. Además, ni siquiera os relacionáis con ellos.

—¡Mentís! —exclamó Matilda con indignación—. Sí me relaciono.

—¿Sí? —cuestionó Tavish arqueando una ceja con soberbia—. ¿Con cuántos habitantes del clan habéis hablado, aparte de mis hermanas o vuestra sirvienta?

Matilda guardó silencio por un instante. Aunque le molestase, sabía que él tenía razón. Los pocos encuentros que había tenido con los miembros del clan eran demasiado superficiales; ocupada como había estado, inmersa en sus propios problemas. Era evidente que, si quería ganarse la confianza de todos, tendría que esforzarse mucho más que con palabras amables.

—Tenéis razón —reconoció—, pero solo es porque no lo he intentado. A partir de mañana, eso cambiará —decidió con convicción—. Voy a demostraros que puedo ganarme la confianza de los miembros del clan y demostrarles que los ingleses no somos como los prejuicios que vos les habéis inculcado les hacen pensar.

—Os resultaría más sencillo si os casaseis ahora mismo conmigo.

Matilda negó con la cabeza.

—No me voy a casar con vos.

—Matilda, ni siquiera vos podéis ir contra los deseos del rey —trató de razonar Tavish—. No podéis regresar a Inglaterra. Y mi rey no permitirá que os quedéis en mi clan sin ser mi esposa.

Ella lo contempló un instante, abrumada por la verdad de sus palabras. El rey Juan la consideraría una traidora, y el rey Guillermo no la querría en Escocia.

—También tenéis razón en eso —dijo Matilda, hundiendo los hombros—. Pero no os preocupéis, encontraré una solución.

—Si alguien puede hacerlo, sin duda, esa sois vos. Sois valiente y temeraria.

Matilda esbozó una sonrisa. Por fin aquel highlander rudo mostraba un atisbo de simpatía.

—Os lo agradezco.

—No lo toméis como un halago —replicó él—. No lo es —aclaró, y Matilda arrugó la nariz—. Mas yo os propongo una salida que hará que vuestra vida no esté en peligro. Si lográis en dos semanas que los miembros del clan os acepten, no os tendréis que casar conmigo. Yo me enfrentaré a la ira de mi rey y me culparé de todo. Y vos podréis quedaros en el clan o regresar a Inglaterra si lo preferís.

—¿Y si no lo consigo?

—Estáis segura de lograrlo, y tres semanas es tiempo suficiente. Así que no debéis temer.

—Insisto, laird. ¿Qué pasaría si fracaso?

—Os casaréis conmigo. Sin más quejas.

Ella lo miró, alzando una ceja.

—¿Os uniréis a una mujer a la que vuestro clan no acepta? —preguntó con ironía.

—Una vez seáis mi esposa, seréis la señora del clan. Y si alguien os muestra menos respeto del que me muestran a mí —sus ojos brillaron con fría determinación—, no volverá a ver la luz del sol.

Matilda suspiró, apartando la mirada.

—Vamos, que les obligaríais a aceptarme.

—Así es —respondió Tavish con orgullo.

—¿Me prometéis que no haréis trampa? ¿Que no obligaréis a los miembros del clan a no aceptarme?

—Yo no soy ningún embustero. Os doy mi palabra de que no intervendré. Será una batalla justa. Y podéis confiar en mi palabra, pues sin ella no hay honor, y sin honor, un hombre de las Tierras Altas es menos aún que un inglés.

Matilda puso los ojos en blanco, aunque se contuvo de ofenderse por la comparación. Sabía que, para Tavish, aquello no era un insulto personal, sino la peor deshonra que podía concebir.

—Bien, laird. Tenemos un trato entonces.

Alargó la mano hacia él para sellarlo. Tavish dudó apenas un instante antes de tomarla. Sus dedos se encontraron, y Matilda sintió un estremecimiento recorrerle el cuerpo. Por un instante, olvidó el establo, los caballos, y hasta la disputa. Por un instante, solo existía el calor intenso de aquella mano entrelazada con la suya.

Con un rápido movimiento, soltó la mano de Tavish, apartando la mirada para recomponerse. ¿Qué embrujo había en la mano de ese hombre, que cada vez que la tocaba despertaba en ella emociones que nunca antes había sentido?

Se incorporó con rapidez, sacudiéndose la paja del vestido.

—Debo irme. Tus hermanas deben estar preocupadas por mí.

—Tres semanas, Lady Matilda —dijo él con una sonrisa arrogante dibujándose en sus labios—. Ni un solo día más.

Ella no respondió, pues ya estaba saliendo a toda prisa por la puerta.

Tavish permaneció sentado unos segundos más, mirando la puerta por la que ella había desaparecido. Luego se dejó caer de espaldas sobre la paja con un suspiro hondo.

Aquella joven le estaba haciendo perder la razón. Esa apuesta era una necedad, puesto que ellos tenían que casarse. Incluso Tavish sabía que no había otra salida posible. Pero la había visto tan triste, tan desolada, que no había podido resistirse a darle tiempo. Uno suficiente para que ella misma comprendiera que no había otra opción.

Aunque no podía esperar a ver que era lo que ella hacía para ganarse a los miembros del clan. No tenía duda de que las siguientes semanas iban a ser entretenidas.

Capítulo 10

Al día siguiente, Matilda se despertó al alba. Estaba radiante de ilusión y energía, ya que tenía una apuesta que ganar; pero, sobre todo, un cometido que cumplir: ganarse la lealtad y el aprecio de los habitantes de la fortaleza.

Mairead le llevó el desayuno como todos los días, pero, a diferencia de las otras mañanas, las gemelas no aparecieron para desayunar con ella.

Cuando terminó, se puso uno de sus vestidos y salió en su búsqueda. En cuanto bajó las escaleras de piedra, se las encontró. Ambas parecían inquietas.

—Íbamos ahora a buscarte —le dijo Isla.

—¿Sucede algo? —preguntó Matilda, preocupada.

—Que el necio de mi hermano ha aceptado en nuestro nombre la invitación de la mujer del laird Gordon —resopló Isla mientras Skye cruzaba los brazos con indignación—. Skye y yo tenemos que ir a su clan unos días.

—¿Cuándo partís?

—De inmediato.

Fue entonces cuando Matilda reparó en que ambas llevaban puestas unas capas de viaje que ocultaban por completo sus vestidos.

—¿No sabíais nada?

Skye suspiró, mientras Isla se limitaba a negar con la cabeza.

—Seonaid Gordon ha visitado la fortaleza en varias ocasiones junto a su marido, pues existe amistad entre nuestros clanes —le explicó Isla—. El señor solo le ha concedido hijos varones, y ella siempre ha anhelado tener una hija. Nos ha tomado un afecto especial y, aunque no es mi intención parecer desagradecida, lo

cierto es que es una mujer agotadora. No para de hablar e insiste en que debemos buscar marido, y, a poder ser, de su clan, para tenernos cerca. Estoy segura de que, en cuanto estemos allí, nos presentará a todos los guerreros solteros. —Hizo una pausa para aproximarse un par de pasos hacia Matilda—. Siempre hemos encontrado alguna excusa para rechazar sus invitaciones, pero esta mañana Tavish decidió que ya no era posible seguir rehusándolas. Dice que estamos siendo descorteses y que alguna vez debemos aceptar. —Bajó la voz, como si temiera ser escuchada.

—Entiendo —asintió Matilda—. No hay que ser descortés con los aliados.

Recordó entonces otra de las enseñanzas de su tía: una verdadera dama siempre debía comportarse con cortesía, acogiendo las invitaciones con gracia y respeto, aunque no fueran del todo de su agrado.

Skye emitió un sonido, una especie de gemido y quejido.

—Yo tampoco entiendo las prisas —dijo Isla, mirando a Skye—. Podía haber enviado una misiva diciendo que iríamos en un par de meses, para el verano. O, por lo menos, darnos unos días para hacernos a la idea.

—¿Es un viaje muy largo? —inquirió Matilda.

—Dos días de viaje. Si paramos en algún pueblo a descansar, tal vez tres. Pero intentaremos estar lo menos posible allí.

Matilda hundió los hombros e hizo un mohín.

—Os voy a echar mucho de menos.

—Nosotras mucho más a ti —dijo Isla, estirando los brazos y acortando las distancias para envolverla en un abrazo.

Esta vez, Matilda le devolvió el abrazo con naturalidad. Aunque sabía que, como dama, no debía mostrar afecto de manera tan efusiva, no pudo evitar la felicidad que le producía ese gesto.

Skye no la abrazó ni la tocó, pero esbozó una cálida sonrisa.

—No se te ocurra desposarte mientras no estamos —le advirtió Isla con falsa gravedad cuando se separó de ella.

Matilda no había tenido oportunidad de contarles a las gemelas el trato al que había llegado con Tavish. Ella había pensado hacerlo

esa mañana, en el desayuno, y pedirles su ayuda. Aunque se sentía capaz de lograrlo por sí misma, junto a ellas le sería más sencillo.

—No voy a casarme —le aseguró Matilda.

Isla hizo un gesto con su mano.

—Lo harás, y no por obligación, sino por…

—Murdoch os está esperando en los establos —interrumpió una voz masculina.

Tavish se acercó a ellas. Sus botas resonaron sobre el frío suelo de piedra, cada paso marcando con determinación su presencia.

—Hermano —lo saludó Isla—. ¿No podemos ir en unos días? —preguntó en un último intento desesperado.

—No, ya habéis sido demasiado descorteses.

—¿Cuándo te ha importado a ti ser descortés? —intervino Matilda.

Tavish ladeó la cabeza hacia ella. Sus ojos verdes, como hojas bañadas por la luz del sol, se clavaron en ella.

—Desde que os he conocido, milady. Vos me habéis enseñado buenos modales —respondió con un ligero tono irónico que no pasó desapercibido para Matilda, quien arqueó una ceja.

Skye frunció el ceño al mirar a su hermano.

—No me mires así. Tal vez Seonaid logre que te comprometas con un guerrero Gordon. Igual lo hacéis las dos. —Aunque el rostro de Tavish era serio, Matilda advirtió cómo sus labios se estiraban temblorosos, intentando contener la risa.

Skye lo miró, ceñuda, e Isla bufó.

—No vas a lograr tan fácilmente deshacerte de nosotras —le dijo Isla.

—Jamás osaría intentar tal cosa, hermana. Valoro demasiado mi hombría.

Las gemelas se rieron, y Matilda pudo percibir la complicidad que reinaba entre los tres, una afinidad similar a la que ella había compartido con su hermano. Lo echaba terriblemente de menos, mas William ya no estaba, y sabía que a él no le gustaría verla hundirse en el dolor.

—Iremos —cedió Isla—. Pero solo nos quedaremos unos pocos días.

Skye asintió, mostrando su conformidad con su hermana.

Después, tras despedirse de Matilda y de Tavish, se marcharon, dirigiéndose hacia la puerta que daba al patio de armas.

—Así que nos hemos quedado los dos solos —comentó Tavish.

Matilda no estaba segura de si fue por la leve sonrisa que titilaba en sus labios o por la arrogancia con la que danzaban sus palabras, pero ella lo comprendió todo.

—Vos —se volvió hacia él con aire acusador— las habéis enviado lejos para que no puedan ayudarme.

Tavish ni siquiera lo negó, sino que esa sonrisa arrogante se ensanchó en sus labios con descaro. Aunque a Matilda no le agradaba el uso de la fuerza ni defendía la violencia, deseó borrársela de un guantazo.

—Os habéis metido en una contienda con un feroz guerrero, damita. No voy a ponéroslo fácil.

Matilda avanzó un par de pasos hasta quedar frente a él. Tavish era tan alto que tenía que inclinar la cabeza hacia atrás para poder mirarlo a los ojos, pero aquello no la amedrentó.

—Soy una dama, no una *damita* —dijo Matilda, empleando el mismo rentitín que él había utilizado mientras le señalaba con el dedo, pese a que aquello tampoco era propio de una dama—. Y os equivocáis si creéis que las damas no sabemos jugar sucio.

Tavish sonrió.

—Ardo en ganas de comprobarlo, damita.

Después, se dio la vuelta y se marchó, dejándola sola.

Mientras la puerta se cerraba tras él, un calor travieso ascendió por el pecho de Matilda. Puede que Tavish fuera un guerrero feroz, curtido en mil batallas, pero ella era una dama resuelta, con mente aguda y un espíritu indomable. Y pensaba ganar esa guerra.

Capítulo 11

Matilda sabía que la manera de ganarse la simpatía de los habitantes de la fortaleza era siendo útil, ayudándoles en sus quehaceres diarios. Por eso, cuando divisó a dos ovejas encaramadas en lo alto de una colina, convencida de que se habían extraviado, no dudó en salir corriendo tras ellas.

El terreno estaba húmedo por la llovizna de la madrugada y cada zancada suya se convertía en un desafío. El barro se le pegaba a las faldas, pesándolas como plomo, pero Matilda, decidida, no se rindió.

Fuera como fuese, ella iba a lograr guiar a esas dos ovejas hasta el redil.

Pero una mala pisada provocó que resbalara. Con un chillido perdió el equilibrio y rodó colina abajo, levantando terrones de barro y hierba a su paso. Logró detenerse a mitad de la pendiente, empapada y con el cabello revuelto, pero en cuanto intentó levantarse, volvió a resbalar. Esta vez arrastró consigo a un hombre que subía por la colina, y ambos acabaron revolcados en un amasijo de piernas, barro y ramas.

—¡Muchacha, ¿qué estáis haciendo?! —le preguntó el hombre cuando consiguió levantarse.

Matilda pensó que aquel hombre tenía pocos modales, pues ni siquiera le ofreció la mano para ayudarla a levantarse, pero decidió no tenérselo en cuenta. Los hombres de las Highlands parecían carecer de las buenas maneras de los ingleses.

Tras un par de intentos fallidos más, Matilda también logró ponerse de pie.

—¿Vos también ibais a buscar a las ovejas?

—No —respondió el hombre con sequedad—. No os he visto aparecer. Deberíais...

—No os disculpéis —le interrumpió Matilda cuando creyó que él le iba a pedir perdón por su torpeza. Al final, estaba descubriendo que los habitantes de las Highlands eran rudos, pero de buen corazón—. El terreno estaba húmedo y yo también me he resbalado. Es cierto que si no llega a ser por vos, no me hubiese caído, ya que acababa de hacer pie cuando vos resbalasteis, pero no os sintáis culpable. Le podía haber pasado a cualquiera.

Aquellas palabras parecieron desconcertar completamente al hombre, que abrió y cerró la boca como un pez. Matilda entonces se dio cuenta de que estaba tan poco acostumbrado a su genuina comprensión y cortesía que lo había dejado sin palabras. Aunque, conociendo a su laird, Tavish MacKinlay, no debería sorprenderle. Seguro que él no habría sido tan considerado como ella.

Pero, para la buena fortuna de aquel hombre, ahora Matilda estaba allí, y todo estaba por cambiar.

—Volved a vuestros quehaceres, buen hombre —dijo con una sonrisa—. Yo me encargo de llevarle las ovejas al pastor.

El hombre negó con la cabeza y fue a decir algo, pero Matilda no se dio cuenta, porque ya no le estaba prestando atención.

Con renovada determinación, alzó la barbilla y se dirigió colina arriba, decidida a cumplir su misión. A base de aspavientos, palmadas y gritos poco convencionales —que más parecían espantar cuervos que guiar ganado—, consiguió que las dos ovejas comenzaran a moverse. Entre tanto alboroto, los animales terminaron por descender dócilmente la pendiente hasta reunirse con el resto del rebaño, que el pastor vigilaba en un prado cercano.

Matilda llegó detrás, jadeante, cubierta de barro y con el cabello escapando en mechones desordenados, pero con una sonrisa radiante de satisfacción.

—Ya está —dijo con orgullo cuando estuvo frente al pastor—. Vuestras ovejas están a salvo.

El pastor, un hombre de mediana edad con el cabello canoso, miró a las dos ovejas, perplejo. Su rostro adquirió un tono rojizo y sus manos se cerraron en puños.

—¿Qué os creéis que…? —Sin embargo, cuando sus ojos se posaron en Matilda, se detuvo—. Vos sois lady Matilda, ¿verdad?

Matilda asintió con orgullo. Aunque Tavish no había tenido la decencia de presentarle a los habitantes del clan, parecía que ellos la conocían.

—La misma. Es un placer conoceros. ¿Vos sois…?

Sin embargo, el hombre no se presentó. Sus hombros se hundieron levemente y abrió las manos, dejándolas caer a cada lado de sus caderas.

—¿Os envía nuestro laird? —preguntó con cierta cautela en su voz.

—¡Por supuesto que no! —dijo Matilda con indignación—. Este acto misericordioso no tiene nada que ver con él; es obra mía —respondió, orgullosa.

—Entiendo —murmuró, aunque su expresión dejaba entrever que no lo comprendía del todo.

—Podéis estar tranquilo, vuestras ovejas ya están con vos, a salvo —dijo señalando a los dos animales, que parecían tan desconcertados como el propio pastor.

—Milady… —empezó él, pero cambió de opinión a última hora y guardó silencio unos instantes antes de añadir—: Os agradezco vuestra ayuda.

—No me lo agradezcáis —Matilda esbozó una amplia sonrisa—. Me alegra poder ayudar. Ahora, si me disculpáis, necesito darme un baño.

Satisfecha de haber ganado la simpatía de dos miembros del clan, Matilda decidió asearse. Al principio pensó en el estanque, pero recordó que era un lugar solitario donde no podría interactuar con nadie. Por eso se dirigió al río, donde Isla le había dicho que las mujeres del clan se reunían para lavar ropa y charlar.

Al llegar, vio a varios niños chapoteando en el agua y, a lo lejos, uno que parecía más apartado del grupo. Su corazón dio un vuelco: estaba convencida de que el niño se estaba ahogando.

Sin pensarlo, corrió hasta la orilla y metió los pies en el agua, levantando las faldas de su vestido hasta las rodillas para no arrastrarlas. Avanzó con cuidado sobre las piedras resbaladizas.

Cada paso era un esfuerzo, los zapatos mojados pesaban y el vestido húmedo tiraba de sus piernas, pero Matilda estaba decidida: salvaría al niño.

Al llegar junto a él, lo sujetó firmemente por los brazos. El niño forcejeaba, pataleando y gritándole con enfado.

—¡Tranquilo, pequeño! —exclamó Matilda, jadeante—. ¡Ya estás a salvo!

Pero el niño la empujaba, claramente molesto, mientras Matilda interpretaba cada movimiento como signos de pánico. Cuanto más forcejeaba, más convencida estaba de que lo estaba protegiendo de un peligro inminente.

Finalmente, lo llevó hasta la orilla, empapada hasta las rodillas y con el vestido pesado pegado al cuerpo, satisfecha de haber realizado una verdadera hazaña heroica.

—¿Qué ha pasado? —preguntó una mujer que se levantó de la orilla, donde lavaba ropa junto a otras dos.

—Mamá… —sollozó el niño, corriendo hacia ella para abrazarla.

—No os preocupéis —dijo Matilda con una sonrisa tranquilizadora—. Su hijo ya no está en peligro. Lo he salvado.

La mujer miró a su hijo, que tenía el rostro rojo y tiraba de su falda con indignación.

—Milady… él…

—Lo sé. Estabais demasiado distraída lavando la ropa y vuestro hijo casi se ahoga. Por suerte, yo estaba aquí.

La mujer abrió y cerró la boca como un pez, igual que las otras dos mujeres junto a ella.

Matilda pensó que aquellos habitantes del clan solían comportarse así con frecuencia, pero decidió no darle importancia. Quería ganarse su respeto, y juzgarlos no le ayudaría en nada. También notó que no eran muy habladores: ni las mujeres ni el niño dijeron palabra.

Imaginó que el susto los había dejado sin habla. Con esa conclusión, se despidió con una sonrisa y decidió regresar a su habitación, darse un baño y cambiarse de vestido aalguna. No quería resfriarse después de tanto chapoteo y barro.

El sol brillaba, llevándose los restos de la lluvia de la noche y secando poco a poco su vestido empapado.

De camino a la fortaleza, pasó por los establos y vio a una anciana ordeñando una vaca. La tarea le parecía ardua y la mujer, agotada. Nunca había ordeñado una vaca, pero había visto hacerlo muchas veces, por lo que pensó que no podía ser tan difícil.

—Déjad que os ayude —ofreció con entusiasmo.

La anciana la miró un instante, arqueando las cejas, y antes de negarse, Matilda tomó asiento en un banco libre junto a ella. Con delicadeza, retiró las manos de la mujer y colocó las suyas sobre la ubre, segura de que lo hacía correctamente.

Al principio no salió nada de leche. Apretó con más fuerza, luego suavemente, y finalmente, comenzó a brotar un hilo de leche.

—¡Ah, ahora sí! —exclamó Matilda, radiante de orgullo.

La anciana la observaba en silencio, mientras la vaca miraba con paciencia y un leve desconcierto.

Tras un rato, la leche dejó de salir. Matilda miró el cubo: estaba a la mitad, aunque algo se había desparramado. No pareció importarle y sonrió a la anciana.

—No os sintáis mal por haber desparramado la leche —dijo con voz amable—. Es normal que a vuestra edad el pulso no sea el mismo. Al menos podéis llevaros medio cubo. Ha sido un trabajo en equipo, como si lo hubierais hecho vos misma.

Matilda se levantó, despidiéndose de la anciana.

Cerca de los establos, vio un pequeño cobertizo donde una mujer preparaba queso. A su lado, se encontraban varios cubos leche recién ordeñada y moldes. Matilda inspiró con fuerza; el aroma de la cuajada flotaba en el aire.

—¡Hola! —saludó—. ¿Puedo ayudaros?

—No es necesario, milady —respondió la mujer.

—Lo sé, pero insisto en ayudaros. Soy Lady Matilda —dijo, consciente de que era un poco descortés no haberse presentado antes—. ¿Cómo os llamáis?

—Gleer, milady.

—Llamadme Matilda. Vamos a hacer queso juntas; ya somos amigas.

La mujer asintió con una ligera sonrisa. Matilda se sentó en un banco libre y tomó un cucharón, imitando los movimientos de Gleer.

—Vaya, esto se me da muy bien —dijo con orgullo mientras removía cuidadosamente la cuajada.

Al principio parecía torpe, pero, poco a poco, mejoró. La cuajada se movía de un lado a otro, y algunos salpicones cayeron sobre sus zapatos y el delantal de Gleer, pero Matilda lo interpretó como señal de que lo estaba haciendo bien.

—¡Ah, sí! —exclamó—. Creo que he conseguido un buen resultado.

La mujer la observaba en silencio, abriendo y cerrando la boca como un pez.

—¿Por qué hacéis todo eso? —preguntó.

—¿El qué? —respondió Gleer, confundida.

—No importa. Supongo que tendré que hacerlo yo también —dijo Matilda con una gran sonrisa—. Ha sido un trabajo en equipo. Seguro que el queso saldrá aún más delicioso.

Gleer parpadeó varias veces, movimientos que Matilda interpretó como entusiasmo. Se despidió con un gesto alegre, satisfecha de haber contribuido.

No podía posponer más el baño, así que pidió un barreño con agua. Una vez limpia y con el vestido cambiado, comió la comida de su habitación. Iba a descansar, pero decidió ayudar a los sirvientes.

Se habían portado bien con ella, y era hora de devolverles el favor. Además, sabía que unos sirvientes agradecidos hablarían maravillas de ella al resto del clan.

Tomó un cubo y un trapo y se puso a frotar los suelos del pasillo principal. Movía el trapo con entusiasmo, repasando rincones y escaleras, convencida de que dejaba todo impecable.

El sol comenzaba a ponerse, y estaba tan exhausta que pensó que un poco de pan y queso serían suficientes para cenar. Pero antes de descansar, notó que la chimenea del gran salón no estaba encendida. Los guerreros no tardarían en regresar, y quería que el fuego los recibiera cálido y brillante.

Con paso decidido, llevó leña y prendió la chispa inicial. Ajustó los troncos, sopló suavemente hasta que el fuego se encendió por

completo y, satisfecha, observó cómo el calor y la luz llenaban el gran salón.

—Perfecto —susurró con una sonrisa radiante—. Todo está listo para recibirlos.

Contenta, se retiró a su habitación, se acostó y cerró los ojos, segura de que al día siguiente los miembros del clan la recibirían con sonrisas, admirando su dedicación.

Muchos se reunirían con Tavish para contarle lo sorprendidos que estaban por su entrega y buen hacer. No necesitaría tres semanas para ganarse al clan.

Con un solo día, había sido suficiente.

Capítulo 12

Tavish, al igual que lo había sido su progenitor, era un hombre de costumbres arraigadas. Como todas las mañanas, se había levantado al alba. Sin embargo, lo que él había pensado que sería un desayuno tranquilo antes de ocuparse del entrenamiento y de los asuntos del clan, se había convertido en un verdadero caos.

Varios de los habitantes dentro de los muros de la fortaleza se encontraban allí, cada cual más airado que el anterior.

Él no tenía la menor idea de la razón de su enfado, ya que todos hablaban a la vez, y un punzante dolor en la cabeza comenzaba a martillearle, como si un pequeño y obstinado martillo golpeara detrás de sus sienes.

—¡Callaos todos! —bramó, provocando que el silencio se apoderara de la estancia—. ¡¿Qué diablo ocurre?!

El silencio duró apenas un suspiro antes de que todos volvieran a hablar a la vez. Tavish se llevó dos dedos a la sien y cerró los ojos durante un instante.

—De uno en uno —gruñó.

Beathag, una de las ancianas del clan, tomó la palabra con la dignidad de una reina ofendida.

—Laird, vuestra prometida insistió en ordeñar a Bella. No solo irritó sus ubres, sino que la mitad de la leche acabó en el suelo. Y no contenta con eso, ¡me acusó a mí de tener mal pulso! —Agitó la mano frente a todos—. ¡Mirad! Tengo el mismo pulso que una jovencita. ¡Es indignante!

—Lo indignante —saltó otra mujer, con los brazos en jarra— es que delante de todas nosotras me dejase por una madre negligente. Mi hijo estaba nadando tranquilamente, como hace cada tarde, y ella lo sacó del agua a rastras gritando que lo había salvado de morir

ahogado. El pobre no paraba de llorar… ¡y ella todavía se vanagloriaba de sus actos!

—¿Qué? —preguntó Tavish, porque sentía que tenía que decir algo, pero no tenía la menor idea de qué.

—Peigi y Bonnie —intervino el pastor, refiriéndose a dos de sus ovejas—, estaban pastando tranquilamente en la colina. Ya sabéis que no las puedo juntar con el resto porque las atacan. Y vuestra prometida… —se llevó las manos a la cabeza— las trajo al claro. ¡No sabéis la que me armó!

—Y a mí me empujó por la colina y me echó la culpa —añadió otro hombre, alzando la voz por encima de todos.

El murmullo volvió a elevarse como una tormenta. Todos hablaban, todos gesticulaban, y Tavish sentía que cada palabra era otro martillazo en el cráneo.

—¡Suficiente! —tronó, alzándose de un salto. El banco de madera chirrió bajo la fuerza de su movimiento, y la sala se quedó en silencio otra vez.

Se pasó la mano por la cara, respiró hondo y clavó la mirada en el techo, como si buscara paciencia en las vigas de madera.

—Así que… —empezó, despacio, conteniendo la rabia— en solo un día, mi prometida ha irritado a una vaca, ofendido a una anciana, llamado mala madre a una mujer, hecho llorar a un niño, revuelto a dos ovejas y empujado a un hombre por una colina.

—Como poco —dijo una voz.

Tavish abrió los ojos y los recorrió uno a uno.

—Os prometo que hablaré con ella. Pero no quiero que ninguno de vosotros le falte al respeto ni le diga nada de esto.

Su prometida, en un intento de ganarse al clan, había causado un desastre. La peor parte de todas era que a Tavish ni siquiera le sorprendía. Matilda era una dama inglesa; ¿cómo se le ocurría intentar ordeñar una oveja? Seguramente aquella sería la primera vez que se acercaba a una.

Aun así, él debía reconocer que el gesto había sido noble por su parte, por más torpe que resultara. La mayor parte de los jóvenes de su linaje habrían considerado que ocuparse de tales menesteres era rebajarse, un acto indigno de su posición.

Sin embargo, Matilda había demostrado ser una dama valiente.

—Nunca haríamos tal cosa, laird —respondió el pastor con solemnidad—. Por eso hemos acudido a vos.

—Pues ya os he escuchado. —Tavish se sentó de nuevo en el banco—. ¡Ahora, todos fuera! —espetó, señalando la puerta.

Y esta vez, obedecieron. Poco a poco, cada uno salió del salón, lanzando las últimas miradas de queja y sacudiendo la cabeza, hasta que Tavish se quedó solo.

Pero por muy poco, porque no tardó ni un instante en volver a tener compañía.

—Menuda asamblea matutina —comentó Struan, su segundo al mando, entrando en la sala con una sonrisa socarrona—. Y yo que pensaba que la tormenta de anoche había quedado fuera de los muros.

—No tienes ni pizca de gracia. Me voy a atender los asuntos del pueblo durante un día, y mi prometida ha estado a punto de causarme un motín.

Struan se sentó a su lado.

—Si en vez de enviarme al clan Fraser a asegurarme de que su laird sabe que las tierras de Glenreach te pertenecerán en cuanto te cases, me hubieras dejado aquí, podría haber evitado el desastre.

Tavish entrecerró los ojos.

—Conociéndote, no habrías intervenido.

—Tienes razón, amigo. Pero habría sido mucho más divertido que discutir con los Fraser. Rowan se niega a llevarse el rebaño de las tierras hasta que le enseñes una orden real.

Tavish bufó. Tenía la orden firmada por el rey, pero no sería efectiva hasta que el padre Stuart firmase, certificando el matrimonio.

—Ese malnacido de Rowan —masculló Tavish, cerrando las manos en puños—. No le quedará otro remedio que hacerlo. En unos días, Matilda y yo nos casaremos. —Tal vez antes de lo que él creía—. Matilda aceptará desposarse conmigo. En un solo día ya se ha ganado más enemistades que amistades.

Tavish le había contado a Struan el trato al que había llegado con la joven dama.

—No lo tengo tan claro, amigo. Tu prometida es muy empecinada. Dudo que se dé por vencida.

—A ella no le quedará otra opción que hacerlo —espetó, dando el asunto por finalizado. Bastante le dolía ya la cabeza—. ¿Dónde está el desayuno? —gruñó, mirando la mesa vacía, con la voz más áspera de lo normal.

—No lo sé. Pero yo también estoy hambriento.

Como si los hubiera escuchado, Mairead apareció con una bandeja de comida. No se dirigía a la mesa del laird, sino a la puerta, y Tavish supo al instante que el desayuno iba destinado a Matilda. Él mismo había ordenado que se ocuparan de ella, pero eso no calmó su enfado.

—¿Por qué demonios nuestro desayuno no está en la mesa? —bramó.

La muchacha dio un salto tan grande que casi se le resbaló la bandeja de las manos.

—No lo pagues con Mairead —intervino Maud, el ama de llaves, entrando en la estancia con paso firme—. Ve a llevar ese desayuno a Lady Matilda —le ordenó a la joven, que desapareció corriendo como si huyera de un incendio.

—¿Y debo pagarlo contigo? —replicó Tavish, girándose hacia ella.

Aunque respetaba a Maud, que había criado tanto a él como a su hermano, esa mañana se encontraba al límite.

La mujer cruzó los brazos y lo miró sin un ápice de miedo.

—El desayuno no está preparado porque vuestra prometida decidió ponerse a limpiar. La cocinera resbaló en las escaleras, que estaban encharcadas por toda el agua que vuestra dama dejó esparcida, y ahora tiene el tobillo torcido. Varios sirvientes siguen estornudando porque el polvo que levantó les llenó el pecho y la garganta, y anoche casi se incendia el salón, gracias a la chimenea que encendió. —Lo señaló con el mentón hacia el hogar, donde quedaban rastros de hollín y el banco cercano lucía una pata chamuscada, como si hubiese querido prender fuego al salón entero en lugar de calentarlo.

Struan estalló en carcajadas.

—Dos de vuestros guerreros se quemaron intentando apagar las llamas —añadió Maud con severidad.

—Tiene que ser una chanza —gruñó Tavish, aunque su tono carecía de convicción.

—Me conocéis desde vuestra más tierna edad, Tavish Mackinlay. —La mujer lo miró con la dureza de quien no admite réplica—. Decidme, ¿cuándo me habéis escuchado gastar una broma?

Tavish abrió la boca, pero no encontró respuesta.

—Eso pensaba —sentenció Maud, ajustándose el delantal—. Ahora, si me disculpáis, debo organizar lo que queda del servicio, que vuestra prometida ha dejado medio inhabilitado.

La mujer se marchó, dejando tras de sí un silencio espeso.

Struan, todavía riendo, se inclinó hacia Tavish.

—Me atrevería a decir que la dama no necesita espada ni ejército. Con un día de esfuerzo, ha puesto de rodillas a toda la fortaleza.

Tavish cerró los ojos un instante, apretando la sien con sus dedos.

—Esa maldita hechicera —masculló—. No me sorprendería que fuese espía del rey Juan. Nadie en su sano juicio puede cometer tantos desatinos.

Struan dejó escapar una breve carcajada, pero enseguida se puso serio.

—Es una dama inglesa, Tavish. No está acostumbrada al trabajo duro de las Highlands. Y probablemente ha sido educada para ser una mujer sumisa y obediente.

—Pues quien la instruyó en tales menesteres hizo un trabajo funesto —replicó él con dureza.

—En eso te doy la razón —dijo Struan, recuperando la sonrisa —. Porque obediente, lo que se dice obediente, no lo es en absoluto.

En ese momento, Mairead regresó con paso vacilante, como temiendo interrumpir. No llevaba bandeja alguna; en lugar de dirigirse hacia la cocina, se aproximó al laird con pasos temerosos, pero decididos.

—No me digas que mi prometida ha cometido otro desatino —gruñó Tavish.

—No, mi laird —dijo Mairead, inclinando ligeramente la cabeza —. Solo deseaba suplicaros que no os airéis con Lady Matilda. Es cierto que ha causado cierto alboroto, pero lo ha hecho con la mejor de las intenciones. Tiene un corazón noble y solo ansía agradar al clan.

—Pues no lo ha logrado.

—Cuando la conozcan un poco mejor, les agradará.

Tavish suspiró, rascándose la barbilla.

—¿Puedes traerme un poco de pan duro? —le pidió.

La joven asintió y salió con paso apresurado, consciente de que debía actuar con rapidez.

Struan le lanzó una mirada cómplice a Tavish.

—Si Mairead se ha atrevido a hablarte así, es porque Matilda se ha ganado su respeto.

—También se ha ganado el aprecio de mis hermanas —masculló Tavish, pasándose una mano por el cabello.

—Debes terminar con esa apuesta —observó Struan con severidad.

—No puedo hacerlo. Le di mi palabra de laird.

—Pues si sigue esforzándose por ganarla, tu palabra de laird no valdrá de nada. No tendrás un clan que liderar.

Tavish lo miró ceñudo.

—Solo es una mujer… No puede…

—Si vas a decir que no puede sembrar el caos, yo no estaría tan seguro —le interrumpió Struan.

Tavish suspiró. Tenía que admitir que Struan tenía razón: si alguien era capaz de llevar al clan al desorden en un solo día, esa era Lady Matilda.

—Después del entrenamiento hablaré con ella —murmuró, más para convencerse a sí mismo que a su amigo.

Struan sabía que Tavish solo estaba ganando tiempo, pero prefirió no hacérselo notar.

—Sé delicado —advirtió.

—Haré lo posible por no dañar su sensibilidad —respondió Tavish.

—No es su sensibilidad lo que me preocupa —dijo Struan, arqueando una ceja—. Más bien que derrumbe la fortaleza con sus gritos.

Tavish lo miró de reojo y suspiró profundamente. Ciertamente, Lady Matilda no aceptaría las críticas de buen grado.

Capítulo 13

Matilda no entendía qué estaba sucediendo.

¿Por qué aquella mañana todos parecían evitarla? Al principio creyó que se trataba de una simple coincidencia; después, lo atribuyó a sus propias paranoias.

Primero había sido en el patio de armas, donde varios jóvenes guerreros, uno de ellos con una quemadura reciente en la mano, habían bajado la mirada al verla, fingiendo que no estaba allí. Uno de ellos estuvo tan concentrado en sus propios pies que casi tropezó con los otros dos, pero Matilda lo atribuyó a la torpeza y al despiste típico de los hombres.

Después vino aquel otro suceso en el río: unos niños se bañaban y, al saludarlos, prácticamente salieron corriendo del agua, como si la temieran.

Matilda recorría la fortaleza, tratando de descifrar aquel extraño comportamiento por parte de sus habitantes, cuando se encontró con Gleer, la mujer a quien había ayudado la tarde anterior a preparar el queso.

—¡Gleer! —la saludó Matilda, acercándose con entusiasmo—. Tengo que hablar con vos.

La expresión alegre de la mujer cambió al instante al verla.

—¿Conmigo? —Matilda fue a asentir, pero Gleer soltó un bufido —. ¡Pues prefiero que no lo hagáis!

Matilda la miró, desconcertada. Aquella mujer parecía enfadada con ella, aunque no comprendía por qué. Ayer le había ofrecido su ayuda sin pensar, colaborando en la preparación del queso e incluso esforzándose por recordar su nombre.

—¿Por qué no? —preguntó, sintiéndose levemente ofendida—. Solo quería ayudar.

—Me he mantenido callada. No le he dicho al laird nada de lo que sucedió ayer —replicó Gleer, con el ceño fruncido.

Matilda parpadeó, aún más confundida.

—No tenías por qué mantenerte callada —dijo, inclinándose un poco hacia ella—. No es ningún secreto que os ayudé a hacer queso. Podéis contarlo si queréis. Tavish no se enfadará con vos por ello.

Los ojos de Gleer se abrieron por completo, y en su rostro se dibujó un cambio evidente. La joven no parecía consciente de los desastres que había causado; solo quería agradar.

—Mira, vos… —comenzó Gleer, tratando de explicarse.

Pero no pudo terminar la frase, porque un hombre de mediana edad, su marido, se colocó entre ambas y sujetó suavemente la muñeca de su esposa.

— Gleer —la llamó en tono cauteloso, procurando calmarla.

Esta se liberó con un movimiento rápido.

—Déjame, estoy hablando con Matilda —sentenció, firme.

—El laird ha pedido que no le digamos nada —susurró en voz baja, pero Matilda lo escuchó.

—Pero ella no es consciente… —murmuró Gleer a su marido, intentando justificarse, pero él negó con la cabeza.

—Debemos obedecerle, Gleer.

Ella suspiró y asintió, resignada. Luego volvió su mirada hacia Matilda.

—Es mejor que me retire —dijo, con un gesto de despedida.

La joven observó a la pareja irse, sin comprender qué estaba sucediendo. ¿Por qué Tavish les había prohibido hablar con ella?

Y entonces lo entendió.

¿Cómo había sido tan crédula? ¡Por supuesto que ese burro de Tavish estaba detrás de todo aquello! Él había chantajeado a todos los habitantes del clan para que no la hablaran, a pesar de haberle dado su palabra.

Furiosa por sus malas artes, Matilda se adentró en la fortaleza. Tan enojada estaba que, en uno de los pasillos cercanos a la cocina, casi derriba a una pareja. Apenas reconoció a Struan, el segundo de Tavish, acompañado de una joven sirvienta que bajó la mirada, avergonzada. Matilda ni siquiera reparó en ellos.

—¿Dónde está? —preguntó con impaciencia.

Struan arqueó una ceja rubia.

—¿Quién?

—¡Ese burro!

—Si no sois más específica, me temo que no podré ayudaros, milady. Hay muchos por estos alrededores; tanto animales como humanos.

—¡Tavish!

—Qué coincidencia… Él también desea hablar con vos —respondió Struan con calma—. Iba a hacerlo después del entrenamiento, pero le ha surgido un asunto de suma urgencia. —A ella no se le pasó desapercibida la ironía en sus palabras.

—Espero que quiera hablar conmigo para disculparse —espetó Matilda, cruzando los brazos.

—Me temo que no —le advirtió Struan con una sonrisa.

—¿Dónde puedo encontrarlo?

—Está supervisando los trabajos en el muro este —Struan señaló el pasillo de la fortaleza—. Han traído nuevas piedras y los piedreros están reforzando la sección que cedió durante el invierno, asegurándose de que no quede la menor grieta que el viento o la nieve puedan aprovechar.

—Os lo agradezco.

Y tras darle las gracias, porque ante todo Matilda tenía modales, se dio la vuelta y se dirigió, hecha una furia, hacia Tavish.

Aunque tuvo que andar bastante hasta llegar al muro, la rabia la impulsaba y el camino le pareció más corto de lo que realmente era, a pesar de haberse equivocado de dirección varias veces. No era de esas personas que se perdían en una habitación con una sola puerta, pero tampoco podía presumir de una buena orientación.

Esperaba encontrarlo rodeado de hombres, dando órdenes y supervisando el trabajo, pero para su sorpresa estaba solo, concentrado, examinando una de las piedras recién colocadas en el muro.

—¡Vuestra palabra no vale nada, laird! —exclamó Matilda a modo de saludo.

Tavish se giró para mirarla. Allí estaba, frente a él, con uno de sus habituales vestidos color rosa y su cabello rubio cayendo por encima de sus hombros. Sus mejillas estaban encendidas por la ira y sus ojos azules ardían con furia, pero, pese al enfado, estaba tan hermosa como siempre.

Los piedreros se habían retirado a almorzar, pero Tavish permanecía allí, evitando buscarla. Porque, pese a lo que Struan pudiese pensar, los gritos de Matilda no le resultaban molestos; lo que verdaderamente le perturbaba era la idea de verla herida o apenada.

—Mi palabra lo vale todo —respondió con severidad.

Ella soltó una risa burlona.

—No cuando habéis prohibido a los miembros del clan hablarme o relacionarse conmigo.

Tavish la miró, sorprendido.

—Yo no les he prohibido eso.

—¿Decís que son unos mentirosos? —Matilda dio un paso más cerca, clavando los ojos en los suyos—. O, peor aún, ¿que la mentirosa soy yo?

—No, damita. Lo que digo es que yo no soy ningún mentiroso.

No se sentía ofendido; entendía perfectamente lo que había sucedido.

—¿No vas a reconocer nunca vuestra culpa?

—Soy capaz de aceptar cuando me equivoco —Tavish chaqueó la lengua—. Más que capaz —recalcó—. Pero rara vez lo hago.

—Estáis muy pagado de vos mismo.

—O quizá soy simplemente sincero.

Matilda suspiró, cruzando los brazos, en un gesto que no podía ocultar del todo su descontento.

—No vais a permitirme ganar esta apuesta, ¿verdad?

Él la miró fijamente, con calma y determinación.

—No podéis ganarla, y lo sabéis —le dijo suavizando su tono de voz—. Debemos casarnos.

Matilda no era tan ingenua como para no reconocer la verdad en sus palabras. Había querido engañarse a sí misma, aferrarse a la ilusión de que podía escapar de su destino, pero la realidad era

inevitable: tenía que desposarse con Tavish. Era su deber. Todos esos sueños de amor romántico no eran más que eso… sueños.

—¿Puedo seguir contando con esas tres semanas?

Tavish se planteó seriamente decirle que no. Pero había algo en la mirada de ella que se lo impidió. O quizá fue que, en el fondo, quería que Matilda se casase con él por propio deseo, no por una obligación que ambos detestaban.

—¿Para qué las queréis? ¿Creéis que encontraréis la manera de zafaros de la boda?

—No, no lo creo —respondió ella con sinceridad—. Pero me gustaría conoceros un poco más antes de jurar mis votos.

—No hay mucho qué conocer.

—Llevadme a dar un paseo por el bosque —propuso Matilda, ignorando las palabras de Tavish—. A caballo, claro. Así podré ver cómo sois fuera de los muros de la fortaleza.

Tavish resopló. Aquella joven no se daba por vencida y, encima, no parecía siquiera escucharlo.

—Soy un hombre ocupado.

—¿Tan ocupado que no podéis dar un paseo con vuestra prometida? ¿O acaso, laird, teméis que sea mejor amazona que vos? —preguntó con un brillo de desafío en sus ojos.

Tavish no pudo evitar sonreír ante la insolencia de Matilda.

Y Matilda no pudo evitar pensar que era hermoso cuando sonreía. Un calor inesperado ascendió por su pecho, y por un instante, se sintió extrañamente satisfecha de haber sido ella la que había logrado aquel breve destello de alegría.

—Muy bien entonces, damita —dijo Tavish con decisión y cierta resignación—. Daremos ese paseo.

El sol estaba ya alto, filtrándose entre las copas de los robles y pinos que bordeaban la fortaleza. Matilda avanzaba al galope por el sendero del bosque, su vestido ajustado por las riendas del caballo ondeando con cada brisa, y el viento despeinándole el cabello. Su risa clara resonaba entre los troncos y rocas, mezclándose con el relincho tranquilo de Caldero.

—¡Mira, Tavish! —gritó, extendiendo los brazos como si quisiera abrazar todo el bosque—. ¡Es maravilloso!

Tavish cabalgaba unos pasos detrás, observando cada movimiento de Matilda como si temiese perderse alguno. Le encantaba ver a su prometida disfrutar; aquel espíritu indomable y alegre le resultaba sorprendentemente atrayente.

Matilda resplandecía entre la naturaleza, como si cada árbol y cada rayo de sol le devolvieran la vida y la alegría. Él se arrepintió de haberla encerrado en su habitación. Aunque, en realidad, no había durado demasiado allí. Pero no volvería a cometer ese error.

O quizá sí. Tal vez, después de casarse, la encerraría unos días en la alcoba, pero, sin duda, se aseguraría de estar él también dentro.

—Cuidado con esa rama —le dijo, aunque su tono tenía más un deje de advertencia juguetona que de severidad—. No quisiera que vuestro caballo la esquive y terminéis en el suelo.

—¡Oh, por favor! —respondió Matilda, con un guiño—. ¿Creéis que una amazona como yo necesita vuestra protección? Caldero y yo nos entendemos a la perfección.

—No lo pongo en duda —murmuró Tavish, pero aun así apretó ligeramente las riendas, midiendo la distancia entre ambos, por si tenía que ayudarla—. Pero quizá Caldero esté cansado de vos y os tire sin más.

Ella giró la cabeza para mirarlo, arqueando una ceja con desdén.

—Caldero nunca haría algo así —dijo, volviendo a mirar hacia adelante—. ¿Verdad, Caldero?

El caballo relinchó con fuerza, como respondiéndole, y Tavish estuvo más que convencido de que, si alguien podía hablar con un caballo, esa era Matilda.

Tavish la observó mientras el sol filtraba destellos dorados a través de las hojas, iluminando su cabello desordenado por el viento. La manera en que Matilda se movía sobre Caldero, segura, elegante y alegre, era algo que no había esperado de una dama inglesa, pero Matilda era única.

—Debo confesar —dijo Tavish, alargando un poco las riendas para acercarse a ella—, que no creí que os divertiría tanto un paseo por el bosque.

Matilda giró la cabeza hacia él, con los ojos brillando de entusiasmo.

—Desde que murió mi hermano, no he podido cabalgar solo por placer —confesó—. Mi tía creía que era poco digno de una dama. Y más, estando de luto.

—El luto siempre me ha parecido un hábito innecesario.

—¿Vos no lo cumplistéis cuando falleció vuestro hermano y vuestro padre?

—Estaba ocupado dando caza a los que los mataron —respondió con la mandíbula apretada—. Y cuando conseguí vengarme, estuve ocupado en afianzar mi posición de laird.

—No creo que eso os costara mucho —apuntó Matilda, tratando de aligerar la conversación, pero su sonrisa se desvaneció al ver la severidad que ensombrecía el rostro de Tavish.

—Yo no debía haber sido el laird —reconoció él—. Mi hermano era el primogénito, y mi padre lo había designado como sucesor. Y eso estaba bien para mí, ya que nunca ansié el puesto. Pero no podía permitir que el clan quedara a merced de alguien incapaz de guiarlo, alguien débil que lo habría llevado a la deriva. No cuando mi padre había luchado tanto para mantener unido al clan, para fortalecer sus muros y ganarse el respeto de cada aldeano y guerrero. No podía permitir que todo ese esfuerzo se viniera abajo por la ineptitud de alguien que no comprendiera lo que significaba ser laird.

Matilda permaneció en silencio, absorbiendo cada palabra. Él no hablaba de poder o ambición; hablaba de responsabilidad, de deber y de amor por su gente.

Y eso era algo que ella podía entender. Algo que le hacía ver a Tavish de otra manera.

—Y las tierras que ganarás con mi dote ayudarán al clan.

—Lo harán —dijo él sin dudar.

Matilda guardó silencio, dejando que la brisa del bosque y el sonido rítmico de los cascos de Caldero marcaran el compás de sus

pensamientos. Observaba con atención todo lo que la rodeaba: el bosque estaba lleno de vida, y cada detalle parecía contarle algo.

Los pájaros se lanzaban en picado entre los claros, cantando con alegría, mientras los pequeños arbustos salpicados de flores silvestres se mecían suavemente con el viento, como si saludaran a su paso. De vez en cuando, un conejo cruzaba el sendero con un salto veloz, y más adelante, un ciervo curioso se detenía entre los árboles, observándola antes de desaparecer con elegancia entre la maleza. Cada movimiento, cada sonido, le parecía un recordatorio de lo vasto y vivo que era aquel mundo, tan diferente de los muros de la fortaleza.

—¿Y crees que eso será suficiente para que me acepten? —preguntó Matilda, rompiendo el silencio. Su voz llevaba un hilo de inseguridad que contrastaba con la determinación en su mirada.

—¿Por qué te importa tanto que te acepten? —inquirió Tavish, con calma, sin apartar los ojos de ella.

—Mi padre me quería, aunque no me entendía; no como lo hacía mi hermano —dijo, haciendo una pequeña pausa—. Los miembros del castillo de mi padre eran amables conmigo, sí, pero por más que me esforzaba, notaba que solo me respetaban por ser quien era, no por mí misma.

Tavish la miró con atención, captando la sinceridad y la vulnerabilidad en su voz. Aquella joven no solo deseaba agradar; anhelaba ser reconocida por lo que era, por su propia valía, algo que él entendía más de lo que ella podría imaginar.

—Entonces, esta es vuestra oportunidad —la animó él, con un matiz de suavidad que rara vez dejaba entrever—. No para que te acepten, sino para que demuestres quién eres realmente.

—Ayer lo intenté, pero…

—No —la interrumpió Tavish—. Ayer intentasteis agradarlos ayudándolos. Pero no os mostrasteis como sois en realidad, damita.

Aunque a Matilda le costaba reconocerlo, Tavish tenía razón. Ella había estado demasiado ocupada tratando de ganarse el favor de su gente como para reparar en conocerlos, y mucho menos, en que la conocieran a ella.

Matilda no respondió, reflexionando sobre las palabras de él. Siguieron cabalgando hasta llegar a un claro con grandes piedras planas.

Tavish descendió de su caballo y Matilda hizo lo mismo. Ataron a ambos animales alrededor de un árbol cercano.

—¿Tienes hambre? —le preguntó Tavish.

Matilda asintió con entusiasmo, y él sonrió. Con un movimiento ágil, extrajo de su alforja un pequeño pan de cebada y un poco de queso y lo colocó sobre una piedra plana.

—¿Cuándo has cogido la comida? —inquirió ella, sorprendida, recordando que habían ido juntos al establo y no se habían separado.

—Un guerrero siempre lleva algo en la alforja —respondió Tavish con un toque de orgullo—. Nunca se sabe cuándo tiene que alimentar a una dama hambrienta.

Matilda lo miró divertida mientras se sentaba en la piedra y cogía un trozo de pan. Tavish ocupó un lugar a su lado.

—Este lugar es precioso —dijo ella, contemplando el claro y los rayos de sol filtrándose entre los árboles.

Él asintió.

—Cuando era niño, mi hermano y yo nos escapábamos del castillo para explorar el bosque y trepar a los árboles. Siempre acabábamos en este claro —le contó Tavish, señalando las grandes piedras planas que se extendían frente a ellos—. Nos gustaba porque podíamos sentarnos sobre las piedras, mirar el cielo y planear nuestras pequeñas aventuras, como si el mundo entero se detuviera solo para nosotros.

—Lo echáis de menos.

No era una pregunta, pero aun así él respondió.

—Las cosas cambiaron cuando nos hicimos mayores —suspiró, perdiéndose en sus propios recuerdos durante unos instantes—. Pero debo luchar porque el clan prevalezca. Por él y por mi padre.

A pesar de que intentaba mantener la compostura, Matilda vio la tristeza reflejada en sus ojos. Se sentía extrañamente cerca de él en ese instante, como si por primera vez no viera al laird severo y dominante, sino al hombre que había perdido a familiares que

amaba, tal y como ella. Por primera vez, sentía que estaba conociendo al hombre, no al laird.

Y ese hombre le agradaba más de lo que quería admitir. Por eso sentía una extraña necesidad de verlo relajado, de verlo sonreír, aunque fuera por un momento.

Con ese pensamiento en mente, Matilda se levantó de la piedra, moviéndose con ligereza.

—¿Adónde vas? —preguntó Tavish, curioso y atento.

—Nunca he sido muy buena escalando árboles, así que voy a probar con las piedras.

Matilda le lanzó una mirada traviesa mientras se acercaba a un conjunto de rocas más grandes que se alzaban en el claro.

—Ten cuidado, las piedras pueden ser traicioneras —le advirtió Tavish, levantándose.

—No temas por mí. Soy muy hábil cuando quiero serlo.

Él no estaba muy seguro de aquella afirmación, pero tuvo el buen tino de mantenerse callado.

Matilda subió con cuidado, tanteando el terreno con los pies mientras Tavish la observaba, más atento a sus movimientos que a cualquier otra cosa. Cada salto era firme, seguro… hasta que, en un instante de exceso de confianza, tropezó con un saliente irregular.

—¡Ah! —gritó, perdiendo el equilibrio.

Tavish reaccionó al instante, extendiendo las manos, pero antes de que pudiera sujetarla del todo, Matilda cayó hacia él. Los dos rodaron un par de metros hasta detenerse sobre la hierba húmeda.

—Ya sabía que de una manera u otra yo iba a terminar perjudicado —se quejó Tavish, incorporándose y sentándose en la hierba—. ¿Estás bien? —le preguntó con preocupación.

Matilda imitó sus acciones, sentándose también.

—Estoy perfectamente. Y no seáis gruñón.

—¿Gruñón? ¿Me tiráis y yo soy el gruñón?

—No ha sido mi culpa, sino de las piedras que, al final, sí que han sido traicioneras.

Tavish se rio. Aquella joven era imposible.

—Parece que tendré que vigilar cada uno de vuestros pasos, damita.

—¡Oh, por favor! No necesito vigilancia. Las piedras son las culpables, no yo.

Tavish sonrió, divertido por su insolencia.

Ella giró la cabeza para mirarlo y fue entonces cuando advirtió lo cerca que estaban sentados; apenas había espacio para el aire entre ellos. Algo que no era digno para una dama ni con su prometido, pero aun así ella no se movió.

Los ojos de Tavish se oscurecieron y un brillo de una emoción que Matilda no supo reconocer apareció en ellos.

—Creo que deberíamos regresar —dijo, apretando los dientes, casi con dolor, y Matilda tuvo la tonta sensación de que aquellas no eran las palabras que realmente quería decir.

—¿No podemos quedarnos un poco más?

—No cuando estoy deseando besarte —confesó él, con un tono bajo, casi un susurro que apenas atravesaba la brisa del bosque.

—¿Y esa no es una razón para que nos quedemos?

—Damita, no sabéis lo que estáis haciendo.

—Tal vez no, pero quiero hacerlo.

Tavish deslizó el dorso de su mano por su mejilla, acariciándola con suavidad, y acercó sus labios a los de ella.

—¿Estáis segura? —susurró, con un hilo de duda en la voz—. ¿Tan valiente sois?

—Yo sí, pero estoy pensando que vos sois un cobarde, Tavish Mackinlay, y por eso tardáis tanto en besarme.

Él sonrió apenas, inclinándose sin más, y sus labios se encontraron con los de ella. El beso fue decidido, exigente en cada presión, haciendo que Matilda sintiera un cosquilleo intenso recorrer todo su cuerpo. Nunca antes había sido besada, y la fuerza con la que Tavish la sostenía, la seguridad y el calor de su cercanía, la dejaron sin aliento.

Se apoyó en él, dejando que sus manos se posaran sobre sus hombros mientras él la rodeaba con sus brazos. Cada instante la hacía sentir más viva, más consciente de la realidad de aquel momento y del poder de la atracción que sentía por él. Era un beso que no solo despertaba deseo, sino también una certeza intensa de pertenencia y cercanía, algo que iba más allá de las palabras.

Tal vez nunca la amaría por completo, pero quizá lo que compartían era suficiente para sentirse felices. Quizá la atracción que los unía bastaba para forjar un vínculo irrompible, capaz de otorgarles una vida plena de dicha.

Pero cuando el beso terminó y la realidad volvió a imponerse, Matilda comprendió que lo que sentía iba más allá de la simple atracción. Anhelaba con todo su ser que él sintiera lo mismo.

—Voy a seguir necesitando esas tres semanas —le dijo, haciéndole reír.

—Aunque me acuses de lo contrario, yo siempre cumplo mi palabra, damita. Y ahora, será mejor que nos marchemos antes de que no pueda contenerme más.

—¿Por qué no podéis conteneros? —preguntó ella, confusa, mientras él se levantaba.

Tavish la miró; ella seguía sentada en el suelo con las mejillas sonrojadas y los labios hinchados por el beso.

Él había besado a muchas mujeres, pero nunca había experimentado con ninguna la intensidad de sensaciones que despertaba ella. A ninguna la había deseado con tanta fuerza.

Tuvo que recordarse a sí mismo que ella era inocente. Completamente inocente.

—Porque os deseo, damita.

Matilda abrió los ojos al comprender sus palabras y Tavish estuvo a punto de echarse a reír cuando ella se levantó a toda prisa.

—Tenéis razón, será mejor que regresemos a la fortaleza.

Capítulo 14

Matilda había estado segura de que, después de la conversación durante el paseo y del beso que habían compartido, la complicidad entre ellos se afianzaría y tendría tiempo para seguir conociéndolo. Sin embargo, al despertar aquella mañana, descubrió que Tavish se había marchado de la fortaleza por varios días.

—¿Tanto le costaba a ese necio haberse despedido? —preguntó irritada a Mairead, quien le había dado la noticia mientras le servía el desayuno.

La joven sirvienta bajó la mirada, visiblemente incómoda, intentando hallar las palabras adecuadas.

—Ayer llegó un mensajero a última hora de la tarde, milady —dijo con voz temblorosa—. Por supuesto, desconozco el contenido de la misiva, pero parece haber causado que el laird se marchase al alba junto a su segundo.

—Más a mi favor, claro —musitó Matilda, frunciendo el ceño—. Pudo despedirse de mí anoche si no quería perturbar mi descanso matutino. Pero a ese bruto poco le importa mi tranquilidad. Es un hombre descortés, rudo y un tanto insolente, por no decir otra cosa.

—A vuestro prometido le importáis.

—¿Ahora vais a defenderlo?

—Milady… —comenzó—. Tal vez lo hizo por asuntos de suma urgencia, como la defensa del clan o alguna obligación que no podía posponer.

Matilda suspiró, cruzando los brazos con irritación.

—Sea como fuere, Mairead, me enfada que se vaya sin una palabra de despedida. Después de todo lo que compartimos ayer… —susurró, más para sí misma que para la sirvienta.

Mairead asintió con delicadeza.

—Comprendo vuestra molestia, milady. Mas recordad que el laird tiene un deber con su gente que a veces le obliga a tomar decisiones impetuosas.

—¿Y así habrá de ser cuando estemos casados? ¿Guardará siempre silencio conmigo, como si fuese una extraña a la que no debe confiar palabra alguna?

—Tal vez busque protegeros, milady.

—No importa —respondió Matilda con un ademán decidido de la mano—. Ya que él no está, aprovecharé para conocer mejor a los miembros del clan.

Mairead vaciló, apretando las manos contra el delantal.

—Milady… No sé si esa es buena idea.

—Claro que lo es —insistió Matilda, alzando el mentón con determinación—. No deseo ser una mera espectadora en esta fortaleza, Mairead. Si he de convertirme en su esposa, también debo ganarme a su gente.

—Milady, ya lo intentasteis una vez y no salió demasiado bien.

—Lo sé —dijo Matilda con un dejo de amargura—, pero entonces Tavish me saboteó. Ahora es distinto: he aceptado que habré de ser su esposa, y no hay razón para que vuelva a impedirlo. Además, él no está aquí.

Mairead no insistió. Bien sabía ella que, cuando Lady Matilda se empecinaba con algo, no había manera de hacerle cambiar de idea.

Matilda salió de sus aposentos y descendió hacia el patio de armas. El lugar bullía de actividad. Un par de mozos descargaban sacos de grano de un carro recién llegado, mientras varias mujeres acarreaban cántaros de agua desde el pozo. Los niños correteaban entre las piernas de los adultos, riendo y jugando, hasta que alguna madre alzaba la voz para reprenderlos. Un herrero mayor cargaba con unas herramientas hacia la fragua, y un par de guerreros cruzaban el patio, dirigiéndose al campo de entrenamiento.

Era un espacio vivo, lleno de voces y pasos, pero cuando Matilda avanzó entre ellos, el bullicio pareció apagarse. Los saludos cesaron, y más de uno apartó la vista con rapidez, como si su presencia incomodase más de lo que podían expresar.

La joven apretó los labios, pero no se dejó amedrentar. Iban a aceptarla. No sabía cómo lo lograría, pero lo haría.

Fue entonces cuando distinguió a Gleer, inclinada sobre un barreño de ropa, las mangas arremangadas y el rostro húmedo por el esfuerzo. La mujer la vio acercarse y, por un instante, pareció dudar entre seguir con lo suyo o huir como los demás. Pero Matilda fue más rápida y se colocó frente a ella.

—Gleer —la saludó—. ¿Por qué huís de mí?

La pobre mujer abrió los ojos, sorprendida ante la pregunta directa de la joven.

—Milady, no…

—Os ayudé a hacer un queso. Sé que eso no le gustó a mi prometido y os ordenó que no os relacionaseis conmigo, pero…

—No, milady, él no nos dio tal orden —replicó Gleer en un susurro, mirando a ambos lados para asegurarse de que nadie las escuchaba—. Lo que hizo fue advertir a quienes fueron a quejarse de vos que no se les ocurriese faltaros al respeto.

Matilda frunció el ceño.

—¿Y por qué habrían de quejarse de mí?

Gleer se mordió el labio inferior, como si dudara si debía hablar o no. Finalmente, suspiró y se decidió a hacerlo. Fue honesta y le contó lo sucedido. Lo que dijo dejó a Matilda atónita, abriendo y cerrando la boca como un pez, incapaz de dar crédito a lo que oía.

—¿Y por qué no me lo dijisteis en aquel momento? —preguntó al fin, con un deje de reproche.

—Yo no me quejé al laird porque vuestra intención fue buena, milady —le respondió Gleer con cautela—. Pero tampoco nos disteis la ocasión a ninguno de deciros que os estabais equivocando.

Matilda dejó escapar un hondo suspiro, bajando por un momento la mirada.

—Reconozco que, en ocasiones, puedo ser algo empecinada y tiendo a no escuchar cuanto me dicen. —Miró a los ojos a la mujer —. Mas sé reconocer cuando me equivoco. Me disculpo por estropear vuestro queso y me disculparé con el resto.

Gleer esbozó una sonrisa.

—Os lo agradezco, y el resto también lo hará. Seréis una buena señora del clan.

—Lo que no entiendo es por qué Tavish no me dijo nada. ¿Por qué él permitió que creyese que era su culpa que todos me evitasen?

—Creo que sí lo entendéis, milady.

Durante unos instantes, Matilda reflexionó sobre ello.

—¿Él no quería entristecerme? —A pesar de que se escapó de sus labios formulado como una pregunta, fue una afirmación.

Gleer asintió.

Un calor dulce, como miel líquida, recorrió su cuerpo desde el pecho hasta la punta de los dedos de los pies. Tavish había preferido cargar con la culpa antes que causarle algún disgusto.

Él se preocupaba por ella.

Tal vez aquel fuera un gesto insignificante para muchos, pero para Matilda aquello era un indicio de que algún día podría llegar a amarlo de verdad. Esa certeza era suficiente para que la idea del matrimonio no se le antojase una carga, sino un desafío que podía afrontar.

Ahora debía ganarse la confianza de los miembros del clan, pero no para tener la opción de marcharse, sino para que la aceptasen como la señora de la fortaleza.

Había cometido errores al intentar ayudar en las tareas diarias, ya que, por mucho que a su orgullo le pesase admitirlo, no estaba preparada para ello. Pero sí estaba educada para administrar una fortaleza, y eso era justo lo que iba a demostrar.

—Me alegra de sobremanera, hija —le dijo el padre Stuart tres días después, cuando Matilda le contó su idea, mientras compartían un almuerzo tardío en el gran salón.

—Pero tendréis que pasar más tiempo entre los miembros del clan —le recordó Matilda.

—Soy ya un anciano, hija. —El padre Stuart esbozó una sonrisa cansada—. Viajar de un lado a otro ya no es lo más recomendable para mí.

—Los miembros del clan necesitan un lugar en el que confesar sus pecados. Y una ermita de madera es el lugar adecuado. Estará lista en unas pocas semanas.

—¿Cómo habéis convencido a los hombres para que sigan vuestras órdenes?

Matilda esbozó una sonrisa confiada.

—Les prometí que aquellos que trabajen conmigo tendrán una semana de descanso una vez terminen.

El padre Stuart arqueó una ceja.

—¿Y qué pensará el laird de ello?

—Él estará contento, padre. Nuestra boda también será en la ermita, y le agradará saber que estoy preparándola.

El padre asintió, aunque no estaba muy seguro.

—Ya que hemos terminado de comer, ¿por qué no damos un paseo y me lleváis hasta el lugar donde habéis pensado levantar la ermita? —propuso el padre Stuart mientras dejaba a un lado el pan que quedaba en su plato.

Matilda lo miró con entusiasmo.

—Me encantará mostrároslo, padre.

Salieron juntos del gran salón y cruzaron el patio de la fortaleza. El aire fresco les recibió, cargado con el aroma del heno recién cortado y el murmullo de los hombres que trabajaban en sus faenas. Para Matilda era distinto caminar por allí ahora; sentía menos miradas huidizas y más rostros dispuestos a saludarla.

Estaba feliz de que los perdones sinceros que les había dado a los miembros del clan hubiesen servido.

Mientras bajaban por el sendero que conducía hacia el prado, se encontraron con el pastor del clan. Al verlos, se quitó el gorro de lana y los recibió con una sonrisa amplia.

—Milady, padre Stuart —los saludó inclinando la cabeza—. Que Dios os guarde en este día.

Matilda le devolvió el saludo con cortesía, aunque no pasó por alto la chispa de alegría en sus ojos.

—Buenas tardes, Duncan. —Matilda había memorizado todos los nombres de los habitantes del clan con los que había tratado,

pues quería tener un trato cercano con ellos—. Vuestras ovejas parecen gozar de buena salud.

—Y lo hacen gracias al nuevo pasto que vos misma ordenasteis abrir para el rebaño, milady —respondió él, orgulloso—. Ha sido un cambio acertado, y por ello estoy en deuda con vos. También por vallar uno de los prados para que Bonnie y Peigi puedan pastar allí sin peligro de que las ataquen.

Matilda sintió que el corazón se le aligeraba. Antes la trataban con frialdad o recelo; ahora recibía gratitud sincera.

—No me debéis nada, Duncan. Solo quiero que vuestro rebaño prospere, pues si prospera, también lo hace el clan.

El hombre inclinó la cabeza otra vez, y volvió a su tarea.

Más adelante, el murmullo de risas infantiles llenó el aire. Antes de que Matilda pudiera reaccionar, un pequeño cuerpo se abalanzó sobre ella con los brazos abiertos.

—¡Milady!

Era el niño al que Matilda había creído rescatar del río, aunque luego supo que solo estaba nadando. El pequeño la abrazó con fuerza, hundiendo la cara contra su falda. Ella bajó la mirada sorprendida, pero enseguida sonrió y se inclinó para corresponder al gesto.

—¡Qué recibimiento tan caluroso! —exclamó, riendo—. ¿Y cómo estás, mocoso travieso?

El niño alzó la cabeza, con las mejillas sonrojadas por la emoción.

—Bien, milady. Quería deciros que mi madre está muy feliz por los huevos que le regalasteis y yo por el bizcocho que mandasteis hacer para mí.

El padre Stuart soltó una risa grave.

—Sois muy generosa.

—Lo es, padre —confirmó el niño.

Antes de soltarse, volvió a estrecharla con un abrazo rápido, como si temiera que desapareciera. Luego salió corriendo hacia un grupo de amigos que lo esperaba más adelante.

Matilda lo siguió con la mirada, sintiendo cómo algo cálido y profundo crecía en su pecho.

—Me temía que todos me miraran con rencor después de mis desatinos —confesó a media voz—, pero parece que me han perdonado.

El padre Stuart la observó de reojo mientras caminaban.

—El clan MacKinlay no es rencoroso, hija. Solo necesita tiempo para comprender a quienes llegan de fuera. Habéis demostrado que vuestro interés es sincero, y eso vale más que cualquier error cometido.

Matilda suspiró, con un destello de alivio en los ojos.

—Aún queda mucho por hacer en el clan —dijo ella—. Tavish ha estado más ocupado asegurándose de que los guerreros están en forma para proteger el clan y de que no falte comida. Eso es muy importante, claro está, pero también lo es asegurarse de que estén todos felices. Esa es mi labor como señora del clan.

—Así es. —El sacerdote posó una mano sobre su hombro—. Y seréis una buena señora.

—Haré todo lo que esté en mi mano para lograrlo.

Siguieron avanzando por el sendero que bordeaba el bosque. El aire olía a resina y tierra húmeda, y el canto de los pájaros acompañaba sus pasos. Cada saludo de los hombres que se cruzaban con ellos, cada sonrisa tímida de las mujeres que llevaban cántaros de agua, era un bálsamo para su ánimo.

Al llegar al prado donde las piedras marcaban el futuro emplazamiento de la ermita, Matilda se detuvo y extendió un brazo.

—Aquí será —anunció con orgullo—. Lo he pensado bien: está cerca del río para que puedan recoger agua, y el sendero es lo bastante amplio para que cualquiera llegue sin dificultad.

El padre Stuart contempló el lugar durante unos instantes, reflexionando en las palabras de Matilda.

—Es el lugar perfecto. Estáis haciéndolo muy bien, hija.

Matilda hundió los hombros con alivio al tener la aprobación del padre Stuart. Esbozó una gran sonrisa, alegre de que por fin había encontrado su sitio en el clan. Todos la aceptaban y respetaban sus ideas. Incluso estaban comenzando a apreciarla.

Su futuro marido, Tavish, iba a estar muy feliz cuando regresase al clan.

Capítulo 15

Tras dos semanas lejos del clan Tavish, no podía esperar a regresar a la fortaleza. Una comida de verdad y una cama blanda, después de tantas noches sobre el suelo duro y alimentado apenas con sobras, eran lo que cualquiera habría querido. Pero en su corazón había un anhelo más fuerte: volver a ver a su prometida.

Ella era en quien había pensado mientras se enfrentaba a sus enemigos. Mientras luchaba contra aquellos que habían atacado el clan de uno de sus aliados. Al final, habían salido vencedores, aunque la contienda había resultado más ardua y prolongada de lo que él había previsto en un inicio.

—Una jarra de cerveza y una mujer dispuesta, eso es todo lo que necesito —dijo Struan, su segundo, mientras espoleaba el caballo.

Un coro de risas y voces roncas le dio la razón.

—¡Y un jergón en el que yacer con ella! —añadió otro guerrero, provocando más carcajadas.

Tavish sonrió con cansancio mientras animaba a su cansado caballo. Sus hombres hablaban de cerveza y mujeres; él, en cambio, solo deseaba el calor de una mirada y el alivio de saber que Matilda estaba bien.

Cruzaron el puente levadizo cuando el sol ya había comenzado a esconderse tras las colinas. La sombra del anochecer bañaba el castillo, y sin embargo, lo que hallaron al entrar en el patio de armas les hizo tirar de las riendas de sus caballos, desconcertados.

El patio estaba iluminado por hileras de antorchas y guirnaldas de flores que colgaban entre las paredes de piedra. Mesas improvisadas rebosaban de panes dorados, asados y jarras de cerveza espumosa. Al compás de laúd y flautas, mujeres y hombres

danzaban en corro, riendo y aplaudiendo al ritmo de una melodía alegre.

A nadie parecía importarle en lo más mínimo que el laird y sus guerreros acabasen de cruzar el puente levadizo. Ni siquiera el mozo de cuadra se apresuró a tomarles los caballos cuando todos desmontaron de ellos.

—No quisiera parecer egocéntrico —murmuró uno de los guerreros—, pero lo menos que podían hacer era saludarnos.

Tavish estaba completamente de acuerdo. Después de semanas de ausencia, esperaba al menos una mirada de alivio o un gesto de reconocimiento. Pero no; la música seguía sonando, las risas llenaban el aire y la fiesta continuaba como si su llegada careciera de importancia.

El único que parecía estar disfrutando de la escena era Struan, que esbozaba una sonrisa amplia, casi divertida, al ver cómo hombres y mujeres bailaban en círculo, tomados de las manos, siguiendo los pasos de una danza que él reconoció al instante.

—No sabía que los miembros del clan supiesen bailar una danza inglesa cuando nunca han estado en Inglaterra —dijo Struan.

—¿Inglesa? —repitió Tavish con el ceño fruncido.

—La vi bailar en más de una ocasión cuando te acompañé a Inglaterra, en busca de los asesinos de tu padre y tu hermano.

Tavish afiló la mirada y se tomó un momento para fijarse bien. El baile no se parecía en nada a los de las Highlands. Los hombres y las mujeres se movían formando círculos, entrelazando las manos y girando con pasos ligeros y rítmicos, cambiando de pareja cada pocos compases. Había giros, palmadas y un compás alegre marcado por la flauta y el laúd. Era un baile ordenado, con cierta gracia refinada, muy distinto a las danzas libres, enérgicas y casi salvajes de sus tierras.

Él no lo conocía. Y, en realidad, tampoco le sorprendía: nunca había sido un hombre dado a los bailes. Cuando estuvo en Inglaterra, estaba ocupado en cosas más importantes que en fijarse en las danzas. Pero ahora, en su propio patio de armas, contemplar aquel espectáculo inglés resultaba casi surrealista.

De pronto, una mujer salió del gentío como una flecha y se arrojó al cuello de uno de los guerreros recién llegados. La risa alegre de ella contrastaba con el cansancio que aún marcaba los rostros de los hombres.

—¡Por fin has vuelto, mi amado! —exclamó con entusiasmo, plantándole un sonoro beso en la mejilla antes de sostener sus manos y tirar de él con una fuerza inesperada hacia la algarabía—. ¡Ven, debes unirte al baile! Lady Matilda nos ha enseñado a todos a bailarlo. Es muy fácil, ya verás.

El guerrero se dejó llevar por su mujer. Y Tavish puso los ojos en blanco.

Lady Matilda. Por supuesto que esa condenada mujer estaba detrás de todo esto.

—Eogan —llamó a uno de sus guerreros—, lleva los caballos al establo y busca a un mozo de cuadra para que se encargue de ellos.

El hombre asintió.

—Lo de mozo de cuadra va a estar complicado —comentó Struan con una sonrisa—. Están todos demasiado ocupados festejando.

—No me gusta que se celebre una fiesta cuando llegamos de una contienda —se quejó Tavish.

—No la están celebrando por nuestro regreso, y estoy seguro de que la mayoría aún ni siquiera se ha percatado de nuestra presencia. —Struan señaló con la barbilla hacia el centro del patio—. Parece que tu prometida ha logrado integrarse en el clan de manera admirable.

Tavish siguió la dirección del gesto y vio a Lady Matilda en el centro del patio, enseñando a los guerreros a bailar. Movía sus brazos con seguridad, guiaba los pasos con decisión, y sonreía mientras corregía con delicadeza a quienes tropezaban o perdían el ritmo. Su voz clara y alegre daba instrucciones, y poco a poco, todos los presentes se sincronizaban con ella.

—Maldita sea —masculló Tavish entre dientes—. Hasta mis guerreros están bailando esa danza inglesa.

—A mí no me importaría aprender —dijo uno de los guerreros que habían regresado junto a él.

Tavish giró la cabeza para mirarle con tanta intensidad que el guerrero tragó saliva.

—Id a disfrutar de la fiesta —les ordenó Struan, y los hombres se dispersaron.

—Tu prometida ha encontrado la manera de ganarse el favor del clan aun siendo fiel a sus costumbres.

Tavish suspiró, dejando que su vista volviera al centro del patio.

Allí estaba Matilda, disfrutando del baile con una gracia que parecía natural, como si cada movimiento hubiese sido concebido para encantar a quienes la rodeaban. No podía apartar los ojos de ella. Cada sonrisa, cada gesto seguro y ligero, le resultaba fascinante, casi hipnótico. Su corazón latía con fuerza, y un ardiente deseo de acercarse, apartar a todos y bailar a su lado lo invadía. Pero no lo hizo.

—Voy a buscar una cerveza —dijo Struan, y con un gesto se alejó entre la multitud.

Tavish asintió y se acercó a una de las paredes, apoyándose en la fría piedra mientras seguía observando a su prometida. Cada movimiento suyo, cada sonrisa que lanzaba a los presentes, le resultaba imposible de ignorar.

La música llegó a su fin y Matilda detuvo sus pasos de baile, dejando que los últimos acordes se desvanecieran en el aire. Fue entonces cuando lo vio: Tavish, apoyado contra la pared, observándola con esa intensidad que hacía que su corazón se acelerara. Por un instante, se quedó paralizada.

Con una mezcla de sorpresa y alegría, empezó a abrirse camino entre los guerreros y los invitados, acercándose a él.

—Pensaba que llegarías al alba —lo saludó Matilda al llegar a su lado, con una sonrisa que no podía ocultar.

Tavish la miró.

—Esa era mi intención en un principio. Descansar durante el camino habría sido lo sensato, pero todos tenían tantas ganas de llegar a la fortaleza que cabalgamos sin detenernos. —Arqueó una ceja con lentitud—. ¿Te incomoda?

—¿Por qué habría de incomodarme?

—Una fiesta inglesa en mi clan —musitó Tavish, alzando la barbilla levemente para señalar a los habitantes de su clan, que seguían bailando despreocupadamente—. Tal vez pensaste que no sería de mi agrado y quisiste ocultármelo.

—¡Qué necedad! —exclamó Matilda, llevándose las manos a la cintura—. ¿Por qué no habría de complacerte que tu gente aprenda a gozar de una celebración propia del país de quien ha de ser su señora?

—Cuando seas su señora, serás escocesa y dejarás de ser inglesa.

—Seré escocesa por matrimonio y lealtad, pero seguiré siendo nacida en Inglaterra. Eso no puede cambiarse.

—Mas puede ser omitido y olvidado.

—Yo no deseo olvidar mis raíces. Son parte de mí y de lo que soy.

—Eres mi prometida, y pronto serás mi esposa. —Tavish avanzó un paso hacia ella—. Y como tal, espero que, ante todo, te integres en nuestro clan.

—¡Integrarme no significa borrar quién soy! No voy a renunciar a mis costumbres ni a mi lengua, ni a los recuerdos que me hicieron quién soy.

—¿Y cuál es tu plan? —preguntó Tavish con un ápice de burla —. ¿Organizar fiestas inglesas a escondidas y enseñar bailes ingleses a mis guerreros cuando yo no esté?

—No —respondió Matilda, alzando la barbilla con seguridad—. Mi plan es hacer las fiestas cuando estés presente y enseñarte a bailar los bailes ingleses.

Tavish bufó.

—Yo no bailo.

—Bailarás —determinó Matilda con absoluta convicción—. Y además, lo harás conmigo en nuestra boda.

—Nuestra boda será una celebración completamente escocesa.

—La ceremonia será escocesa, pero uno de los bailes será inglés.

—¡Por el amor de la Virgen, muchacha! —exclamó él, levantando las manos con un gesto de resignación—. ¿Acaso no

puedes entrar en razón?

—Eres tú quien debes entrar en razón. —Matilda tornó la cabeza y señaló a los miembros del clan que, ajenos a su disputa, seguían disfrutando de la fiesta. Hasta los soldados recién llegados, que habían dejado atrás su fatiga—. Todos respetan al clan, pero son capaces de dejar a un lado cualquier recelo hacia los ingleses para gozar de una celebración.

—Y parece que has logrado que dejen atrás cualquier recelo hacia ti —observó Tavish, suavizando su tono.

Matilda esbozó una gran sonrisa que iluminó su rostro.

—Así es. Pero no debes preocuparte, aunque he ganado la apuesta, sé que debo casarme contigo.

—¿Y quieres hacerlo? —La pregunta se escapó de sus labios antes de que siquiera pudiese detenerla. A Tavish no deberían importarle los deseos de la muchacha acerca del matrimonio, de la misma manera que tampoco importaban los suyos, pero lo hacían.

Matilda lo miró con intensidad.

—Sigo enfadada contigo.

Tavish frunció el ceño.

—¿Enfadada?

—Sí, y no te hagas el inocente —lo señaló con su dedo índice para, después, cruzar los brazos sobre su pecho—. Sabes muy bien la razón.

Pero lo cierto era que Tavish no tenía la menor idea. Él había creído que entre ambos todo se hallaba en buenos términos antes de su partida. Hasta habían compartido un beso.

—Te aseguro que no. Si me das una pista, quizá pueda recordarlo.

—¿Una pista? —Matilda descruzó sus brazos por un instante para alzarlos en el aire—. ¿Lo dices en serio o es una chanza?

—No es ninguna chanza —Tavish esbozó una sonrisa traviesa—. Parece que necesito que me guies un poco, damita. No es mi culpa si tu memoria es más clara que la mía.

—O quizá eres un necio que no recuerda lo que ha hecho mal.

—Mujer, ¿puedes hacer el favor de decírmelo?

—No, ya que deberías saberlo y disculparte.

—¿Acaso debo pedir perdón por algo que desconozco?

—Por supuesto que no. —Tavish suspiró, aliviado—. Quiero que sepas que hiciste mal sin necesidad de que yo te lo diga.

Tavish miró al cielo como implorando clemencia, mientras Matilda mantenía los brazos cruzados. Entonces, cayó en algo.

—No he estado con ninguna otra mujer mientras estaba fuera.

Yacer con otras mujeres durante una campaña era algo bastante habitual. Tavish lo había hecho en ocasiones anteriores, pues le ayudaba a sobrellevar la crudeza de las batallas y a mantener la moral entre los hombres. Muchos hombres casados también recurrían a ello como una forma de soportar el peso de la guerra. Las mujeres lo aceptaban, aunque a regañadientes, pues lo que más deseaban era que sus maridos regresasen a salvo a casa.

Pero Tavish estaba seguro de que Matilda nunca lo aceptaría, pese a que ellos aún no estaban casados.

—¿Y por qué ibas a yacer con una mujer? —Matilda entrecerró los ojos—. Estamos prometidos.

—¿No estabas enfadada porque pensabas que había estado con otra mujer?

—Claro que no. Ni siquiera se me ha ocurrido pensar que… —Ella hizo una pausa—. ¿Tavish MacKinlay, estás pensando en serme desleal cuando nos casemos?

—N…

—¡No pienso casarme con un disoluto! —interrumpió ella, girándose para marcharse con determinación.

Tavish reaccionó con rapidez. En un solo movimiento, tomó su brazo con firmeza, pero sin brusquedad, y la detuvo.

—Matilda —la llamó en voz baja—, no me alejarás de ti así.

Ella trató de zafarse, pero él la sostuvo, guiándola lejos del bullicio del patio de armas. Atravesaron la fortaleza en silencio. La noche había caído y los últimos ecos de la fiesta se desvanecían tras ellos. La luna llena iluminaba su camino, reflejándose en las piedras del sendero y dibujando suaves destellos en sus rostros.

Caminaron hasta un pequeño claro apartado, donde los árboles se inclinaban formando un semicírculo natural que parecía envolverlos. El aire estaba cargado de la fragancia de la hierba

húmeda y de los árboles cercanos, y la luz de la luna bañaba a ambos en un resplandor plateado.

Cuando Tavish se detuvo, Matilda se apartó con un ligero gesto, liberándose de su agarre.

—No tienes derecho a arrastrarme como si fuera ganado —le reprochó, aunque en el fondo no había hecho nada por impedir que él la condujese hasta aquel claro.

Tavish la contempló en silencio, impasible ante su reprimenda.

—Tienes mi palabra, damita, de que jamás te seré desleal —le prometió con voz grave y decidida—. Tomaré mis votos muy en serio. Serás mi mujer y la única con la que yaceré.

Matilda tornó su rostro hacia él y lo observó durante unos instantes. Su expresión se suavizó ligeramente, pero no pronunció ni una sola palabra, algo raro en ella.

—¿Me crees? —preguntó Tavish.

—Te creo —respondió ella con convicción—. Eres muchas cosas, Tavish MacKinlay, pero no un mentiroso.

Él no estuvo seguro de si aquello era un insulto disfrazado o un elogio, pero decidió tomarlo como la segunda opción.

—¿Entonces cuál es la causa de tu enfado?

El rostro de Matilda se arrugó de nuevo.

—Deberías saberlo.

Tavish se frotó los ojos en un gesto de cansancio y frustración. Otra vez con lo mismo. ¡Que un rayo lo parta si alguna vez llegara a entender a las mujeres!

—No lo sé, damita. Y no puedo leer tu mente.

—No necesitas leer mi mente.

—Damita…

Matilda exhaló un suspiro.

—Te fuiste del clan.

Él abrió los ojos como platos.

—Tuve que irme. Un clan aliado había sido atacado y su laird me pidió ayuda. Era mi responsabilidad ir.

—Eso lo entiendo.

—¿Entonces, damita? —preguntó él, tratando de comprender—. ¿Qué fue lo que hice para molestarte tanto?

—No te despediste.

—¿No me despedí?

—No, no lo hiciste —insistió Matilda—. Fue Mairead quien me avisó que te habías marchado. Tuve que enterarme por ella.

—Yo le ordené que te avisase —dijo Tavish, intentando justificarse—. No pensé…

—Ese es tu problema, Tavish MacKinlay —le interrumpió ella, con los brazos cruzados y el ceño fruncido—: que no piensas. Soy tu prometida; debes avisarme cuando te ausentes del clan por varios días. ¿Acaso tampoco me avisarás cuando sea tu esposa? ¿Y si no regresas? ¿Si hubiera muerto en una batalla? No habría tenido oportunidad de despedirme de ti.

Entonces, Tavish lo comprendió. Matilda se había enfurecido porque estaba preocupada por su bienestar. Había velado por él cuando aún ni siquiera era su esposa, y eso fue algo que hizo que una sensación cálida invadiera su estómago.

—No me ocurrirá nada, damita —dijo él, y en un gesto aventurado, se aproximó a ella y acarició su mejilla con el dorso de los dedos. Fue una caricia fugaz, pero Matilda no se apartó—. Soy un guerrero experimentado y sé cuidarme.

—Aun así, debiste despedirte de mí.

—Tienes razón, y te pido disculpas. Pero no debes preocuparte: cuando estemos casados, no me marcharé temprano sin despedirme. Compartiremos la misma alcoba y entonces tendré la oportunidad de despedirme de ti. —Tavish hizo una breve pausa y recalcó con una sonrisa pícara bailando en sus labios—. De manera muy especial.

Matilda arrugó el ceño ante aquellas palabras tan poco apropiadas, pero no pudo evitar que una suave carcajada se escapara de sus labios.

—Me encanta tu risa —reconoció Tavish, pasando su brazo alrededor de la cintura de Matilda para atraerla hacia él.

Ella abrió los ojos, sorprendida.

—¿Qué haces?

—Mostrarte mi arrepentimiento.

Antes de que Matilda pudiera contestar, Tavish inclinó la cabeza hacia ella y sus labios se encontraron en un beso más suave que el anterior que habían compartido, pero cargado de la misma intensidad. Como cada vez que besaba a Matilda, el tiempo parecía detenerse y todo a su alrededor desaparecía.

No le importaba que ella fuese inglesa, o que fuera tan testaruda como una mula; ni siquiera que aún no se hubieran desposado y que él pudiese perder las tierras de Glenreach que tan bien le vendrían a su clan.

Porque lo único en lo que Tavish podía pensar era en ella; era en la calidez de sus labios y la suavidad de su cuerpo.

Matilda le respondió al beso con la misma intensidad, entrelazando sus manos en el cuello de Tavish mientras él la acercaba aún más a su pecho. Cada movimiento era lento y deliberado, como si quisieran grabar en la memoria cada roce, cada contacto del otro.

El latido de sus corazones se entrelazaba, y Matilda se sintió más libre que nunca. Besar a Tavish era liberador, como si finalmente pudiera ser ella misma, sin normas, sin temores. Como si él fuera el hombre con el que siempre había soñado, aquel capaz de despertar en ella emociones que ni siquiera pensó que podría sentir.

Sus cuerpos permanecían tan cerca que cada respiración parecía compartida. Matilda sentía el calor de Tavish envolverla, y en cada roce de sus labios encontraba la certeza de que estaba exactamente donde debía estar.

El brazo de Tavish permanecía en su cintura, sosteniéndola con determinación serena, como si temiera que el momento se desvaneciera si no la protegía con todo su ser. Con la otra mano recorría su espalda con una delicadeza que Matilda nunca creyó que un laird bárbaro como él pudiera poseer.

—Gracias —susurró Matilda cuando él se separó de ella.

Tavish tenía los ojos entrecerrados, con la frente aún pegada a la de ella, y una expresión de fastidio dibujada en su rostro, como si le pesara el haber tenido que poner fin a aquel beso.

—No debes agradecerme por besarte —respondió con una sonrisa ligera.

Matilda le dio un breve beso en los labios, y un rubor tiñó sus mejillas ante su audacia. No se arrepintió, aunque separó su frente de la de él, alejándose lo suficiente para que el aire pudiera fluir entre ellos, sin romper del todo la cercanía que los unía.

—Te agradezco que no me avergonzases haciéndome ver mis faltas.

—Tal vez aún estoy embriagado por tus besos y tu aroma, pero no te entiendo, damita —dijo él, estirando la mano para acariciarle la mejilla con el dorso.

Ella se rio suavemente. ¿Quién iba a pensar que Tavish podía ser tan tierno?

—Sé que los miembros del clan se quejaron de mí ante ti, y que tú cargaste con la culpa cuando me enfrenté a ellos.

Tavish observó el rostro de ella con atención. Matilda sonreía, y si aquello la había afectado en su momento, ya lo había superado. Había visto cómo los miembros del clan disfrutaban de la fiesta en su compañía, aceptándola sin reservas, así que todo estaba bien entre ellos.

Su damita era, sin duda, una mujer fuerte y valiente.

—Tampoco me dejaste hablar mucho —bromeó él.

—Otro hombre hubiese aprovechado para ridiculizarme y demostrarme que él tenía razón.

—Y ese hombre no sería digno de ti —dijo él mientras volvía a rodearle la cintura con el brazo y la acercaba de nuevo hacia él.

—¿Y tú eres digno de mí? —preguntó ella con una sonrisa juguetona.

—No, damita. No creo que exista un hombre que te merezca. Pero te prometo que haré todo lo posible por hacerte feliz.

Ella esbozó una sonrisa y, sin pensarlo más, lo besó.

Mientras sus labios se encontraban, Matilda sintió que él la amaba; lo percibió en la forma en que la lengua de él buscaba la suya; en cómo la estrechaba contra su pecho, como si fuese un tesoro. También lo había demostrado al procurar no causarle inquietud. Y, sin embargo, ella sabía que Tavish, con su testaruda naturaleza, jamás lo admitiría; ni siquiera a sí mismo.

Pero, por una vez en su vida, tendría paciencia y esperaría a que él lo descubriera y le declarase su amor. Y si no lo hacía… bueno, siempre podría golpearlo con una piedra hasta hacerle entrar en razón.

—Deberíamos regresar al patio de armas —dijo Tavish cuando el beso se rompió.

Matilda deseaba quedarse allí con él el resto de la noche, incluso el resto de su vida, pero sabía que él tenía razón.

—Es cierto. Soy la anfitriona; debería estar en la fiesta.

Tavish le tomó la mano antes de que pudiera apartarse del todo.

—La fiesta puede esperar unos instantes más —murmuró, sin apartar la mirada de sus labios aún enrojecidos.

—Has sido tú quien ha dijo que debíamos regresar.

—¿Y acaso no puede un hombre desear volver a besar a su prometida?

Matilda se rio.

—Si sigues hablando así, nunca regresaremos.

—Entonces, que esperen —respondió él con una sonrisa traviesa, inclinándose de nuevo hacia ella.

Cuando regresaron al patio de armas, la fiesta seguía en todo su apogeo. Matilda se dirigió hacia un grupo de mujeres que estaban reunidas en torno al fuego, riendo mientras preparaban más hidromiel y partían hogazas de pan para repartir entre los guerreros.

Con una sonrisa, se unió a ellas y tomó una jarra, sirviendo copas como si hubiera formado parte del clan toda la vida. Las mujeres la saludaron con entusiasmo, hablando con ella con naturalidad, e incluso compartiendo bromas y chismes.

Tavish la observó desde la pared en la que estaba apoyado, manteniéndose al margen y a la vez cerca de ella.

—Toma, te vendrá bien un trago —dijo Struan, acercándose a él y entregándole una jarra de ale espumosa.

—¿Por qué crees que necesito beber? —preguntó Tavish, pero a pesar de sus palabras aceptó la jarra y le dio un largo trago.

Mientras bebía, Tavish no podía apartar la mirada de su prometida. Cada movimiento de Matilda, cada risa, cada gesto le encendía un fuego que sabía que debía contener. Deseaba sacarla de allí y llevarla a su alcoba, hacerla suya esa misma noche… Pero ella era una dama, y él debía esperar hasta su noche de bodas.

Struan, percibiendo la intensidad en los ojos de Tavish, le dio un codazo amistoso en las costillas.

—Necesitas calmarte y recordar que no quieres yacer con ella hasta el matrimonio.

—¿No quiero? —preguntó Tavish, cayendo en la trampa de su amigo.

—Quieres, pero eres demasiado honorable para hacerlo —replicó Struan—. Ya han pasado casi las tres semanas que le concediste, y parece que ella ha terminado aceptando de buen grado casarse contigo. La he visto muy feliz desde que regresasteis al patio de armas.

Tavish le lanzó una mirada de advertencia a Struan, pero este solo se encogió de hombros, con una sonrisa burlona que lo decía todo.

—Nos casaremos enseguida —le aseguró Tavish—. Pero no porque ansíe yacer con ella, sino porque cuanto antes lo hagamos, antes tendremos en nuestro poder las tierras de Glenreach.

—Puedes mentirte cuanto quieras, amigo, pero no puedes mentirme a mí.

—Pero si puedo romperte la cabeza con la jarra —amenazó Tavish, levantándola levemente.

Struan se inclinó, tomó la jarra de su mano y le dio un largo sorbo.

—Déjame vaciarla antes de que lo hagas. No es buena idea desperdiciar una cerveza tan buena.

Tavish suspiró, rodando los ojos mientras Struan daba otro sorbo y luego le guiñaba un ojo.

—La deseo —reconoció—. Más debo centrarme en lo que realmente importa: el clan.

—Un laird felizmente casado y satisfecho en la cama es un laird que gobernará con más firmeza y eficacia.

Tavish resopló ante las palabras de Struan, aunque no pudo evitar que su mente se poblara de imágenes de Matilda en la alcoba que ambos compartirían, esperándolo desprovista de toda prenda. Tavish aún no había tenido el placer de verla así, ni siquiera aquel primer día en el lago, cuando se conocieron. Aun así, aquella fantasía se había convertido en un ardiente anhelo que se repetía en su mente durante las largas noches que había pasado a la intemperie, bajo el frío cielo, invadido por un deseo que cada día que pasaba sin poder tocarla lo consumía aún más.

—Un segundo también debería estar casado —dijo Tavish, tratando de apartar aquellos pensamientos de su cabeza.

—Si debo casarme por el bien del clan, lo haré. Pero hasta ese día, si llega, disfrutaré de mi soltería.

Tavish suspiró y puso los ojos en blanco nuevamente, pero su mirada volvió inevitablemente a su prometida. Ella conversaba animadamente con el pastor y su esposa. Aquel hombre que antes había estado tan enfadado con ella ahora le sonreía, claramente encantado por su presencia.

Todos parecían felices, incluso aquellos que se habían quejado de ella. Al final, Matilda iba a ser una gran señora del clan, alguien capaz de ganarse el respeto y la admiración de todos.

Tavish no podía estar más dichoso por ello. Esa mujer era perfecta. No se parecía en nada a los ingleses. Ella era valiente, decidida y bondadosa, pero también fuerte y tozuda. Una verdadera MacKinlay.

No importaba su procedencia ni dónde hubiera pasado todos aquellos años. Ni tampoco lo que ella dijera. Matilda había nacido para ser una MacKinlay.

Había nacido para ser su esposa.

Porque Matilda era escocesa, de corazón y espíritu.

Capítulo 16

Tavish iba a estrangular con sus propias manos a esa bruja inglesa.

Aunque, en realidad, la culpa era suya por suponer que Matilda no habría tramado alguna de sus habituales artimañas.

Esa misma mañana se había despertado alegre, ilusionado por su inminente boda y satisfecho de que todo marchara bien. Ahora, sin embargo, deseaba que el techo de la sala de estrategias donde se encontraba se desplomara sobre él y pusiera fin a todo de una vez.

—Laird, ¿qué respuesta debo darle a Gregor? —preguntó Torquil, el guerrero que se había quedado encargado de la fortaleza mientras él y su segundo estaban fuera—. Está esperando una compensación.

Tavish sacudió la cabeza en un intento de centrar sus ideas.

—Gregor no va a recibir ninguna compensación.

—Pero él considera que, ya que vos le habéis otorgado a Duncan —dijo, nombrando al pastor del clan— el pasto que se disputaban sin darle ninguna explicación, debéis compensarlo.

—¡Yo no le he dado nada a Duncan! —bramó Tavish.

—Lo... lo hizo vuestra prometida —balbuceó Torquil, luchando por no encogerse ante la furia de su laird— en vuestro nombre.

—¡Ella no tenía ese poder, y tú no deberías habérselo permitido! ¡Te dejé encargado de la fortaleza, debiste impedirlo!

Tavish había tenido que llevarse consigo a sus guerreros más feroces y experimentados. No había dejado la fortaleza descuidada, por supuesto. Estaba protegida y no corrían ningún riesgo. Estaba claro que Torquil era un guerrero hábil, aunque no tenía experiencia para imponerse a los habitantes del clan, y menos, a su prometida.

—Me ordenasteis que no la contradijera ni disgustase.

—Por supuesto que lo hice —afirmó Tavish, a la vez que colocaba sus manos encima de la larga mesa donde descansaban varios mapas—. Pero no me refería a cuando ella decidiese tomar decisiones que solo yo puedo tomar.

Tavish había evitado pronunciarse sobre quién debía quedarse con aquellos pastos. El pastor los quería para su rebaño de ovejas y Gregor para cultivar. Esos terrenos habían sido heredados de sus padres, quienes, a diferencia de sus hijos, sabían compartirlos. Tavish había esperado, con paciencia, que encontraran la manera de resolverlo por sí mismos antes de verse obligado a intervenir.

—En realidad, Duncan se lo pidió y ella se los concedió como forma de disculparse con él —comentó Torquil.

Tavish se pasó una mano por el rostro.

—¿Y no se te ocurrió pararle los pies a Duncan? —preguntó, entrecerrando los ojos con exasperación.

—No creí que fuera mi cometido intervenir —respondió Torquil, encogiéndose de hombros.

Por la Virgen, este hombre era un inepto. Tavish cerró los ojos un instante, respirando hondo, intentando no soltar un rugido que hiciera temblar la sala.

—Hablaré con Duncan y Gregor —dijo Tavish al fin—. Lo solucionaré.

—¿Alguna otra cosa más que tengas que contarme?

—Sí… eh —vaciló Torquil, tragando saliva, como si estuviese armándose de valor para pronunciar las siguientes palabras—. Ha repartido pasteles entre los niños. Eso no gustó mucho a las madres, ya que después se negaban a comer lo que ellas cocinaban, pero Lady Matilda convenció a los niños para que recogiesen del huerto de la fortaleza los vegetales y luego los llevasen a sus casas. De esa manera, los niños estaban entretenidos y las madres felices de llenar sin costo la despensa.

—¿¡Que ella qué!? —exclamó Tavish, incrédulo—. ¡No puede hacer eso! De ese huerto depende todo el almacén de la fortaleza.

—Bueno… ella también ha organizado el almacén —continuó Torquil, un tanto nervioso—. Y ha decidido qué alimentos no deben

servirse en la mesa, dejando instrucciones claras a los sirvientes.

Tavish frunció el ceño, pasándose una mano por su rostro.

—¿Qué alimentos?

—Bueno… ha dicho que no se deben servir ni hígado de cordero ni estofado de venado demasiado condimentado. Según Lady Matilda, entiende que son platos típicos nuestros, pero demasiado fuertes para el paladar de los niños y de los invitados ingleses.

—¿Invitados ingleses?

—Sí. Lady Matilda espera que el clan se abra un poco más a los ingleses, que aprendamos a ser hospitalarios incluso con quienes no comparten nuestras costumbres. Por eso quiere suavizar ciertos platos y organizar las comidas de manera que todos puedan disfrutarlas.

—¡Sobre mi cadáver van a entrar ingleses en el clan! —Tavish movió sus brazos, furioso—. ¿Por qué Maud le ha permitido todo eso?

Tavish confiaba en su ama de llaves. La anciana llevaba trabajando para su clan antes de que él naciera. Era una mujer severa y fiel a sus costumbres.

—Maud tuvo que dejar la fortaleza al día siguiente de que vos partisteis, laird. Le llegó una misiva. Su hija estaba enferma y la necesitaba. Está en el pueblo desde entonces.

Tavish lanzó un gruñido.

—¡Maud no tiene ninguna hija, por el amor de la Virgen!

—Maud siempre me ha parecido una mujer muy inteligente —comentó Struan, que se hallaba apoyado en una de las paredes y que se había mantenido al margen hasta ese instante.

—Es una anciana traidora —masculló Tavish con los dientes apretados.

—Más bien, es astuta —refutó Struan con una sonrisa—. Se ha marchado para no tener que enfrentarse a tu prometida. Lady Matilda va a ser la señora del clan.

—No tenía que enfrentarse a ella, sino pararle los pies.

Struan tornó la cabeza hacia él y arqueó una ceja.

—¿Y crees que Lady Matilda iba a permitirlo?

Tavish resopló mientras se frotaba los ojos con cansancio. Por supuesto que no. Su prometida era terca y no aceptaba críticas. La presencia de su ama de llaves no hubiera cambiado nada; Matilda se las hubiera arreglado para salirse con la suya.

Como siempre.

—Envía a alguien a buscar a Maud al pueblo, ya puede regresar —le dijo a Torquil. Este asintió y fue a marcharse, pero Tavish recordó algo y se lo impidió con sus palabras—. ¿Ya está arreglado el muro?

Torquil tragó saliva y Tavish supo que lo que iba a decir a continuación no le iba a gustar en absoluto.

—Lady Matilda les pidió que dejasen de trabajar en el muro para hacer una ermita. Y aunque la terminaron hace dos días, no han continuado arreglando el muro porque ella les ha dado una semana de descanso.

—¿¡Una ermita!? —rugió Tavish, apoyando las manos sobre la mesa con tanta fuerza que los mapas se arrugaron bajo sus dedos —. ¿Y una semana de descanso? ¡Ahora entiendo por qué todos están encantados con ella! ¡Los está sobornando!

—Ella es muy generosa, laird —dijo Torquil, que sintió la necesidad de defenderla.

Tavish le lanzó una mirada que dejaba claro que mejor mantuviese la boca cerrada.

—¿Dónde ha mandado construir esa ermita?

—Donde tenías intención de construir el nuevo campo de entrenamiento —dijo Struan, provocando que Tavish lo mirase.

—¿Cómo demonios sabes eso?

—He dado un paseo a caballo antes de venir a esta interesante reunión —contestó Struan con calma—. Y lo he visto con mis propios ojos.

—¿Y no pensabas decírmelo? —inquirió Tavish, con la furia creciendo en su voz.

Struan se encogió de hombros con un gesto insolente.

—La verdad es que no. Quería disfrutar un poco más viendo tu cara cuando lo descubrieras.

Tavish apretó los puños y respiró hondo, consciente de que si no se controlaba, terminaría lanzando una jarra contra la cabeza de su segundo.

—¡Por todos los santos, ¿qué será lo próximo?! ¡¿Que convierta la armería en una sala de bordado?!

—No, ella no ha dado ninguna orden respecto a la armería —respondió Torquil.

—De momento —apuntó Struan, soltando una carcajada.

—No hablaba en serio —replicó Tavish, airado—. Lo que no entiendo es para qué demonios queremos una ermita si no tenemos un sacerdote que resida en la fortaleza.

—Lady Matilda ha invitado al padre Stuart a quedarse con nosotros.

—¿Por cuánto tiempo?

—Todo el que él desee —contestó Torquil con torpeza.

—Vamos, hasta que se muera —añadió Struan, incapaz de contener la risa.

Tavish sintió que la sangre le hervía. Estaba a punto de reventar como un cañón mal cargado. No soportaba la presencia constante de los sacerdotes, y mucho menos quería uno merodeando por su fortaleza como si fuese parte del clan.

—Ve a enviar a alguien a por Maud, y que venga de inmediato —le ordenó a Torquil.

El guerrero salió corriendo antes de que el laird pudiese preguntarle algo más.

—Esa muchacha va a volverme loco —gruñó Tavish, pasándose una mano por el cabello.

—Hay que reconocer que, gracias a ella, ningún día es aburrido —admitió Struan con media sonrisa.

—No voy a permitir que se tome esas confianzas. Ella no manda aquí —replicó Tavish, dirigiéndose con paso firme hacia la puerta.

—¿Adónde vas? —le preguntó Struan, arqueando una ceja.

—A dejarle claro cuál es su lugar de una vez por todas. Y, por los clavos de Cristo, obedecerá.

Struan lo observó marcharse. Estaba convencido de que era más probable que el cielo se desplomara sobre sus cabezas a que

esa mujer aceptara someterse dócilmente a una orden. Pero, por muy tentador que resultara decírselo a Tavish, hasta él sabía cuándo era mejor no echar más leña al fuego.

Capítulo 17

El sol declinaba sobre las colinas, tiñendo el cielo de tonos dorados y rosados. Matilda había salido de la fortaleza después de ayudar a recoger los restos de la fiesta. No quería convertirse en una señora del clan que solo diera órdenes y evitara el trabajo duro.

Aunque ahora tenía el buen tino de seguir los consejos de los sirvientes y asegurarse de que todo se hiciera correctamente, sentía la necesidad de aire fresco. Siempre se encontraba más cómoda al aire libre, rodeada de la brisa y el murmullo de la naturaleza, lejos del bullicio de la fortaleza.

Se dirigió al estanque. No había tenido oportunidad de ir allí desde que había estado con las gemelas y, aunque no pensaba bañarse, aquel lugar era perfecto para descansar un rato.

El sendero que conducía al agua estaba flanqueado por plantas silvestres que se mecían suavemente con la brisa y flores de colores que crecían libres entre las piedras. Matilda se inclinó para tocar una de ellas, una campanilla azulada, y la sostuvo un instante entre los dedos, disfrutando de su color y de la frescura del aire que la rodeaba.

Inspiró profundamente, dejando que el viento acariciara su rostro y despejara la tensión acumulada tras la jornada en la fortaleza. Cada sonido del prado, desde el murmullo del agua hasta el canto lejano de los pájaros, parecían envolverla en un momento de calma que pocas veces podía permitirse.

Un crujido de ramas rompió la quietud. Matilda levantó la vista y vio a Tavish acercándose por el sendero. Iba ataviado con los colores de su clan y lucía tan bello como siempre.

—¿Cómo sabías que estaba aquí? —le preguntó, con un leve atisbo de curiosidad en la voz.

—Varios habitantes de la fortaleza te han visto venir.

—Entonces, ¿me estabas buscando? —indagó ella con un tono alegre. Aunque la alegría se desvaneció al notar la seriedad en el rostro de Tavish—. ¿Qué sucede?

—Matilda… —Tavish respiró hondo, conteniendo la frustración que recorría su cuerpo—. Has tomado decisiones sobre el clan en mi ausencia. Has reorganizado tareas, distribuido provisiones, e incluso, decidiste que construyeran una ermita. Todo sin consultarme.

—No era como si hubiese podido consultarte —replicó ella, poniéndose a la defensivay cruzando sus brazos—. Ni siquiera sabía dónde estabas.

—Deberías haber esperado a que regresara.

—¿Y por qué debería haberlo hecho?

—¡Porque soy el laird, Matilda, maldita sea! —exclamó él, dejando que la ira se filtrara por fin en su voz.

—¡No me grites! —contestó ella, elevando, al igual que él, la voz—. Cuando tú no estés, será mi deber como señora del clan encargarme de los asuntos importantes.

—En eso te equivocas. De los asuntos importantes del clan me encargo yo —espetó Tavish con soberbia—, y tú, esté o no esté, jamás debes interceder.

Matilda no podía creer lo que estaba escuchando.

—¿Entonces qué soy, solo un adorno bonito? ¿Solo la mujer gracias a la cual obtienes las tierras que deseas?

—Estás tergiversando mis palabras, Matilda.

—Lady Matilda para ti, laird —le dijo ella, cada vez más enfadada—. Lo único que he hecho mientras no estabas es ganarme el favor de los habitantes de la fortaleza y asegurarme de que todo marchara bien.

—¿Ganarte el favor? —repitió Tavish con una carcajada seca—. ¡Los has sobornado!

Matilda lo miró con indignación.

—Yo no he sobornado a nadie.

—Lo has hecho —reafirmó Tavish—. Y les has prometido cosas que no tenías derecho a prometer. Un líder no soborna, lady Matilda

—pronunció las últimas palabras con retintín—. A un líder se le sigue por respeto, no por dulces y concesiones.

—Un líder también debe ser generoso.

Tavish entrecerró los ojos.

—Es evidente que no quieres atender a razones ni explicaciones. Entonces, limítate a obedecerme.

—¿Eso es lo que quieres, una esposa sumisa y obediente?

Matilda había sido educada para comportarse como la dama perfecta, pero con cada día que pasaba estaba más convencida de que nunca lo sería. Nunca sería la mujer que su tía esperaba.

—Quiero una esposa que no me cause problemas, por el amor de Dios —gruñó Tavish—. ¡Hasta has mandado construir una ermita!

—¿Y cuál es el problema? El padre Stuart necesita una para atender a los feligreses.

—No quiero al padre Stuart más tiempo del necesario en el clan. No quiero un chivato que vaya corriendo a contárselo todo al rey.

—El padre Stuart es un hombre de Dios, jamás haría tal cosa.

—Eres una ingenua.

—Y tú un desconfiado.

—Prefiero ser desconfiado a cometer actos que pongan en peligro al clan —contraatacó Tavish—. En tu apresurada hazaña de construir una ermita, has descuidado la reparación del muro. Los trabajadores tienen ahora una semana libre, y corremos el riesgo de que surja alguna fisura que nuestros enemigos podrían aprovechar.

Matilda puso los ojos en blanco a la vez que hacía un gesto con su mano.

—Estás exagerando.

—No, hablo con total seriedad. Y además, fuiste tan incauta de dejarte engañar por el pastor en tu intento de agradar a todos.

—¿Engaño? —repitió Matilda, confundida—. ¿Qué engaño?

—Esos pastos que Duncan te pidió que le concedieras —dijo Tavish, nombrando al pastor del clan—, no le pertenecen únicamente a él, sino que están en disputa con otro miembro del clan, igual de testarudo que él. Y en tu bondad, sin pensarlo, caíste en la trampa al otorgárselos a Duncan.

Matilda permaneció en silencio durante unos instantes. Duncan no le había comentado nada sobre aquella disputa, que seguramente se habría guardado para él convenientemente. Matilda empezaba a comprender que había errado de nuevo, y no de manera leve, sino como quien pisa un terreno traicionero y se hunde hasta los tobillos. Aun así, su orgullo era demasiado fuerte para reconocerlo.

—Entonces lo partimos por la mitad y que cada uno use su parte —propuso finalmente.

—Y, aun así, discutirán —insistió Tavish—. Ambos querrán la misma mitad.

Matilda frunció el ceño.

—¿Por qué harían eso?

—Porque son tozudos como mulas y están decididos a ponerle dificultad al otro. Por eso no he interferido antes. Pero tú, con tu buena intención, me obligas a hacerlo ahora.

—¿Y cómo iba a saberlo yo? —resopló Matilda—. Deberías haberme avisado.

Tavish la miró, incrédulo.

—¿Me estás culpando?

Matilda lo señaló con el dedo.

—Si me hubieras puesto al día de lo que sucede en el clan, esto no hubiera pasado.

—No, esto no pasaría si tú no te excedieras en tus funciones. ¡Por los clavos de Cristo, mujer, has mandado construir la ermita donde iba a mandar construir un campo de entrenamiento!

—La fortaleza ya tiene muchos campos de entrenamiento, no necesita más. Una ermita sí.

Tavish respiró hondo intentando contener su ira, pero fallando estrepitosamente.

—Voy a mandar que tiren abajo esa ermita.

—No puedes hacer eso.

—Sí puedo. Y pienso hacerlo —replicó Tavish con soberbia—. El padre Stuart tiene otros clanes que estarán encantados de recibirlo. Incluso el rey estará feliz de contar con sus servicios en la corte.

—No es por eso —insistió Matilda, tratando de mantener la calma.

—No podrían importarme menos tus razones, muchacha —masculló Tavish, que no estaba dispuesto a entrar en razón—. Ordenaré que la derriben esta misma tarde. Y tú te quedarás en tu alcoba, de donde nunca deberías haber salido.

En cuanto las últimas palabras salieron de su boca, Tavish se arrepintió, pero ya era tarde, porque aunque Matilda estaba luchando por mantener la compostura, el brillo en sus ojos y la forma en la que temblaba su labio inferior la delataban.

—Quería que construyesen una ermita con premura porque deseaba que nos casásemos en un lugar hermoso —confesó en un hilo de voz—. Pero ahora, bien puede importarme un comino. Por mí, podemos casarnos hasta en el corral de los cerdos.

La expresión de Tavish cambió y se dio cuenta de que acababa de meter la pata hasta el fondo.

—Damita…

—No, laird. No hace falta que digas nada más —le interrumpió Matilda, que no estaba dispuesta a seguir escuchándolo. Sus pies se hundieron ligeramente en la hierba húmeda que bordeaba el agua del estanque—. Lo he entendido. Regresaré a mi alcoba, y puedes estar seguro de que no te molestaré más.

Antes de que él pudiese decir nada, ella se giró y se marchó.

Tavish permaneció inmóvil, observándola, incapaz de moverse. La impotencia y la culpa lo envolvían como la bruma sobre el agua. Cada fibra de su ser deseaba acercarse, detenerla, explicarle… pero permaneció allí, atrapado entre la rabia por sí mismo y el dolor de verla marchar.

El murmullo del agua y el canto lejano de los pájaros hacían aún más aguda la sensación de soledad. Tavish cerró los ojos un instante, dejando que la brisa acariciara su rostro y el reflejo de Matilda en el estanque le recordara la distancia que había creado entre ellos. La verdadera batalla no era contra enemigos, sino contra su propio orgullo y la posibilidad de perder lo que más deseaba.

Tavish MacKinlay nunca antes se había sentido tan miserable como en ese momento.

Capítulo 18

Matilda estaba más enfadada de lo que jamás había estado en mucho tiempo, pero también sentía una tristeza profunda. No era tan obstinada como para no admitir que quizá había sido demasiado ingenua. Aun así, no dudaba de que se había ganado el cariño de los miembros de la fortaleza. Eso era real; lo sabía con absoluta certeza.

El problema era su futuro esposo, Tavish MacKinlay. Para el testarudo laird, si las cosas no se hacían a su manera, estaban mal hechas. Y aunque eso la irritaba, no era lo que más le dolía. Lo que en verdad la desgarraba por dentro había sido la forma ruda, casi despiadada, con la que le había hablado. Pero, siendo sincera consigo misma, tampoco esa era la raíz de su tristeza.

Lo que realmente la hería era que todos sus intentos de acercarse a él, de encontrar un punto en común, de soñar con que pudiesen enamorarse y formar una pareja feliz, habían caído en saco roto.

Tavish no la amaba. Y, en el fondo de su corazón, temía que nunca lo haría. De lo contrario, jamás le habría hablado con tanta crueldad, como si fuera una intrusa en un mundo al que no pertenecía.

Matilda se abrazó a sí misma, como si de esa forma pudiera contener el vacío que le crecía en el pecho. No iba a llorar, se prometió. No le daría esa satisfacción. Si él pensaba que podía quebrarla, se equivocaba.

Y, sin embargo, mientras intentaba convencerse de ello, una lágrima rebelde rodó por su mejilla.

Se la secó con el dorso del dedo y, con un gesto de orgullo, se incorporó del jergón donde había estado tumbada. Comenzó a recorrer su alcoba con pasos nerviosos, como un animal enjaulado,

hasta que se acercó a la ventana. Afuera, el día se desplegaba en todo su esplendor: el sol iluminaba los prados, el viento agitaba la hierba alta y el murmullo de la vida cotidiana en la fortaleza llegaba hasta ella como un recordatorio cruel de que, para los demás, todo seguía igual.

Tavish le había dicho —más bien ordenado— que se quedaría allí, pero no iba a hacerlo. No podía. Necesitaba salir. Sin embargo, no quería encontrárselo. No todavía. No hasta que aquella tristeza que le pesaba en el alma se disipara al menos un poco. Y, sobre todo, Matilda necesitaba libertad… más de la que podía hallar entre aquellos muros de piedra.

Por eso necesitaba ir al bosque. Matilda sabía que no sería sencillo, pero era lo único que deseaba.

—No habéis comido nada —observó Mairead al entrar en la alcoba. Su mirada se posó en la bandeja intacta que seguía sobre la mesa.

Matilda mordió su labio inferior con fuerza.

—Tengo el estómago revuelto.

No era mentira. Ni siquiera el más pequeño trozo de pan lograba pasarle por la garganta.

Mairead la miró con compasión. Nadie había sido testigo de la discusión con el laird, pero era evidente que su doncella sabía que la causa de su desasosiego tenía nombre y rostro: el maldito de su prometido.

—Si coméis algo, os sentiréis mejor —le aconsejó suavemente.

—Necesito un baño.

—Enviaré que os suban uno.

—No. Lo quiero al aire libre.

Mairead asintió, aunque con cierta duda.

—Puedo acompañaros al estanque —ofreció.

Matilda negó con la cabeza.

—Preferiría ir sola. Pero necesito un favor.

—Lo que necesitéis, milady.

—¿Podríais prestarme uno de vuestros vestidos? Y un delantal. —Mairead parpadeó, confundida—. He tenido una disputa con mi prometido —le explicó brevemente—. No estoy de humor para

charlar con nadie. Con un vestido como el vuestro, podré pasar desapercibida. Nadie me molestará.

Mairead se mordió el labio inferior y entrelazó los dedos de sus manos, dubitativa.

—No lo sé... Yo...

—Por favor, Mairead —le pidió Matilda—. Necesito un tiempo a solas.

—Está bien, milady… —cedió con un suspiro—. Pero si el laird me pregunta… ¿qué debo decirle?

—La verdad —respondió Matilda con convicción—. Y también que no deseo que nadie me moleste mientras me baño. Es mi prometido, Mairead, no mi carcelero.

A pesar de que Mairead no creía que fuese una buena idea, asintió en silencio. Salió con premura y regresó al poco con el vestido y el delantal, pero también traía una vieja capa raída.

—Poneos esto cuando crucéis el puente levadizo —le aconsejó —. Tapad la cabeza, pero dejad la capa abierta para que los guardias vean el vestido. A estas horas hay mucho trajín con los comerciantes y las sirvientas que van y vienen; no se fijarán demasiado en una más. Además, suelen estar más atentos a quién entra que a quién sale.

Matilda la miró con sorpresa.

—¿Cómo sabéis que mi intención es salir de los muros?

Mairead sonrió.

—Os conozco bien, milady.

—No voy a escaparme. Solo necesito un respiro fuera de estas paredes. Volveré antes del anochecer.

Mairead la observó con atención; luego asintió despacio.

—Hay un lago al norte, no muy lejos. Seguid el sendero que bordea el muro exterior hacia la derecha y, cuando lleguéis al viejo roble torcido, tomad el camino que se abre a la izquierda. Os llevará directo hasta allí. Es un lugar tranquilo, nadie irá a molestaros.

Matilda sostuvo el delantal y la capa entre sus manos.

—¿Por qué me ayudáis?

—Porque el clan necesita una señora como vos. Una que no se deje intimidar por el laird.

—¿No teméis que descubra que me habéis ayudado? —preguntó Matilda en un susurro. No esperaba una confesión tan clara de alguien tan discreto.

—Claro que lo temo —respondió Mairead con serenidad—. Pero más temo que, en su tozudez, el laird os convierta en alguien que no sois, en alguien que, al final, ni siquiera a él podría agradarle.

—No creo que nadie pueda cambiarme, Mairead. —Matilda esbozó una sonrisa triste—. Ni siquiera yo misma creo que pueda hacerlo. Pero no quiero causaros problemas con mi prometido.

—Id ya. —Mairead dejó la ropa encima del jergón—. Si volvéis al atardecer, con el cambio de guardia, el laird no tiene por qué descubriros.

Matilda se ajustó la capa sobre los hombros, asegurándose de que la capucha cubriera parte de su rostro. El vestido de Mairead, sencillo y oscuro, le ofrecía la discreción que necesitaba. Tomó un profundo respiro, notando cómo la brisa de la tarde llenaba sus pulmones con el aroma a hierba fresca y madera húmeda.

Nadie le prestaba atención, tal como había supuesto. Aun así, al llegar al puente levadizo se detuvo un instante. El trajín de comerciantes y sirvientas que entraban y salían de la fortaleza jugaba a su favor. Sus ojos se movieron rápidamente de un lado a otro, asegurándose de que nadie la observara con atención. Se ajustó la capa, bajó la cabeza y avanzó con paso decidido, dejando que la muchedumbre absorbiera cualquier sospecha.

Aunque solo pretendía dar un paseo más allá de los muros, aquel acto de rebeldía le produjo una sensación inesperada: la hacía sentirse viva de nuevo, logrando que la tristeza se aplacase.

Era una libertad que había añorado desde niña. De vez en cuando necesitaba desafiar las órdenes, ignorar las restricciones que la rodeaban y caminar por donde su voluntad la guiase, aunque fuera solo por unos instantes.

Una vez pasado el puente levadizo, tomó el sendero que bordeaba el muro exterior hacia la derecha, siguiendo la dirección

que Mairead le había indicado. Cada paso la alejaba de la fortaleza de Tavish.

Matilda no quería estar lejos de él, porque, a pesar de todo, lo amaba. Esa era una verdad que no podía ni quería seguir negando: se había enamorado de ese tozudo laird llamado Tavish MacKinlay. Por eso no huiría, pero necesitaba ese tiempo solo para ella.

Cuando llegó al viejo roble torcido, tal como la sirvienta había señalado, giró a la izquierda. El camino se adentraba en el bosque, donde la luz del sol caía en haces dorados entre las ramas. El silencio era profundo, solo interrumpido por el canto lejano de un ave o el crujido de las hojas bajo sus pies. Matilda sonrió con una mezcla de alivio y satisfacción: por fin, la libertad que necesitaba.

Poco después llegó al lago. La superficie del agua brillaba bajo la luz del día, reflejando el cielo azul y algunas nubes blancas que se movían lentamente. La brisa hacía que pequeñas ondas danzaran sobre el agua, y los juncos y flores silvestres que bordeaban la orilla se mecían suavemente.

Se sentó en la orilla, dejando que sus dedos rozaran el agua clara. Por un instante pensó en Caldero; le habría gustado que estuviera allí con ella, compartiendo el silencio y la belleza del lugar. Pero salir de la fortaleza con el caballo sin ser vista no habría sido posible.

Mientras contemplaba el reflejo del cielo y el movimiento del agua, una idea más profunda la atravesó: no necesitaba a Caldero para disfrutar de aquel momento. Lo que realmente deseaba era estar con Tavish. Su corazón latía con fuerza al pensar en él, en la cercanía de sus manos, en la intensidad de sus miradas y en los besos que habían compartido.

Suspiró. El amor que sentía por él tendría que ser suficiente. Y aunque no la amase a ella, amaría a sus hijos; de eso estaba segura.

¿Hijos?

Matilda no supo en qué momento esa idea se había dibujado en su mente, pero lo cierto era que la emocionaba imaginar niños tozudos y decididos que llenasen la fortaleza de risas y gritos. Niños que serían de Tavish y de ella.

Solo por eso, ese matrimonio ya merecería la pena. Tal vez no encontraría la dicha más absoluta, pero sería feliz.

No sabía cuánto tiempo llevaba allí, pero era consciente de que la noche se acercaba y que el cambio de guardia ocurriría en cualquier momento. Se enderezó, ajustó su capa raída y decidió que era hora de regresar antes de que oscureciera y los guardias notaran su ausencia.

Con paso decidido, comenzó a seguir el sendero de regreso. Pero pronto se dio cuenta de que había subestimado lo confuso que podía ser el bosque. Los caminos que antes le parecían claros se bifurcaban y retorcían entre los árboles. Cada curva le resultaba extraña, como si el bosque mismo jugara a esconderla.

—Este no es el camino de vuelta —susurró con una exhalación, pero sin rendirse.

Ella no temía al bosque y no era de las que se atemorizaban con facilidad. Además, no era la primera vez que se perdía y siempre había sabido regresar. Aunque, en esas ocasiones, estaba en el castillo en el que había nacido, no en las Highlands, donde todo le era desconocido.

Matilda se detuvo entre los árboles, dudando por dónde continuar. Con un suspiro, se inclinó hacia un pequeño pájaro posado en una rama cercana y murmuró:

—Dime, pajarillo, ¿sabes cómo puedo regresar a la fortaleza MacKinlay? ¿Puedes guiarme?

—Gira y sigue la senda de la derecha; esa te guiará sin fallo hasta tu destino.

Matilda dio un respingo y se giró de golpe. Allí, entre la penumbra de los árboles, se encontraba un hombre que nunca había visto antes. Era unos inviernos mayor que ella. Alto, de porte elegante, con facciones armoniosas y vestido con colores que no reconocía. Sus ojos la escrutaban con calma, pero había algo en ellos que le provocó un cosquilleo de sorpresa y cautela al mismo tiempo.

—No sois un MacKinlay —adivinó.

—No, no lo soy —concordó él—. Pero vos no parecéis una campesina a pesar de vuestras ropas —añadió, desviando su mirada

descaradamente del rostro a las manos de Matilda.

—¿Quién sois y qué hacéis en las tierras de los MacKinlay? —inquirió ella con cautela. A pesar de que no parecía un malhechor, era un desconocido y no quería volver a pecar de crédula.

El joven esbozó una sonrisa cautivadora.

—Os lo diré. Pero antes, decidme quién sois vos.

La observaba con ojos grandes y azules, claros como el cielo tras la lluvia. Su sonrisa perfecta iluminaba el rostro, y con su cabello castaño, que la luz del sol dejaba entrever con destellos dorados, era de esos capaces de atraer la mirada de cualquier mujer. Mas en Matilda no despertaba nada: ni un escalofrío ni un cosquilleo, muy distinto del torbellino de sensaciones que Tavish era capaz de desatar con un simple gesto o mirada.

—No pienso deciros nada —se negó Matilda, poniendo las manos en la cintura.

—Entonces me aventuraré a adivinarlo —dijo él, llevándose los dedos al mentón, fingiendo estar pensativo—. Por vuestro acento, diría que sois inglesa y, como sé que no sois una sirvienta, sin duda sois Matilda MacKinlay. La mujer del laird.

—Soy Matilda de Montfort, la prometida del laird —le corrigió.

—Curioso. —El joven ladeó ligeramente la cabeza—. Acabo de visitar a Tavish MacKinlay y me ha dicho que ya estáis casados.

—¡Ese necio…! —murmuró entre dientes—. ¡Cómo se atreve!

El joven la observó con interés.

—¿No queréis casaros con él?

—¿Acaso importa lo que una mujer quiera? —espetó con más dureza de la que le hubiera gustado, pagando su frustración con el desconocido.

—A mí me importa —respondió él, y a Matilda le pareció que lo decía en serio.

Con un suspiro, hundió los hombros y confesó:

—Sí quiero.

—¿Y qué hacéis fuera de la fortaleza sin que vuestro prometido lo sepa?

Matilda arrugó la nariz con desconfianza.

—¿Y cómo sabéis que no lo sabe?

—Ni Tavish MacKinlay es tan insensato como para dejar a su bella prometida vagando sola por el bosque.

—No tenéis en gran estima a mi prometido —comentó Matilda, más curiosa que ofendida—. ¿Siempre visitáis a quienes os caen mal?

El joven soltó una carcajada.

—Sois muy hábil, Lady Matilda. Mas no necesitáis contrariarme; no le diré a vuestro prometido que os he visto perdida en el bosque.

—No estaba perdida —replicó, pues su orgullo le impedía reconocerlo—. El pájaro estaba a punto de decirme dónde quedaba la fortaleza.

—¿Habláis con los animales?

—Por supuesto que no —respondió Matilda, indignada—. ¿Os creéis que he perdido el juicio?

El joven parpadeó, sin comprender del todo su lógica, pues acababa de contradecirse, pero intuyendo que no entraría en razón, no dijo nada sobre ello.

—Pájaro que se ha marchado volando hace rato —apuntó en su lugar, divertido.

Matilda se cruzó de brazos.

—Porque vos lo habéis espantado.

—No sé si envidiar o sentir lástima de Tavish —murmuró con una risa baja. Matilda frunció el ceño, sin comprender. Pero antes de que pudiera preguntar, él habló de nuevo—. Dejadme que os acompañe. —El joven fue a desatar su caballo, que se hallaba atado a un árbol cercano.

—No voy a subir en el caballo con un desconocido —se negó Matilda. El animal levantó la cabeza del pasto y la miró con curiosidad. Matilda se acercó, acarició su sien y susurró unas palabras tranquilizadoras—. Por supuesto que no es por vos, amigo mío. Pero soy una dama, y las damas no montan con hombres que no son su marido.

El caballo bufó suavemente y volvió la cabeza hacia su dueño, como si le pidiera que se portara bien con esa mujer.

El joven abrió los ojos como platos y negó con la cabeza, perplejo.

—Debo estar perdiendo la cordura —murmuró, convencido de que su caballo había caído rendido ante los encantos de la muchacha—. Subid vos, entonces. Yo iré andando a vuestro lado.

Matilda dudó un instante, pero finalmente accedió. Con delicadeza se acomodó en el lomo del caballo, que la recibió con un suave relincho. El joven comenzó a guiarla por un sendero que bordeaba la espesura del bosque, manteniéndose a prudente distancia mientras el sol comenzaba a inclinarse hacia el horizonte.

Cuando estuvieron cerca de la salida del bosque, justo antes de llegar al puente levadizo que daba acceso a la fortaleza, el joven se detuvo.

—Si queréis evitar que os descubran —le dijo en voz baja—, será mejor que sigáis sola el resto del camino. Mas no os entretengáis: está a punto de oscurecer, y el bosque es peligroso para una dama.

—No tengo temor alguno, mas tenéis razón: debo apresurarme. —Matilda bajó de un salto del caballo y se inclinó para darle un beso de despedida en la sien—. Gracias —susurró.

Al joven no le quedó claro si se las daba a él o a su caballo, pero asintió.

—Ha sido un placer conoceros, Lady Matilda.

Con un salto ágil, se incorporó sobre su montura y desapareció entre los árboles, dejando atrás solo el murmullo del bosque.

Entonces ella se dio cuenta de que él no le había dicho su nombre, aunque tampoco era algo que le importara demasiado, ya que estaba ocupada en colocarse bien la capa para cubrirse del viento que empezaba a azotar con fuerza.

Aunque aún quedaba algo de luz, la visibilidad era escasa, y Matilda comenzó a avanzar con cuidado, midiendo cada paso entre las raíces y los arbustos.

De repente, un pequeño sonido la hizo detenerse. Muy suave, casi como un susurro entre las hojas. Se inclinó hacia un arbusto y, entre las sombras, distinguió una pequeña bola de pelaje rojizo que temblaba como una hoja.

—¿Pero qué tenemos aquí? —murmuró, sonriendo—. ¿Dónde está tu mamá, pequeño?

El animalito la miró con ojos grandes y confiados, y Matilda no pudo evitar agacharse y acariciarle la cabeza. Su pelaje suave y caliente la hizo sonreír aún más.

El cachorro no debía de tener más de un mes. Matilda buscó con la mirada a la madre, pero no estaba por ningún lado: o le había sucedido algo, o lo había abandonado.

—Vaya, estás helado, pobrecito —dijo mientras lo levantaba con cuidado—. Tu inicio en la vida ha sido muy duro, pero todo mejorará, ya verás. Vas a venirte conmigo.

Sosteniendo al animalito contra su pecho y cubriéndolo con la capa, Matilda continuó su camino hacia el puente levadizo.

—A mi prometido no le va a hacer ninguna gracia que te lleve a la fortaleza. Pero no debes preocuparte: ya se me ha ocurrido la manera de convencerle.

Capítulo 19

—Debes casarte con Matilda cuanto antes —le dijo Struan a Tavish, con un tono más serio de lo habitual.

—Lo que no debí hacer fue permitir que ese bastardo pusiera un pie en mis tierras —respondió Tavish, golpeando con fuerza la larga mesa de la sala de estrategias, haciendo vibrar los mapas y tirando un par de figuras al suelo.

—No podíamos negarle la entrada, traía una misiva del rey —replicó Struan, por una vez dejando de lado su habitual ironía—. Hemos ganado tiempo, pero si no te casas ya con ella, perderemos las tierras y Matilda se verá obligada a unirse a Rowan.

La ira recorría todo el cuerpo de Tavish. El laird Rowan Fraser había aparecido en sus tierras con una misiva real en la que se ordenaba que, si no estaba casado con Lady Matilda, ella debía desposar a Rowan.

Tavish le había mentido, asegurándole que ya estaban casados, porque no pensaba perder Glenreach.

¡Al diablo con las tierras! Lo único que no estaba dispuesto a perder era a Matilda. Antes mataría a Rowan que permitir que ella se casara con él. Solo imaginarlo rozando los dulces labios de su prometida hacía que su sangre hirviera de furia.

—Me casaré con ella en cuatro días —declaró Tavish con voz firme.

—¿Por qué no mañana? —replicó Struan, arqueando una ceja.

—Las gemelas ya partieron del clan Gordon, pero no estoy seguro de que logren llegar a tiempo —respondió Tavish.

—¿Seguro que esa es la única razón? —preguntó Struan con una sonrisa torcida—. ¿O acaso, después de tu disputa con ella esta mañana, prefieres darle un respiro?

—¿Todo el clan sabe sobre esa disputa? —replicó Tavish, exasperado—. ¿Acaso no puede uno tener un poco de intimidad?

—No —contestó Struan sin dudar—. Este clan está lleno de alcahuetas.

—Y tú eres su líder.

Struan ni se inmutó, como si llevar aquel título fuera más un honor que una vergüenza.

—Cuando no estamos en una contienda, uno tiene que encontrar la manera de entretenerse —dijo con calma.

—Pensaba que ya la habías encontrado con las mujeres solteras de la fortaleza —apuntó Tavish con ironía.

—Y no hay mejor forma de conquistar a una mujer que contándole un buen chisme.

Tavish puso los ojos en blanco. Su mejor amigo tenía el don de exasperarlo como nadie.

Unos nudillos tocando la puerta le impidieron responderle.

—Adelante.

La puerta se abrió y Maud apareció tras ella.

—Habéis regresado del pueblo —dijo Struan—. ¿Cómo está vuestra hija?

Tavish soltó un bufido y Maud enarcó una ceja.

—Si tuviese una hija la llevaría lo más lejos de un truhan como vos —le respondió Maud a Struan, haciendo reír a este.

—No deberías haber dejado sola a mi prometida —dijo Tavish.

—Tu prometida ha estado bien en mi ausencia, al llegar tú es cuando no lo ha estado tanto.

Tavish bufó.

—De verdad, que ni discutiendo en la intimidad puede uno pasar desapercibido.

Maud lo miró fijamente.

—Habéis discutido, por eso ella se ha marchado —murmuró, como si lo entendiese todo.

—¿Cómo que se ha marchado? —preguntó Tavish, de golpe alerta, con toda su atención puesta en la anciana.

—Esa es la razón por la que he venido a buscarte. —Giró la cabeza, hizo un leve gesto y Mairead apareció tras ella—. Estaba

muy intranquila, mirando por las ventanas sin descanso. No me costó demasiado sacarle la verdad.

Tavish no lo dudaba. Estaba seguro de que, si Maud se propusiera interrogar a un enemigo, le arrancaría todos los secretos con una sola mirada.

—¿Dónde está? ¿Ha huido? —interrogó a Mairead, dando un paso hacia ella. La sirvienta se encogió.

—Ella no está huyendo, laird. —Esas palabras lo relajaron visiblemente. Aunque no sabía porqué. Matilda no era una mujer que huiría; más bien, se enfrentaría a él hasta que este la dejase marchar. Pero ella estaba muy triste, y por su culpa—. Ha ido al lago que hay fuera de los muros, necesitaba salir de la fortaleza, pero está oscureciendo y no ha regresado y…

Tavish dejó de escuchar a la sirvienta. Un nudo de angustia le cerró el pecho y salió disparado hacia el patio. Esa noche no habría luna llena y, cuando la oscuridad cayera por completo, Matilda correría el riesgo de perderse en el bosque. La sola idea de que pudiera estar extraviada o, peor aún, en peligro, le helaba la sangre.

Se apresuró hasta el establo, con Struan siguiendo sus pasos.

—¡Tavish! ¿Adónde diablos vas? —gritó, alcanzándolo justo cuando ya estaba encima de su caballo y tenía las riendas en la mano.

—Al bosque. No puedo dejarla sola ahí fuera —respondió, jadeante, con el rostro desencajado por la preocupación.

—Voy contigo.

—No, quédate. Si regresa, enciérrala en su alcoba con cuatro llaves —gruñó Tavish, tirando de las riendas—. Esa endemoniada mujer…

Struan arqueó una ceja y, pese a la gravedad del momento, dejó escapar una risa breve

—Y, aun así, la adoras.

—¿Adorarla? Ahora mismo quiero ahogarla —bufó Tavish.

Aunque, en realidad, lo que deseaba era encontrarla sana y salva. Entonces la ahogaría o la besaría. Tal vez, las dos cosas.

Tavish apretó las riendas y espoleó al caballo, dirigiéndose hacia el puente levadizo, sin hacer el menor caso de los guardias que lo

observaban. Ya hablaría después con ellos y con todos sus guerreros para asegurarse de que su prometida no volviera a escapar de su protección. Lo comenzó atravesar mientras el sol ya se ocultaba tras el horizonte, dejando un rastro dorado y tenue que iluminaba apenas las copas de los árboles y el agua bajo el puente.

Tenía que darse prisa antes de que desapareciese toda luz. Aún sin claridad, la buscaría sin descanso, porque la idea de que estuviese herida y sola a merced de los animales salvajes del bosque le dejaba sin respiración.

Pero cuando terminó de cruzar el puente, la vio. Matilda avanzaba hacia él con paso firme, la luz menguante del sol bañando su cabello y delineando su silueta entre las sombras del bosque. Tavish se quedó sin aliento. Por un instante, la angustia se mezcló con un alivio abrumador: estaba sana y salva.

Matilda estaba bien.

Saltó del caballo y corrió hacia ella, con el corazón latiéndole desbocado.

—¡Matilda! —exclamó—. ¡Cómo se te ocurre salir al bosque sin protección!

Matilda suspiró al verlo. Estaba aliviada de que estuviese preocupado por ella y a la vez enfadada porque la hubiese descubierto.

—Necesitaba pensar.

—Podías pensar en tu alcoba o paseando por dentro de los muros.

—¿Y correr el riesgo de encontrarte? No —dijo con tozudez.

—Estar enfadada conmigo no te da derecho a faltarme al respeto y, mucho menos, a escaparte.

—¿Enfadada contigo? —repitió ella—. Lo estaría si tus palabras me importasen algo; mas no lo hacen.

Tavish fue a responder, pero un sonido procedente del regazo de la joven lo interrumpió.

—¿Qué llevas ahí? —le preguntó, intentando descubrir lo que ocultaba debajo de la capa.

—Un gatito. Estaba solo y perdido, y necesitaba de mis cuidados. Voy a llevarlo a la fortaleza. ¿O eres tan despiadado que

me vas a obligar a dejarlo en el bosque para que se muera?

—Claro que no.

—Entonces, vamos dentro. Necesita leche y calor.

—Dámelo. —Tavish estiró el brazo—. Yo lo sujeto, tú súbete a mi corcel.

Matilda negó con la cabeza.

—Prefiero ir andando. Y no quiero destapar a Patitas.

—¿Patitas? —le preguntó él con una medio sonrisa.

—Si tuviera una sola pata le llamaría Patita, pero como tiene cuatro, entonces es Patitas.

Tavish tuvo la sensación de que Matilda estaba intentando volverlo loco adrede, pero estaba tan agradecido de que ella estuviese bien que le dio lo mismo.

—Vamos.

Tavish comenzó a caminar hacia la fortaleza junto al caballo, sujetando firmemente las riendas. Matilda lo seguía a su lado con el pequeño animalito envuelto en su capa, que se movía inquieto bajo la tela.

—No pasa nada, Patitas, nunca más vas a estar solo —le susurró Matilda.

Tavish la observó mientras hablaba con ternura al cachorro. Él no podía verlo, pero se imaginaba un pequeño gatito feliz por las atenciones que le daba Matilda. A pesar de lo absurdo que resultaba, no pudo evitar sentir una punzada de envidia: deseaba recibir, aunque fuese una fracción, de aquel cuidado y afecto que ella le prodigaba al animal.

Al llegar a la fortaleza, Tavish detuvo al caballo frente a la entrada.

—Voy a llevar a Patitas a la cocina. Necesito un recipiente y leche —dijo Matilda, marchándose sin esperar respuesta.

Tavish asintió, aunque daba igual; ella no había esperado que respondiera.

El mozo de cuadras apareció corriendo, y Tavish le entregó las riendas de su semental, asegurándose de que quedara bien sujeto antes de seguir a Matilda.

En el gran salón se encontró con Struan.

—Parece sana y salva. Aunque igual ha perdido un poco de vista; no pareció verme cuando pasó a mi lado y le hablaba a su regazo —dijo este con una sonrisa.

—Ha encontrado un cachorro de gato en el bosque; lo está protegiendo del frío con su capa. Ha ido a la cocina a buscar comida.

—Los que tenemos ya mantienen la fortaleza libre de roedores, pero un gato más en la cocina no vendrá mal —dijo Struan, encogiéndose de hombros.

—No creo que ella tenga la intención de dejarlo en la cocina —replicó Tavish—. Parecía bastante encariñada con él.

—Vamos, que en vuestra noche de bodas vais a ser tres —bromeó Struan, con una sonrisa traviesa.

De pronto, un grito estridente cortó la conversación:

—¡Patitas, regresa aquí! —La voz de Matilda resonó desde el interior de la fortaleza, llena de exasperación.

Tavish y Struan se giraron al instante. Desde la cocina, varias sirvientas aparecieron corriendo, empujándose unas a otras y gritando, completamente aterrorizadas.

—¿Qué diablos está pasando? —preguntó Tavish, aunque ninguna se detuvo lo suficiente para responder.

Y entonces lo vieron: el animalito salió disparado de la cocina, moviéndose con una agilidad impresionante.

—Tu prometida nunca deja de impresionarme —dijo Struan mientras observaba cómo el animalito se adentraba en el gran salón.

Tavish no emitió palabra porque no daba crédito a lo que sus ojos veían.

—¡Patitas! ¡Gatito travieso, ven aquí! —gritó Matilda corriendo tras el animalito.

El cachorro se detuvo un momento y Matilda logró atraparlo en brazos.

—Suéltalo inmediatamente —le ordenó Tavish, recuperando el habla.

Matilda lo miró, desconcertada.

—¿Qué te pasa?

—¡No es un gato! —gritó Tavish—. Es un cachorro de zorro.

Ella acarició suavemente el pelaje del animalito, con una expresión tranquila y divertida.

—No soy tan necia como para no diferenciar un cachorro de gato de uno de zorro —dijo con naturalidad.

Patitas se acomodó en el regazo de la joven.

—¡Por los clavos de Cristo! No se parece en nada a un gato.

—Tiene cuatro patas, un hocico y unos pelos muy graciosos —evidenció Matilda—. Es un gato.

—Por esa descripción podría ser hasta un oso —apuntó Struan, que se estaba divirtiendo.

Tavish giró la cabeza para mirar a su amigo.

—¿No hay otro sitio en el que deberías estar? —le preguntó.

—En realidad, sí —dijo este divertido—. En el patio de armas, consolando a las aterrorizadas mujeres que han confundido a ese tierno gatito con un zorro. —Y se dio la vuelta para irse.

—¿Ves? Él sabe que es un gatito —dijo Matilda, acariciando al pequeño animalito.

—Estaba bromeando, mujer —respondió Tavish—. Es un zorro, y haz el favor de soltarlo, ¡es peligroso!

Ella lo miró y negó con la cabeza con determinación.

—Es un gatito —insistió—. Y voy a llevarlo a mi alcoba. Ve a la cocina y asegúrate de que me traigan leche y un recipiente; no estoy segura de que me hayan escuchado pedirlo. Patitas saltó de mi regazo justo cuando lo estaba haciendo.

Antes de que él pudiese responder, Matilda se marchó hacia las escaleras con Patitas.

Tavish se quedó quieto unos instantes y, tras un largo suspiro, se dirigió a la cocina. Él nunca seguía órdenes de nadie, no desde la muerte de su padre y hermano. Pero, si alguien podía lograr que lo hiciese, esa era Matilda.

Si ella estaba feliz, le permitiría quedarse con el cachorro, al menos hasta que fuese lo suficientemente mayor para regresar al bosque. Pero, eso sí, no iba a permitir que aquel animal pasara su noche de bodas en la misma alcoba que ellos.

Capítulo 20

—¿De verdad crees que es un gatito? —le preguntó Isla, mirando al animalito que descansaba sobre una manta en el suelo de la alcoba de Matilda.

Las gemelas habían llegado esa misma mañana, tres días después de que Matilda llevara a Patitas a la fortaleza.

—Claro que no —respondió Matilda con seriedad—. Sé que es un cachorro de zorro, pero tu hermano jamás me habría permitido traerlo aquí. Y no podía dejarlo solo en el bosque; habría muerto.

—¿Y has preferido que piense que lo confundiste con un gato?

—Sé que es un desvarío —Matilda exhaló un suspiro—, pero fue lo único que se me ocurrió y funcionó.

Isla soltó una carcajada, y Skye, que se había puesto de rodillas en el suelo para acariciar el pelaje de Patitas, sonrió.

—Mi hermano debe de estar volviéndose loco, creyendo que has perdido la razón —comentó Isla, sin poder ocultar su diversión.

—No lo sé, no lo he visto desde hace tres días. Apenas he salido de mi alcoba cuidando de Patitas. El pobrecito estaba muy débil, pero ahora goza de bueno salud.

Isla observaba al pequeño zorro, pero, a diferencia de su hermana, no hizo ademán de tocarlo.

De pronto, la puerta se abrió y Maud apareció en el umbral.

—¡Maud! Justo Skye y yo íbamos a ir a saludarte —exclamó Isla, fingiendo que eso era así.

Maud no le prestó atención. Cruzó la estancia con paso firme y dejó un manto sobre la cama, desplegándolo con cuidado. Era un manto de los colores del clan, tejido con tela gruesa y adornado con hilos finos de seda que lo hacían más suntuoso que cualquiera de los que ella tenía, aunque nunca se lo había puesto.

No lo había hecho porque quería demostrar a los miembros del clan que podía ser una más de ellos, sin recurrir al privilegio de portar sus colores antes de habérselos ganado.

—Mairead debería haberte entregado el manto, pero se niega a entrar en la alcoba mientras ese cachorro de zorro siga aquí —dijo Maud con sequedad.

—¿Es para la boda? —inquirió Isla, inclinándose hacia la cama —. Es un manto precioso.

—Así es. Y procura no arrugarlo, mañana debe lucir impecable.

—¿Mañana? —repitió Matilda, abriendo mucho los ojos—. ¿Me caso mañana?

—¿No lo sabías? —preguntó Isla, que por su tono parecía estar al tanto.

—No. Tu hermano tiene la costumbre de decidir cuándo debo casarme sin siquiera decírmelo. Es intolerable.

—Lo que es intolerable —intervino Maud con dureza— es que todo el clan viva pendiente de cuándo decidirás comportarte como corresponde a tu posición.

Matilda la miró con un brillo desafiante en los ojos mientras Maud se encaminaba hacia la puerta.

—¿Por qué me aborreces? —le preguntó de pronto.

—Ella aborrece a todo el mundo, no es nada personal —susurró Isla, aunque Maud alcanzó a oírla y le lanzó una mirada cortante.

—No te aborrezco —replicó, girándose hacia Matilda.

—Pero no te agrado. No crees que pueda ser una buena señora del clan.

Maud la observó unos instantes en silencio antes de hablar:

—Ya lo eres —dijo al fin, sorprendiéndola—. Sí me agradas, Matilda. —Guardó una pausa, como si luchara consigo misma, y luego añadió—: Tavish es como un hijo para mí, y tú tienes el poder de hacer de él el hombre más dichoso de las Highlands… o el más desdichado. Rezo porque elijas lo primero. —Y, como era habitual en ella, sin esperar respuesta, abrió la puerta y se marchó.

—Y yo que pensaba que, si algún día le agradaba alguien, esa sería yo —dijo Isla, provocando que Skye emitiera un suspiro.

Matilda se acercó al manto y acarició la tela.

—Es precioso —susurró con una sonrisa.

—¿Quieres casarte con mi hermano? —le preguntó Isla.

—Quiera o no, debo hacerlo.

—Pensaba que estas semanas os habrían servido para acercar posturas.

Matilda mordió su labio inferior con fuerza, poco preparada para contarle lo que había pasado entre ellos: las confidencias y los besos que habían compartido. Aquello era algo íntimo, que tan solo debía pertenecer a Tavish y a ella.

—¿Y vosotras habéis acercado posturas con algún miembro del clan Gordon? —inquirió Matilda, cambiando de tema con brusquedad mientras se sentaba en la cama, junto al manto. Sin darse cuenta, sus dedos seguían recorriendo la tela, como si no pudiera apartar de ella la atención.

Isla suspiró y se dejó caer en una silla, mientras Skye se acomodaba en el suelo junto a Patitas, que dormía plácidamente.

—Lady Gordon se ha empeñado en hacer de casamentera. —Isla chasqueó la lengua mientras entrecerraba los ojos—. A mí intentó emparejarme con uno de sus sobrinos, y a Skye con su hijo menor.

—¿Y tuvo éxito?

—En mi caso, no. No soporto a los hombres mujeriegos. Pero Skye… —Miró a su hermana con una sonrisa maliciosa—. Ella tuvo más suerte. Niall Gordon es apuesto, cortés, noble en sus palabras, y la trataba como si fuese una reina.

—¿Os habéis comprometido? —indagó Matilda, centrando su mirada en Skye, sin poder contener su entusiasmo.

Skye negó con la cabeza, bajando la mirada.

—¿No era de tu agrado? —insistió Matilda, sorprendida.

Skye se encogió de hombros antes de que Isla hablara por ella.

—Claro que era de su agrado. Mírala, aún tiene ojos de enamorada —dijo, burlona. Skye le lanzó una mirada asesina, sonrojada—. Pero si se casa con él, tendría que abandonar nuestras tierras e irse a vivir al clan Gordon. Y ninguna de las dos está dispuesta a dejar atrás un hogar que tanto nos costó tener.

—¿Cómo que os costó tener? —preguntó Matilda, intrigada.

—Tavish no es nuestro hermano de sangre —confesó Isla.

Skye se levantó del suelo y caminó hasta Isla para posar una mano sobre su hombro, como si quisiera detenerla. Isla tornó la cabeza hacia su hermana.

—Ella necesita saberlo —le dijo.

Ambas se miraron durante unos largos instantes en silencio. Después, Skye exhaló un suspiro y bajó la mano. Asintió lentamente, como si le estuviera dando su consentimiento a su hermana, pero, en vez de quedarse, se dio la vuelta y se marchó, cerrando la puerta de la alcoba tras ella.

—¿Se ha enfadado? —preguntó Matilda, confusa.

—No, solo que lo que te voy a contar ahora no es agradable para ella. No lo es para ninguna de las dos. Pero Skye, ella...

—No es necesario que me cuentes nada, Isla.

—Lo sé… pero quiero contártelo. Skye está de acuerdo —dijo Isla, haciendo una pausa como si reuniera valor para continuar. Matilda permaneció en silencio, respetando su momento—. Skye y yo nacimos muy lejos de estas tierras. Nuestra madre murió cuando éramos apenas unas niñas. Yo no la recuerdo, y mi hermana guarda solo vagas memorias. Nuestro padre… —Isla bajó la mirada hasta sus manos— era un campesino que bebía más de lo que trabajaba, y nunca mostró cuidado por nosotras. Apenas nos daba el sustento necesario para sobrevivir. Y un día decidió que ni siquiera quería cargar con ese deber. Nos abandonó en el bosque.

—Dios santo… —susurró Matilda, llevándose una mano al pecho.

—Fue Tavish quien nos encontró. Estaba de viaje y, al hallarnos medio muertas de hambre, nos llevó consigo. Nos trajo a este clan y, aunque su padre y su hermano se mostraron cordiales con nosotras, jamás nos consideraron parte de la familia. El clan tampoco. Siempre fuimos las forasteras, las gemelas huérfanas recogidas por caridad.

—Pero Tavish… —murmuró Matilda.

Isla asintió.

—Cuando murieron el laird y su heredero, Tavish tomó el mando. Y una de sus primeras decisiones fue proclamarnos como sus hermanas. Exigió al clan que nos trataran como tales. Hasta nos

dio una dote, aunque nunca nos ha impuesto matrimonio. Solo con aquel que nosotras elijamos.

—Por todo lo que vivisteis… ¿por eso Skye no habla?

—Aunque sea difícil imaginarlo… Skye era la más charlatana de las dos —Isla esbozó una sonrisa nostálgica—. Pero antes de que Tavish nos encontrara y nuestra vida cambiara para bien… —Isla se interrumpió a sí misma; sus ojos se humedecieron, brillando con lágrimas no derramadas.

Y Matilda comprendió que había una historia detrás, y que Isla solo había compartido con ella una parte muy pequeña del infierno que habían sufrido.

—Esa historia le pertenece a Skye —dijo Matilda, respetando el silencio de Isla—. No la tienes que compartir conmigo.

Isla asintió.

—A partir de ese día, jamás volvió a pronunciar una sola palabra. Tampoco a Tavish. Y él nunca la ha forzado a hacerlo. Nunca le ha exigido nada. La acepta como es, igual que has hecho tú.

—Sabía que había una razón —murmuró Matilda con tristeza—. Pero nunca pensé que fuese algo así. Lo siento mucho.

—No debes sentirlo. Es pasado; ahora somos felices. Gracias a Tavish. —Isla movió la cabeza hacia un lado, como si de esa manera pudiera borrar todo el sufrimiento que ella y su hermana habían vivido—. Sé que mi hermano es complicado, Matilda —dijo—, pero es un buen hombre y tiene un corazón muy noble.

Matilda suspiró y se levantó de la cama.

—Tengo que ir en busca del padre Stuart. Regresó ayer del pueblo, así que espero encontrarlo en su ermita. Aunque la construcción ya está levantada, aún queda amueblarla y organizarla por dentro.

—¿Tienes que ir ahora? —le preguntó Isla, confusa.

—Así es.

—Te acompaño —se ofreció Isla, levantándose.

—Debo ir sola. Necesito confesar mis pecados. He proferido muchas blasfemias hacia tu hermano y Dios sabe que me he

quejado de su negro corazón. Pero ahora sé lo equivocada que estaba. Ahora sé que es un ángel.

—¿Un ángel…? —comenzó Isla.

—De acuerdo, es necio, engreído, obstinado y terco, pero su corazón es bueno. No cualquier hombre haría lo que él hizo por vosotras. Tú quédate cuidando de Patitas.

Patitas, como si hubiese escuchado que hablaban de él, abrió un ojo. Matilda se acercó al zorro, se agachó y le dio un beso en el pelaje.

—Sigue durmiendo, volveré en un rato —le dijo al animalito que, como si la hubiera entendido, cerró el ojo de nuevo.

—¿Entonces estás conforme con casarte mañana? —le preguntó Isla.

—No, claro que no —respondió Matilda, con un suspiro profundo—. Pero tampoco puedo negarme. Es mi deber y, en el fondo, sé que es lo correcto.

—¿Y tu corazón? —insistió Isla, con curiosidad traviesa—. ¿Qué dice tu corazón?

Matilda la miró fijamente, con la vista clavada en el manto del clan, en el silencio de la alcoba, y apenas murmuró:

—Mi mente dice que casarme con un hombre de buen corazón debería ser suficiente. Mi corazón desearía que él me ame como yo lo amo a él.

Si a Isla le sorprendió la confesión de Matilda, no lo demostró.

—Mi hermano te ama. —Matilda negó con la cabeza—. Mas es un obstinado que se niega a escuchar a su corazón. Pero, aunque quizá nunca te lo diga, te lo demostrará. Estoy segura.

Matilda no lo estaba. Y aunque fuese así, y las acciones importasen más que las palabras, ella deseaba más que nada que él le dijera cuánto la amaba.

Capítulo 21

Matilda se encaminó hacia la ermita con pasos decididos, aunque su mente seguía atrapada en pensamientos que no lograba ordenar. No encontraba palabras suficientes para describir el acto de bondad que Tavish había tenido con las gemelas; cuanto más lo meditaba, más se enternecía su corazón.

Absorta como estaba en sus pensamientos, no vio al hombre que venía de frente hasta que tropezó con él. El individuo cargaba un fardo de leña que, al chocar contra ella, se desparramó por el suelo.

—¡Por todos los santos! —exclamó Matilda, retrocediendo un paso—. ¡Andad con más cuidado! —reprochó—. Si hubierais tropezado con un niño, podríais haberlo tirado.

El pobre hombre puso los ojos en blanco, pero, acostumbrado a los desatinos de la joven, se limitó a asentir mientras recogía la leña.

Cuando Matilda llegó a la ermita, se detuvo en seco. No era el silencio solemne que esperaba hallar lo que la recibió, sino un inusitado ajetreo. Guerreros del clan iban y venían cargando tablones, bancos de madera, y jarras de agua, obedeciendo órdenes como si se hallasen en medio de una campaña. Sin embargo, en vez de espadas y escudos, sus manos estaban ocupadas con clavos y martillos.

El padre Stuart, con la túnica arremangada, dirigía la escena con sorprendente energía, señalando aquí y allá, guiando el acomodo de los bancos y el pulido del altar. Matilda frunció el ceño, confundida al ver a los fornidos guerreros doblar la espalda en tareas tan poco propias de ellos. Se abrió paso entre un par que entraban con un banco y, al pasar junto al sacerdote, este la recibió con una sonrisa tranquila.

—Al fin lo habéis conseguido, hija —dijo.

Matilda parpadeó, desconcertada.

—¿Conseguido?

—Lo que tanto deseabais —respondió el padre Stuart, con una chispa en sus ojos claros. Cuando Matilda ladeó la cabeza, confundida, añadió—: Amor, hija. Amor.

Matilda sintió que las mejillas se le encendían, pero no tuvo tiempo de corregirlo. Porque lo que visualizó dentro de la ermita la dejó sin aliento. El altar estaba adornado con telas claras y cirios recién encendidos, mientras un par de doncellas extendían flores frescas por el suelo de piedra. El murmullo de voces se mezclaba con el golpe de los martillos y el perfume del brezo llenaba el aire.

Y entonces, lo vio. Tavish, erguido en medio del bullicio, hablaba con Mairead, que lo escuchaba con atención.

—Encárgate de las flores para la ceremonia de mañana —le ordenaba Tavish, aunque había en su tono una suavidad que sorprendió a Matilda.

Mairead mordió su labio inferior, pareciendo indecisa.

—¿Estáis seguro, laird?

Tavish asintió.

—Tú conoces mejor que nadie qué cosas agradan a mi prometida.

—Si me hubieras avisado de que mañana es la ceremonia, yo misma podría haberme encargado del arreglo floral. —Matilda irrumpió en la conversación, avanzando por el pasillo con pasos serenos.

Tavish y Mairead ladearon la vista hacia ella. La joven sirvienta, con una sonrisa, hizo una reverencia ligera y se retiró, dejándolos a solas. Tavish, en cambio, se quedó mirándola, inmóvil.

—No es necesario que te ocupes de nada —respondió, cruzando los brazos.

—Ya veo que lo tenéis todo dispuesto —apuntó Matilda, tratando de ocultar la gran sonrisa en la que se estiraban sus labios.

Porque, en el fondo de su ser, lo que anhelaba era correr hacia Tavish, rodearlo con sus brazos y… sí, besarlo. Lo deseaba con una urgencia que le aceleraba el corazón. Pero no. No podía hacerlo. No

estaban casados, y, aun si lo estuviesen, semejante despliegue de afecto en público no era propio de una dama.

A pesar de ello, la contención le costaba más que nunca. Pues en ese instante comprendió una verdad que la golpeó con dulzura: los gestos de amor podían ser tan elocuentes como las palabras.

Tavish, que en otras circunstancias jamás habría permitido a sus hombres rebajarse a tales menesteres, tenía a sus guerreros colocando bancos, reparando el altar y limpiando cada rincón de la ermita. Él mismo supervisaba cada detalle con la atención de quien prepara algo sagrado.

Y Matilda tenía la certeza de que todo lo estaba haciendo por ella.

—¿Y no es de tu agrado? —le preguntó él, preocupado. Y, por primera vez, Matilda pudo ver una pizca de fragilidad en él.

—Lo sería más si me hubieses preguntado cuándo quería casarme.

—Por los clavos de Cristo, mujer —resopló Tavish entrecerrando los ojos—. ¿Nunca voy a hacer nada bien para ti?

Matilda no pudo evitar esbozar una sonrisa. Se había detenido cerca de Tavish, pero no lo suficiente como para poder tocarse.

—No lo sé, dímelo tú.

Tavish se pasó una mano por la cara con cansancio.

—Ah no, no voy a caer en esa trampa otra vez.

Matilda soltó una pequeña risita.

—Debo reconocer que la ermita está quedando preciosa —comentó, dando un paso inconsciente hacia él—. ¿Después de la boda la mandarás destruir?

—No —contestó Tavish con convicción—. He invitado al padre Stuart a quedarse tanto tiempo como él desee. Y necesita esta ermita para dar misa y confesar los pecados.

Tavish no parecía feliz con esa decisión que él mismo había tomado. Y a pesar de que Matilda lo conocía lo suficiente como para darse cuenta de que su orgullo le impedía admitirlo, supo que lo hacía por ella. Lo que la impulsó a dar un paso más hacia él.

—¿Y tú confesarás los tuyos?

—Mis pecados me gustan. Prefiero quedarme con ellos.

—Yo he venido a confesarme, pero como aún no lo he hecho, puedo permitirme un pecado más.

Antes de que Tavish pudiera responder, Matilda rompió la poca distancia que los separaba. Se alzó de puntillas y rozó sus labios con los de Tavish, sin importarle quién pudiera estar observándolos.

Su intención era que fuese un beso breve, apenas un agradecimiento por lo que él estaba haciendo por ella. Pero Tavish la ciñó con su brazo y la atrajo hacia sí. Matilda rodeó su cuello con las manos y el beso, lejos de desvanecerse, se tornó profundo. Un beso diferente a todos los que hasta entonces habían compartido.

Matilda sentía como si hubiese traspasado un umbral sin retorno, como si ya no hubiese marcha atrás. Probablemente no la había habido desde el principio, pero ahora sentía que era lo correcto.

Tavish la apretó contra él como si no quisiese dejarla marchar nunca.

Cuando al fin se separaron, con la respiración entrecortada, ella miró de reojo alrededor. Todos seguían trabajando, ocupados, pero ella sabía que su beso no había pasado desapercibido.

—Estamos prometidos, no hay nada malo en que nos besemos —le dijo Tavish, intuyendo la preocupación de Matilda.

—Es pecado que una dama bese a su prometido, y menos en público.

—Estás en el lugar adecuado para confesar tu pecado.

Ella esbozó una sonrisa.

—Creo que a mí también me gustan mis pecados.

Tavish volvió a sujetarla por la cintura para atraerla hacia él cuando una voz femenina provocó que la soltase.

—Patitas se ha perdido.

Ambos se volvieron hacia Isla. La muchacha tenía el aspecto cansado y desaliñado. Su cabello se escapaba en mechones desordenados alrededor del rostro, como si hubiera salido corriendo sin preocuparse por acomodarlo.

—¿Cómo que se ha escapado? —preguntó Matilda con preocupación.

—Se ha despertado y se ha puesto nervioso al no verte. He pensado que correr por el pasillo le vendría bien. ¿Quién iba a pensar que iba a echar a correr escaleras abajo?

Matilda asintió con comprensión.

—No es tu culpa. No era algo previsible.

—Por supuesto que lo era —replicó Tavish, incrédulo ante lo que oía—. No había puerta alguna que lo impidiese descender por las escaleras.

Pero ninguna de las dos le estaba prestando atención.

—¿Has buscado en la cocina? —Matilda se acercó a Isla—. Le gusta ir mucho allí.

—Pasó por la cocina, pero las sirvientas que estaban allí le abrieron la puerta trasera. No lo han admitido, pero estoy segura de que usaron las escobas para echarlo —Isla exhaló un suspiro—. Ahora está afuera. Skye ha salido a buscarlo, pero si le ocurre algo no me lo voy a perdonar.

Matilda tragó saliva, esforzándose por ocultar la inquietud que la embargaba para que Isla no se sintiera culpable.

—Vamos a encontrarlo —aseguró, estirando sus manos para agarrar las de ella.

Isla asintió.

—Lo haremos —prometió, esbozando una sonrisa que no llegó a sus ojos.

Matilda soltó las manos de Isla y se dispuso a salir apresuradamente. Cuanto menos tiempo perdiesen, más fácil sería encontrar al pobre Patitas. Cruzó el pasillo con pasos ligeros, sorprendida cuando se percató de que Tavish, en lugar de quedarse atrás, ya se encontraba en la puerta.

—¿Vas a ayudarnos a buscarlo? —le preguntó Matilda.

Su prometido no era precisamente partidario de que Patitas estuviera en el clan. Si el cachorro de zorro aún seguía en la fortaleza y no lo había devuelto al bosque, era únicamente porque, en el fondo, y por mucho que tratara de ocultarlo por su orgullo, Tavish no podía negarle nada.

—Por supuesto.

—Te lo agradezco. —Matilda esbozó una débil sonrisa mientras caminaba hasta su lado—. Estoy muy preocupada —confesó.

—Vamos a encontrarlo, damita. Te lo prometo —Tavish se inclinó hacia ella para posar un suave beso en su mejilla—. Y mañana, en nuestra noche de bodas, podrás agradecérmelo —le susurró en el oído antes de apartarse de ella.

El rostro de Matilda se encendió al escuchar aquellas palabras atrevidas, que tan poco apropiadas eran para los oídos de una dama. Sin embargo, un agradable cosquilleo recorrió su piel, acompañado de un calor que nada tenía que ver con la vergüenza.

—¿Vamos? —preguntó Isla, que avanzaba por el pasillo con pasos apresurados y una expresión de inquietud.

Matilda asintió, recordando la gravedad de la situación en la que se encontraban. Por un instante, se había olvidado de todo: de la desaparición de Patitas, de la preocupación que la atenazaba y de que aún permanecían en la ermita. Porque Tavish poseía el don de conseguir que, cuando estaba junto a él, el mundo entero se desvaneciera a su alrededor.

Los tres salieron de la ermita.

—Yo iré a buscar a Skye. Está revisando los huertos junto a la muralla, por si Patitas se ha escabullido allí —decidió Isla con determinación—. Vosotros, id al patio de armas. Quizá haya regresado.

Matilda y Tavish compartieron una breve mirada y asintieron al mismo tiempo antes de separarse de Isla.

Sin embargo, apenas habían puesto un pie en el patio de armas cuando se toparon con un espectáculo inesperado. Había decenas de gallinas por todas partes. Corrían en círculos, saltaban sobre los barriles de agua y revoloteaban tan alto que una incluso fue a estrellarse contra el escudo de un guerrero, que levantó el brazo con un juramento.

En medio del desorden, el encargado del corral corría detrás de ellas, agitando el sombrero como si fuese una bandera.

—¡Ese maldito zorro! —vociferaba mientras atrapaba a una gallina por las plumas de la cola—. Se ha colado en el gallinero y he

tenido que abrir la puerta para sacarlo… ¡y ahora las condenadas se han escapado! ¡Están muy asustadas y no me dejan cogerlas!

Matilda, con la respiración acelerada más por la risa contenida que por la carrera, preguntó:

—¿Y Patitas dónde está?

—No lo sé, pero espero que haya regresado al bosque, de donde nunca debió salir.

—Fintan, cuidado cómo hablas a mi prometida —le advirtió Tavish con los labios apretados.

El hombre, que aún seguía más rojo que un tomate recién arrancado del huerto y que estaba intentando atrapar otra gallina, se detuvo como si hubiera visto al mismo diablo. La gallina que sostenía en su mano cayó al suelo de golpe.

—Jamás osaría ofenderla, milady. —Fintan miró a Matilda e hizo una leve inclinación—. Pero con lo nerviosas que están las gallinas no van a poner huevos. Y la cocinera los necesitaba para hacer uno de los platos para la celebración de mañana.

—Sin Patitas no va a haber celebración —declaró Matilda, cruzándose de brazos—. Él va a ser el padrino.

Los labios de Tavish se entreabrieron y tornó su cabeza hacia la joven, convencido de que había escuchado mal sus palabras.

—¿El padrino?

—Mi hermano y mi padre están muertos. Aunque yo siempre soñé que fuese mi hermano William quien me llevase al altar.

Tavish miró a su futura esposa con calidez.

—Struan estará encantado de acompañarte al altar, damita —dijo. Alzó su mano derecha para rozar con delicadeza la mejilla de ella con el dorso de los dedos—. Él es como un hermano para mí.

—Está bien —Matilda esbozó una dulce sonrisa e inclinó su cabeza durante un instante hacia la mano de Tavish—. Pero, aún así, Patitas es un invitado de honor. Tenemos que encontrarlo.

Un grito agudo y estridente se elevó desde las porquerizas. Matilda echó a correr mientras Tavish puso los ojos en blanco y la siguió a regañadientes.

Al llegar, no había rastro de Patitas, pero en medio del barro y la paja se encontraba una joven, cubierta de lodo hasta las rodillas.

Por suerte, los cerdos ya estaban encerrados en su establo, y el encargado del corral la ayudaba a incorporarse.

—¡Ha sido el maldito zorro! —exclamó la joven, sacudiéndose el barro de los brazos—. ¡Corrió hacia mí y me empujó!

Matilda frunció el ceño y dio un paso adelante, señalando con el dedo de manera casi teatral.

—No creo que haya sido a propósito. Patitas es muy educado, él nunca haría algo así. Seguro que fue sin querer.

—¡Sin querer! —La joven resopló, indignada—. ¡Me ha dejado toda mojada y cubierta de lodo! ¡Ese zorro es malvado!

—Solo es un cachorro, no hay maldad en él. ¿Por qué estáis tan enfadada con él? ¿Solo porque no nació dentro de los muros?

La joven la miró con confusión.

—¿Y qué tendrá eso que ver? ¡Mirad cómo me ha dejado! Mi pelo… —sollozó, señalando su larga cabellera rojiza llena de barro—. Mi prometido siempre decía que era precioso y ahora seguro que ya no querrá casarse conmigo.

Tavish entrecerró los ojos y lanzó un bufido, pero Matilda le dio un suave codazo antes de avanzar un paso hacia la joven.

—Vamos… creo que estáis exagerando un poco —dijo con simpatía—. Un buen baño hará que vuestro cabello vuelva a lucir hermoso en un instante.

—¿Y si no lo hace?

—Una de las curanderas del castillo en el que me crié conocía un remedio para que el pelo luciese siempre brillante y sedoso. Hacía una poción que tenías que beber tres veces al día durante una semana. Se usaban hojas de manzanilla, de romero y de salvia. Bueno, lo de la salvia no estoy muy segura —reconoció un instante más tarde, haciendo un gesto con su mano—, pero un poco de salvia no puede hacer daño. Las proporciones no sé cuáles eran, pero tengo buen ojo; seguro que me sale bien.

La expresión angustiada de la joven fue sustituida por una sonrisa esperanzada.

—¿Vos haríais eso por mí?

—Claro.

Tavish, que ya se imaginaba a la pobre muchacha vomitando y con diarrea durante una semana entera, decidió intervenir antes de que se desatase la tragedia.

—Tenemos que buscar a Patitas y mañana nos casamos —trató de razonar—. Será mejor que el remedio se lo haga alguna de las curanderas de la fortaleza.

Matilda asintió, reconociendo que Tavish tenía razón. Este suspiró aliviado de que, por una vez, su prometida hubiera entrado en razón.

—Decidle a ellas los ingredientes; seguro que os lo prepararán —le dijo Matilda a la joven.

Esta asintió agradecida, pero al sacudir la cabeza para asentir, un poco de barro voló y manchó la camisa de Tavish. Él lanzó un resoplido y Matilda, divertida, soltó una carcajada.

—No es gracioso —masculló Tavish.

A ella se lo parecía, pero tenía un asunto más importante que discutir con él.

—¿Habéis visto adónde ha ido Patitas? —le preguntó a la joven y al encargado de los cerdos, que se había mantenido sabiamente al margen hasta ese momento.

La joven negó con la cabeza.

En esta ocasión, Tavish, con los reflejos de un guerrero entrenado en el campo de batalla, se movió con rapidez. No le importaba ensuciarse, ni sentir el barro pegado a sus botas, ni arrastrarse por la tierra húmeda. No cuando estaba en el campo de entrenamiento, en una contienda o realizando alguna labor para el clan; pero que una joven manchada le ensuciase al sacudirse aquello no le resultaba agradable.

Matilda no pudo contener una pequeña sonrisa al ver al laird moverse con tanta agilidad. Hasta ella reconocía que aquella escena era ridícula.

—Sí, milady —respondió el encargado de los cerdos, dando un paso hacia ellos—. Le he visto dirigirse hacia los cobertizos viejos cerca de las murallas. No los usamos mucho últimamente, pero es posible que alguno esté abierto. Los niños suelen ir allí a jugar, aunque sus padres siempre les regañan por hacerlo.

—Entonces estará allí —dijo Matilda, señalando los cobertizos con entusiasmo y alivio—. Vamos antes de que se escape de nuevo.

Sin esperar una respuesta, Matilda empezó a correr, y Tavish la siguió por el sendero de tierra que conducía a los cobertizos viejos. Cuando le quedaban pocos pasos para llegar, Matilda lo vio: el pequeño cachorro de zorro estaba frente a ella, saltando ágil entre los charcos y la tierra alta, con el pelaje rojizo reluciente al sol.

—¡Patitas! —lo llamó Matilda.

Como si reconociera su nombre, el zorro se detuvo. Ladeó su cabeza y sus ojos dorados se encontraron con los de Matilda. Durante un instante, ninguno de los dos se movió. Sin embargo, cuando el pequeño cachorro desvió su mirada hacia los cobertizos, Matilda adivinó sus movimientos.

—¡Ven aquí, travieso! —gritó, abalanzándose hacia él, tratando de agarrar su cola.

Ya era demasiado tarde. Patitas se escabulló ágilmente entre los barrotes de uno de los cobertizos, provocando que Matilda perdiera el equilibrio y tambaleara.

—¿Estás bien? —preguntó Tavish, acercándose con preocupación.

—Perfectamente —respondió Matilda mientras se incorporaba y se sacudía la falda del vestido. Al final había quedado hecha un desastre—. Ese pillín —masculló, levantando la mano para mostrarle a Tavish los pelos blancos que había arrancado de la cola del cachorro.

—Es casi tan escurridizo como tú —le respondió él y ella puso los ojos en blanco.

—Vamos antes de que se escape —dijo Matilda.

Ambos se apresuraron a entrar tras él, esquivando los sacos de grano y los restos de paja que llenaban el cobertizo.

Patitas se escabulló ágilmente entre los obstáculos y, en un instante, salió por la puerta por la que había entrado. Justo entonces, un fuerte golpe de viento azotó la vieja puerta de madera, cerrándola de golpe con un estruendo seco que hizo que ambos se detuvieran un instante.

Tavish intentó abrirla de inmediato, empujando con fuerza, pero la madera estaba vieja y el cerrojo de hierro reforzado, diseñado para mantener los cobertizos cerrados durante las tormentas o la noche, se había trabado con la presión del viento. Cada empujón solo hacía que la puerta crujiera y golpeara el marco con violencia, sin ceder un centímetro.

—¡Maldita sea! —gruñó Tavish, resoplando y apoyando la espalda contra la puerta.

—¿No puedes abrirla? —preguntó Matilda, arqueando una ceja.

—¿Y tú qué crees? —respondió él, con un deje de exasperación.

—Que eres un imprudente —dijo ella, con una mezcla de diversión y seriedad.

—¿Cómo dices? —replicó Tavish, frunciendo el ceño, claramente indignado.

—Si tú no puedes abrir esa puerta, ¿cómo podría hacerlo un niño? —preguntó Matilda—. Por el amor de Dios, Tavish, si alguno de esos niños que vienen a jugar aquí se hubiera quedado atrapado, podría haberse hecho daño de verdad.

Tavish no podía creer que ella le estuviera echando la culpa a él, cuando la verdadera razón por la que estaban encerrados allí era el maldito cachorro. Aunque, en el fondo, sí podía creerlo. Claro que podía.

Matilda siempre lograba sorprenderlo.

—Por eso mandaré que los derriben. Además, es probable que construyamos aquí un campo de entrenamiento, ya que tú ocupaste con la ermita el lugar donde pensábamos levantarlo.

Matilda le sostuvo la mirada.

—Ya tenéis dos campos de entrenamiento, ¿para qué queréis más?

—Los guerreros jóvenes necesitan su propio campo de práctica —respondió Tavish, aunque no estaba muy seguro de por qué le estaba dando explicaciones. El laird era él.

—Pueden seguir compartiéndolos. Los que ya hay son muy grandes. Aquí, en cambio, podríais levantar una palestra para los mozos, donde aprendan a lanzar la jabalina y a entrenar con

espadas de madera. O quizá un patio de juegos con troncos y fosos, para que los niños se fortalezcan antes de ser guerreros.

Tavish se llevó una mano al mentón, reflexivo.

—Esas no son malas ideas.

Matilda frunció el ceño.

—¿Por qué pareces sorprendido?

—No lo estoy.

Pero lo cierto era que sí lo estaba. Había pensado que ella le propondría alguna de sus locuras, pero la joven resultaba ser mucho más sensata de lo que él creía… o, al menos, lo era a veces.

Un ruido de pasos en el exterior hizo que ambos guardaran silencio unos instantes. Acto seguido, Tavish golpeó la puerta con los nudillos.

—¡Abridnos esta maldita puerta! —exigió con un grito.

Escucharon más pasos, como si alguien llegara corriendo.

—Skye, ¿has encontrado a Patitas? —era la voz de Isla, clara y fuerte.

—¿Patitas está bien? —preguntó Matilda desde el otro lado de la puerta.

Sin embargo, no obtuvo ninguna respuesta.

—Menos mal que estás sano y salvo —dijo Isla—. Vamos a llevarlo a la fortaleza, Skye.

—¡No se os ocurra marcharos sin abrirnos la puerta! —vociferó Tavish.

Pero nadie contestó, y los pasos se alejaron hasta extinguirse.

—Por lo menos, Patitas está bien —suspiró Matilda, apoyando su espalda contra la pared.

—¡Esas malditas brujas! —gruñó Tavish, cerrando las manos en puños—. ¡Nos han dejado aquí encerrados!

—No nos han escuchado, Tavish. —Matilda tornó la cabeza hacia él y lo miró con reproche—. ¿Cómo puedes pensar que tus dulces hermanas lo han hecho adrede?

—Es un castigo. Se están vengando de mí por enviarlas al clan Gordon.

Matilda cruzó sus brazos.

—¿Consideras quedarte encerrado conmigo un castigo?

Tavish entrecerró los ojos. Lo que le faltaba era tener una disputa con Matilda.

—Malinterpretas mis palabras.

—Yo no malinterpreto nada. Lo has dicho tú.

—¡Por los clavos de Cristo, no he dicho eso!

—Maldices mucho, Tavish —se quejó Matilda, arrugando la nariz —. No deberías hacerlo cuando vamos a casarnos mañana. No quiero que nuestro matrimonio no sea bendecido.

La expresión de Tavish se suavizó cuando Matilda habló de su matrimonio.

—Será bendecido. —Estiró la mano y le acarició la mejilla con el dorso—. No debes preocuparte, damita. Todo va a salir bien.

—No estoy preocupada —le respondió, a la vez que acunaba la mejilla disfrutando de la caricia—. Solo quiero que sea un día feliz.

—Lo será, damita —le aseguró Tavish—. Mañana y el resto de nuestra vida. Te prometo que haré todo lo que esté en mi mano para que seas feliz conmigo.

Ella esbozó una amplia sonrisa.

—No necesito promesas, Tavish. Solo que desees ser feliz conmigo.

—No necesito desearlo, damita. Porque sé que lo seré.

Se miraron a los ojos un instante. No añadieron nada más, dejando que sus labios hablasen por ellos. El beso comenzó suave, casi tímido, como si fuese la primera vez que se besaban. Y para Matilda, en cierto modo, lo era, pues en aquel roce de labios Tavish le estaba entregando todo lo que jamás expresaría en palabras.

Porque Matilda sabía que Tavish la amaba. Nunca se lo había dicho, y tal vez nunca lo haría, pero él se lo estaba demostrando.

Cuando el beso se rompió, sus manos se entrelazaron. Sin pensarlo, y a pesar del espacio reducido, Tavish se tumbó en el suelo, invitando a Matilda a acercarse. Ella apoyó la cabeza en su regazo mientras él la rodeaba con un brazo, acariciándole suavemente el cabello y la mejilla.

—Nunca imaginé que terminaría así… en un cobertizo, contigo —susurró Matilda.

—¿Así cómo? —preguntó él, con un brillo juguetón en los ojos.

—Encerrados y tumbados en el suelo. Es… extraño.

—A mí no me parece tan extraño —dijo él con una sonrisa traviesa.

—¿Tú sí te lo habías imaginado? —le preguntó ella, estirando la cabeza para mirarlo a los ojos.

—Me he imaginado tumbado contigo en muchos lugares, damita —respondió él con picardía—. Claro que después de yacer juntos.

Ella, en vez de poner los ojos en blanco como él esperaba, se mordió el labio inferior.

—Vas a tener que dejar de llamarme damita.

—No voy a hacer tal cosa.

—No soy una dama, Tavish. Si lo fuese, no desearía que me hagas tuya aquí y ahora… Cuando aún no estamos casados.

Él quiso reír, pero al ver la seriedad en el rostro de ella se contuvo, recordando lo inocente que era en esos menesteres.

—Desear a tu prometido no te hace menos dama —dijo suavemente, acariciando su mejilla—. Eres una mujer, damita, y tener deseos no disminuye tu honor.

—¿No te disgusta?

—Al contrario. Me alegra que no seas una dama inglesa, sumisa y mojigata.

—¿Así pensabas que iba a ser?

—Así son las inglesas —replicó él con naturalidad.

Pero Matilda estaba tan cómoda, apoyada en su pecho y sintiendo el calor de su abrazo, que ni se molestó en refutar aquellas palabras.

El sonido de pasos y voces rompió el cómodo silencio.

—Tavish, Lady Matilda, ¿estáis ahí dentro? —los llamó Struan desde el otro lado.

Ninguno de los dos abrió la boca, como si no quisieran ser rescatados, como si prefirieran quedarse un rato más allí, a solas.

—Están ahí, seguro —dijo Isla desde fuera, provocando que Tavish frunciera el ceño y apretara un poco más la mano de Matilda, con una media sonrisa traviesa.

—¿Ves cómo nos habían escuchado? —le susurró él—. A veces eres demasiado inocente.

—Yo no he dicho que no nos hubiesen escuchado. Solo que no considero un castigo quedarme encerrada contigo.

—Yo tampoco, damita —dijo él, levantándola suavemente y tumbándola encima de él—. Lo considero un regalo.

Ella sonrió y lo besó. Fue un beso corto, interrumpido por unos nudillos golpeando la puerta.

—¡Struan, estate quieto! —se quejó Isla, chasqueando la lengua —. No puedo escuchar lo que dicen.

—No debes hacerlo —le reprochó Struan—. Y aparta la oreja de la puerta.

Al darse cuenta de que no se iban a detener, Tavish emitió un fuerte suspiro y ayudó a Matilda a incorporarse. Después, se levantó él también.

—¿Puedes abrir la puerta, Struan? —le preguntó a su amigo.

—¡Menos mal! —exclamó Struan con exageración, provocando que Tavish entrecerrara los ojos—. Pensaba que te habías quedado sordo.

—¿Patitas está bien? —inquirió Matilda, mordiendo su labio inferior con preocupación.

—Perfectamente —respondió Isla—. Puedes estar tranquila, Skye lo ha llevado a la cocina para darle de comer.

Matilda dejó escapar el aire que no sabía que había estado conteniendo hasta ese momento. Su pequeño cachorro se encontraba sano y salvo. Tan solo lo conocía de unos pocos días, pero se había encariñado tanto con el animal que se le encogía el corazón de tan solo pensar que le hubiese podido pasar algo.

—¡Lo voy a intentar, amigo! —anunció Struan.

Después, se acercó a la puerta, la examinó y empujó con cuidado el pestillo que se había atascado entre la madera húmeda del cobertizo. Tras varios empujones y un pequeño golpe, logró liberar la puerta, que se abrió con un chirrido que resonó en el interior.

Matilda y Tavish salieron del cobertizo. Isla se acercó a Matilda para darle un abrazo.

—Tienes los labios hinchados y las mejillas sonrojadas. Por lo que veo, habéis disfrutado del breve encierro —le susurró antes de separarse de ella.

Matilda sintió cómo su piel se enrojecía aún más, pero rodó los ojos.

—¿Por qué no has respondido antes? —le preguntó.

Isla le dio una sonrisa de disculpa.

—He pensado que os vendría bien un poco de intimidad antes de la boda. Soy del pensamiento de que los prometidos deben pasar algo de tiempo a solas antes de casarse para asegurarse de que toman la decisión correcta.

—Es un matrimonio por conveniencia, Isla, no es como si pudiese echarme atrás —dijo Matilda, mientras observaba a Tavish entrecerrar los ojos por algo que Struan le estaba diciendo.

—Tampoco es como si quisieras romper el compromiso, ¿verdad?

—No, no quiero.

Isla esbozó una sonrisa, sin poder contener su felicidad.

—Id a la fortaleza. —Tavish, que había avanzado un paso hacia ellas, las interrumpió—. Yo debo ir junto a Struan a encargarme de unos asuntos.

Matilda se giró hacia él.

—Espero que mañana no tengas asuntos que resolver durante nuestra boda.

—No te preocupes, damita, que mañana todo mi tiempo será tuyo. —Tavish le guiñó un ojo con picardía—. Mañana y noche.

—Tavish, que no estamos solos —le regañó ella, sonrojándose ligeramente.

Como respuesta, Tavish se inclinó un poco y le dio un breve beso en los labios, suave pero cargado de intención.

Matilda cerró los ojos un instante, dejando que la cercanía y el calor del momento la envolvieran, y cuando volvió a mirarlo, no pudo evitar sonreír.

—Eres imposible —murmuró.

—Solo para ti, damita —respondió él con una media sonrisa traviesa, rozando su frente con la de ella antes de separarse para

marcharse junto a Struan.

—¿Crees que Dios ve mal los gestos de cariño de un matrimonio en público? —le preguntó Matilda en voz baja a Isla.

—Aún no estáis casados —dijo Isla, y al ver cómo Matilda tragaba saliva, añadió con una sonrisa—. No creo que a Dios le importe lo más mínimo. Y desde luego, a nadie del clan. No es extraño los matrimonios se den besos breves en público.

Matilda asintió, pues ella misma había sido testigo de ello. Y le parecía algo hermoso.

—Me han educado para verlo como algo malo. Pero lo cierto es que creo que no tiene nada de malo mostrarse cariño.

—No, no lo tiene —asintió Isla con firmeza, apretándole suavemente la mano—. Al contrario.

Matilda sonrió, con el corazón un poco más ligero. Y mientras ambas emprendían el camino de regreso a la fortaleza, pensó que quizá, al final, no solo había encontrado un lugar en el que ser feliz, sino que había encontrado su verdadero hogar.

Capítulo 22

—Me sorprende que Matilda te haya pedido que sea su padrino —le dijo Struan a Tavish al día siguiente.

Ambos se encontraban en el patio de la fortaleza, donde los sirvientes ultimaban los preparativos del banquete que se celebraría después de la ceremonia.

—Ella no me ha pedido nada. Quería que el cachorro de zorro fuese el padrino.

Struan soltó una carcajada tan fuerte que varias sirvientas lo miraron con extrañeza.

—¡Vaya! Pues espero que no piense que yo voy a competir con Patitas. Si aparece con una cinta atada al cuello, seguro que gana más simpatías que yo.

—Siempre puedes ponértela tú. —Tavish esbozó una sonrisa torcida—. Ibas a estar lozano como un mozo en fiesta.

Struan lo miró con fingida seriedad.

—¿Tavish MacKinlay siguiéndome una chanza? Va a caerse el cielo sobre nuestras cabezas.

—No te acostumbres.

Struan le dio un golpe en la espalda a su amigo, haciendo que este resoplase.

—Quién iba a decir que una dama inglesa conseguiría tu afecto.

—Lady Matilda no es como esperaba. Y no puedo estar más feliz por ello.

Struan asintió. Él también le había cogido mucho aprecio a la joven.

—Lo que es más que evidente es que con ella en el clan los días nunca serán aburridos.

Tavish se encogió de hombros.

—Un poco de caos siempre es bueno. Ta ayuda a no confiarte y estar alerta.

—No se si pensaran los mismo los miembros del clan. Aunque lo cierto es que la aprecian y no solo porque va a ser tu esposa.

—Tengo que reconocer, que tal como predijo, Matilda se los ha ganado.

Struan fue a responder cuando Murdoch, uno de los soldados, se dirigió a ellos corriendo a toda prisa.

—Laird —dijo entre jadeos al detenerse frente a Tavish, respirando con dificultad—, un mensajero procedente del castillo de Montfort se encuentra en el puente levadizo. Traía esta misiva. —Estiró su mano para entregársela—. Quería dárosla en mano, pero no se lo hemos permitido.

Tavish abrió la misiva con preocupación. ¿Qué mensaje podía venir desde el castillo de procedencia de Matilda?

Quizá solo fuese una felicitación por la boda. O tal vez la noticia de la muerte de uno de los tíos de Matilda.

Rezaba porque no fuera lo segundo. No deseaba ver a su prometida disgustada el mismo día de su unión. Y, sin embargo, mientras sus ojos recorrían las primeras líneas, comprendió que había algo peor que la pérdida de un pariente lejano.

Su mandíbula se tensó. Había prometido no ocultarle jamás nada a Matilda. Y, aun así, al terminar de leer, supo que aquella promesa podía quebrarse más rápido de lo que pensaba.

Struan, que estaba a su lado, intentó asomarse al pergamino, frunciendo el ceño. Tavish, con un suspiro, se lo tendió en silencio para que leyera por sí mismo.

—Murdoch, dile al mensajero que se marche por donde ha venido —ordenó Tavish.

—Quiere hablar con vos en persona —replicó Murdoch con cautela.

—Si no quieres que te encierre en la mazmorra, te desharás de él ahora mismo —rugió Tavish, alzando la voz cuando su lugarteniente tardó en moverse.

Sin esperar respuesta, arrancó la misiva de las manos de Struan y se encaminó hacia el interior de la fortaleza.

—¿Adónde vas? —le preguntó Struan, siguiéndole de cerca.

Tavish no respondió. Sus pasos resonaron con fuerza en el suelo de piedra hasta llegar al gran salón. Allí, sin dudarlo un instante, arrojó la carta al fuego de la chimenea. El pergamino se curvó y ennegreció al contacto con las llamas, consumiéndose rápidamente hasta no ser más que cenizas.

—Matilda va a enterarse antes o después, no es algo que puedas ocultarle para siempre —dijo Struan—. Aunque por supuesto es mejor esperar a después de consumar el matrimonio.

Tavish le lanzó una mirada peligrosa.

—Se lo diré cuando lo consideré adecuado

Struan abrió la boca, dispuesto a replicar, pero las palabras murieron en sus labios, pues se lo pensó mejor y decidió guardar silencio. A pesar de que no creía que fuera buena idea, comprendía las razones que se escondían tras la decisión de Tavish.

—¡Tavish! —Isla cruzaba el umbral y se dirigía hacia ellos con el ceño fruncido. Llevaba un bonito vestido de un intenso color naranja —. ¿Qué haces aquí y no en la ermita? —le reprochó con un resoplido—. Matilda está a punto de bajar.

—Ve tú con Tavish —le dijo Struan a la muchacha—. Yo iré a preparar el caballo de la novia.

Isla asintió y, sin esperar, enhebró su brazo con el de su hermano.

—Vamos. No puedo esperar a que Matilda se convierta en mi hermana.

Mientras avanzaban por el pasillo, Tavish le preguntó en voz baja:

—¿Dónde está Skye?

—Asegurándose de que Patitas esté bien alimentado, para que duerma durante la ceremonia. —Tavish arqueó una ceja e Isla exhaló un pequeño suspiro—. A Matilda le hace ilusión que esté presente. Aunque temo que alguno de los invitados se queje.

—Si alguien se atreve, será expulsado de la ermita —le aseguró Tavish con una determinación férrea.

Isla lo miró de reojo, con ternura.

—Matilda tiene suerte de que seas tú quien vaya a convertirse en su esposo.

Tavish no respondió. Una sombra cruzó fugazmente su rostro. Después de lo que acababa de hacer, no estaba tan seguro. Cuando Matilda descubriera lo que le estaba ocultando, el enfado sería inevitable. Y, sin embargo, no podía decírselo. No aún. Porque el miedo a perderla era demasiado grande.

Capítulo 23

Matilda llevaba fantaseando con el día de sus nupcias desde la primera vez que asistió a la boda de una prima de su progenitor, cuando apenas tenía cuatro años. Se imaginaba a sí misma acompañada de su hermano William, con un ostentoso vestido y promesas de un futuro dichoso.

Y, a pesar de que William no estaba allí con ella, de que la boda no se celebraba en Inglaterra como hubiera creído, sino en Escocia, y de que el laird rudo que sería su esposo nada tenía que ver con el barón sofisticado con el que pensaba desposarse, Matilda no podía ser más feliz.

Porque ella tenía todo lo que, en el fondo de su corazón, siempre había anhelado.

El clan entero se había reunido en la ermita justo antes del atardecer. Matilda observó la alfombra de hierba verde y flores silvestres que conducía hacia la entrada de la ermita.

Mairead había recogido su cabello en un moño adornado con flores, y llevaba un vestido de seda color rosado, decorado con encajes delicados. Sobre sus hombros, el tartán con los colores del clan de Tavish, MacKinlay. El que sería, a partir de ahora, su clan.

En realidad, ella sabía que ya lo era. Porque, a pesar de llevar solo unas pocas semanas allí, Matilda se había convertido en una MacKinlay de corazón.

Struan la ayudó a bajar del caballo. Matilda no pudo evitar inclinarse y dar un beso en la crin de Caldero, aun sabiendo que no era lo más ortodoxo. Pero, si algo amaba de su nueva vida en las Highlands, era precisamente eso: allí nadie parecía esperar que se comportase según lo que otros consideraban correcto.

—Vamos, es hora de entrar —le dijo Struan, ofreciéndole el brazo.

Ella enlazó el suyo con el de él y lo miró con una sonrisa temblorosa.

—Echo mucho de menos a mi hermano —confesó en voz baja —. Pero me alegra que seas tú mi padrino.

Struan sonrió, aunque sus ojos no acompañaron del todo a aquel gesto. Matilda lo notó, pero estaba demasiado nerviosa como para detenerse a pensar en ello.

En cuanto cruzó el umbral de la ermita, tuvo que contener las lágrimas. El pasillo estaba adornado con guirnaldas de flores silvestres, ramas de brezo y cintas tejidas a mano por las mujeres del clan. El aire olía a lavanda fresca y a pino, y la luz que entraba por los ventanales iluminaba el espacio con un resplandor cálido y solemne. Aquella pequeña iglesia, sencilla y humilde, parecía transformada en un lugar mágico, preparado para ella.

En los bancos de madera se encontraban sentados los invitados, todos expectantes.

Pero lo que realmente capturó toda su atención fue el hombre que la esperaba en el altar de madera. Tavish la miraba de un modo en que nadie lo había hecho antes: con la intensidad de quien contempla su posesión más preciada, su tesoro más sagrado. En ese instante, Matilda comprendió que no podía sentirse más dichosa.

Al compás solemne de los pasos, Struan la guió por el pasillo hasta el altar. Y allí, con un gesto tan natural como inevitable, soltó su brazo justo en el momento en que Tavish extendía la mano para tomar la suya. El contacto fue firme, cálido y, como siempre que estaba junto a él, el mundo entero pareció desvanecerse a su alrededor.

—Estás preciosa, damita —murmuró Tavish, logrando que Matilda se ruborizara.

—Tú también, laird —respondió ella con una tímida sonrisa.

Él bajó la mirada y alzó una ceja al reparar en lo que llevaba puesto.

—Te has puesto el manto.

—Por supuesto que me lo he puesto. Ahora también son mis colores —dijo con orgullo.

La convicción en su voz y la dulzura con que lo dijo hicieron que Tavish no pudiera evitar sonreír con el pecho hinchado de orgullo.

Un leve carraspeo los hizo girar la vista hacia adelante.

—Vamos a comenzar la ceremonia —anunció el padre Stuart.

Matilda iba a asentir, pero justo entonces ladeó la cabeza. Había estado tan absorta en Tavish que no se había percatado hasta ese instante. Entre los invitados, junto a Isla, se encontraba Skye. Y en su regazo, profundamente dormido, descansaba Patitas. Su corazón dio un vuelco.

—No has impedido que esté presente —susurró emocionada.

—Por supuesto que no, damita. Hoy es tu día, tú decides.

—También es tuyo. Tú también decides.

—Y yo decido que todo sea como a ti te haga feliz —replicó Tavish, con una convicción serena.

Matilda no pudo contenerse. En un gesto poco apropiado para el lugar y el momento, se inclinó y lo abrazó con fuerza.

—Gracias, Tavish.

Él sonrió contra su oído y murmuró:

—Todo por ti, damita.

Un nuevo carraspeo, esta vez más sonoro, los obligó a separarse. El padre Stuart los observaba con el ceño fruncido y un aire de paciencia agotada.

—Podéis comenzar, padre —dijo Matilda con suavidad.

El sacerdote se colocó erguido y comenzó a hablar. Sus palabras resonaron en la pequeña ermita: habló de los ancestros que habían protegido aquellas tierras con su sangre, de la fortaleza de los clanes y del honor que debía guiar cada acto. Y de la unión como el cimiento más firme de cualquier hogar.

Matilda escuchaba con el corazón latiendo desbocado, aunque percibió que Tavish se removía inquieto a su lado.

—Padre —lo apremió al fin el laird, que nunca había sido conocido por su paciencia.

El padre Stuart lo miró severamente, pero prosiguió con la parte solemne.

—Hijo, ¿prometes proteger a Lady Matilda?

Tavish se irguió, tomó la mano de Matilda entre las suyas y su voz profunda retumbó en la ermita:

—Prometo, ante este clan y ante Dios, ser tu refugio y tu fortaleza. Mi espada defenderá nuestro hogar y mi vida entera será tuya.

Un murmullo de aprobación recorrió a los presentes.

El sacerdote giró entonces el rostro hacia Matilda.

—¿Y vos, hija? ¿Prometéis cuidar de vuestros hijos y obedecer a Tavish MacKinlay?

Matilda sintió cómo todos los ojos se posaban en ella. Tragó saliva, pero alzó el mentón con serenidad.

—Prometo llevar los colores de este clan con orgullo, aceptar sus costumbres con amor y devoción, y cuidar de nuestra familia con todo mi ser. Pero, padre, no puedo mentir en casa de Dios. No puedo prometer obedecer.

El ceño del sacerdote se arrugó de inmediato, como si acabara de escuchar una blasfemia. Un silencio expectante llenó la ermita.

Entonces Tavish rompió a reír, con una carcajada franca que resonó entre las paredes de piedra. Se volvió hacia Matilda, apretando sus manos con suavidad.

—Damita, no necesito que me obedezcas. Te acepto tal y como eres, con cada latido de mi corazón y con todo lo que soy.

Los ojos de Matilda se humedecieron. Porque, en ese instante, tuvo más claro que nunca que aquel hombre era todo lo que había deseado sin saberlo.

El padre Stuart, resoplando resignado, levantó las manos.

—Que así sea. El clan ha oído vuestros votos y Dios los ha recibido. Sois marido y mujer.

Los presentes irrumpieron en vítores y aplausos. Tavish inclinó la cabeza y, sin esperar permiso alguno, selló sus votos con un beso que fue a la vez suave y apasionado, un beso que arrancó sonrisas, lágrimas, y alguna risa nerviosa entre los invitados.

Por primera vez, Matilda no pensó en lo que se esperaba de ella, sino en lo que había elegido. Y supo que aquel era el momento más dichoso de su vida.

El eco de los vítores aún resonaba en la ermita cuando Tavish ofreció su mano a Matilda para ayudarla a montar. Ella subió a Caldero, mientras él lo hacía sobre su propio corcel. Y entonces, como si hubieran estado ensayando toda la vida para aquel momento, ambos caballos avanzaron al mismo compás.

El aire fresco acariciaba el rostro de Matilda, que no podía dejar de sonreír. Alzaba la mano para saludar a los miembros del clan que se habían reunido a lo largo del camino. Hombres, mujeres y niños vitoreaban con entusiasmo; algunos agitaban pañuelos, otros lanzaban flores silvestres al paso de los recién casados.

El sonido de los cascos sobre la tierra, acompasados como un latido, parecía marcar un nuevo inicio. Tavish cabalgaba a su lado, erguido y orgulloso, y cada tanto desviaba la mirada para asegurarse de que su esposa disfrutara de aquel momento.

Cuando cruzaron el portón principal de la fortaleza, una oleada de aplausos y gritos de júbilo los recibió. El patio de armas estaba adornado con guirnaldas, antorchas encendidas y largas mesas rebosantes de viandas. Todo estaba dispuesto para celebrar el banquete nupcial.

Tavish descendió de su caballo con la elegancia de un guerrero acostumbrado a moverse con soltura, y enseguida tendió la mano a Matilda. Ella la tomó y, al sentir la firmeza de sus dedos, bajó con una sonrisa que parecía iluminar todo el patio de armas. Estaba segura de que nunca en su vida había sido más feliz que en aquel instante.

Se sentaron en una de las largas mesas, donde poco después los acompañaron Struan y las gemelas.

Los vítores aún resonaban cuando la pareja tomó asiento en la mesa principal, desde donde se dominaba toda la celebración. No tardaron en unírseles Struan y las gemelas.

—¿Dónde está Patitas? —preguntó Matilda, alzando la cabeza para recorrer la estancia con la mirada.

—Le hemos dejado con Mairead —dijo Isla.

—¿Con el miedo que le tiene?

Isla se encogió de hombros.

—Se ha ofrecido ella. Creo que es su manera de agradecerte lo bien que te has portado con ella. Aunque probablemente lo deje dentro de tu habitación mientras ella hace guardia fuera.

Matilda esbozó una sonrisa.

—Le he dicho que se siente aquí con nosotros, pero no ha querido. También Maud ha rechazado mi invitación.

—¿Has invitado a Maud? —preguntó Isla sorprendida.

—Claro que lo he hecho, ella es como una madre para Tavish. Pero no ha querido.

Tavish, sentado a su lado, estaba hablando con Struan y otros dos hombres, pero aun así escuchó las palabras de su ya mujer.

—A Maud no le gustan las bodas —dijo.

Matilda le dio una palmada en el hombro a modo de reprimenda.

—Es una conversación privada, esposo.

Tavish se inclinó hacia ella con una sonrisa.

—Me gusta cómo suena en tus labios.

—¿El qué?

—Que me llames esposo. Y más con ese tono de enfado. También me gusta cuando te enfadas.

Ella sonrió.

—Entonces voy a hacerte delirar de placer, porque preveo que me voy a enfadar mucho.

Tavish soltó una carcajada.

Instantes después comenzaron a servirse los primeros platos del banquete. El aroma de los guisos, el crujido del pan recién horneado y el murmullo alegre de los invitados llenaron el patio de armas. Tavish y Matilda compartieron miradas cómplices entre bocado y bocado, disfrutando de la compañía del clan.

Los invitados alzaban sus cuencos y bebían en honor a los recién casados.

Cuando todos empezaron a sentirse saciados, algunos jóvenes se animaron a danzar entre las mesas, moviéndose con entusiasmo al compás de los tambores y las gaitas. Isla corría de un lado a otro, riendo y dando vueltas con alegría contagiosa, mientras Skye,

siempre más cauta, permanecía sentada, observando la escena con una sonrisa de felicidad.

Cuando el sol comenzó a desaparecer, Matilda estaba agotada, pero también nerviosa. Sabía lo que significaba aquella primera noche juntos. Pero estaba preparada… Más que preparada, estaba deseosa de pasarla con su marido.

—Va siendo hora de que nos marchemos —dijo Tavish, como si le hubiera leído la mente.

Matilda asintió. Tavish le ofreció la mano para ayudarla a levantarse. La mayor parte de los invitados ya se había ido; no quedaba ningún niño, y los que aún estaban habían bebido demasiado como para darse cuenta siquiera de su partida.

Todos, menos una.

—La tradición dice que la novia debe estar esperando en la alcoba. —Isla se acercó a Tavish, consiguiendo que bajara la mano que le tendía a Matilda de un manotazo.

Skye, que también se encontraba sentada en la mesa, asintió con una sonrisa cómplice.

—No podrían importarme menos las tradiciones —bufó Tavish, que miraba a su hermana con fastidio.

—Yo sí quiero cumplir las tradiciones del clan —replicó Matilda, levantándose.

Tavish miró a su esposa y lanzó un resoplido de resignación.

—Está bien —cedió, haciendo una pausa y mirando a las gemelas—. Pero más os vale que, para cuando llegue, las dos estéis fuera.

Entre risas, Isla y Skye tomaron las manos de Matilda y, como dos niñas traviesas, la arrastraron por los pasillos hacia la alcoba del laird, que a partir de esa noche se convertiría también en la suya. Corrían, saltaban y reían.

La anticipación y la emoción bullían en el pecho de Matilda. Sabía que aquella noche marcaría un antes y un después en su vida. Nada volvería a ser lo mismo. Entregaría su virtud, pero lo haría de la mano del hombre del que estaba enamorada.

Y en su mente encontró una dicha tan honda que no podía imaginar destino más perfecto.

Capítulo 24

Las gemelas querían ayudarla a cambiarse, pero Matilda las echó de la alcoba. No desconfiaba de la noble intención de las dos hermanas; sin embargo, sus propios nervios eran ya demasiado intensos, y temía que la presencia de ambas jóvenes no hiciera sino acrecentarlos.

Para calmar sus nervios había pedido que llevasen a Patitas a la alcoba del laird en la que ella estaba. Y el cachorro descansaba en una esquina encima de una alfombra.

Se agachó y le rozó el pelaje con un beso, con cuidado de no despertarlo. La simple presencia de Patitas la reconfortó, y, más serena, pudo por fin concentrarse en lo verdaderamente importante.

Mairead había dejado cuidadosamente el camisón que Matilda había heredado de su madre y traído desde Inglaterra para su noche de bodas, colocado encima de la cama con delicadeza.

La alcoba del laird era amplia y acogedora. Las vigas de madera oscura cruzaban el techo, y una gran chimenea encendida proyectaba un resplandor cálido que iluminaba suavemente las paredes de piedra y los tapices de escenas de caza colgados alrededor de la habitación. El lecho de madera maciza, cubierto con mantas bordadas, dominaba el centro de la estancia. La luz del fuego se reflejaba en las losas del suelo, creando un ambiente íntimo y acogedor, acompañado del suave aroma a cera recién encendida e incienso, muy diferente de la habitación en la que Matilda se había alojado hasta ese momento.

Los baúles de Matilda habían sido trasladados allí y descansaban frente a una de las paredes, recordándole que pronto tendría tiempo para organizarlo todo a su gusto. Tenía intención de hacer algún que otro cambio en la habitación, empezando por los

tapices, pero eso sería a partir del día siguiente. Ahora, su prioridad era prepararse para aquella noche tan especial.

Matilda se desvistió, dejando cuidadosamente cada prenda doblada sobre una silla cercana. Luego tomó el camisón, acariciando la tela suave entre sus dedos antes de deslizarlo por su cabeza. La tela ligera cayó sobre sus hombros y se acomodó con dulzura contra su piel, cubriéndola en pliegues delicados hasta rozarle las piernas.

Aquel camisón blanco era una de sus posesiones más preciadas, y hasta ese momento nunca lo había estrenado. Había pertenecido a su madre: el mismo que ella había llevado en su noche de bodas. La nostalgia la envolvió de pronto, como un soplo cálido y melancólico.

Cuando su madre falleció, Matilda era apenas una niña, demasiado pequeña para hacerle todas las preguntas que ahora inundaban su mente.

Incluso demasiado joven para recordar con claridad su rostro. Y, sin embargo, había algo que no había olvidado: sus manos. Unas manos suaves que la habían acariciado con ternura, que la habían consolado durante las noches de pesadillas, que la habían sostenido con amor.

Se preguntó si su madre también había estado nerviosa en la noche de bodas, si había sentido la misma mezcla de temor y deseo, si había amado a su padre con la misma fuerza con la que ella amaba a Tavish. Preguntas para las que nunca obtendría respuesta, pero que, curiosamente, la hicieron sonreír. En ese momento, sintió que su madre, de algún modo, estaba con ella. Y esa certeza la serenó más que cualquier palabra de consuelo.

Matilda se acercó a la pequeña mesa junto a la chimenea, donde habían dejado una jarra de cobre y una palangana pulida. Vertió un poco de agua, que aún estaba templada, en el cuenco, y se mojó las manos, llevándoselas luego al rostro.

Quería deshacerse del cansancio acumulado durante el día, mostrarse radiante y serena. Después se pellizcó suavemente las mejillas, recordando el consejo de su tía: un gesto sencillo para devolverles un poco de color. No solía hacerlo, pues le parecía una coquetería innecesaria, pero aquella noche era distinta. Quería lucir perfecta para su esposo.

Por último, Matilda se acercó a uno de los baúles y lo abrió, rebuscando en su interior. No encontró lo que buscaba, así que pasó al siguiente. Allí, por fin, dio con su cepillo. Se soltó el cabello, dejando que cayera libre sobre sus hombros, y comenzó a peinarlo con movimientos lentos y rítmicos mientras se acercaba a la ventana.

Abajo, en el patio de armas, la fiesta aún continuaba, aunque ya solo quedaban algunos rezagados. El resplandor de las fogatas y la clara luz de la luna iluminaban los rostros de los asistentes, pero desde su ventana Matilda no logró distinguir a Tavish. Sus ojos lo buscaron con insistencia, hasta que, resignada, dejó escapar un suspiro.

Terminó de peinarse y se giró hacia la puerta, con la esperanza de que él apareciera en cualquier momento. Pero el tiempo pasaba y Tavish no llegaba. Al principio se dijo a sí misma que debía tener paciencia, que quizá aún se estaba despidiendo de sus hombres o atendiendo algún detalle de la celebración. Sin embargo, poco a poco comenzó a impacientarse.

Empezó a caminar por la habitación, dando vueltas de un lado a otro, deteniéndose frente a la chimenea, luego de nuevo en la ventana, después frente a la puerta.

El silencio de la alcoba, apenas quebrado por su propia respiración, comenzaba a resultarle insoportable. Las dudas y miedos comenzaron a invadirla. ¿Y si Tavish ya no quería yacer con ella? O, lo que era aún peor, ¿si ya no la deseaba?

Cuando estaba a punto de enloquecer, la puerta se abrió. Tavish cruzó el umbral, alto y sereno, con el cabello húmedo que aún goteaba sobre su camisa.

Matilda entrecerró los ojos y cruzó los brazos.

—Para alguien que parecía tan impaciente, has tardado demasiado.

Tavish arqueó una ceja mientras cerraba la puerta tras de sí y esbozaba una sonrisa.

—He tardado precisamente por eso.

—Eso no tiene ningún sentido. ¿Te has dado un baño mientras yo esperaba? —preguntó Matilda, señalando su cabello todavía

húmedo.

Tavish apenas logró contener una carcajada. Su damita era tan inocente... No se daba cuenta de que él había bajado hasta el río para templar los nervios y calmar la impaciencia que lo devoraba. No quería que ella lo viera demasiado ansioso ni asustarla en su primera noche de casados. Quería que aquella velada fuese para ella un recuerdo dulce, lleno de ternura y cuidado.

Deseaba que la primera vez de Matilda fuese especial. Pero él nunca antes había estado con una virgen, así que no estaba seguro de estar a la altura, aunque haría todo lo posible.

La miró como si quisiera grabar su imagen en la memoria para siempre. El camisón blanco, iluminado por el resplandor del fuego, parecía hecho de un velo de luna. El cabello de Matilda caía sobre sus hombros, brillando suavemente, y sus mejillas aún conservaban el rubor de los nervios.

—Eres preciosa, damita —murmuró con la voz ronca por el deseo, mientras la devoraba con la mirada.

Matilda, pese a los nervios que sentía, esbozó una sonrisa.

—Tú también eres muy bello.

Tavish rio suavemente, negando con la cabeza.

—Soy un guerrero. Los guerreros somos fuertes y valientes, no bellos. Pero es cierto que ninguna mujer se ha quejado de mí como amante.

Matilda abrió los ojos como platos, incrédula.

—Eres… eres… —balbuceó, sin poder dar crédito a lo que había escuchado. Las palabras apenas salían de su boca, y Tavish la miraba como si no entendiera por qué se turbaba tanto—. ¿Cómo te atreves a hablar de otras mujeres en nuestra noche de bodas?

—¿Te he ofendido? —preguntó él, con un gesto sincero, aunque con un brillo travieso en los ojos.

—¡Qué poca vergüenza! —replicó ella—. Soy tu esposa y…

No pudo continuar. Tavish cerró la distancia de golpe, inclinándose sobre ella para silenciar sus reproches con un beso. Matilda quiso resistirse, mantener su enfado, pero la calidez de sus labios, la firmeza de sus brazos y el ímpetu con que la reclamaba la

desarmaron por completo. Se aferró a su cuello, rodeándolo con los brazos, mientras el beso se volvía más profundo.

Sintió cómo la ira que la había provocado se disolvía, sustituida por un calor que le recorría el cuerpo. Sus labios, su aliento, la forma en que Tavish la acariciaba, todo aquello encendía algo dentro de ella.

—Me gustas cuando te enfadas —susurró él contra su boca, con una sonrisa casi insolente.

—¡Lo has hecho adrede! —se quejó, aunque su voz ya no sonaba furiosa, sino vibrante, llena de emoción.

—Estabas muy nerviosa —respondió, acariciándole la mejilla con ternura—. Solo quería calmarte.

—Hay otras maneras de hacerlo —protestó débilmente, aunque no se apartó de él.

—Tal vez —concedió Tavish, besándola de nuevo en la punta de la nariz—, pero enfadándote es la más efectiva.

Matilda negó con la cabeza, intentando mantener la compostura, pero una risa suave se escapó de sus labios. Tavish aprovechó ese instante de rendición para besarla de nuevo, despacio, con paciencia, como si quisiera recordarle que no había prisa, que aquella noche era solo para ellos.

Con delicadeza, rodeó su cintura con los brazos y la acercó más a sí. Estaban tan próximos que parecía que ni siquiera el aire podía deslizarse entre ellos, y Matilda sintió cómo su corazón latía desbocado ante la intensidad de aquella cercanía.

Tavish rompió el beso, inclinó la cabeza y depositó un beso suave en la frente de Matilda, como quien ofrece protección y cariño a la vez. Ella cerró los ojos, apoyándose contra él, disfrutando del calor de su cuerpo y del ritmo pausado de su respiración. Cada gesto suyo estaba lleno de cuidado: cada caricia, cada roce, cada mirada parecía decirle que estaba a salvo, que podía confiar completamente en él.

Con cuidado, Tavish se separó un poco de ella. Matilda sintió la distancia y estuvo a punto de quejarse, pero él, con manos firmes pero delicadas, levantó suavemente el borde del camisón y se lo deslizó por la cabeza, retirando la prenda y dejándola en el suelo.

Matilda permaneció quieta, el corazón latiéndole con fuerza, y para su sorpresa no sintió vergüenza alguna. Se sentía segura y protegida por su presencia, a pesar de que nunca antes había estado desnuda frente a un hombre.

Tavish la contemplaba con asombro y ternura, como si estuviera viendo por primera vez algo que consideraba perfecto y precioso.

—No tenemos que hacerlo si no quieres —le dijo él, sorprendiéndola.

—¿No me deseas?

—¡Por los clavos de Cristo, damita! No deseo nada más que hacerte mía. Más aún, que la ley esté de mi parte, no quiero hacerlo si tú no lo deseas.

—Lo deseo, Tavish. Claro que lo deseo —respondió ella, con la certeza brillante en los ojos.

Sin perder un instante, Tavish se despojó de su ropa con rapidez. Matilda lo observaba fascinada, su corazón latiendo con fuerza, admirando la fortaleza y la belleza del cuerpo masculino. Ella no había pensado que ese hombre podría parecerle aún más bello. Pero, sin ropa, el cuerpo de él la dejó completamente cautivada.

Tavish la tomó suavemente entre sus brazos, sus manos firmes sosteniéndola con cuidado mientras la acercaba a la cama. Matilda se aferró a su cuello, sintiendo la calidez de su cuerpo.

Cuando la depositó suavemente sobre la cama, la luz cálida del fuego acariciaba su piel, iluminando su rostro.

Tavish se inclinó hacia ella, rozando su frente con la suya y dejando un beso ligero.

—Confía en mí, damita —dijo, su voz profunda y tranquila—. Lo haré placentero para ti.

—Confío en ti, Tavish. Sé que será perfecto.

Tavish se acostó a su lado, y Matilda tragó saliva, nerviosa.

—Es normal que sientas un poco de miedo, damita —murmuró él con voz baja y cálida—. Todo esto es nuevo para ti.

—No tengo ningún temor —replicó ella con obstinación, aunque en el fondo sabía que no era del todo cierto.

Nadie nunca le había explicado con claridad lo que sucedía en el lecho entre un hombre y una mujer. Las damas no debían preguntar;

se suponía que debían confiar, dejarse guiar en su noche de bodas. Pero Matilda, pese a esa incertidumbre, sentía también la certeza de que, en los brazos de Tavish, nada malo podría ocurrirle.

Él le sonrió con ternura, inclinándose hacia ella.

—Claro que lo soy, no me asusto por…

Tavish no la dejó terminar. Se inclinó hacia ella y la besó con suavidad, acallando sus palabras y, al mismo tiempo, intentando borrar cualquier rastro de temor que pudiera asomar en su interior. Sus labios eran firmes pero pacientes, transmitiendo seguridad, como si con ese gesto quisiera prometerle que nada malo iba a suceder mientras estuviera entre sus brazos.

Matilda cerró los ojos y se dejó envolver por el beso. Sintió cómo la tensión que la mantenía rígida comenzaba a disolverse poco a poco, reemplazada por un calor dulce que la recorrió de pies a cabeza.

Tavish se separó de ella solo para mirarla a los ojos. Con suavidad, la guió hasta que quedó recostada sobre las mantas, y él se inclinó sobre ella, apoyándose en los codos para no aplastarla.

—Puedes pararme cuando quieras, damita —le dijo, a la vez que ella sentía la erección de él en su centro.

El corazón de Matilda latía con tanta fuerza que pensó que él podía oírlo. Ladeó la cabeza, sin apartar la vista de él.

—No quiero detenerte, quiero que hagas ya lo que tengas que hacer. Lo necesito.

Tavish sonrió suavemente. Ahí estaba, incluso en un momento tan íntimo, la impaciencia deliciosa de su damita. Pero él estaba decidido a que aquella primera vez fuese algo más que un simple impulso: quería convertirla en un recuerdo hermoso, inolvidable para los dos.

La besó de nuevo, despacio, prolongando el contacto como si quisiera enseñarle que la verdadera pasión no tenía prisa. Sus labios descendieron por su cuello, dejando un sendero de fuego en su piel, y Matilda no pudo evitar soltar un gemido suave, sorprendiéndose a sí misma por la intensidad de la sensación.

Sus manos la acariciaban con devoción, descubriéndola poco a poco, como si fuese un tesoro frágil. Y Matilda, lejos de sentirse

avergonzada, se entregaba con confianza, dejándose guiar por la ternura y la fuerza de su esposo. Cada roce, cada caricia, parecía despertar algo nuevo en su interior, algo que hasta esa noche había permanecido dormido.

Cuando Tavish atrapó con sus labios uno de sus pezones, Matilda sintió que un fuego la recorría, intenso y envolvente, como si su propio cuerpo ardiera desde dentro. El calor la estremecía, haciéndola aferrarse con más fuerza a él, temiendo y deseando a la vez aquel incendio.

Pero cuando su dedo se abrió paso en su interior, comprendió que lo que crecía dentro de ella no era solo fuego: era una fuerza desconocida, demasiado poderosa, demasiado arrebatadora, que parecía desbordarla por completo.

—¿Estás preparada para mí?

Ella no comprendió del todo a qué se refería Tavish hasta que lo sintió arrodillarse entre sus muslos. El contacto de su erección presionando suavemente contra su centro le robó el aliento, llenándola de expectación.

Tavish trató de contenerse, de entrar con calma, paso a paso, luchando contra la urgencia que lo devoraba. Pero su cuerpo clamaba por ella, cada fibra de su ser pedía hundirse en aquel calor, y resistirse a ese instinto era un suplicio casi imposible.

Como si hubiese percibido su lucha, Matilda lo estrechó con las manos sobre sus caderas y lo empujó suavemente hacia sí, ofreciéndose sin reservas.

—Va a dolerte, damita… —le advirtió él con voz ronca, como si aún buscara darle una última oportunidad de detenerlo.

—No soy una flor delicada. No me trates como tal —replicó ella con valentía, mirándolo a los ojos.

Aquellas palabras fueron el permiso que él necesitaba. Con un movimiento decidido, empujó hasta el fondo, rompiendo con cuidado la frágil barrera.

Matilda ahogó un grito y cerró los ojos con fuerza cuando un dolor agudo la atravesó, como si el cuerpo se resistiera a la intrusión. Tavish detuvo todo movimiento en el acto, respirando con dificultad, aferrándose a su propio control para no herirla más.

—¿Te he hecho daño? —susurró, con la voz cargada de preocupación, sus labios buscando los de ella para consolarla.

Ella negó con la cabeza, aunque las lágrimas que brillaban en sus ojos la delataban.

—Solo sigue aquí conmigo —murmuró, aferrándose a sus hombros como si fuesen su ancla.

—Siempre estaré contigo, damita.

Él acarició su rostro, besó sus mejillas húmedas y susurró palabras suaves en su oído. Poco a poco, la tensión en su cuerpo empezó a ceder y el ardor inicial fue menguando, reemplazado por una sensación nueva, extraña, pero muy placentera.

—¿No vas a moverte? —le preguntó ella.

Si no hubiera sido porque estaba haciendo un gran esfuerzo para contenerse, se habría reído. En cambio, se retiró levemente para volver a empujar.

Esos movimientos rítmicos se hicieron más potentes, más rápidos.

Matilda sintió que ya no podía contener la ola de emociones y sensaciones que la recorría. Un estremecimiento profundo la invadió, y un grito con el nombre de su esposo se escapó de sus labios cuando el orgasmo la abrumó.

Eso fue todo lo que Tavish necesitó para alcanzar su propio éxtasis, empujando una última vez más.

Cuando finalmente los temblores se calmaron, él se separó de ella y se tumbó a su lado. Le rodeó la cintura con su brazo, acercándola a él, y ella apoyó su cabeza en el fuerte pecho de su marido.

—Así que esto es hacer el amor —musitó Matilda con los ojos entrecerrados.

Tavish sonrió.

—¿No te ha gustado?

—Ha sido maravilloso —respondió Matilda, levantando la cabeza para darle un tenue beso en los labios a su marido—. Ahora entiendo por qué mi tía insistía tanto en que una dama no debía saber los detalles. Si todas supieran lo placentero que será… no esperarían hasta el matrimonio.

Tavish soltó una carcajada, sacudiendo la cabeza con diversión.

—Cuando creo que no vas a sorprenderme más, abres la boca y lo logras de nuevo, damita.

—¿Y eso es algo malo? —preguntó ella, mientras un bostezo la traicionaba y sus párpados comenzaban a caer.

—Al contrario, damita —susurró él, acunándola entre sus brazos —. Eso hace que todo sea aún más especial.

Sintiendo cómo el sueño la vencía, Matilda se dejó llevar por el calor de su esposo y la seguridad de la habitación iluminada solo por la chimenea. Tavish la sostuvo con suavidad, apoyando su cabeza junto a la de ella, y con una última caricia en su cabello murmuró:

—Duerme, mi damita. Yo estaré siempre a tu lado.

Él mismo estaba a punto de entregarse al sueño cuando un extraño ronquido, proveniente de algún rincón de la habitación, llamó su atención.

Gracias a la luz titilante del fuego en la chimenea, recorrió la estancia con la mirada hasta descubrir al cachorro de zorro dormido plácidamente sobre una alfombra.

Suspiró.

No se había percatado de su presencia. Aunque, en realidad, aquello no habría cambiado nada. Porque, a pesar de haber jurado que el pequeño no pasaría la noche de bodas en su alcoba, Matilda siempre terminaba saliéndose con la suya.

Y lo más curioso era que, para su sorpresa, a él empezaba a parecerle bien.

Capítulo 25

—¿Has pensado qué vas a hacer con Patitas? —le preguntó Isla mientras daban un paseo a caballo fuera de los muros de la fortaleza.

Un guerrero que respondía al nombre de Hamish las seguía a una distancia prudencial, aunque no les quitaba el ojo de encima.

Habían pasado tres semanas desde su boda, y Matilda todavía flotaba en una nube de felicidad. Sin embargo, había momentos como ese en los que su esposo la obligaba a salir de la seguridad de los muros, escoltada por un guardia, que le daban ganas de matarlo.

Matilda suspiró, ajustando su postura y agarrando con más firmeza las riendas de Caldero.

—Sé que debo devolverlo al bosque —dijo con voz suave—. Ha crecido mucho, y si espero más, no será aceptado por los suyos. Además, ya es capaz de valerse por sí mismo, pero me da mucha pena.

—Skye también lo va a echar de menos. —Isla esbozó una sonrisa comprensiva—. Le ha cogido mucho cariño, pero también sabe que es lo mejor para él.

—Supongo que lo haré mañana —concluyó Matilda, mirando hacia el horizonte e intentando acostumbrarse a la idea.

Siguieron cabalgando en silencio por el sendero, disfrutando del viento y del cálido sol de la tarde. A lo lejos, Matilda divisó unas tierras abiertas, rodeadas de vallas de madera que delimitaban el terreno.

—¿Y esas tierras? —preguntó, señalándolas con curiosidad.

Isla siguió su mirada y sonrió suavemente.

—Esas son las tierras de Glenreach —respondió.

—Mi dote —susurró Matilda para sí, pero Isla la escuchó—. No parece que tengan nada de especial.

Isla se encogió de hombros a la vez que obligaba a su yegua a pararse, y Matilda la imitó.

—Nunca me han interesado demasiado los asuntos políticos del clan, pero sé que estas tierras son muy codiciadas tanto por el clan de los Fraser como por el nuestro. Se han producido disputas por ellas.

Matilda suspiró.

—Si ello evita desavenencias, me alegra que ahora nos pertenezcan.

—A mí no me importaría tener una contienda con el laird Fraser —repuso Isla con gesto soñador.

Matilda miró a su amiga con interés.

—¿Acaso estás enamorada de él?

—No —rio Isla—. Apenas le he visto en una ocasión, pero es taaan apuesto.

—Estoy segura de que no más que tu hermano —replicó Matilda sin asomo de vergüenza.

—Eres una descarada.

—No menos que tú.

—Eso es cierto —reconoció Isla mientras le guiñaba un ojo—. Por eso nos llevamos tan bien.

Matilda le ofreció una sonrisa.

—Entremos, quiero ver las tierras desde dentro —dijo Matilda, levantando la voz para que Hamish pudiera escucharlas.

—No es prudente, mi señora. Aunque oficialmente ya son nuestras, el rey concedió a los Fraser un plazo para retirar su ganado. Podríamos toparnos con alguno de ellos.

—Nuestros clanes no están en guerra —replicó Isla con naturalidad.

Hamish sostuvo las riendas con más fuerza y clavó la vista en el horizonte antes de responder.

—Tal vez no haya guerra declarada —dijo con gravedad—, pero basta una chispa para que la sangre corra.

Isla suspiró.

—El laird Fraser sabe perder, no creo… —comenzó Isla, pero Matilda dejó de escucharla.

Aunque nunca rehuía una buena discusión, en aquella ocasión no le encontraba sentido o, más bien, no tenía el menor deseo de participar en ella. Pero tampoco se iba a conformar. Inspiró hondo, tiró de las riendas de Caldero y, con un chasquido suave, lo lanzó al galope.

El corcel respondió con brío, estirando el cuello y acelerando hasta que la brisa le azotó el rostro. Matilda guió al caballo hacia la valla de madera. Caldero saltó con elegancia y, en un instante, se encontraron al otro lado, en las tierras de Glenreach.

Matilda no miró atrás. Dejó que Caldero corriera libre, atravesando los campos abiertos con la crin ondeando al viento, hasta que la velocidad fue perdiendo intensidad. Solo entonces, con el corazón latiendo al compás de la carrera, decidió detenerse.

Se deslizó de la montura y posó la mano sobre el cuello jadeante de Caldero, acariciándolo con suavidad. Ante ella, las tierras de Glenreach se extendían hasta donde alcanzaba la vista: prados verdes, algunas arboledas dispersas y cercados de madera que se perdían en el horizonte.

Matilda observó el paisaje.

—De veras, no alcanzo a comprender por qué se disputaban estas tierras —murmuró en voz baja—. No parecen guardar mayor encanto que otros campos de Escocia.

—Si eso os parece, milady, tal vez podríais convencer a vuestro esposo de que me las ceda.

Matilda se sobresaltó al escuchar la voz masculina. No había percibido presencia alguna y, sin embargo, al volverse, descubrió a un hombre que emergía de entre la arboleda cercana.

—Os conozco —dijo Matilda—. Sois el hombre que me ayudó en el bosque.

—Así es, milady. —El joven esbozó una sonrisa, tan encantadora como la primera y única vez en la que se vieron. No obstante, en Matilda no despertó nada—. Veo que llegasteis bien a la fortaleza. Y he escuchado que ahora sí estáis casada.

—Así es. Os habría invitado, mas no sabía vuestro nombre.

El joven abrió los labios para responder, pero el repentino estrépito de cascos al galope acalló cualquier palabra. Matilda giró la cabeza con la certeza de que se trataba de Hamish; sin embargo, no fue él quien apareció por el sendero.

El corazón de Matilda dio un vuelco al reconocer a su esposo. Tavish desmontó con rapidez y determinación. En apenas unos pasos, se plantó a su lado y, sin decir palabra, le rodeó la cintura con un gesto firme, cargado de posesividad, como si quisiera dejar bien claro que ella le pertenecía.

—No te acerques a mi esposa, Fraser.

—¿Eres un miembro del clan Fraser? —preguntó Matilda, sorprendida.

—Soy el laird Rowan Fraser, milady —se presentó con calma, ignorando por completo la mirada cargada de furia que Tavish le dirigía.

—Es un placer conoceros —respondió Matilda con cortesía.

—No, no lo es —replicó Tavish con voz dura.

Matilda se revolvió en su abrazo, logrando zafarse de la presión de su agarre.

—No puedes decidir en mi lugar lo que es o no un placer para mí.

—Por supuesto que puedo —sentenció él sin pestañear.

Matilda dejó escapar un bufido de fastidio.

—Perdonad a mi esposo, laird Fraser —dijo, volviéndose hacia Rowan con gesto sereno—. Es testarudo como una mula.

—No tenéis necesidad de excusaros, milady. Nos conocemos desde hace muchos años y bien sé de sobra cuán tozudo puede llegar a ser.

—Sal de mis tierras, ahora —rugió Tavish.

—Me temo que no puedo complacerte —contestó Fraser con tranquila insolencia—. Tengo permiso del rey para permanecer en ellas durante un mes más.

La furia contenida de Tavish era palpable. Matilda sintió un escalofrío al temer que en cualquier momento su esposo estallara contra aquel hombre.

—Deberías agradecerle, en vez de enfadarte con él —intervino en actitud conciliadora, posando suavemente una mano en el brazo de Tavish.

Él se volvió hacia ella con incredulidad.

—¿Agradecerle? —repitió con voz áspera.

Matilda sostuvo su mirada sin titubeos.

—Me perdí en el bosque el día que hallé a Patitas. Fue él quien me encontró y me acompañó hasta las cercanías del puente levadizo.

—No me lo contaste.

Matilda se encogió de hombros. No lo había hecho porque, con todo lo que había sucedido en las últimas semanas, ni siquiera se había acordado de aquel incidente hasta ese momento.

—No se presentó. Aunque yo tampoco le pregunté su nombre.

—Pero sí me dijo que no estabais casados aún —apuntó Rowan con fingida indiferencia—. Debí escucharte mal cuando, unos minutos antes, me aseguraste lo contrario. —Esbozó una sonrisa sin mostrar los dientes—. Tenía el permiso del rey para casarme con ella si no estabais casados ya, pero no usé ese poder.

Matilda se volvió hacia él con indignación y los ojos chispeantes de ira.

—¡Qué desvergüenza! —exclamó—. Como si existiera la menor posibilidad de que me uniera a vos. Y pensar que me parecisteis cortés ¡pero habéis resultado como todos los demás! Que Dios nos ampare del orgullo de los hombres. ¿Tan apuesto os creéis que sois que ninguna mujer puede resistirse a vuestro encanto? ¡Ni siquiera sois para tanto! —Matilda lo señaló de arriba abajo.

Rowan observó a la joven inglesa, perplejo. Por primera vez en sus veinticuatro inviernos, una mujer lo dejó sin palabras. Abrió y cerró la boca como un pez, sin saber qué decir.

—No entiendo por qué todo el mundo hace eso en mi presencia —se quejó Matilda con exasperación. Después hizo un gesto con la mano, como quien prefiere zanjar el asunto—. ¿Dónde están Isla y Hamish y qué haces tú aquí? —le preguntó a su marido.

—Estaba supervisando mis tierras. —Pese a que contestaba a Matilda, la mirada de Tavish estaba fija en Rowan—. Te vi saltar la

valla con el caballo. Hamish e Isla fueron tras de ti, pero los he enviado de regreso a la fortaleza.

—Entonces yo también debo regresar —decidió Matilda. Después se dirigió hacia Caldero, que pastaba tranquilamente junto al corcel de Tavish. Con agilidad, se subió a él. Pero, antes de sostener sus riendas, se giró hacia Rowan—. Laird Fraser, a pesar de vuestro descaro, sigo agradecida por vuestra ayuda. Por eso, seguís siendo bienvenido en la fortaleza cuando lo deseéis.

—No, no lo será —replicó Tavish con un gruñido.

Matilda miró a Tavish, que ya estaba montado sobre su corcel.

—Hay que mostrar buenos modales, Tavish. La cortesía no cuesta nada.

Y, sin predicar con su ejemplo, tiró suavemente de las riendas de Caldero, sin tan siquiera despedirse de Rowan.

Tavish le siguió, aunque con el ceño fruncido. Rowan Fraser se quedó observando cómo se marchaban, negando con la cabeza, sin estar seguro de si había presenciado aquel encuentro o lo había soñado.

—No puedes invitar a la fortaleza a nadie sin mi permiso —se quejó Tavish mientras cabalgaban.

—Claro que puedo —respondió Matilda con el mentón en alto—. Soy la señora del clan, y es mi responsabilidad recibir a quienes deseen visitar nuestras tierras.

—Nadie puede hacerlo sin mi permiso —insistió Tavish, con la voz cargada de autoridad—. Y menos Rowan Fraser.

—No entiendo qué le ven —murmuró Matilda distraída, ignorando por completo las órdenes de Tavish—. Isla dice que es muy apuesto. Pero a mí no me parece que sea para tanto.

—Muchas mujeres piensan como mi hermana —bufó Tavish con un deje de molestia—. Y él se aprovecha de ello. No quiero que se acerque a mis hermanas.

Matilda lo miró de reojo, manteniendo la calma, y simplemente se encogió de hombros, sin añadir palabra.

El silencio entre ellos fue cómodo, uno de esos silencios compartidos en los que no hacen falta palabras, donde basta la presencia del otro para sentirse en paz y comprenderse sin hablar.

—Mañana voy a llevar a Patitas al bosque junto a tus hermanas. ¿Quieres venir? —le preguntó Matilda cuando llegaron al puente levadizo.

—A ese cachorro no le puede importar menos si yo estoy allí o no.

—Tal vez. Pero a mí me gustaría que estés.

Tavish giró la cabeza para observar a su esposa. Pese a que miraba hacia delante, pudo ver en sus ojos la tristeza de tener que devolver al cachorro a su hogar. Pero su damita era muy valiente y estaba haciendo lo correcto, aunque le causase sufrimiento.

—Si tú me necesitas, estaré allí. Siempre puedes contar conmigo, damita.

Capítulo 26

—No me puedo creer que se haya ido sin mirar atrás —se quejó Matilda mientras observaba cómo Patitas corría entre los árboles.

—La verdad es que ha sido un poco desagradecido —comentó Isla.

Skye emitió un bufido, mostrando su acuerdo con ellas.

—Habrá visto una hembra a la que cortejar —dijo Struan.

—No todos los hombres son tan disolutos como tú —replicó Isla con sorna—. Y además, ¿para qué has venido?

—¿No te agrada mi presencia? —preguntó Struan, llevándose una mano al corazón y fingiendo sentirse herido, aunque una sonrisa lo delataba.

—Ha venido porque os llevará de regreso a la fortaleza —intervino Tavish, cortando la tensión—. Matilda y yo tenemos un asunto que resolver.

Skye puso los ojos en blanco e Isla soltó un suspiro cargado de paciencia.

—Un asunto que espero me dé una sobrina, no un sobrino.

—Isla… —dijo Tavish en tono de advertencia.

Ella se encogió de hombros con una sonrisa traviesa.

—¡Vámonos! —instó Matilda—. No pienso quedarme ni un minuto más aquí. Si tan rápido se ha olvidado de mí, no voy a darle el gusto de que parezca que me afecta.

A pesar de la firmeza en su voz, Tavish pudo ver en sus ojos la sombra de la tristeza: Matilda sufría por la partida de Patitas, pese a que comprendía que él debía regresar con los suyos. Matilda se había encariñado con el cachorro de zorro, y aunque Tavish nunca lo admitiría en voz alta, hasta él había terminado cogiéndole un poco de aprecio.

Las gemelas y Struan partieron hacia la fortaleza, mientras que Tavish y Matilda se adentraron más en el bosque.

—No necesitamos adentrarnos tanto para hacer el amor —bromeó Matilda, que cabalgaba sobre Caldero.

—No nos estamos adentrando para eso —le respondió Tavish, y Matilda se tensó al notar el tono serio en su voz.

—¿Sucede algo?

—No, damita.

Sin embargo, Matilda no le creyó, porque una de las pocas cosas en las que Tavish y ella se parecían era que ambos eran terribles mentirosos.

Pero Matilda prefirió no insistir. El silencio se adueñó de ellos hasta que el camino se abrió entre los árboles y, de pronto, el lago apareció frente a sus ojos. El agua reflejaba los últimos rayos del sol como un espejo dorado. La brisa agitaba suavemente las hojas de los sauces de la orilla, y el murmullo de las aves ocultas entre las ramas envolvía la escena en una calma casi mágica.

Ambos descendieron de sus caballos, y Tavish los ató al tronco de un roble cercano mientras Matilda se detenía a contemplar las aguas serenas del lago.

—Sé que viniste aquí cuando te escapaste y que te gustó —dijo Tavish, colocándose a su lado.

—Yo no me escapé —replicó Matilda, alzando la barbilla—. Solo necesitaba un respiro.

Tavish la rodeó por la cintura y la atrajo contra su cuerpo.

—¿Nunca vas a poder agradecerme ningún gesto, damita? —susurró con una sonrisa ladeada.

Matilda lo miró con los ojos entrecerrados, como si quisiera fulminarlo por la osadía, pero el calor de su abrazo y la proximidad de su voz hicieron tambalear su resolución.

—Los esposos no deben agradecerse las cosas.

Él esbozó una sonrisa y depositó un beso en su cabello.

—Tú siempre me pides que te agradezca las cosas —replicó, divertido.

—Porque tú eres un desagradecido… y yo, en cambio, soy muy agradecida.

Tavish soltó una risa baja, y sin darle oportunidad de apartarse, la sujetó con más fuerza por la cintura. Con un movimiento suave, la giró hasta ponerla frente a él. Sus miradas se encontraron, y antes de que Matilda pudiera reaccionar, él inclinó la cabeza y la besó con decisión, robándole el aliento.

—Sé lo que haces —le dijo ella cuando el beso se rompió.

—¿Qué hago? —preguntó él, fingiendo un gesto de inocencia.

—Besarme para que deje de discutir.

—¿Y funciona? —inquirió Tavish, arqueando una ceja.

Matilda soltó una risa cantarina como única respuesta, la melodía de su voz flotando en el aire del lago.

—¿Qué hacemos realmente aquí? —preguntó al cabo de unos segundos.

—He pensado que podíamos pasar un rato a solas, lejos de los muros de la fortaleza, en un lugar que sé que te gusta.

—¿Seguro? —insistió ella, ladeando la cabeza.

—¿Por qué lo preguntas? —respondió él mientras se quitaba el manto para extenderlo sobre la hierba como una manta.

—No lo sé… hay algo en ti —empezó a decir, pero se interrumpió. Quizá fueran imaginaciones suyas, aunque estaba casi segura de que Tavish parecía tenso, como preocupado por algo.

En lugar de responder, Tavish se dirigió a las alforjas del caballo y sacó un pequeño saquito.

—Siéntate, damita. He traído unas hogazas de pan y un poco de queso.

Matilda obedeció, acomodándose sobre el manto mientras él disponía la comida delante de ella y se sentaba a su lado. Prefirió no insistir. Si algo lo inquietaba, ya se lo contaría cuando estuviese preparado.

—Este lugar no solo me gusta. Se va a convertir en mi lugar favorito —confesó Matilda a la vez que cogía una rodaja de queso.

—Hacía años que no venía por aquí —reconoció él.

—Yo vendré mucho.

—Acompañada. No me gusta que estés fuera de los muros sola —le dijo él, con tono firme.

Ella puso los ojos en blanco.

—No voy a prometerte eso.

—Damita… —suspiró él, entre exasperado y divertido.

—Reconozco que es un defecto, pero llevo demasiados años con él como para saber que, por mucho que intente solventarlo, no he podido. Ya en el castillo de mi padre, siendo niña, me escabullía para darme un baño en un lago o en un estanque tranquilo siempre que podía.

Tavish sonrió.

—¿Por qué no me sorprende?

Tavish agarró la muñeca de Matilda y tiró de ella con suavidad para que se tumbara encima de su regazo. Matilda se relajó mientras él pasaba una mano por su cabello con una delicadeza que nunca creyó que un laird bruto y temible como él podría tener. Estaba tan relajada que, por un instante, casi se quedó dormida.

—Pensé que regresarías al campo de entrenamiento con tus guerreros. A esta hora siempre estás allí.

—Struan se encargará. Espero que no me monten una contienda.

Matilda se rio.

—En el fondo, ¿confías en él? —A pesar de que sonó como una pregunta, no lo era.

—Con mi vida —respondió Tavish sin dudar—. Siempre ha sido como un segundo hermano para mí.

—¿Echas de menos a tu hermano?

Matilda sintió cómo Tavish se tensaba, pero se relajó cuando volvió a enredar un mechón de su cabello.

—No te voy a mentir, damita. No éramos lo más cercanos, pero lo echo de menos. Su vida fue arrancada injustamente. Es él quien debía estar ocupando mi lugar ahora, no yo.

—Yo también echo de menos al mío —Los ojos de Matilda se humedecieron, como cada vez que lo recordaba, pero contuvo sus lágrimas—. No hay día en el que no me acuerde de William. —Matilda sintió cómo la mano de Tavish se congelaba y, en vez de seguir acariciándola, terminó sobre la hierba—. Lo amaba con todo mi corazón —continuó—. También amé a mi padre; él me quería, a su manera, ¿sabes? Pero nunca me aceptó, no como lo hizo William.

Él me comprendía y, al igual que tú, me aceptaba tal y como era. Siempre sentí que mi padre no estaba orgulloso de mí porque, por mucho que lo intentaba, no era la dama que esperaba que fuera. Pero, en cambio, a mi hermano no le importaba. Cuando él se fue, sentí que perdí parte de mí, parte de mi alma.

Tavish inspiró con profundidad.

—Damita, hay algo que...

—A veces pienso que todo pasa por algo —lo interrumpió Matilda, que estaba absorta en sus pensamientos y que no había escuchado palabra alguna—. Si mi hermano William no hubiera muerto, tú y yo no estaríamos juntos.

La expresión de Tavish cambió.

—Tal vez nos hubiéramos conocido de otra forma.

Matilda esbozó una sonrisa triste.

—Aunque lo hubiéramos hecho, nuestro matrimonio jamás hubiera sido posible.

—¿Por qué no?

—Porque si William estuviera vivo, yo me encontraría junto a él, en nuestra fortaleza. Nunca me hubiera alejado de él. Y menos tan lejos como en las Highlands. Él no lo hubiera permitido y yo no habría querido.

Tavish asintió, pero no dijo nada.

—Ni siquiera pude enterrar su cuerpo —dijo Matilda—. Nunca lo recuperaron. Y lo peor es que una parte de mi se alegra de ello porque, si estaría enterrado en las que fueron sus tierras, no podría ser feliz sabiendo que estoy tan lejos de su tumba, y eso es un sentimiento horrible y egoísta. Me siento culpable por ser feliz.

—No debes hacerlo, damita —Tavish pasó el dorso de sus dedos por una lágrima que descendía por su mejilla, secándola—. Me alegro de que estés aquí. —Después, rodeó sus hombros con el brazo y la atrajo hacia él. Ella apoyó su cabeza en el fuerte pecho de él.

—Yo también me alegro de estar aquí —dijo ella a la vez que un bostezo se apoderaba de ella.

Matilda se quedó rápidamente dormida y Tavish la observó. Había una razón por la que la había llevado allí.

Tenía que contarle lo que había escrito en aquella misiva que llegó el día de su boda. Había ido retrasándolo, pero no podía hacerlo más, y ese día le había parecido el idóneo. Pero después de sus palabras, no había sido capaz. Aunque no era un cobarde, por primera vez en su vida, el miedo le paralizó y no pudo hacerlo. No pudo ser honesto con Matilda.

Porque el miedo a perderla era atronador.

Capítulo 27

—No quiero regresar —confesó Matilda con un suspiro, sentada sobre la manta con la cabeza apoyada en el hombro de su marido.

Tavish la había dejado dormir mientras la observaba con dulzura, pero finalmente la despertó, pues ya se hacía tarde.

—Yo tampoco quiero —Tavish chasqueó la lengua—, pero no puedo seguir escabulléndome de mis deberes como laird.

—Entiendo que el clan es lo primero.

Tavish colocó un dedo en el mentón de Matilda, obligándola a mirarlo.

—Tú eres mi esposa, damita. Eres importante para mí, pero mi deber con el clan debe prevalecer.

Matilda asintió porque lo entendía. Comprendía que los miembros del clan lo necesitaban. Podía aceptar estar en un segundo plano; podría hacerlo si él le dijera que la amaba. Tan solo eran dos palabras, pero aún no habían salido de sus labios y Matilda comenzaba a temer que, tal vez, nunca lo harían.

Y, a pesar de que Matilda se había convencido de que las acciones eran suficientes actos de amor, estaba comenzando a dudar. Porque ella sí estaba segura de sus sentimientos hacia él, lo amaba con todo su corazón y necesitaba más que simples gestos.

—En realidad, yo también debo regresar —dijo Matilda, girando el rostro y alejándose del toque de Tavish para levantarse—. Tengo tareas que realizar.

—No debes seguir esforzándote, los miembros del clan te han aceptado.

Matilda lo sabía. Incluso había logrado ganarse el afecto y el cariño de muchos de ellos.

—Lo sé, pero no puedo estar todo el día sin hacer nada; me marchitaría.

—Entonces, hazlo. —Tavish esbozó una sonrisa mientras se levantaba—. Solo quiero que seas feliz, damita.

Y lo era. En gran parte, lo era.

Con pocas ganas, Tavish sacudió el manto y se lo puso. Ambos se acercaron a los caballos y Tavish comenzó a desatarlos, cuando un ruido seco entre los árboles lo puso en alerta.

Con un gesto rápido, se inclinó hacia la montura y tomó la espada que colgaba de la silla. El brillo acerado relució apenas un instante antes de que él se colocara frente a Matilda, obligándola a situarse tras su espalda.

—¿Qué ocurre? Debe de ser un animal —susurró ella, con el corazón acelerado.

—No lo es. Son pasos de hombres, y no son mis guerreros —dijo Tavish, bajando la voz mientras afinaba el oído.

—¿Cómo lo sabes?

—Simplemente lo sé —contestó—. No es momento de discutir conmigo, damita. Escúchame bien. —Se giró hacia ella, le sostuvo el mentón y la miró a los ojos—. En cuanto te lo ordene, subirás a Caldero y cabalgarás hasta la fortaleza sin mirar atrás.

Matilda abrió la boca para replicar, pero el sonido de ramas quebrándose más cerca la hizo contenerse. Las voces se hicieron audibles: eran graves, rudas y hablaban en inglés. No eran cazadores perdidos ni viajeros inocentes; lo que fuera que buscaban no auguraba nada bueno.

Tavish volvió a darse la vuelta y, con decisión, dio un paso al frente, interponiendo su cuerpo con el de ella como un muro protector, mientras con la otra mano tanteaba la posición de Matilda para asegurarse de que permaneciera tras él.

—Tavish… —murmuró Matilda, con la garganta seca—. No pienso abandonarte.

Él entrecerró los ojos, aún fijando la vista en la espesura.

—Damita… —empezó a decir con la voz grave de advertencia—. No me desobedezcas. —Y, por primera vez, no era una orden, sino una súplica.

—Te advertí cuando juré mis votos que no iba a ser obediente, y estuviste de acuerdo.

—No cuando se trata de tu seguridad, maldita sea.

Los pasos se hicieron más claros. Entre la espesura aparecieron dos hombres vestidos con ropas inglesas. Tavish levantó la espada con rapidez, tapando con su cuerpo a Matilda.

Uno de los recién llegados sonrió.

—Me alegra ver que el matrimonio y tu vida en las Highlands no han apagado tu espíritu.

Matilda se quedó petrificada. Sintió que el mundo se detenía a su alrededor. Los labios se le abrieron sin poder articular sonido hasta que, con un grito desgarrado, exclamó:

—¡William! ¡No puede ser!

El hombre avanzó unos pasos y Matilda salió de su estupor. Con un grito ahogado corrió hacia él, temblando, y se lanzó a sus brazos. Lo estrechó contra sí como si temiera que fuese a desvanecerse en cualquier instante.

—Estabas muerto… —susurró con incredulidad, hundiendo el rostro contra su pecho.

—Me hirieron y me arrojaron por un acantilado, dándome por muerto —explicó él—. Estaba malherido e inconsciente. Una mujer me encontró y me salvó la vida. Perdí la memoria durante meses… y, cuando por fin la recuperé y regresé al castillo, tú ya te habías marchado.

Matilda se separó apenas un poco, lo suficiente para poder mirarlo a los ojos, aunque sus manos permanecieron aferradas a las de él como si temiera perderlo de nuevo.

—Me contaron lo del acantilado, que tu cuerpo había caído al mar y que nunca lo encontrarían… Lo creí sin dudarlo.

—Eso pensaban todos —asintió William—, pero tuve suerte. Caí en un saliente y eso me salvó la vida.

—¿Y por qué no me has avisado hasta ahora? —preguntó Matilda con dolor.

¿Su hermano había dejado que ella sufriera su pérdida? ¿Que luchase, día tras día, con la sensación de haberlo perdido para siempre?

—Te envié una misiva, Matilda. —Los ojos de William, del mismo color que los de Matilda, se endurecieron—. En ella te contaba lo sucedido. También te decía que, si aún no estabas casada, no tenías por qué hacerlo, que contabas con el permiso del rey para esperar. El mensajero al que recurrí regresó asegurando que había entregado la carta, pero que no le permitieron entrar. Por eso estoy aquí.

Matilda se giró hacia Tavish. Él había envainado la espada en la funda de la silla de su caballo, aunque mantenía la mano cerca del pomo, como si aún desconfiara de la situación. Permanecía en silencio, observando cada gesto y cada palabra, con una expresión difícil de descifrar.

Pero Matilda, que durante esos meses en el clan había aprendido a conocer a aquel hombre mejor que a la palma de su mano, lo supo.

—¿Cuándo recibiste esa misiva, Tavish? —preguntó Matilda con la voz quebrada, a pesar de ya saber la respuesta.

Tavish no dudó.

—La mañana que íbamos a casarnos.

—Y me lo ocultaste —susurró Matilda, intentando, sin éxito, contener las lágrimas.

—Iba a decírtelo después de la boda, pero no hubo ocasión… Y antes, en el lago…

—Si me hubieras dado la misiva cuando llegó, me habría casado contigo con aún más felicidad —le cortó ella—. Habría sido el mejor regalo de bodas. ¿Cómo pudiste callártelo?

—¿Te hubieras casado conmigo aun sabiendo que tu rey te eximía de tu obligación?

—Por supuesto que lo habría hecho —espetó, sin entender las dudas de él—. Pero tú pensabas que no, ¿verdad? —Matilda movió la cabeza de un lado a otro—. Ahora lo entiendo. Tenías miedo de perder Glenreach, por eso no me lo dijiste. Esas dichosas tierras… —masculló, llevándose una mano al pecho, como si de esa manera pudiera recomponer su corazón, que se estaba rompiendo en mil pedazos.

Por eso Tavish nunca le había dicho que la amaba, por eso nunca le había confesado su amor. ¿Por qué iba a confesar algo que no existía, algo que tan solo era una necia ilusión de ella?

Con las lágrimas deslizándose por su rostro, se giró y volvió a fijar sus ojos en William, percatándose de que el hombre que lo había acompañado ya no se encontraba allí.

—¿Dónde está tu soldado? —le preguntó.

—Ha ido al campamento que hemos montado cerca de aquí. Tenía intención de esperar hasta mañana para ir a la fortaleza, pero parece que no hará falta.

Matilda asintió y, entonces, tomando una decisión y sin mirar atrás, avanzó un paso hacia su hermano.

—Llévame a casa, William.

Su hermano movió la cabeza en un asentimiento, pero antes de que pudiese pronunciar una sola palabra, fue interrumpido.

—Tu casa es el clan MacKinlay. —Tavish se encontraba detrás de ella, tan cerca que su aliento acariciaba su nuca, pero no había hecho amago alguno de tocarla.

—Si mi hermana quiere venir conmigo, lo hará —declaró William, enfrentándose a Tavish—. No me importa que sea tu esposa; no permitiré que ella sea infeliz.

—Ella es feliz conmigo —declaró Tavish—. Y se quedará a mi lado.

—No lo haré —se negó Matilda, con los ojos cerrados y los labios temblorosos. Su voz estaba quebrada y sus palabras salían temblorosas—. Y si me obligas, seré desdichada.

Tavish exhaló un largo suspiro y Matilda sintió cómo los dedos de él se enredaban alrededor de su muñeca. Su cuerpo, que no parecía entender de traiciones, lo recibió con la misma calidez de siempre. Tavish tiró de ella para conseguir que se girara y poder mirarla a los ojos. Matilda se lo permitió, pero movió su muñeca, deshaciéndose del agarre de él.

El dolor cruzó el rostro de Tavish al ver el gesto de ella, pero no hizo intento alguno de volver a acercarse.

—Entonces me iré contigo a Inglaterra hasta que se te pase el enojo y vuelvas a ser feliz a mi lado —decidió.

Matilda dejó escapar una carcajada ahogada, sin poder creer el descaro de él. Si no lo conociera, pensaría que era una chanza. Pero no, Tavish hablaba en serio.

—¿Y si eso nunca sucede?

—Entonces Struan podrá ser el laird del clan —respondió él con un suspiro—, porque jamás regresaré. Si no puedo tenerte, al menos estaré cerca de ti.

Matilda notó cómo su determinación vacilaba, pero se mantuvo fuerte. No podía confiar del todo, no después de que él le hubiese ocultado que su hermano seguía vivo.

—Me mentiste porque tenías miedo de que no me casase contigo y de perder Glenreach.

—No lo hice por eso, damita. Que el laird Fraser se quede con Glenreach si quiere. ¡Al diablo las tierras! —exclamó con frustración —. No te lo conté porque estaba aterrorizado.

—¿Tú, aterrorizado? —preguntó Matilda, incrédula.

Tavish exhaló un suspiro.

—Tenía miedo de que no te casases conmigo si William seguía vivo y tú no tenías obligación de hacerlo. Tú misma me lo reconociste en el lago: si William hubiera sobrevivido, jamás nos habríamos conocido.

—Pero te he conocido, Tavish. Y ya nada puede cambiar eso. No es necesario que vengas a Inglaterra, porque soy incapaz de irme.

—¿Te quedarás a mi lado? —preguntó él, rodeándole la espalda y atrayéndola hacia sí.

—Mi corazón no me permitiría otra cosa —susurró ella.

—Te amo, damita.

—¿Me amas? —preguntó ella, poco segura de si le había escuchado mal.

—Más que a mi propia vida. Te amo desde la primera vez que te vi. Desde el primer momento en que discutiste conmigo. —Él cerró los ojos un instante—. Te amo tanto que duele, que me hace ser temeroso. Porque no estoy preparado para perderte y nunca lo estaré.

Matilda sintió cómo la alegría la inundaba; él la amaba y se lo estaba diciendo. Él era todo lo que ella había soñado. No era el

hombre perfecto, era un necio y testarudo, pero era suyo, y cada defecto de él parecía encajar con los de ella. Su obstinación, que tantas veces los había enfrentado, ahora le parecía parte de su fuerza, de su pasión, de todo lo que lo hacía amarlo aún más.

Sonrió contra sus labios mientras lo abrazaba con más fuerza, disfrutando de la certeza de que, pese a los miedos y los obstáculos, estaban juntos. Era un amor que dolía y que sorprendía, pero también uno que la llenaba por completo, y en ese instante, nada más importaba.

Un carraspeo les obligó a romper el beso, pero Tavish no la soltó; la siguió sujetando por la cintura y la colocó a su lado. Ella se apoyó en él.

William los miraba a ambos con expresión seria.

—Eres bienvenido en mis tierras y en mi fortaleza. —A pesar de sus palabras, Tavish se dirigió a William con cautela y cierta desconfianza—. Mas, si intentas alejarme de mi esposa, te convertirás en mi peor enemigo —le advirtió.

Matilda puso los ojos en blanco.

—No te tengo miedo, MacKinlay. Más no soy tan necio como para obligar a mi hermana a hacer algo que no desea —respondió William, y Matilda suspiró—. Veo que eres feliz con él, hermana. Y eso es suficiente para mí. Pero, si en algún momento dejas de serlo, siempre tendrás un hogar en mi castillo. Y si él no te deja irte, arrasaré estas tierras.

Matilda esbozó una amplia sonrisa y Tavish no abrió la boca, porque aunque el guerreo que habitaba en él le gritaba que respondiese a la amenaza, él respetaba que William defendiese a su hermana con tanta valentía, ya que él también sería capaz de cualquier cosa por ella.

—Estoy muy feliz de que estés vivo, William. Pero ahora el clan MacKinlay es mi hogar.

Él asintió.

—Puedes decirle a tu rey y al mío que le entreguen Glenreach a Rowan Fraser. No quiero ninguna dote —declaró Tavish.

Matilda se soltó del agarre de su marido y lo miró.

—¿Has perdido la razón? —le preguntó.

—¿Qué diablos te sucede ahora? —respondió él, sorprendido.

—El clan necesita esas tierras. Y no las vas a ceder por orgullo.

—No es orgullo.

—Sea lo que sea, entonces nos las quedaremos —dijo ella con determinación.

William los observaba con una sonrisa. Su hermana seguía siendo igual de rebelde y fuerte; Tavish MacKinlay no aplacaba su espíritu indomable, sino que lo acentuaba. Y solo por eso se sentía agradecido con él.

William decidió dejarlos a solas durante unos instantes y se marchó al claro donde se encontraba su campamento.

La pareja, ajena a la partida de William, seguía mirándose el uno al otro.

—El clan tiene la suerte de tenerte como su señora —declaró Tavish, volviendo a tomarla por la cintura para acercarla a su cuerpo.

—Tú tienes la suerte de tenerme —apuntó Matilda, rodeándole el cuello con las manos.

Tavish sonrió.

—Soy el hombre más afortunado de todas las Highlands.

—Y yo la mujer más afortunada —replicó ella, apoyando la cabeza en su pecho.

Tavish la miró con ternura y, con una sonrisa suave, murmuró:

—Te amo, damita.

—No tanto como yo te amo a ti.

—¿Hasta en quién ama más a quién vamos a discutir?

—Hasta en eso —reconoció ella, sonriendo—. Y no podría estar más feliz por ello.

Tavish esbozó una sonrisa; incluso en medio de sus pequeñas discusiones, su relación era perfecta.

Él acortó la distancia que los separaba y sus labios se unieron en un beso largo y dulce. En él, se expresaron todo aquello que no se decían con palabras: amor y complicidad, pero también la silenciosa promesa de que, ocurriera lo que ocurriera, siempre se tendrían el uno al otro.

Epílogo

—Este sigue siendo mi lugar favorito —dijo Matilda a Tavish mientras ambos estaban tumbados sobre una manta, en la orilla del lago, desnudos después de hacer el amor.

—También se ha convertido en el mío —respondió él, acariciándole el hombro.

Matilda miró el cielo azul, despejado y sin nubes. Había pasado un año desde la primera vez que habían estado juntos en el lago, desde que descubrió que su hermano estaba vivo, y tantas cosas habían sucedido desde aquel día.

Su hermano los había visitado de nuevo hacía un par de meses, y ella no podía estar más feliz ni más agradecida de que William estuviera vivo.

Su matrimonio, sin embargo, no era un camino de rosas. No era perfecto. Había días en que deseaba estrangular a su esposo con sus propias manos, y otros en los que se sentía infinitamente agradecida a Dios por haber puesto a ese hombre maravilloso en su vida.

Pero aquel año le había enseñado algo esencial: así era el amor. Y no podía estar más agradecida por poder sentirlo en toda su intensidad.

Matilda posó una mano sobre su vientre aún plano, que no tardaría en tornarse redondeado. Tavish colocó su mano encima de la de ella.

—Aún me cuesta creer que lleves un hijo mio dentro de ti.

—Pues tendrás que acostumbrarte —respondió ella con una sonrisa—. ¿Qué te gustaría que sea, niño o niña?

—Niña.

—Estaba segura de que preferirías un niño.

—Se supone que debería, pero no puedo imaginar nada mejor que una niña con tus ojos azules, pecas espolvoreando sus mejillas, y ese cabello rubio recogido en dos trenzas. Y, si Dios quiere replicar la perfección, tendrá tu obstinación y tu valentía.

—No soy obstinada —se quejó ella.

Tavish le guiñó un ojo.

—Claro que no, damita.

Ella abrió la boca para responder, pero en ese momento, algo rápido y ágil surgió de entre los arbustos y, antes de que pudieran reaccionar, se llevó el kilt de Tavish, que descansaba junto al resto de la ropa encima de la hierba.

—¡Maldito zorro! —exclamó él, sentándose en la manta—. ¡Siempre hace lo mismo!

Matilda estalló en risas.

—Es la manera que tiene Patitas de saludarnos.

—Y qué casualidad que siempre se lleva algo de mi ropa y nunca de la tuya —masculló Tavish con sospecha, volviendo a tumbarse mientras el zorro, que ya poco tenía de cachorro, desaparecía entre los árboles.

—No seas quejica, siempre termina devolviéndotelo.

Tavish bufó.

—Sí, pero mordido y roto.

Matilda volvió a reírse.

—Quizá si no hiciéramos el amor cada vez que venimos al lago, él no rompería tu ropa.

Tavish la rodeó con su brazo, acercándola a su cuerpo, y la hizo recostarse sobre él, envolviéndola en su calor.

—Si esa es la condición —murmuró con una sonrisa—, que se lleve toda mi ropa.

Mientras sus labios se unían, Matilda pensó que aquello sería lo único por lo que nunca discutirían.

Redes sociales

Instagram: lexi_thurman03